Margaux Fragoso

Tigre, tigre

Seix Barral

Un día de verano, Margaux Fragoso conoció a Peter Curran. Ella tenía siete años, él cincuenta y uno. Cuando Curran la invitó a su casa, Margaux encontró un mundo infantil de ensueño y pronto empezó a pasar sus días con él. Con el tiempo, él fue desplegando sus encantos hasta convertirse en compañero de juegos, padre y amante. Seductor y repulsivo, violento y cariñoso, manipulador, Peter transformóa una niña rebosante de imaginación en una joven al borde del suicidio. Estas extraordinarias memorias son el relato del corazón y la mente de un monstruo, pero, ante todo, ilustran el poder de la imaginación infantil para reinventar la realidad y sanar.

Margaux Fragoso

Tigre, tigre

Título original:*Tiger, tiger*
de la traducción, Beatriz Iglesias, 2011
Editorial Seix Barral, 2011

A Edvige Giunta, por sembrar la semilla
A John Vernon, por cosechar su fruto
con paciencia

Tigre, tigre, que te enciendes en luz
por los bosques de la noche,
¿qué mano inmortal, qué ojo
pudo idear tu terrible simetría?

WILLIAM BLAKE, «El tigre»

Decidme, Señor, ¿cómo habéis abandonado en su soledad a una muchachita durante tanto tiempo que ha acabado por encontrar el camino hacia mí?

TONI MORRISON *Ojos azules*

Traducciones: «El tigre», Antonio Restrepo; *Ojos azules*, Jordi Gubern.

PRÓLOGO

Empecé a escribir este libro el verano después de la muerte de Peter Curran, a quien conocí cuando tenía siete años y con quien mantuve una relación durante otros quince, hasta que se suicidó a los sesenta y seis años de edad.

Esperando dar sentido a lo ocurrido, me puse a redactar la historia de mi vida. Y aunque a veces la dejara reposar en un estante de mi armario, seguía presente en la angustia que llega a las dos en punto de la tarde, la hora en que Peter venía a recogerme para dar una vuelta en coche; a las cinco de la tarde, cuando yo le leía en voz alta con la cabeza apoyada en su pecho; a las siete de la tarde, cuando él me abrazaba; o a las nueve de la noche, cuando me llevaba a dar otra vuelta desde Boulevard East, en Weehawken, hasta River Road y el restaurante Royal Cliffs, donde yo pedía una taza de café con siete azucarillos y mucha nata, un pudin de pan con pasas, o un pudin de arroz para él por si quería variar. Cuando regresaba con el pedido, Peter hacía girar el coche (el Granada, el Cimarron, el Escort o el Mazda negro) de nuevo hacia River Road y Boulevard East; luego pasábamos por delante de las casas solariegas de estilo Reina Ana, victoriano y gótico-renacentista y, en el lugar donde a veces aparcábamos para admirar las tormentas eléctricas, nos deteníamos a contemplar las luces encendidas de los rascacielos, que parecían reflejadas en mil espejos a la otra orilla del río Hudson.

En una de las notas suicidas que Peter me dejó, sugería que escribiera unas memorias de nuestra vida juntos. Resultaba irónico: nuestro mundo jamás habría existido de no haber sido por el secretismo que lo envolvía. Si nos hubieran privado de mentiras, códigos, miradas, señas y escondites, nos habrían privado de todo; y si eso hubiera pasado cuando yo tenía veinte, quince o doce años, tal vez me habría suicidado, y entonces nadie llegaría a ver nunca el interior de esta diminuta isla que existía sólo gracias a sus mentiras, códigos, miradas, señas y escondites. Tanto secretismo forjó una llave maestra suprema; y, aunque ningún cerrajero dirá que hay una

llave maestra que abre todas las cerraduras del mundo, se puede hacer una que abra todas las cerraduras de un edificio en concreto. Se pueden configurar las cerraduras de antemano para que las muescas de la llave en cuestión encajen, pero es imposible diseñar una llave que abra cualquier cerradura ya existente. Peter lo sabía, porque una vez creó una llave maestra para un hospital entero; era un cerrajero autodidacta que había aprendido el oficio de noche en las bibliotecas y en el trabajo que había conseguido fingiendo ser lo que no era.

Imagínate a una niña de unos siete años, que adora las bolas rojas de las máquinas de chicles y las escoge entre las azules y las verdes; una niña con deportivas de Velcro, sin cordones; una niña cuyas piernas se aferran a ponis de metal que se activan con una moneda de 25 centavos en el supermercado Pathmark; una niña que tiene miedo de los *jokers* y que insiste en que los separen de la baraja antes de jugar a las cartas; una niña que teme a su padre y detesta los puzles (¡menudo tostón!); una niña a la que le gustan los perros, los conejos, las iguanas y los helados italianos; una niña a la que le encanta viajar de paquete en una moto porque ningún otro niño de siete años va en moto; una niña que odia volver a su casa porque la de Peter es un zoo, y sobre todo porque Peter es divertido, porque Peter es como ella, sólo que más mayor e incapaz de hacer todo lo que ella hace.

Tal vez él supiera que las células humanas se regeneran cada siete años, que tras cada uno de esos ciclos surge una nueva persona de la vieja secuencia de átomos. Digamos que, durante los siete años siguientes, ese hombre, Peter, reprogramó las inquietas células de esta niña. Memorizó con astucia sus maneras de divertirse y siguió el rastro que iban dejando sus deseos, sus antojos de polo, sus anhelos de ir sin camiseta como un niño, de sentir el dulce lengüetazo rosa de un perro en la cara y ver un conejo royendo algo verde y crujiente. Luego se aprendió con esmero las letras de Madonna y, después, los títulos de veinte canciones de Nirvana.

Cuatro meses después de la muerte de Peter, entrevisté a una funcionaria de un correccional, cuando trabajaba como articulista para el periódico de mi facultad. En su piso, un estudio ubicado en la céntrica Journal Square de la ciudad de Jersey, tomamos manzanilla y charlamos un rato. Le comenté que estaba escribiendo

un libro. Ella quiso saber sobre qué, y yo le dije que sobre un pedófilo y que, de momento, sólo era un primer borrador... muy sucio. Entonces le pregunté si trataba a algún pedófilo en su actividad profesional.

—¿Pedófilos? ¡Claro! Son los más amables.

—¿Amables?

—Sí. Amables, educados, no ocasionan ningún problema. Siempre te llaman señorita, siempre dicen «No, señora», «Sí, señora».

Su calma me invitó a hablar:

—He leído que los pedófilos racionalizan sus actos como consentidos, aunque usen la coacción.

Ese dato concreto, que había visto en mi manual de psicología clínica, me sorprendió por la perfección con que encajaba en la mentalidad de Peter. La siguiente reflexión, en cambio, no la saqué de ningún libro, pero fingí que así había sido:

—También leí que pasar tiempo con un pedófilo puede producir el mismo efecto que las drogas. Había una niña que decía que era como si el pedófilo viviera en una especie de realidad fantástica y todo se contagiara de esa fantasía. Como si él mismo fuera un niño, sólo que dotado del conocimiento que los niños no tienen. Su imaginación es más poderosa y con ella pueden construir realidades que a los niños jamás se les ocurrirían. Pueden hacer que el mundo del niño resulte... de alguna manera, extático. Y, cuando todo se acaba, para quienes han pasado por esto, es como desengancharse de la heroína; durante años, no pueden dejar de perseguir el fantasma de aquella sensación. Otra niña dijo que era como si la tierra quedara arrasada por el fuego y la hierba no volviera a crecer. El suelo parecía estéril y carbonizado, pero la llama seguía ardiendo en su interior.

—¡Qué triste! —exclamó Olivia, y parecía decirlo en serio.

Tras una incómoda pausa, la conversación se desvió hacia otros tipos de reclusos y la experiencia general de trabajar en una prisión. Mientras hablábamos, empecé a sentirme asqueada, como si mi entorno, la cálida cocina que al principio me había resultado tan acogedora, se hubiera vuelto amenazante. Mis percepciones eran siempre muy nítidas, una consecuencia indirecta de años de escaso contacto social con el mundo exterior, ajeno al que yo compartía con Peter.

Aquel día en la cocina de Olivia, sentí como si algo en mí

hubiera tocado fondo, como si el mundo se hubiera vuelto del revés y se carcajeara de mí.

Dicen que Union City, la ciudad de Nueva Jersey donde yo crecí, es la más poblada de Estados Unidos. Uno no puede imaginársela con una simple descripción de los bollos de leche rancios y los envases de café exprés como tacitas de juguete, o los churros largos y empalagosos, como tampoco puede imaginarse Manhattan con una simple mención al puesto de *shish kebab* que hay junto a la terminal de autobuses de la Autoridad Portuaria o la librería Strand y sus veintiocho kilómetros de libros o los *skaters* de Washington Square Park.

Podrías intentar imaginar las palomas y los bares y los night (escrito «nite») clubs, a los chicos de barrio «encapuchados» con los calzoncillos asomando de sus pantalones caídos, los coches aparcados pegados unos a otros y la peculiar estrechez de algunas calles, donde lo normal es que un camión le rompa a uno el retrovisor al pasar. Luego están los silbidos que hombres de todas las edades dirigen a cualquier chica de más de doce años; los puestos de fruta donde se venden papaya barata, mango y aguacate (mi padre, un enamorado del aguacate, insistía en que nos podía hacer inmortales); los trozos de chicle ennegrecido incrustados en las aceras de adoquines de cemento. No es raro oír a los niños gritar: «¡Si pisas la raya, tu madre estalla!», y yo, supersticiosa como mi padre, siempre las esquivaba religiosamente, una tarea nada fácil, ya que serpentean por el cemento como riachuelos en un mapa arrugado cuando se abre. Con igual cuidado, evitaba pisar mi sombra por miedo a aplastar mi propia alma.

Si vienes de visita, no olvides taparte la nariz al pasar por delante de Polleria Jorge, el mercado de aves de corral vivas de la Calle 42, entre las avenidas New York y Bergenline. Cruzar la calle hasta el lugar donde la zapatería Panda Shoes se encuentra desde que tengo uso de razón te lleva a El Pollo Supremo. Peter y yo solíamos ir a comer allí: los agradables olores de pollo asado, yuca hervida, arroz con alubias negras y tostones fritos te reciben como los aromas del océano Atlántico. Un lluvioso día de Halloween, durante los dos años en que mis padres nos mantuvieron apartados, Peter se sentó en un reservado solitario y se pasó ocho horas seguidas mirando por la ventana salpicada de lluvia, con la

esperanza de verme fuera con mi madre preguntando «¿truco o trato?» de casa en casa.

Aún conservo doce libretas de espiral, donde guardo viejas cartas que Peter me escribía a diario. En todas empezaba con un «Querida Princesa», ponía X para los besos y O para los abrazos. Y al final añadía «PETAMYTAS», abreviación de «Pienso en ti a menudo y te amo siempre». Tengo siete cintas de vídeo, todas ellas fechadas, con títulos como *Margaux en patines; Margaux con* Zarpas*; Margaux en la moto de paquete, saludando.*

Cada día, ya hacia el final de su existencia, Peter miraba esas cintas: *Margaux rebozándose con* Zarpas *en la tierra*, *Margaux jugando a polis y cacos en el sofá*, *Margaux saludando con la mano desde lo alto de un árbol*, *Margaux lanzando un beso*. Ahora nadie mira a Margaux. Incluso la propia Margaux está aburrida de ver a Margaux con cintas en el pelo, Margaux en vaqueros cortos, Margaux con el pelo mojado, Margaux junto al ailanto del que solía colgar la hamaca blanca.

Yo era la religión de Peter. A nadie más le parecían fascinantes los veinte álbumes de fotos mías, con *Zarpas*, con Karen o con mi madre. La caja de madera que hice en octavo para la clase de manualidades contiene fotos sueltas, igual de aburridas. Los dos mechones de cabello, marrón y gris, trenzados y plastificados para que duraran eternamente. Un álbum de hojas otoñales, con los nombres de los árboles de procedencia debajo: arce de azúcar, roble negro, liquidámbar. Mi reluciente varita mágica, mi diminuto ratón de fieltro que Peter tiró una vez que nos peleamos pero que luego rescató de la basura, la llave maestra de hierro colado que encontramos junto al embarcadero; mis brazaletes de plata y el enorme crucifijo de oro falso que compré en el West Village, mis mallas negras y ajustadas (las medias de Madonna, como él las llamaba), mi gargantilla negra con el corazón de plata, mi *body* rojo con puntilla de encaje y los pantalones de vinilo de chica motera que él me regaló; un libro de Wicca, casetes de Nirvana, Hole y Veruca Salt para nuestros paseos en coche, y vídeos piratas de Nirvana, comprados también en el West Village; casetes con la grabación de nuestras cuatro novelas (diferentes voces para cada personaje); un amuleto de madera que Peter me regaló, y que representaba un hada mirando una bola de cristal. Todo dentro de

un baúl negro con el pestillo roto que él tenía a los pies de la cama.

Peter, hacia el final de tu vida, sólo podías recorrer a pie unas pocas manzanas, y ya no podías ir en moto. Diste un pequeño paseo hasta el borde de un precipicio en Palisades Park y saltaste desde unos setenta y seis metros de altura, según el informe de la Policía de Parkway. Dejaste un sobre en mi buzón con diez notas suicidas y varias declaraciones escritas en papel de impreso con las que registrabas tu coche a mi nombre. Dibujaste un mapa para que pudiera encontrar tu Mazda negro y no tuviera que pagar la grúa y el depósito. En el interior del sobre, había una copia de la llave; la original estaba en el contacto del Mazda. Yo tenía veintidós años, y tú, sesenta y seis.

PRIMERA PARTE

1

«¿PUEDO JUGAR CONTIGO?»

Mil novecientos ochenta y cinco. Era primavera, y las flores de cerezo caían al suelo cuando el viento soplaba con fuerza. Las liatris y las ásteres estaban floridas; podía oler el aroma dulce y embriagador de la madreselva, que cabalgaba a hombros del viento, envuelto en el resplandor de las flores blancas y rosadas de cerezo recién caídas y las mechas blancas de los dientes de león. Era la estación de las chaquetas amarillas, esas avispas lerdas que siempre merodean por los cubos y las botellas de refresco. Cuando tenía tres años, una chaqueta amarilla me picó en la punta de la nariz, y ésta se me hinchó tanto que parecía el doble de grande; desde entonces, mi madre siempre las había odiado a muerte.

—¡Fuera de aquí! —gritó, espantando con la mano las chaquetas amarillas que se habían presentado, sin previo aviso, en el picnic improvisado sobre el césped del parque de la Estatua de la Libertad con los amigos de mis padres, Maria y Pedro, y su hijo Jeff.

Papá cogió un poco de Pepsi con la punta de su pajita de plástico y colocó la pajita encima del mantel rojo y verde. Todas las avispas se precipitaron sobre la pajita y papá sonrió.

—¿Lo ves? Yo resuelvo los problemas con sentido común. A las avispas les gusta el azúcar, y mientras el refresco siga ahí, ninguna se apartará de esa pajita. ¿A que sí, Keesy?

Papá empezó a llamarme Kissy (con su acento hispano, sonaba «Keesy») cuando yo era muy pequeña, después de enseñarme a darle besos de buenas noches en la mejilla; durante un tiempo, fui dando besos a todo: a mis muñecas y a mis animalitos de peluche, incluso a mi propia imagen reflejada en el espejo. Papá sólo me llamaba Kissy cuando estaba de buenas conmigo, y a veces también Bebito. Cuando estaba enfadado no me llamaba nada; se refería a mí en tercera persona. Rara vez usaba mi nombre de pila, Margaux (pronunciado «Margó»), aunque me lo había puesto él mismo, en honor a un vino francés de la cosecha de 1976 que bebió una vez: el Château Margaux. A mi madre nunca la llamaba Cassie, nunca la

besaba ni la abrazaba. Yo creía que eso era lo normal, hasta que vi a padres como los de Jeff besarse; y, para ser sincera, consideraba que los raros eran ellos.

Maria era la mejor amiga de mi madre y mi niñera ocasional. Su hijo Jeff tenía siete años, uno más que yo. En casa de Jeff, si él accedía a jugar al Stories, yo jugaba con el G. I. Joe y los Transformers. A mí la guerra me aburría, y Jeff odiaba jugar a la Mariquita y al Perro Perdido, porque en ellos no había figuras humanas; así que este tipo de tratos hacían posible nuestra amistad.

Mamá y Maria hablaban de cosas sobre las que suelen hablar las madres: las propiedades de la vitamina C, el bebé secuestrado en Orchard Beach, el niño recientemente fallecido en una montaña rusa. «¡Qué pena!», decía mamá, y «Dios actúa de maneras misteriosas». Mamá llevaba encima una pequeña libreta de espiral donde anotaba, entre otras cosas, todas y cada una de las desgracias que oía en la radio o veía en la televisión. Así, siempre tenía algo importante de lo que hablar cuando llamaba por teléfono o iba a ver a sus amistades. Se refería a la libreta como su Libro de Hechos. Papá lo odiaba. Cada vez que mi madre se ponía enferma, empezaba a hablar de niños famélicos y otros horrores del mundo. En casa, no dejaba de escuchar su álbum *Sunshine*, la crónica de una joven víctima de un cáncer de huesos terminal que grabó unas cintas con su despedida para su marido y a su hija. A mamá, eso le parecía romántico.

Un día oí decir a Maria que en mi dieta faltaban pollo y yuca, dato que mi madre garabateó en el Libro de Hechos. Ninguna de las dos sabía decir qué engordaba más, si el pollo o la ternera.

Entonces papá dijo, dando codazos a Pedro:

—¿Qué sabrán estas mujeres? Yo sé más que ellas. No des demasiada carne de vaca a las niñas o infestarás su organismo de hormonas animales. Alubias negras y arroz, fruta, espagueti; eso es lo que necesitan. No querrás tener una hija esquelética, porque entonces la gente dará por sentado que la estás matando de hambre. Pero tampoco querrás que tu hija parezca mayor. Así que no des a las niñas demasiados filetes ni chuletas de cerdo. Marisco, sí. Los niños, en cambio, deben ponerse fuertes. A los niños hay que darles mucha carne de cerdo. Aunque tú quizá estés dando demasiado cerdo al tuyo. —Papá sonrió; tenía una manera de ofender a la gente que nunca le hacía quedar mal—. Yo como ensalada. Tomo montones de pistachos y, de vez en cuando, una papaya. Vitamina

A. Tampoco digo que tu hijo esté gordo. Sólo que podría permitirse perder unos kilitos; espero que no me malinterpretes. Soy sincero con mis amigos. Pero ¡es un niño fuerte, sano, un hijo bien guapo!

Jeff se inclinó y me susurró al oído:

—Patas de gallina flaca. ¡Co, co, co, co!

—¡Cállate!

—¡Co, co! —Agitó los brazos en el aire—. ¡Corres como una gallina! ¡Co, co, co, co!

Lo de «patas de gallina» no me molestó demasiado; pero, cuando dijo que corría como una gallina, le estampé una bofetada en la cara.

—¡Cállate, gordo! ¡Por mí puedes morirte y bajar directo al infierno!

Todo el mundo se volvió hacia mí, y Maria se giró en cuanto me vio la mirada.

Papá esbozó una sonrisa y dijo:

—¡Niños, cuidadito con mi hija!

—¡Louie! —protestó mamá—. ¡No le enseñes a pegar!

Una chaqueta amarilla pasó zumbando junto a la cara de mi madre y Jeff intentó espantarla con un palo, para hacerse el héroe. Le atizó y, con un escandaloso grito de felicidad, arremetió contra las demás chaquetas amarillas. Pero las avispas la emprendieron con él y acabó soltando el palo. Todos los adultos empezaron a chillar y los insectos, enfurecidos, empezaron a perseguirlos. Yo tenía chaquetas amarillas en la cabeza, en los brazos, en las manos y en el pecho.

Papá me miró a los ojos y advirtió:

—Quédate quieta, Keesy, no te muevas o te picarán.

Notaba el tacto de sus diminutas patas negras, su abdomen. Obedecí. Papá y yo fuimos los únicos a los que no picaron aquel día.

Mis padres y yo pasamos los primeros siete años de mi vida en un edificio de ladrillo naranja de la Calle 32. Nuestro minúsculo piso de una sola habitación estaba infestado de cucarachas, que papá no pudo eliminar ni aun armado con botes de Raid y matacucarachas Combat.

—Vienen de otros pisos. Entran por debajo de la puerta. Los que viven en este bloque son todos unos salvajes. A este lado de la

ciudad, son todos unos sucios salvajes. En el norte de Union City, la cosa está mejor. Aquí, hay drogadictos y delincuentes. No veo la hora de abandonar este lugar.

Papá odiaba las pintadas, las escaleras de incendios, los solares abandonados y llenos de basura, los adolescentes que silban y sisean, los radiocasetes portátiles, la manera en que aquella gente siempre lo ensuciaba todo. Sin embargo, le gustaba recorrer a pie unas pocas manzanas hasta Bergenline Avenue para tomarse su café exprés y su bollo de leche (a mí me daba trocitos con la mano, e incluso me dejaba tomar algún sorbo de su café). Le gustaba ir allí porque casi todo el mundo hablaba español, porque le parecía tremendamente humillante pronunciar mal una sola palabra en inglés al pedir la comida. Una vez, cuando eran novios, mi madre se rió de cómo decía «shoes» («chus») y él no le dirigió la palabra durante el resto del día.

Papá nunca nos animó a mi madre o a mí a aprender español, y ella tenía razones para creer que lo hacía expresamente. No quería que escucháramos sus conversaciones telefónicas. Yo lo envidiaba por ello. No hablar español implicaba no poder leer lo que ponía en muchas fachadas y no poder pedir nada en restaurantes y tiendas de la zona. En Union City, la gente siempre daba por hecho que yo era cubana o española, por mi tez clara, y no medio portorriqueña. Mi madre era una mezcla de noruega, sueca y japonesa. Yo tenía los ojos oscuros, supuestamente heredados de mi abuelo medio japonés, un rostro en forma de corazón, los labios carnosos y el pelo castaño oscuro y liso.

Cuando era muy pequeña, pegaba puñetazos al azar a mujeres que iban en el autobús o caminando por la calle, y mi madre decía que era porque había visto cómo mi padre le pegaba a ella. Me contó que a los tres años fui testigo de cómo le rompía en la espalda el marco de una fotografía grande, pero era demasiado pequeña para recordarlo. Lo que sí recuerdo es que mi padre encendía y apagaba las luces para burlarse de la enfermedad mental de mi madre. Yo dormía con ellos en una enorme cama de matrimonio, porque siempre tenía pesadillas y me aterraba dormir sola. Para conciliar mejor el sueño, mi padre se tapaba los ojos con un jirón de una de sus viejas camisetas interiores; el antifaz improvisado, la barba y la melena pelirrojas hacían que pareciera un bandido. Por las mañanas, si se levantaba de buen humor, me contaba historias sobre un mono travieso, una rana malvada y un estoico elefante

blanco ambientadas en Carolina, Puerto Rico, donde él se había criado. A veces me contaba cosas sobre su niñez. Solía subirse a los altos cocoteros aferrándose con todo su cuerpo a la rugosa corteza del árbol y trepando poco a poco con la ayuda de los brazos.

A mi padre le encantaba contar historias. Le gustaba exagerar y usar las manos. Se encargaba de cocinar y de limpiar la casa, porque decía que mi madre sólo sabía llevar la ropa sucia a la lavandería que había en el sótano del edificio y hacer la compra en el Met más cercano; como no conducía, traía la comida a casa en un carrito rojo. Pero siempre compraba y gastaba demasiado, y papá la reñía por eso.

Papá era un hombre tan inquieto que jamás comprendí cómo podía soportar un trabajo en el que tenía que estar todo el día sentado. Era un joyero especialista en diseño y fabricación. También tallaba, engarzaba y pulía piedras preciosas, además de hacer reparaciones. En los años ochenta, los joyeros no tenían mesas de trabajo adecuadas y se pasaban todo el día encorvados en una incómoda postura.

Cuando papá llegaba a casa, estaba tan nervioso que se comportaba como un perro liberado de su correa. A veces, la euforia se apoderaba de él y se pimplaba una Heineken tras otra mientras preparaba la cena, cantando al tiempo que sacaba todas las especias de cajones y armarios, dándome luego a probar en una cuchara muestras de su arte culinario, o dándome la cazuela de arroz para que rebañara los granos crujientes y dorados que se hubieran quedado pegados al fondo: «palomitas de arroz», como papá los llamaba. Si se encontraba de buen humor, me tocaba mucho la nariz, era su manera de expresar cariño, ya que rara vez me daba un beso. Mi madre siempre estaba en la habitación escuchando su vinilo de John Lennon, la banda sonora de *West Side Story*, el álbum *Sunshine*, o Simon & Garfunkel. No salía hasta que la cena estaba lista. Sabía que, en cuanto él la viera, cambiaría de humor. Una vez, me contó que se estaba desnudando junto a la ventana y papá le dijo, corriendo las cortinas:

—No eres una belleza. Eres una vaca gorda y nadie quiere verte.

Cuando papá venía de mal humor, me iba corriendo a la habitación con mi madre y subía el volumen de su tocadiscos Gibson, nos rodeábamos de almohadas en una especie de minifortín y nos cubríamos la cabeza con la manta. Dentro del refugio improvisado, me metía el chupete en la boca (aun con cinco y seis

años) y apretaba contra la cara un perrito de peluche amarillo al que había arrancado la oreja vichy de tanto tirar de ella. Papá gritaba por lo mucho que su jefe lo humillaba, por lo mal que estaba el mercado. Solía quedarse sin trabajo al menos una vez al año, porque el negocio de la joyería aflojaba después de Navidad. Con el tiempo, sus diatribas se encendían y se transformaban en arrebatos incontrolables que a menudo duraban horas enteras. Cuando estaba así, era como un poseso y nos daba miedo acercarnos a él. Gritaba que lo habíamos maldecido con una vida llena de amargura, y que nunca más sería libre, que Dios no lo podía enviar al infierno porque ya estaba en él, y que se preguntaba qué habría hecho para merecer una doble maldición: una mujer enferma por esposa y una bestia salvaje por hija. Muchas veces, deseaba que gritara en español para no entender lo que decía.

El verano que cumplí los siete años, aún vivíamos en la Calle 32 y tenía que caminar varias manzanas hasta la piscina de la Calle 45. El agua estaba muy clorada, había bichos muertos flotando en la superficie y sólo medía un metro veinte de profundidad. Los niños mayores la llamaban la Pipi Piscina. Me avergüenza reconocer que yo también contribuí a su reputación, dejándome llevar despreocupadamente hasta los bordillos azules de la piscina, asegurándome de que nadie me viera.

El agua de la piscina era un espacio abierto azul claro, liviano, que se extendía para envolver mi cuerpo de bala mojado, mi cuerpo de puños cerrados, pies juntos y piernas arqueadas como largas aletas; mi boca apretada para contener el aire como un monedero herméticamente cerrado; mi yo sirena, mi yo pez de colores, mi yo delfín, mi yo ingrávido. Cuando salía a la superficie, estirando la cabeza para respirar, sentía que el cerebro me estallaba de placer. Al cabo de unos segundos, miraba a mi madre, sentada con el bolsón negro cruzado al hombro. Nunca se lo quitaba de encima por miedo a que se lo robaran. Lo que yo hacía a veces, cuando me aburría de jugar sola, era quedarme quieta en el centro de la piscina y mirar alrededor. Al detenerme y abrir bien los ojos, parecía que toda la gente —grupos de niños, madres con bebés con flotadores, niños con manguitos, chicos ajenos al cartel de PROHIBIDO BUCEAR— surgiera de la nada. De repente, se hacía el sonido: chapuzones, gritos, silbatos, incluso el canto de los pájaros y el

rugido de los coches que venía de detrás de la tapia de listones verdes.

El día que conocí a Peter, vi a dos niños forcejeando con su padre al otro lado de la piscina, riendo y salpicándose. Uno de ellos era muy guapo. Era el más pequeño, de unos nueve o diez años de edad, flacucho, con un flequillo largo de pelo castaño. No sólo era guapo; irradiaba felicidad. Había brillo en su rostro y en su piel, rapidez y agilidad en sus piernas, brazos y manos, y una dulzura en sus ojos y en su semblante que no eran propios de un niño. Su hermano mayor también parecía feliz, pero no con la misma intensidad.

Su padre llevaba el pelo gris plata cortado a la taza y un flequillo de los sesenta como los Beatles. Tenía los labios carnosos, una nariz larga y afilada que podría haberle quedado mal a otro, pero no a él, y una barbilla robusta y respingona. Cuando miró en mi dirección, vi que sus ojos eran de un marcado color aguamarina. Me sonrió con el rostro lleno de arrugas: en la frente, en las comisuras de los ojos y alrededor de la mandíbula. Suponía que debía de ser muy mayor, por las arrugas, el pelo cano y la piel del cuello flácida, pero rebosaba tanta energía y tanta alegría que no parecía mayor. Ni siquiera parecía un adulto, porque carecía de la distancia natural que separa a los adultos de los niños. Los niños captan la distancia que los separa de los adultos como también los perros saben que no son personas, y aunque los adultos jueguen como niños, siempre se impone esa sensación de distancia. Creo que, aunque hubiera estado alineado con cien hombres de similar complexión y temperamento, lo habría podido apartar de aquella hilera para preguntarle:

—¿Puedo jugar contigo?

Crucé el largo de la piscina y me limité a preguntarle eso. Él respondió: «Por supuesto», y enseguida me salpicó la cara, retozando conmigo como si yo fuera un hijo suyo. Luego salpiqué las caras de los niños y ellos la mía, porque a aquellos niños no parecía importarles jugar con alguien tan joven y, por si fuera poco, niña. Hubo un momento en que el niño guapo sumergió con cuidado mi cabeza, y cuando volví a la superficie, me reí con tantas ganas que por un instante sólo me pareció oír mi propia carcajada. Entonces el padre me agarró suavemente bajo los brazos y me dio vueltas, riendo como un niño grande. Cuando se detuvo, el mundo se tambaleaba ante mí y una extraña aura blanca envolvió sus

rasgos, como una corona.

Más tarde, cuando los socorristas dijeron a todo el mundo que saliera de la piscina porque iban a cerrar, el padre, de nombre Peter, nos presentó a una hispana de aspecto dulce llamada Inès, que había estado caminando por la parte menos profunda de la piscina mientras nosotros jugábamos. Peter se burló de su necesidad de estar cerca de los bordillos y a mi madre y a mí nos comentó en broma que Inès se ponía nerviosa por cosas que a nadie preocupaban, como subirse a los tiovivos o montar en bicicleta. Inès tenía un rostro torpemente bello de ojos somnolientos arrugados por el sol, un pelo largo y rizado que empezaba siendo oscuro en la raíz y a medio camino cambiaba a un tono de tinte crema asalmonado, y la dulce mirada de un cervatillo salvaje. Llevaba uñas postizas de color violeta; se le habían caído dos, y las demás lucían diminutos símbolos de la paz pintados en negro.

Peter nos dijo los nombres de todos: el niño mayor, Miguel, parecía tener doce o trece años, y el pequeño, Ricky, sólo un par de años más que yo. Al final del día, había olvidado todos los nombres, pero recordaba las primeras letras de los nombres de los padres: P e I. No dejaba de pensar en ellos, P e I, y en su promesa de invitarnos a mi madre y a mí a su casa. Transcurridos unos días sin tener noticias suyas, me olvidé de ellos.

Podría haberlos olvidado para siempre, pero perduraba en mí la vaga impronta de felicidad que aquel incidente dejó en mí. Estábamos en el Chevy del 79 de papá cuando mamá dijo que la habían llamado, o, mejor dicho, que Peter había llamado.

—Estamos invitadas a su casa. ¿No te parece amable por su parte? —Como papá no dijo nada, prosiguió—: Peter e Inès. Y los niños, Ricky y Miguel. Miguel y Ricky. ¡Qué majos! Unos niños muy educados, nada bruscos. ¡Qué familia más agradable!

—¿A su casa? ¿Viven aquí?

—No lejos de aquí. Por teléfono, Peter dijo Weekhawken, justo en la confluencia con Union City. Yo... quería hablarlo contigo. ¿Qué opinas?

—¿De qué?

—De ir allí. El viernes, mientras tú estás en el trabajo.

—A mí no me importa.

—Bueno, me pareció que debía hablarlo contigo.

—No me importa. No son asesinos en serie, ¿verdad?

—Son una familia muy agradable. Muy buena gente. Una familia encantadora.

—A ti todo te parece agradable. Todo el mundo es muy bueno. Todo es encantador.

—Entonces queda decidido —dijo mamá—. El viernes a mediodía.

2

LA CASA DE DOS PLANTAS

Delante de la casa bifamiliar había una fuente de dos pisos y tres estatuas grandes de resina: un oso rosa, un labrador negro con alas y una sirena. El oso estaba medio enterrado bajo una hiedra. La extraña hiedra oscura, que se alzaba en espiral, se enroscaba alrededor de la robusta cola de la sirena y trepaba por el lateral de la casa, tragándose las tejas violetas desconchadas como la barba de un salvaje. En el suelo, junto a la espesa hiedra, crecía un alto rosal de flores rojas y rosas. También había una andrajosa bandera española, roja y dorada, izada en un mástil, y tiestos a ambos lados del felpudo de bienvenida. El timbre al que mi madre llamó colgaba de los cables. Cuando no lo oyó sonar, recurrió a una pesada aldaba dorada.

Al principio no reconocí al hombre ágil y delgado que nos condujo escaleras arriba como el padre de la piscina. Me agarré al pasamanos de caoba por deferencia a la autoridad de mi madre, que llamó «falsa» a la escalera de caracol. Hubo un punto en el que casi me caí, porque estaba demasiado ocupada mirando las llaves de oro que adornaban la pared de la escalera, puestas de manera que, al ir subiendo, cada llave parecía más grande que la anterior.

—Esta escalera es mortal —dijo el hombre, sujetándose la espalda—. Ojalá viviéramos en el piso de la primera planta. Pero es demasiado pequeño para todos nosotros. Además, no está en muy buenas condiciones. Ahora mismo, ni siquiera puedo alquilarlo. Tengo intención de arreglarlo, pero arriba aún hay mucho que hacer. Ya lo veréis.

En lo alto de la escalera había un espejo por el que mi madre preguntó, y el hombre respondió:

—Es una girándula americana, con el águila federal encima. Cada año la pinto con un spray dorado para que se conserve mejor. La compré en un rastro. Toda una antigualla. —Luego se rió, y dijo —: Como yo.

El hombre prosiguió:

—Todo en esta casa es antiguo. Nuestra cocina es una cocina de gas bengalí, instalada en 1955. Y también tenemos una vieja bañera con patas, esa clase de bañeras profundas que ya no se ven. Y el hondo fregadero doble: una parte para lavar los platos, y la otra, para la ropa.

Noté que evitaba abrir la puerta de madera por alguna razón; como todos los adultos, disfrutaba haciendo esperar a los niños. Así que me abrí paso entre él y mi madre, le hice un mohín muy serio pero amistoso, y pregunté:

—¡Hum!... ¿cómo te llamas?

—Peter, ¿no te acuerdas?

—Peter, ¿puedes abrir esa puerta? ¿Por favor?

Rápidamente, con una sonrisa de lo más dulce, me puso aquella amable mano abierta sobre los ojos.

—Ahora, no mires. Yo voy a apartar la mano de repente y, cuando lo haga, vas a ver algo increíble, ¿vale? ¿Prometes que no mirarás?

—Lo prometo.

Oí que la puerta se abría e intenté mirar, pero lo único que vi fue la luz filtrándose entre sus dedos. ¿Lista?

—¡Lista!

En el centro del salón principal había un terrario cuadrado de cristal, del tamaño de un sofá pequeño. Dentro había unas ramas grandes, y en las ramas, iguanas con cresta en la cabeza; un pequeño estanque sucio contenía un siluro negro con bigotes. En perchas colocadas junto a las ventanas, revoloteaban periquitos y pinzones; el suelo estaba cubierto de periódicos que recogían sus excrementos; las paredes albergaban comederos empotrados, y del techo colgaban juguetes para pájaros: ensartados de campanillas y piedras coloreadas. Un enorme perro lanudo se me acercó con la lengua fuera para que lo acariciara, y yo enterré la mano en su pelo largo de color otoñal; él se dejó caer en el suelo con regocijo, y se puso boca arriba para que le frotara y le rascara la barriga.

—Éste es *Zarpas* —dijo Peter—. El perro más simpático del mundo, medio golden retriever, medio collie.

Luego Peter nos llevó a la cocina, donde había un tanque con una pequeña tortuga de caja nadando dentro. La tortuga comía gusanos, dijo Peter, y me enseñó los dados grises, que efectivamente eran gusanos, triturados y desecados. Sacó la red metálica de encima del tanque y yo dejé caer dentro el dado gris y vi que una

cabeza plana y arrugada se acercaba para atraparlo. Tanto el tanque de la tortuga como el ubicado en el salón despedían un fuerte olor fétido que se mezclaba con todos los demás olores: excrementos de pájaros, plumas, viejos periódicos y pelo de *Zarpas*, del que emanaba ese tufo cálido y fermentado característico de los perros. Nos seguía a todas partes y no dejaba de mirarnos con los ojos llorosos. El cotorreo de los pájaros se fundía con el taconeo de las garras del perro en el linóleo de la cocina, y el sonido de aquella cola loca de alegría que lo golpeaba todo a su paso. El trasero de *Zarpas* se meneaba con la cola sin parar.

—¡Es como si bailara! —exclamé.

Fuimos a la sala de estar, que estaba decorada con una alfombra roja, un sofá rojo de terciopelo y sillas con cojines de terciopelo, cortinas rojas, y tres enormes estanterías atiborradas de libros. En el suelo había una pequeña jaula de malla metálica que contenía un robusto hámster blanco y marrón y, junto a la ventana, en un enorme acuario la mitad de grande que el terrario del salón principal, nadaban peces de colores: naranjas, negros, con manchas. Deambulaban por entre plantas de acuario, una casita de piedra, un sapo de piedra y una sirenita de piedra, dejando tras de sí un remolino de burbujas. A la izquierda del acuario había otro tanque más pequeño, hasta el que Peter nos acompañó con una sonrisa en la cara, señalando a un diminuto aligátor en su interior.

—Es un caimán: medio aligátor, medio cocodrilo —explicó Peter. Vi que era la mitad de largo que mi brazo, tal vez un poco más ancho. Tenía la piel llena de arrugas, unos ojos prehistóricos que miraban fijamente, y permanecía inmóvil como las criaturas hechas de piedra.

—¿Cómo puede ser tan pequeño? —pregunté.

—Bueno, si estuviera en libertad, crecería más —respondió Peter —. Pero aquí, en cautividad, sólo alcanza el tamaño que le permite el tanque. Su cuerpo sabe, por instinto, que si creciera más, su entorno se le quedaría pequeño. Aquí es feliz, ¿sabes?, con su arroyo y su tronco para descansar: nunca crecerá más que esto. A no ser que le consiga un tanque más grande.

—¿Lo harás? —Miré su cara sonriente—. ¿Le traerás un tanque más grande?

—Tal vez algún día. Pero a mí me gusta con este tamaño. ¿Quieres ver un truco, algo realmente bueno?

—¡Sí!

Peter puso la mano en el tanque, por lo que mamá y yo soltamos un grito ahogado. Pero, sin dejar de sonreír, empujó ligeramente al aligátor, y entonces yo me acerqué para ver aquel vientre plano, arrugado y blanquecino, aquellas patas regordetas levantadas en lo que parecía total sumisión, y aquella cabeza rara, con una boca en forma de serena sonrisa que exhibía los dientes triangulares más diminutos. Aunque diminutos, los dientes del aligátor parecían poder hacer daño, y mi corazón latía con miedo por la mano de Peter. Yo pensaba en libros de biblioteca que había leído sobre tigres y otros felinos, un tema que me tenía infinitamente fascinada. Supuestamente, un cocodrilo, escondido bajo las aguas de un pantano, podría salir de repente a la superficie, agarrar por el cuello a un tigre que abreva y derribar al gran felino con todos esos dientecillos clavados en su gruesa piel anaranjada mientras las patas traseras del tigre intentan aferrarse al suelo.

Pero Peter le acariciaba el vientre, y yo observaba cómo se dilataban los pálidos ojos del reptil. Para sorpresa mía y de mamá, los ojos del caimán enseguida se cerraron por completo, y Peter dijo en un susurro:

—Está dormido.

Yo también hablé entre susurros:

—Pensaba que te iba a morder. Tenía miedo.

—A todos los animales les gusta que les acaricien la barriga. Sin excepciones.

—¿Cómo se llama?

—*Guardián*.

—Sin duda, lo parece —comentó mamá—. Cuando está despierto, claro. Peter, ¿de dónde sacas el tiempo para cuidar de todos estos animales?

Peter encendió un King 100. Yo sabía que a mi madre le preocupaba que me convirtiera en una fumadora pasiva, pero no dijo nada al respecto.

—Cobro una pensión de veterano por discapacidad. Mi trabajo consiste en cuidar de esta casa porque, como podéis ver, siempre se rompe algo, y tengo formación de carpintero, así que sé arreglar cosas.

Soltó algunos aros de humo y yo los atravesé con el dedo, riéndome cuando se desvanecían en el aire.

—¿Sabéis? Un día de lluvia, cuando trabajaba como carpintero de los Estados Unidos durante la guerra de Corea, conducía colina

abajo y un camión me embistió por detrás. Acabé sometiéndome a una fusión vertebral. A veces, tengo que llevar una faja lumbar, pero no dejo que eso me desmoralice. Me mantengo ocupado. Arreglando esta casa y cuidando de los animales. Sin eso, me aburriría soberanamente. Pero aquí uno siempre tiene cosas que hacer. —Hizo una pausa—. ¿Sabéis cuántos años tiene esta casa?

—¿Cuántos? —preguntó mamá. Yo empecé a trazar círculos sobre el tanque del caimán durmiente.

—Más de cien años. Esta casa se construyó durante la era de la guerra civil; es una de las casas más antiguas de Weehawken. Inès la heredó de su marido. Murió en un accidente de coche cuando sus hijos aún llevaban pañales.

Mi madre abrió los ojos de par en par.

—¿Sabías que más de cien personas al día mueren en accidentes de tráfico? Por eso siempre le digo a Margaux que se ponga el cinturón de seguridad. Mi marido nunca lo hace. —Meneó la cabeza —: Eso debe de haber sido un golpe tremendo para ella. Cuesta imaginarse algo así.

Peter asintió.

—Fue traumático para Inès, mucho. Miguel y Ricky necesitaban un padre e Inès... no sé si se las habría arreglado sin alguien que la ayudara con esta casa. Creedme, está en un eterno estado de... ¡ay!, ¿cómo se dice? Se viene abajo, vaya. Ella trabaja en el *Pennysaver*; una de sus tareas consiste en mecanografiar los anuncios personales y demás. Decidió poner uno por su cuenta, aunque luego se produjo una especie de malentendido y parecía que el anuncio ni siquiera iba a salir aquel día. Pero lo hizo. Cosas del destino, supongo. Bueno, tu nombre, Cassie, viene de Cassandra, ¿verdad?

—Sí. Cassandra Jean. Mi padre me lo puso. Solía llamarme Sandy.

—Entonces ¿te importa que te llame Sandy? Creo que es importante no dejar de ser niños. La infancia es la época más importante de nuestras vidas.

—Sí, estoy de acuerdo. Llámame Sandy, entonces.

—Hay un pequeño poema que aprendí en el colegio y aún hoy recuerdo. Es curioso lo que recordamos. Dice así: «¡Bendito seas, hombrecito / niño descalzo de cara bronceada! / Con tus pantalones remangados, / con tus alegres melodías silbadas; /con tus labios rojos, más rojos aún / por el beso de las fresas silvestres; / con el sol en la cara, / tras tu sombrero rasgado desenfadada gracia; / de

corazón te ofrezco alegría, / ¡pues una vez fui niño descalzo!», John Greenleaf Whittier.

—¡Bravo! —exclamó mamá—. No has perdido el ritmo.

Peter se aclaró la voz.

—A pesar de todo lo vivido, aún procuro adoptar esa actitud. No quiero perder mi alegría. Sandy, ¿alguna vez has pensado que, pese a todo lo que te ha ocurrido de adulta, en el fondo aún sigues siendo una niña? Yo diría que sí.

Mamá se sonrojó e hizo una pausa antes de hablar. No alzó la voz; seguramente pensaba que yo estaba tan entretenida con el caimán que no escuchaba lo que decía.

—Bueno, por la manera en que mi marido me trata, bien podría ser una niña. Siempre dice que todo lo hago mal. Cuando era pequeña, mi padre me daba responsabilidades. Lavaba los platos cada noche y, a cambio, mi padre me daba una moneda de cinco centavos. —Con el rostro radiante, añadió—: Yo era la más pequeña de la familia y el ojito derecho de mi padre.

—Apuesto a que por aquel entonces te parecías a Shirley Temple.

—¡Esto es un zoológico y tú eres el cuidador! —solté.

—Bueno, podría decirse que sí. ¿Quieres ver más animales?

—¡Sí!

—Hay un cobaya en el ático que aún no te he enseñado. El ático es la habitación de Miguel y Ricky. Y hay conejos fuera, en madrigueras.

—¿Dónde están Miguel y Ricky? —preguntó mamá—. Esperaba que Margaux pudiera jugar con ellos.

—En el salón recreativo Big Mouth Arcade, seguramente. Desperdiciando este día soleado.

—¿Con Inès?

—No. Inès no llega a casa del trabajo hasta las cinco y media. Últimamente, hace horas extra. No se las pagan, pero ella nunca se queja. —Puso los ojos en blanco.

—¡Quiero ver los conejos ahora! —agarré a Peter de la mano—. Por favor, ¿me llevas?

—¡Vamos!

Cuando me puse a dar brincos, oí que Peter decía:

—Me encanta. Cuando los niños brincan. Lo más inocente y despreocupado que alguien puede hacer es dar brincos.

Cuando regresamos a nuestro piso, descolgué el teléfono de disco que había en la cocina.

—¿Llamamos a Peter? ¿Le preguntamos cuándo podemos volver a su casa?

—Vale, te doy el número. Llámalo tú. No quisiera parecer pesada.

Por teléfono, dije:

—Peter, ¿podemos volver a tu casa? No está bien preguntarlo tan pronto, pero me ha gustado mucho y nos lo hemos pasamos muy bien. Me he divertido mucho, y me encanta *Zarpas*, me encanta; *Guardián* también, aunque parece un poco enfadado, y los conejos... son muy suaves y me gustan sus naricitas. ¡Me encantan *Peaches* y *Porridge*! ¡Quiero ir a tu casa cada día durante el resto de mi vida! —Hice una pausa; mi madre siempre hablaba de la importancia de la rutina—. Quiero hacer un calendario con los días que podemos ir a tu casa.

No sabría explicar por qué me parecía correcto ser tan atrevida con Peter; simplemente me lo parecía.

Peter se echó a reír.

—Cuando te propones algo, lo consigues, ¿verdad? Anda, ponme con tu madre.

Después de lo que pareció una eternidad, oí reír a mi madre y decir:

—De acuerdo, entonces los lunes y los viernes. Por nosotras, perfecto. A mi marido le gusta llevarnos de paseo los fines de semana, así que ya está bien. —Se hizo el silencio—. Eres muy bueno con los niños; a Margaux le has caído muy bien. ¡Ah!, ¿que has tenido niños de acogida? Siempre he admirado a las personas que hacen obras de caridad; ojalá yo también pudiera, pero mi marido no cree en donaciones y cosas por el estilo. Sí, haz a los demás...

3

UNA MALA COSTUMBRE

Cuando ya llevábamos tres lunes y tres viernes seguidos yendo a casa de Peter, llegando a las diez y quedándonos hasta las cuatro y media para estar de regreso antes que papá, metí la pata delante de Peter y me puse a jugar con el pelo de esa extraña manera que papá tanto odiaba: cogía mechones con los dedos para zarandearlos y retorcerlos. A veces lo hacía con tanto frenesí que retorcía porciones de pelo en marañas y nudos imposibles, y mamá acababa desistiendo de peinarlo. Estábamos en el jardín, mamá arrellanada en una tumbona, y yo de pie junto a la pila para pájaros. Acababa de jugar a la pelota con *Zarpas*.

Mi madre enseguida dijo:

—¡Ah! Mi marido y yo estamos intentando que deje de hacer eso. Se lo hemos dicho a Margaux miles de veces. Pero me gustaría que su padre no fuera tan duro con ella. Es un hábito nervioso como el de morderse las uñas.

—Por amor de Dios, sólo tiene siete años. Yo creo que está preciosa cuando lo hace. Se siente libre y feliz. No entiendo por qué los adultos presionan tanto a los niños. —Mamá se encogió de hombros, y Peter dijo—: Margaux, hazlo otra vez. Eres libre en mi jardín, así que déjate llevar, haz lo que quieras. Venga, vamos, juega con tu pelo.

Yo no quería. Jugar con mi pelo delante de Peter, por mucho que éste dijera que le gustaría verlo, parecía despertar en mí aún más sentimientos de culpa que cuando papá me regañaba por hacerlo. Lo único que no me gustaba de Peter era lo prepotente que podía resultar. De modo que decidí distraer su atención dejándome caer en su regazo, de costado, hasta casi derribarlo de su tumbona.

—¡Cuidado! —exclamó mamá—. ¡Ya sabes que Peter tiene mal la espalda!

Peter no se enfadó; simplemente empezó a hacerme cosquillas. Entonces Ricky salió al jardín y Peter le dio la manguera para que pudiera mojarme. Nos persiguió a los dos hasta que Ricky se

aburrió y se marchó. Las horas pasaban volando, y el jardín se iba sumiendo en la penumbra. Al cabo de un rato, mi madre empezó a decir que quizá deberíamos ir a cenar a casa.

Peter sugirió:

—¿Por qué no hacemos una pequeña barbacoa? ¿No dijiste que los viernes Louie os deja las sobras?

—Sí, cada viernes después del trabajo se va al bar —contestó mamá, y Peter negó con la cabeza.

Cuando Peter preparaba los perritos calientes en la parrilla, llegó Inès con un sándwich en un plato de cartón.

—¿Quieres un perrito? —le preguntó Peter.

—No, tengo pan de aceitunas —dijo Inès, y se tumbó en una toalla floreada con un libro, leyendo mientras picoteaba trocitos de sándwich—. También les he preparado algo a los chicos. —Siempre llamaba a sus hijos «los chicos».

Más tarde, Inès se levantó para hacer una llamada y dejó su sándwich a medio comer sobre la toalla, mientras nosotros devorábamos perritos calientes y un bote de jamón cocido con alubias. De camino a casa, mi madre me contó que, al pasar junto a Inès, vio su sándwich cubierto de diminutas hormigas marrones; parece ser que Inès les había hincado el diente sin siquiera darse cuenta.

—Es una soñadora, como tú —dijo mamá.

A veces a mi madre le gustaba quejarse a Peter de lo terrible que era papá. Últimamente, yo también tomaba parte, y un viernes los tres empezamos a reírnos de papá cuando comíamos en el Blimpie de Bergenline Avenue. Mientras mamá engullía su bocadillo de atún con pan de centeno, y Peter y yo compartíamos otro de salami y provolone con pan italiano empapado en aceite y vinagre, ella empezó a hablar de la obsesión que papá tenía con uno de los armarios de la cocina.

—Lo tiene todo muy bien colocado en su armario: cada bolígrafo tiene que estar en su sitio, ese pañuelo que dice que compró en Madrid siempre está perfectamente plegado, y guarda en montoncitos cajas de cerillas de todos los países en los que estuvo de servicio. Un día que Margaux tenía tres años, traviesa como es ella a veces, se subió a la encimera, abrió el armario y lo revolvió todo; cuando su padre llegó a casa —piensa que yo no sabía nada de lo que había hecho—, le bastó un solo vistazo para ir al armario en busca de su cinturón. Yo sabía el miedo que Margaux le tenía al

cinturón, así que traté de interponerme y acabé recibiendo yo. Pero al menos a ella no le pasó nada. En fin, Peter, tú quédate con que tiene un par de nunchacos: ¿conoces a alguien que tenga unos nunchacos en casa? Los usa para impresionar; es así de chulo.

En el centro del Blimpie, me puse a imitar los mejores movimientos que papá hacía con los nunchacos delante de Peter y mamá, que se partieron de risa. Aquella noche, cuando vi a papá, me sentí un poco culpable. Sabía que él sólo jugaba con los chacos para entretenerme a mí, y para convencerme de que podía protegernos en caso de que algún intruso se metiera en casa.

Papá, mamá y yo estábamos sentados en la terraza de un restaurante de Westchester, bajo una enorme sombrilla chillona. A papá le gustaba parar allí de camino a City Island por las almejas al vapor; luego, a mediodía, parábamos en el Tony's a comer langosta o almejas fritas junto al mar en bandejas de cartón blancas y rojas. Como en el Tony's había videojuegos, siempre iba corriendo a buscar las monedas que papá llevaba en los bolsillos mientras él bebía Heinekens, fumaba puros y hablaba con mamá. En casa no hablaba mucho, salvo para gritar; pero, si estábamos comiendo en un restaurante, se explayaba sobre toda clase de temas. Tal vez no le gustaba el piso en el que vivíamos, o a lo mejor es que los fines de semana era feliz porque no tenía que ir a trabajar. El caso es que, cuando salíamos, podía portarse muy bien con mi madre, invitarla a una piña colada sin ron (no podía beber por la medicación) y a su plato preferido: camarones fritos con salsa tártara y ensalada de col. Pero seguía tratándola como a una niña pequeña, poniéndole la servilleta de papel a modo de babero y limpiándole la boca, lo cual a ella parecía gustarle, aunque a menudo se quejara a Peter.

—No soporto que me trate más como a una hija que como a una esposa.

También parecía disfrutar adulando a papá: «¡Ay, Louie, las comidas que preparas son como las de un restaurante de cinco estrellas», o «Louie, ¿me puedes volver a enseñar esa foto tuya de san Juan? Eres igualito a Robert Redford». La única razón que me llevó a fijarme en eso fue que a Peter le decía otras cosas de papá. A papá le encantaban los cumplidos. En casa, teníamos un juego: «Háblame de papá». Acurrucada junto a él, le contaba todo lo que una niña piensa sobre su padre: que es el hombre más alto y el más

guapo, el más listo y el mejor. En cambio, yo casi nunca era la mejor para papá.

Cuando estábamos sentados a la mesa del restaurante, debí de ponerme a jugar con el pelo sin darme cuenta, porque papá soltó:

—¡Mira! Ya está dando la nota. Esta niña no entiende nada. Ni la vida, ni a mí, ni nada de nada.

Esto último lo dijo no tanto con ira como con pesar. Permaneció un minuto en silencio, casi pensativo. Y luego prosiguió:

—No hay nada peor que las malas costumbres. Una mala costumbre —repetía, mirando a mamá—. ¿A ti se te ocurre algo para acabar con esa mala costumbre? Esa costumbre que...

Mamá enseguida intervino con la esperanza de arruinar el sermón que mi padre estaba a punto de largar, porque sabía —ambas sabíamos— que en cuanto empezaba no había quien lo parara.

—Estoy segura de que se le pasará. El doctor Gurney siempre dice que unos niños son más nerviosos que otros y que no deberíamos preocuparnos por cosas tan tontas como que Margaux juegue con su pelo. Él mismo dijo que morderse las uñas es peor, y que deberíamos alegrarnos de que no lo haga; eso la expondría a padrastros e infecciones. Y Pe... —dijo mamá, y yo supe que era el primer sonido del nombre de Peter, aunque rápidamente lo ahogó con un trago de refresco. Tenía la certeza de que papá se enfadaría cuando mencionara a Peter, si no era para criticar sus condiciones de vida. Papá le había pedido que describiera «aquella casa», y se había sonreído al oír que mamá le decía que la cisterna del váter no siempre funcionaba, o que había hormigas en el alféizar de la ventana, o que una vez Peter le había contado que había recogido buena parte de sus muebles de la basura y que todo se arreglaba con un poco de Super Glue o masilla para madera. Papá se regodeaba pensando en un fregadero a veces rebosante de platos sucios, ni siquiera bien rebañados.

—El olor de esos animales debe de ser insoportable —había dicho papá.

Esta vez frunció el entrecejo al oír el sonido «P», pero no dijo nada.

—Bueno —insistió mamá, apartando la mirada—. Como dijo el doctor Gurney: no es algo permanente. Sus palabras exactas fueron: «Los niños maduran con la edad.» Margaux ya dejará de jugar con su pelo.

—Madurar —dijo papá, no muy alto, pero con una gravedad que indicaba que, si tuviera la lengua inglesa a su cargo, omitiría ese verbo de todos los diccionarios. Después, como concediendo a la palabra ofensiva la oportunidad de reparar su error, intentó pronunciarla de manera diferente, en un tono más suave, mientras sostenía una almeja entre el índice y el pulgar.

El manojo de nervios de papá parecía haberse calmado.

Se aclaró la garganta y dijo:

—Keesy, voy a contarte la historia de una niña portorriqueña que tenía malas costumbres; eran otras, pero igual de perjudiciales. Sus padres estaban preocupados, porque los niños del colegio pensaban que se había vuelto loca. Pero la niña ignoraba que era el hazmerreír, y que sus pobres padres se sentían heridos y humillados con su comportamiento. —Echó un trago de cerveza—. Bueno, ella vivía en su mundo, despreocupada de todo lo demás. Hasta que un día, o al menos eso cuenta la historia, la niña fue a dar un largo paseo y se puso a cantar y tararear mientras caminaba. Llegó a una vía del tren y se acostó con las piernas estiradas sobre los raíles, cantando y mirando al cielo. Estaba tan distraída que no oyó llegar el tren. El conductor tocó el claxon, pero la niña no se enteró, y los trenes no pueden parar una vez en marcha. El tren le pasó por encima de las piernas y se las cortó hasta aquí. —Indicó su cadera —. Sí, Keesy, no te espantes. Sus piernas quedaron cortadas en la vía del tren, pasto de las aves de carroña. Y la pobre niña —para disgusto de sus padres— se quedó con dos muñones ensangrentados.

—¡Louie, menuda historia! —protestó mamá—. ¡No le digas esas cosas a la niña!

—¿Y qué le pasó después de aquello, papá? ¿Qué pasó?

—Tu madre tiene razón; es una historia complicada. Si te contara cómo acaba, tendrías pesadillas.

Entonces vino el camarero, que recogió las botellas de Heineken vacías y le trajo a mi padre otra cerveza. Yo no podía evitar pensar en aquellos dos muñones ensangrentados en la vía del tren.

—¡Papá, por favor! ¡No puedes dejar una historia a medio terminar!

—Tienes una gran imaginación. Invéntate tú el final, Keesy.

—¡Estás borracho, Louie! ¡Estás borracho a treinta grados! ¡Treinta grados de temperatura! ¡Podrías coger una insolación! —exclamaba mi madre en un susurro. Era consciente de lo mucho que

mi padre se enfadaría si lo humillaba en público—. Ahí hay una cabina. Voy a llamar al doctor Gurney. ¡Voy a decirle que estás asustando a Margaux!

—¡Hazlo! ¡Yo mismo te daré la moneda! —Rebuscó en el bolsillo —. Aquí tienes; ¡llama! ¡A ver si entonces puedo tomarme un respiro! ¡Si puedo quedarme aquí sentado y disfrutar de la sombra! ¡Venga!

Cuando mi madre se levantó de la mesa, yo pasé las manos suavemente alrededor del poste metálico de la enorme sombrilla que teníamos justo encima de nuestras cabezas. Me sentía más segura abrazada a él.

—Esa mujer es ridícula. El calor le afecta. ¿Qué se cree? ¿Que es malo tomarse una cerveza fría un día de calor? Esa mujer está loca. No me gusta discutir cuando hace calor. Prefiero sentarme a la sombra y disfrutar de una cerveza bien fría bajo una enorme sombrilla. Ni que a mí me gustara el calor. ¡Odio el calor y la humedad! ¡Por eso me marché de Puerto Rico! Vine aquí para huir de aquello. Pero entonces di con esta mujer.

—Papá, cuéntame lo otro.

—Bueno —dijo.

Yo me quedé mirando fijamente su barba pelirroja, y pensé en un escarabajo que acababa de pisar para ver de qué color era su sangre. La sangre del insecto era naranja y olía mal; me había sorprendido que su sangre no fuera roja.

Mi padre prosiguió:

—Nadie lo sabe a ciencia cierta. Hay dos versiones. Una dice que sus padres cuidaron de ella en la cama hasta que se hizo mayor y murió; la segunda, que una noche rezó al demonio para que le devolviera sus piernas. Siempre había rezado a Dios y éste jamás había respondido a sus plegarias. De modo que, según cuenta la leyenda, un buen día su madre abrió la puerta de su habitación y la niña no estaba, había desaparecido para siempre. Pero a veces la madre creía oír en el tejado un extraño tamborileo que no era ni de lluvia ni de ramas golpeándose contra la tela asfáltica; parecían pisadas. Algunos niños de la época de mi tatarabuelo decían, aunque nunca se sabe cuánto hay de cierto en ello porque los niños dicen mentiras, que por las noches veían a la niña en lo alto del tejado con una bestia cornuda, supuestamente el demonio. ¡Estaban bailando! —Hizo una pausa para beber un poco de cerveza, y prosiguió—: Ahora, ni yo mismo sé qué creer. La primera versión es

algo más plausible. Pero la segunda también podría ser cierta.

Yo me quedé con la mirada fija en mi confeti de servilleta; había troceado servilleta tras servilleta sin siquiera darme cuenta. Mi padre alargó la mano desde el otro lado de la mesa, me rozó la punta de la nariz y me acarició la mejilla.

—Keesy, te digo esto por tu propio bien. Uno debe vivir en el mundo real y no estar siempre con la cabeza en las nubes. Quiero que mi hija sea fuerte como yo y se mantenga firme en el mundo.

Pese al cuento con moraleja de papá, yo sólo me ponía soñadora los calurosos días de verano, cuando en mi mente se iba fraguando una historia tras otra. Peter no sólo me pidió que se las contara, sino que además me ayudó a construir una exclusivamente nuestra. Esa historia se titulaba «Tigre Peligro»: iba sobre un tigre alado que rescataba a las personas. No recuerdo gran cosa al respecto, sólo que Peter representaba diferentes personajes, algunos de ellos malos, mientras que yo sólo hacía un papel, el del propio Tigre Peligro. Tigre Peligro era macho; yo insistía en que así fuera, de lo contrario, debería llamarse Tigresa Peligro. No sabía por qué, pero me gustaba interpretar personajes masculinos cuando hablaba de historias con Peter; y él, por su parte, solía desempeñar personajes femeninos con una ridícula voz de falsete, lo cual servía para echarnos unas risas. Me alegraba de que mi madre estuviera atareada escribiendo en su Libro de Hechos o simplemente holgazaneando en su tumbona, observándonos sin tomar nunca parte en nuestras historias. También me alegraba de que Inès trabajara a jornada completa y de que los chicos casi siempre estuvieran fuera patinando, visitando el salón recreativo o viendo la televisión en el ático. Una vez Peter le comentó a mi madre que estaba bien que yo fuera a su casa, porque Ricky y Miguel empezaban a hacerse mayores y ya no querían pasar tanto tiempo con él: incluso bromeó que salir todos juntos como una familia los fines de semana, aunque sólo fuera para ir a la piscina de la Calle 45, era como sentarse a tomar el té con una panda de macacos. Yo jugaba a la pelota con *Zarpas* mientras ellos hablaban sentados en las tumbonas. Peter decía:

—Los chicos están en esa fase de obsesión con los amigos. Ricky cursa quinto, y Miguel, octavo; así que supongo que es normal. Me sentía muy solo antes de que tú y Margaux vinierais por casa. Las

dos habéis traído mucha alegría a mi vida.

Mamá levantó la vista del Libro de Hechos y espantó una mosca veraniega con la mano.

—Gracias, Peter. Tú también has sido una bendición del cielo.

Peter sonrió, pero luego pareció entristecerse.

—Será triste cuando ella vuelva al colegio en septiembre. —Encendió un cigarrillo.

—Podemos seguir viniendo —dijo mamá, agitando la mano con tranquilidad—. Estaremos aquí a las tres, como muy tarde. Y podemos quedarnos todo el tiempo que queramos. Louie se alegrará de no tener que cocinar otra noche. Más tiempo para el bar. —Hizo una pausa, y a continuación añadió—: Pero será estresante, con la vuelta al cole. Es muy duro... para comprar los uniformes de Margaux hay que ir a una tienda especial, y luego a otra diferente para los zapatos. ¡Y luego están los libros de texto! Peter, cada año hay que forrar los libros de texto, y Louie se pone furioso si le pido que lo haga él, ¡lo cual no es nada fácil! Tienes que cortarlo de una forma determinada, y a mí no se me dan nada bien las manualidades, ya no.

—Yo puedo ayudarte con los libros de texto de Margaux —se ofreció Peter—. Cuando llegue el momento, tráeme los forros de los libros; te enseñaré una manera sencilla de hacerlo.

—¡Ah! No querría darte la lata...

—No hay problema, en serio, Sandy.

Mamá dijo que el jardín de Peter era el lugar más relajante del planeta, más tranquilo incluso que su salón. Lo que más le gustaba era acariciar a *Zarpas*; no creo que nadie lo haya acariciado tanto como mi madre.

—No hay descanso para el cansado —bromeaba. Y cuando al fin *Zarpas* se alejaba para vernos a Peter o a mí, volvía a garabatear en el Libro de Hechos.

Para entonces la libretita de espiral estaba completamente llena, así que mamá había empezado a escribir en los márgenes y en las tapas. Luego Peter le regaló una libreta nueva, convenciéndola de que no le costaría demasiado manejar dos cuadernos. Y ella enseguida volvió a tomar nota de sucesos locales y catástrofes mundiales, listas de la compra y canciones infantiles, cosas que debía hacer o personas a las que debía llamar. A veces preguntaba a

Peter si podía usar su teléfono, y subía a hacer llamadas a sus contactos —a personas que había conocido en la sala de psiquiatría, al doctor Gurney o a amigos de la universidad de quienes se quejaba porque no atendían sus llamadas. En casa, siempre hablaba de «poner en la lista negra» a los amigos que no respondían; sin embargo, que yo sepa, nunca tachó el teléfono de nadie. En cierta ocasión mamá probó suerte con todos sus contactos, pero normalmente llamaba a líneas directas para la prevención del suicidio, o al supermercado Pathmark para preguntar por el precio de esto y lo otro, o al Hospital Saint Mary para solicitar que le enviaran información sobre el cáncer o alguna otra enfermedad grave que temía contraer.

Además de «Tigre Peligro», Peter y yo compartíamos un montón de juegos que él se inventaba. Uno de ellos era una versión mejorada de «La araña pequeñita». Peter ponía los dedos como garras y los movía frenéticamente para formar las patas de dos simpáticas tarántulas que entonces trepaban por mi cuerpo, haciéndome cosquillas. Otros dos juegos eran «El científico loco» y «El jardinero loco», al que jugábamos en el jardín. Peter me perseguía con la manguera, mojándome con un buen chorro de agua cada vez que me acorralaba. «El científico loco» también implicaba hacer cosquillas y, cuando él me atrapaba, me sujetaba y me sometía a lo que llamábamos Tortura China. Peter empezaba por lo que consideraba el tercer grado, algo suave, pero luego pasaba a hacerme cosquillas en la barriga, en las axilas y en las plantas de los pies (lo que él llamaba el primer grado) si yo no me rendía. Peter decía que nunca antes había conocido a alguien que hubiera pasado directamente al primer grado sin pedir clemencia. Aunque al principio eso me llenó de orgullo, después me decepcionó un poco y me puso celosa: yo pensaba que «El científico loco» era algo exclusivamente nuestro, y no pude evitar preguntarme con quién más habría jugado.

4

SALVAJES

Por lo visto, papá había dejado dinero en depósito para una casa, pero la mudanza no se realizó hasta un día de septiembre, con montones de cajas de UPS selladas y un enorme camión blanco. Donamos mis juguetes viejos a la Iglesia metodista de Emanuel, al otro lado del parque de juegos de la Calle 32. El día anterior, papá y yo fuimos a dar una pequeña vuelta en coche por nuestro antiguo vecindario, así aprovechó para señalarme todos los peligros que evitaríamos trasladándonos a nueve manzanas de allí. Papá le había dicho a mamá que nos acompañara, pero ella dijo que prefería quedarse en casa escuchando la radio. Ahora la habitación era deprimente, con todas nuestras cosas embaladas y sólo mi madre y la radio apoyada sobre la sábana blanca. Mamá no se había vestido: llevaba una larga prenda de ropa a cuadros con broches delanteros que había traído de una de sus estancias en el hospital. El salón sin muebles ofrecía una visión más desoladora: ahora que todos mis juguetes estaban recogidos, el único rastro de mi presencia eran los garabatos hechos con rotulador en la pared, de las muchas veces que papá se había enfadado con el casero y me había concedido libertad artística.

—¡Siempre remoloneando! —dijo papá, y me empujó con brío. Al bajar la escalera de la entrada, que olía a orines y cerveza, añadió—: Keesy, cuando hoy te lleve en coche, fíjate en las cosas y en los lugares que has disfrutado. Esa mujer es una vaga, y estoy seguro de que no se molestará en venir caminando hasta este lado de la ciudad cuando nos hayamos mudado; aunque, para ser sincero, tampoco creo que me haga mucha gracia volver a veros a las dos por aquí.

Llegamos a la Calle 30 y papá aparcó el coche para comprar puros en Havana Cigars por última vez. Yo no tenía nada que hacer en el Chevy, salvo mirar con tristeza a la Beeline Arcade, donde siempre jugaba al Galaga y a la Señora Pacman. Pensaba en la pista de patinaje que había a una manzana de nuestro piso, con un

gigantesco patín de ruedas rojas pintado en la pared blanca de ladrillo; mi madre nunca me había dejado patinar allí, por miedo a que me cayera y me rompiera la crisma.

Cuando creía que me iba a poner a llorar, papá regresó con dos clases de puros: Ninfas y Senadores.

—¿Sabes qué? —preguntó papá, agarrándose al volante sin haberse puesto aún en marcha—. He estado hablando con el dependiente y me ha dicho que nos marchamos de aquí justo a tiempo. Hay más drogadictos que nunca, y pandilleros, y delincuentes juveniles. Proliferan como las cucarachas, y no hay quien los detenga. He oído que ahora incluso hay prostitutas durmiendo en el aparcamiento del Toys R Us, ¿te lo puedes creer?

Mientras se incorporaba al tránsito, papá iba mirando por la ventanilla.

—Ésta es una mala zona de la ciudad, Keesy. Mira a ese hombre escupiendo en la calle. ¡Yo no escupiría en la calle ni aunque me estuviera asfixiando! Por eso siempre llevo un pañuelo; nunca escupo, nunca juro como un salvaje de los bajos fondos, y no echo porquería al suelo. Mira esas dos palomas picoteando las colillas de los cigarrillos, Keesy; ¡se creen que es comida! Es deprimente. Todo este lugar me resulta deprimente. Siempre he pensado que un buen día me metería en el coche y me iría a vivir a otro lugar, a cualquier otro lugar. Pero soy un hombre responsable, no un desertor. ¿Quién más podría soportar a una mujer como tu madre? Voy a decirte algo, Keesy. Disfruta de tu juventud. Porque nunca sabes lo que te espera.

Papá suspiró y continuó:

—En esta vida, no podrás tener todo lo que quieres. Pero podrás ser tú misma, la clase de persona que ha demostrado valentía, que ha vencido sus miedos, y podrás echar la vista atrás con orgullo. Por eso yo me enrolé en el ejército cuando tenía dieciocho años. Mi padre había sido militar, mis hermanos también lo eran, y sabía que era mi turno. ¿Crees que me gustaba sentarme en un tanque que llegaba a los cincuenta y cuatro grados centígrados en Alemania? Pero ahora me alegro de haber sido aquel joven casi muerto de calor en el tanque porque, si ese joven no hubiera superado aquella prueba, hoy yo no sería el hombre que soy. Lo más importante, Keesy, es el amor propio. Quizá otras personas me odien, quizá mis compañeros de trabajo me odien y mi jefe me desprecie, quizá esos salvajes de la calle me aborrezcan, pero yo sé que estuve en ese

tanque y que cada día hacía mi cama a la perfección cuando estaba en el ejército y que mi uniforme siempre estaba impecable. Me miro a mí mismo, y sé que he cumplido mi parte del contrato con la vida. La vida es un contrato, Keesy.

Papá paró brevemente el coche, alcanzó el pack de seis cervezas que llevaba en la parte de atrás, metió la botella vacía en una bolsa de la compra y puso una cerveza fresca dentro de la arrugada bolsa de papel. Me ofreció un trago, que yo rechacé alegando que a mí la cerveza me gustaba fría. Él se echó a reír y me dio una palmada en la pierna.

—Cuando me casé con tu madre, no sabía que tendría que aguantar a una mujer enferma, y totalmente inútil. Su hermana es una bruja, pero debería haberla escuchado. Esa bruja de Connecticut me lo advirtió, y yo no le hice caso. ¿Sabes qué me decía, Keesy? Dijo que, cuando ella y tu madre iban a la playa, tu madre siempre llevaba auriculares. A la mayoría de la gente le gustaría escuchar el sonido de las olas, la brisa en la arena, los chillidos de las gaviotas. Pero tu madre siempre tenía que escuchar música. Por aquel entonces, yo debería haber intuido que algo iba mal. Pero cuando eres joven cometes estupideces. Yo no sabía por qué quería casarme. Habría sido más feliz quedándome soltero, llevando vida de eremita. Pero quería tener hijos, quería transmitir mis genes a otra generación; me dejé arrastrar por el instinto básico de la vida: reproducirse. No olvides que tus instintos casi siempre se equivocan. Haz caso de lo que los amigos y la familia te dicen que hagas, porque ellos lo saben mejor que nadie; incluso un desconocido al que te encuentras por la calle: cuéntale a esa persona tu situación y verás que los consejos que te da son mejores que lo que tú puedas sentarte a pensar.

Papá había conducido distraídamente por entre la habitual congestión de Bergenline Avenue hasta donde ésta se convertía en Kennedy Boulevard. Habíamos pasado por delante de Pastore Music, el Burger Pit, y el Four Star Diner; habíamos subido hasta Sears y allí habíamos dado media vuelta. Papá tenía razón, había algo triste y decadente en estas calles. Tal vez fuera porque Bergenline Avenue se quedó desierta a la altura de la Calle 29 y a partir de allí todo fue de mal en peor: menos tiendas, menos personas, más adolescentes sentados en las capotas de coches aparcados, más ancianos desplomados en las puertas de las casas con botellas de licor de alta graduación envueltas en bolsas de

papel.

—Te aseguro, Keesy, que prefiero morir antes que verme así en la calle, ¡bebiendo whisky barato! —bramó papá—. Aunque al menos estos vagabundos de Union City tienen respeto, no piden dinero. Se sientan en silencio y meditan sobre qué ha pasado con sus vidas mientras tú pasas por delante, y no te piden nada o se autocompadecen. —Bebió otro trago de cerveza—. Aun así, tengo que llevar encima una pistola por si me roban. Llevo joyas de primera calidad y que despiertan la envidia de la gente. Me gusta ir bien puesto, y los desvalidos me desprecian porque querrían estar en mi lugar. Muchas veces, Keesy, pienso: sin cosas bellas que admirar, ¿qué nos queda? Incluso a cualquiera de esos vagabundos, el hecho de que aparezca una chica guapa y le sonría lo resucita. El rostro de una mujer hermosa y un caballo elegante, bien cuidado y listo para emprender el galope: son visiones efímeras. El rostro de Elizabeth Taylor. Y Brooke Shields. Algunos de mis amigos dicen que te pareces a ella. Pero yo creo que tú eres aún más guapa. No me gustan sus cejas. Dejémoslo ahí, Keesy. —Nos paramos junto al supermercado Los Precious de la Calle 29, al otro lado de la estación de autobuses NJ Transit—. ¿Quieres unas patatillas?

En el interior del supermercado, papá se compró unas cortezas de cerdo de la marca Donita, una bolsa de tostones La Dominica y mandioca frita. A mí, me compró barquillos de vainilla y un refresco Tampico Citrus Punch. Antes de regresar al Chevy, papá me alzó la barbilla y me dijo:

—Lamentaré el día en que te hagas mujer. Los hombres aquí no tienen respeto. Gritan y silban como una panda de babuinos a todo lo que pasa por la calle; no sé de qué clase de familias vienen. Hay salvajes por toda la ciudad. Ojalá pudiéramos trasladarnos a algún barrio de las afueras.

La atmósfera se volvió fantasiosa mientras escuchábamos *Rubber Soul* de los Beatles. Cuando sonó la canción *Run For Your Life*, papá cantó y tamborileó con las manos contra el volante. Después me explicó que aquella canción iba sobre un hombre celoso que sospechaba que su novia lo engañaba; la avisaba de que, si alguna vez la sorprendía con su amante, la mataría.

—¿Por qué tiene que matarla, papá? ¿No puede buscarse otra novia?

—No es tan sencillo, Keesy. Tiene que ver con el honor. Pero yo no creo que un hombre deba castigar a su novia por indiscreción.

Las mujeres son frívolas; se enamoriscan y son criaturas apasionadas, no racionales como los hombres. No pueden evitarlo. Enfadarse con una novia que te engaña es como pedirles a las nubes que llueva. Keesy, yo tengo una novia de la que tu madre no sabe nada. —Hizo una pausa.

Me alegré durante un segundo, consciente de que confiaba en que yo no se lo contara a mamá. Muchas veces, él y yo hacíamos cosas a escondidas de mamá. Por ejemplo, cuando íbamos en coche, él dejaba que me sentara delante sin el cinturón de seguridad; en cambio, cuando estaba mamá, tenía que sentarme atrás con el cinturón abrochado. Y cada vez que me llevaba a pasar revista al coche me compraba cuatro donuts de chocolate para comer, diciendo: «No se lo digas a tu madre.» Luego me sobrevino la tristeza. Sabía que el hecho de que papá se echara novia tenía algo que ver con que nunca abrazara o besara a mamá, y con que nunca le dijera «Te quiero».

Él prosiguió:

—Por lo que sé, mi novia sale con otros diez hombres, pero ¿qué puedo hacer yo al respecto? No puedo preocuparme por todo. Hijas, hermanas, madres: todas tienen algo de sagrado porque son de tu sangre, y si un hombre les hace algo a ellas, te está haciendo algo directamente a ti. En mis años de experiencia propia y ajena, la de mis amigos, he descubierto que un hombre sería capaz de deshonrar a la hermana, a la madre y a la hija de otro con tal de destruir su honor, porque eso hace que se sienta poderoso. Sé que hay dos niños en esa familia que tu madre te lleva a ver: ten cuidado con los niños: juega con ellos cuando haya alguien delante, nunca te quedes a solas con ellos. Es un consejo práctico, de alguien que sabe lo que dice. —No me atreví a decirle a papá que rara vez veía a alguno de los niños; que pasaba la mayor parte del tiempo con Peter, a solas y con mi madre delante.

Cuando nos acercábamos al piso, papá señaló una pintada en el lateral de un edificio y dijo exactamente:

—¡Mira! Es de ese machote, Bones, ese vándalo al que nunca consiguen atrapar. ¡Siempre haciendo de las suyas en la ciudad! Bueno, Keesy, ya te puedes ir despidiendo de nuestro viejo amigo Bones. ¡Nunca más tendremos que ver ese nombre!

En nuestra nueva casa, papá dijo que había que darse duchas cortas

y no aquellas duchas sin prisas que siempre nos dábamos en el piso, donde no pagábamos por el agua. Los muebles eran nuevos y estaban recubiertos de una envoltura de plástico que papá no quiso retirar por miedo a estropearlos. El plástico era incómodo, por eso nadie se sentaba encima, ni siquiera papá. Por la cara que ponían los bigotudos hombres de mudanzas, el sofá debía de ser tremendamente pesado. Tenía los pies de madera de roble y era lo bastante largo para que papá pudiera tumbarse en él. La nueva televisión que papá compró era enorme, y tenía adornos de caoba en forma de volutas; pero rara vez se sentaba a mirarla en el salón: prefería retirarse a su habitación a mirar la diminuta tele del piso viejo. Nos habíamos deshecho del teléfono de disco y compramos uno electrónico que se encendía cuando yo apretaba los botones. No pude evitar echar de menos el sonido del dial al marcar. Me recordaba a las cuchillas de los patines en una pista de patinaje sobre hielo, y las veces que papá me acercaba al Rockefeller Center para observar a los patinadores.

Un día, oí a mamá decir por teléfono que había pensado que todos seríamos más felices en nuestra acogedora casa unifamiliar, de tejado colonial a dos aguas, que en aquel raquítico piso pasto de las cucarachas. Pero no era así y tampoco sabía el porqué. Eso era cierto: parecía que desde que nos habíamos mudado a la casa, papá soltaba largas reprimendas cada vez más a menudo, y disponer de toda una casa por la que deambular no impedía que mamá siguiera encerrándose en una habitación con su radio o el tocadiscos Gibson. Papá tenía aún más cosas que limpiar, y ahora pesaba sobre él una mayor responsabilidad sobre la pulcritud del lugar. Si una pequeña cantidad de agua se derramaba en el suelo del cuarto de baño, por poca que fuera, papá gritaba que las baldosas se iban a levantar. Era tal el temor de papá que insistía en que pasáramos la fregona después de bañarnos, y luego él mismo la volvía a pasar, siempre protestando por lo caro que nos saldría embaldosar el suelo otra vez. Nos había prohibido bañarnos durante el día, cuando él no podía supervisar las baldosas.

Por estas fechas, papá afrontaba un período más complicado de lo normal en el trabajo, y su humor de perros hacía que despotricara más a menudo sobre Vera, la hermana de mi madre. Ella era «la bruja de Connecticut». Mi madre tenía dos hermanas: Vera, que era tres años mayor; y mi querida tía Bonnie, la gemela de mamá, que vivía en Ohio.

Un día de lluvia, sentada en el salón de Peter después de mirar *Fiel amigo*, que nos había hecho llorar a los dos, mi madre consiguió animarnos convenciéndome para que imitara a mi padre un fin de semana que había llegado del bar y había empezado a largar un sermón sobre la tía Vera.

—¡Mira esto, Peter! —dijo mamá—. ¡Margaux es mejor que cualquier cómico de primera línea!

Así que me puse en pie.

—Vale, vale, pero no os riáis, ninguno de los dos, o yo también me pondré a reír y eso lo echará todo a perder. Está bien, ahí va... Esa vieja bruja de Connecticut nos mira por encima del hombro porque ella vive a todo lujo en ese suntuoso lugar, ¡y yo la invité a venir aquí una vez y no vino! Se inventó una excusa, algo estúpido, inverosímil, pero ¡yo sabía que no quería poner los pies en Union City! Bueno, ¡espero que se muera de una enfermedad terminal! ¡Espero que se muera en la cama, gritando de dolor! ¡Me mira por encima del hombro! ¡Se cree demasiado buena para mi cocina! Es más, conozco a esta clase de mujeres: estudió francés no por amor a la lengua, ¡sino para liarse con ese rico banquero! Ahí los tienes en esa casa: la bruja y el banquero en esa fría casa. Apuesto a que apagó la calefacción cuando fuimos a verlos ¡para que no volviéramos! ¡No entiendo a una persona así! ¡Yo aprendí francés y alemán por amor a la lengua, la cultura y la comida! ¡Respeto la cultura europea! ¡Adoro lo francés! La bruja también fingía tocar la flauta para atraer el banquero, no porque llevara la música en las venas. ¡No soporto a las personas falsas! Yo estudié a los poetas españoles porque los admiraba, y escucho música ¡porque me gusta! Os confieso una cosa: ¡vendería mi alma al diablo para ver a esa bruja arder conmigo en las llamas del infierno! ¡Porque ella acabará allí, os lo aseguro! ¡Os lo aseguro! —Me desplomé en la moqueta entre risas.

—Margaux debería ser actriz —dijo Peter, impresionado.

—Tiene talento para la interpretación —apostilló mamá—. ¿Y sabes qué? Aunque mi marido siempre se ha quejado de Vera, lo cierto es que nos ayudó cuando más lo necesitábamos. Ella cuidó de Margaux los dos primeros meses que yo pasé internada en el hospital. Ésa fue la primera vez que me puse enferma, y vieron que debía estar en tratamiento durante el resto de mi vida. Ni siquiera podía sostenerla en brazos. Me aterraba que se me pudiera caer al suelo. Era un fracaso. Quería al bebé, pero sabía que no estaba en

condiciones, lloraba sin parar y no me veía capaz de cuidarlo.

—¿Podemos ver otra película? —pregunté, y Peter puso una cinta de vídeo de *Punky Brewster*. Creo que a Peter le gustaba tanto como a mí; decía que la relación entre Punky y su padre adoptivo, Henry, le recordaba a nosotros dos.

Mamá prosiguió:

—Y me siento culpable porque ocasiono muchos gastos. Cada vez que voy al hospital, le costa a Louie unos mil dólares.

—¿Y quién es el que te pone enferma? —preguntó Peter, enderezándose en la silla—. Es él. ¡Con su maltrato físico y mental! Él te lava el cerebro, Sandy, y te hace pensar que no estás bien cuando el que está mal de la cabeza es él! ¡Algo le pasa a ese hombre! Sandy, ¿te puedo hacer una pregunta? ¿Por qué no dejas a ese hombre, de una vez por todas? Déjalo y busca un piso para ti y para Margaux. Eres una mujer atractiva. Ya encontrarás a alguien.

—¡Ay, Peter! Gracias. Eres muy amable, pero mírame bien: estoy demasiado gorda y ningún otro hombre me querría. No sé administrar el dinero ni cuidar de la casa; en Westport, donde yo me crié, teníamos una señora de la limpieza. Y luego están todas esas facturas del hospital, que él paga...

—¡Con vuestros cheques de la Seguridad Social! —Mi madre recibía un cheque de la Seguridad Social por mí y otro por ella, porque su enfermedad mental la acreditaba como discapacitada.

—Sí, sí, con nuestros cheques, pero él se encarga de la medicación y prepara la comida y... y yo estoy enferma. —Miró al interior de la pecera al decir esto—. No estoy bien; voy al hospital. Quiero decir, que el tribunal echaría un vistazo a mi historial, vería mis idas y venidas del psiquiátrico y le darían a él la custodia. La apartarían de mí, Peter.

—No si puedes demostrar ante el tribunal que él es violento contigo y con Margaux, Sandy —dijo Peter, posándole la mano en el brazo con delicadeza.

5

MÁS ALTO, MÁS ALTO

Cuando los días empezaron a ser fríos y nos vimos obligados a pasar más tiempo dentro de casa, le tocó a Peter inventar nuevos juegos. No más barbacoas fuera con perritos calientes y nubes de azúcar tostadas en un palo, no más piscina ni persecuciones con la manguera del jardín, no más trepar al árbol. El aire invernal consumía a mi madre; caminar hasta casa de Peter la dejaba exhausta, así que luego se quedaba más rato en el salón escuchando sus auriculares mientras observaba a los peces nadar (Peter la animaba a seguirlos con la mirada, diciéndole que eso ayudaba a bajar la presión arterial), escribía cartas a la tía Bonnie, o trabajaba en su Libro de Hechos. Papá le había hecho un espantoso corte de pelo y parte de ese pelo se le había caído por la medicación. Su rostro, aunque rubicundo, estaba como hundido. Sólo parecía revivir ligeramente en casa de Peter, como si allí tuviera la vaga esperanza de algo.

A Inès no le gustaba ver a mi madre en el salón cuando llegaba a casa hacia las seis y recalentaba un plato de comida que Peter había preparado y luego se iba a leer bajo la lámpara de oro y bronce cuyo flequillo rojo colgaba en ondulados mechones. Peter me reveló que, después de un día agotador, Inès no quería palique, y mi madre era de las que no sabía captar una indirecta. Muchas veces, Inès leía igualmente mientras mi madre hablaba. Peter decía que, por suerte, tenía la extraña habilidad de abstraerse de todo cuanto la rodeaba.

—Yo no soy capaz —reconoció en una ocasión—. Hay quien me toma por un policía; por lo atento que estoy y lo consciente que soy de todo lo que pasa a mi alrededor.

Peter se había propuesto mantenerme activa y contenta aunque pasáramos buena parte del tiempo recluidos en la casa: con películas, juegos de mesa, incluso ajedrez, al que consiguió enseñarme a jugar despacio para que no me desilusionara, y, por supuesto, alimentando y cuidando a los animales. Hasta empezó a

dejarme coger las iguanas, cuando antes temía que pudieran arañarme en la cara. Pero ahora decía que ya casi tenía ocho años, que me estaba haciendo responsable y madura. Sabía que estaba preparada. Peter hacía que me pusiera unas tupidas manoplas negras como guantes de boxeo antes de entregarme uno de los viejos lagartos, que permanecía muy quieto cuando yo lo acariciaba. Hay una fotografía mía de esa época, donde salgo con la cabeza inclinada y un flequillo negro delante de los ojos; el lagarto tiene la cresta de punta y las garras cariñosamente enroscadas alrededor de mi pierna: una criatura prehistórica de piel cortante que las suaves yemas de mis dedos notaban incluso a través de los guantes gruesos.

También teníamos un puzle de mil piezas que estábamos montando. Él me daba un beso furtivo en los labios cada vez que uno de nosotros encontraba una pieza, no sin antes asegurarse de que nadie miraba. Podía ser que Miguel o Ricky vinieran a picar algo a la cocina, pero afortunadamente siempre hacían ruido, como mi madre, que arrastraba los pies al andar. Peter decía que era importante que nadie nos viera darnos besos, porque la gente de hoy en día era muy rara y en los tiempos que corrían cualquier muestra de afecto estaba bajo sospecha; cuando él era un niño, los padres siempre besaban a sus hijas en la boca.

Un viernes de enero frío como una tumba abierta, agarré mi primer berrinche delante de Peter.

—¡Ya no soporto estar aquí metida! ¡Estoy harta! ¡Odio el invierno! —Miré por la ventana del salón a Miguel y Ricky, que estaban fuera patinando y, es más, ni siquiera llevaban abrigo—. Mira a esos idiotas, están fuera todo el año y no se congelan. ¡Me parece que eso de congelarse es un rumor, un rumor falso inventado para alarmar a las niñas y mantenerlas encerradas en casa! ¡Ojalá pudiera ir al parque! ¡Ojalá pudiera ir a los columpios! ¡Ojalá! ¡Ojalá! ¡Ojalá! —Pateé el suelo.

Mi madre miró a Peter en silencio.

Peter dijo:

—Margaux, tengo una gran idea. ¡Ven!

Lo seguí escaleras abajo, tocando cada llave dorada al pasar, como siempre que subía o bajaba. Me alboroté cuando nos dirigimos al piso de abajo por el estrecho pasillo que había junto a

la puerta. Llegamos hasta una puerta de madera, que Peter abrió con una pequeña llave plateada. Alargó la mano para tirar de un largo cordel y, cuando una bombilla se encendió, me hizo señas para que lo siguiera.

—Agárrate al pasamanos —me advirtió, pero el pasamanos no empezaba hasta la mitad de la escalerita.

Los peldaños parecían hechos de madera vieja y blanda, y eran poco firmes, así que me imaginé caminando por la cubierta de un barco pirata. Cuando Peter llegó a los pies de la escalera tiró de otra cuerda y activó otra bombilla.

—¡Hágase la luz! ¿Qué te parece? Está hecho un desastre, ¿verdad? Inès es una urraca; no le gusta tirar nada. No ha podido deshacerse ni de la ropa vieja de su marido. Aún conserva los mocasines que él llevaba el día que fueron a Woodstock.

Eché un vistazo: dos motos, unas bicicletas oxidadas, esquís, unos cuantos paraguas, una nevera, tumbonas, y algunas cajas de herramientas abiertas de par en par con clavos, destornilladores y tuercas dentro. En el suelo, había montones de libros polvorientos, cajas, cajones y baúles que despertaron mi curiosidad. Sin embargo, lo primero que hice fue montarme en el asiento de cuero de una de las motos, agarrar el manillar con las dos manos y «¡Burrum, burrum, burrum!».

—Tengo que sacar esa moto a rodar este verano, así podremos ir a dar alguna vuelta. ¿Tú vendrías conmigo?

—Si mi madre me deja. ¡Burrum, burrum, burrum!

—Tengo la impresión de que te dejará. Tu madre es muy protectora, pero creo que podría convencerla.

El sótano era frío, así que me alegré de llevar el jersey de punto que mi madre me había puesto. Nunca antes había estado en un sótano. Olía a humedad y a moho, y a veces me recordaba al aire de una caverna, o al menos como me imaginaba yo que sería. El suelo parecía de metal y el techo era una colección de largas vigas de madera, tan bajas que Peter tenía que encorvarse.

—Estás gracioso así encorvado —dije.

—Bueno, la gente antes era más pequeña. Cada generación crece un poco más que la anterior. Muy pronto seremos una raza de gigantes. —Hizo una pausa—. Tú eres alta, Margaux, estás dando un buen estirón. Diría que has crecido cuatro dedos en cuestión de meses. O a lo mejor son imaginaciones mías. El tiempo pasa volando. ¿Nunca has deseado pararlo? Yo sí.

Me bajé de la moto y me acerqué a un armario victoriano de roble, parecido al que papá tenía en su habitación. Lo abrí sin preguntar y esperé por si Peter me decía algo, pero no lo hizo. Ésa era una de las cosas que más me gustaba de Peter: apenas imponía normas. Las pocas normas que imponía eran las que mi madre había dictado, y seguro que lo hacía para tenerla a ella contenta, no porque creyera en ellas. A veces, yo soñaba con que mi madre desapareciera de repente y Peter y yo nos quedáramos solos, todo el tiempo, sin normas.

Dentro del armario había vestidos, sombreros y boas de plumas. También había una especie de corona, que Peter identificó como una diadema.

—Pruébatela —me animó. Y, aunque yo hubiera preferido probarme el polvoriento sombrero de fieltro negro, el de flamenco o el flexible de terciopelo, me la puse.

—Estás preciosa —dijo Peter en un susurro—. Como una princesa.

—Pero yo no soy una princesa —repuse—. ¡Soy la Reina de Corazones! ¡Que les corten la cabeza! ¡Que les corten la cabeza! —Hice el gesto de cortar la cabeza con las manos.

Peter frunció el entrecejo.

—¿No prefieres ser una princesa antes que una vieja reina refunfuñona?

Arrojé la diadema al suelo.

—Esta cosa es horrible. Y no me gustan estos vestidos; son demasiado viejos y están muy sobados. ¿Por qué guarda todo esto? —Y, sin saber por qué, arranqué los vestidos de las perchas y los desperdigué por el suelo. Miré a Peter y sonreí.

Él parecía horrorizado.

—¡Recógelos! ¡Es su pasado! ¡Casi toda su familia vive en España y ella nunca va a verlos! ¡Ese vestido que acabas de tirar al suelo era el traje de novia de su difunta madre!

Con humildad, los recogí y los colgué de nuevo en las perchas. Ambos guardamos silencio.

—Bueno —comentó Peter—, no te traje aquí abajo para enseñarte las cosas de Inès. Vine aquí a coger contrachapado, un trozo de cuerda, papel de lija para lijar la madera y mi taladro para hacer unos agujeros en la madera. ¡Ah!, y algo de pintura; necesito pintura. ¿Cuál es tu color favorito?

—El violeta.

—Pues no sé si tengo violeta. ¿Te vale el rosa? —Sonrió.

—¿Me vas a hacer algo?

—Tal vez. —Volvió a sonreír. Yo fui corriendo a abrazarlo.

—Siempre piensas en mí. Me haces muy feliz. —Guardé silencio —. ¿Es un monopatín? ¿Me estás construyendo un monopatín? Dime si frío o caliente.

—Frío como el Ártico. Ahora ven conmigo; tenemos que subir y ponernos manos a la obra. Pero antes tienes que besarme, para darme fuerzas. La espalda empieza a dolerme de tanto agacharme. No sé si podré subir las escaleras.

Me acerqué para plantarle un beso en la mejilla, pero él giró la cabeza y mi beso acabó en su boca.

Peter fijó el columpio rosa hecho por él al techo del ático, de donde colgaría de unas largas cuerdas con nudos durante año y medio. Yo solía sentarme en ese columpio los días en que hacía demasiado frío fuera, y Peter me empujaba.

—¡Mas alto! ¡Más alto! —gritaba yo, impulsándome con las piernas hacia las vigas de madera del techo inclinado.

La claridad entraba a través de las ventanas y dibujaba manchas mantecosas en el suelo de madera noble; y yo miraba las literas de los chicos, donde las mantas estaban revueltas, y las sábanas, desarregladas (nadie se encargaba de hacerles recoger la habitación), donde las almohadas aún conservaban las hendiduras ovaladas de sus cabezas. Allí arriba vivía el cobaya *Espinilla*; yo le cambiaba el bebedero y le daba bolitas de comida, tarea que antes le correspondía a Ricky. Pero Peter decía que los chicos, de trece y diez años, estaban más interesados en el monopatín y los videojuegos que en cuidar de los animales. Dos días a la semana, no sólo relevaba a los chicos de sus tareas habituales con respecto a los animales, sino que también empecé a lavar los platos siempre que Peter cocinaba. A Peter le gustaba decir que sería una esposa perfecta.

6

«LA EDAD MÁS BONITA»

En el sótano de Peter, era fácil olvidarse del mundo exterior. Desde aquellas paredes de hormigón, Peter y yo no oíamos gran cosa. Ni los topetazos de los coches cuando alguien intentaba aparcar en paralelo, ni a los adolescentes silbando con los dedos, ni a dos palomas peleándose por un mendrugo de pan. En aquel sótano, era imposible oír ningún carrito de la compra robado en el aparcamiento del Parthmark llevando y trayendo ropa sucia y comida, como también lo era oír las bulliciosas ruedas de los cochecitos de bebés, o a las madres llamando «Mami» cariñosamente a sus hijitas.

Unos gatos callejeros habían descubierto que, si se colaban en el sótano, encontrarían leche y comida. Había una bonita gata atigrada que llevaba semanas arrastrando una gran barriga y, una tarde, se instaló en el rincón más recóndito del sótano; la siguiente vez que la vimos tenía una camada de gatitos. Peter le puso el nombre de *Mamita*, porque ya había parido dos veces en el sótano. Los gatitos eran muy divertidos. Yo había encontrado una bolsita de canicas y las hacía rodar por el suelo; luego observaba cómo los gatitos retozones hacían lo que podían para detener con sus zarpas aquellas bolas rápidas y resbaladizas, aunque nunca lo conseguían.

—Eres muy maternal —decía Peter mientras yo jugaba con los gatitos—. Apuesto a que sueñas con tener una gran barriga algún día. Me gusta que las niñas tengan barriga. Hace que parezcan que están embarazadas. ¿No es eso con lo que sueñan todas las niñas? ¿Con tener un bebé al que cuidar?

Yo no me lo había planteado antes, pero Peter sacaba el tema tan a menudo cuando estábamos solos que empecé a soñar con tener una familia como la de *Mamita*.

Las primeras veces que fuimos al sótano, Peter insistía en abrazarme y besarme en la boca durante largos períodos de tiempo. La primera

vez que nos besamos como adultos, no dejé de pensar en su cara enorme y en el roce de su piel. Me fastidiaba no poder respirar bien, así que me desplomé en el suelo fingiendo ser la Bella Durmiente. Permanecí en lo que imaginaba una cama cubierta de tulipanes, y me sentía como si de verdad estuviera durmiendo o en trance mientras él seguía besándome. Aquello era mucho más que un juego. Cuando yo me sentaba a jugar con los gatitos, Peter empezaba a frotarme la espalda, la cara, el trasero, el cuello, y entre las piernas. Siempre encontraba maneras de hacer que yo aceptara más tocamientos, una vez traspasados los límites. Por ejemplo, cuando yo me desplomaba en el suelo de hormigón para mostrarle que ya había tenido suficiente, me despellejaba con sus caricias como hacen los cazadores con los tigres. Convencida de que estaba muerta, dejaba de sentirme angustiada.

Cuando el tiempo mejoró, Peter sugirió que me desvistiera y me quedara en bragas, y jugaba así conmigo al escondite. Él contaba hasta diez y yo intentaba discurrir adónde ir, porque había muchos escondites en aquel enorme sótano. A veces me ponía detrás del armario, o me subía a un baúl; de cuando en cuando me agachaba detrás de las motos. Era extraño y liberador corretear por allí en bragas. Entonces llegó un día en que Peter me retó a quitarme las bragas, diciendo que los animales de la selva no llevaban ropa. Después de esa primera vez, no tuve ningún inconveniente en desnudarme; hacía que me sintiera menos yo misma y más como un tigre o un conejo, o lo que quiera que fingía ser. A menudo gruñía entre dientes o lamía los puños de la Suzuki. Había ocasiones en que no abría los ojos o me ponía de pie hasta que Peter me alumbraba la cara con una linterna. Después comentaba:

—¡Vaya!, te metes tanto en tu papel que es como si desaparecieras. Da un poco de miedo.

En el sótano, a veces me subía a la Suzuki desnuda: me agarraba al enorme manillar y simulaba que conducía. Una de esas veces Peter introdujo la llave en el contacto y encendió la moto; un ardiente rugido surgió del motor, traspasó el asiento de cuero agrietado, recorrió todo mi cuerpo como los filamentos de una de las telas de araña que colgaban de la grieta de una viga de madera; yo me aferré al manillar a duras penas, con lágrimas en los ojos, y dije algo raro, que me sentía como *Mamita* teniendo a sus gatitos. Luego, esa sensación enternecedora, ardiente, y delirante se desató como un saco con millones de resplandecientes huevos perlados,

como granos de polen arremolinándose en el aire, como las briznas blancas de fragmentados dientes de león. Me bajé de la moto, adormecida, casi cayéndome al suelo, preguntándome qué me había pasado.

En primavera, empecé a comportarme peor que nunca: agarraba más berrinches, y mandoneaba a Peter tan a menudo que empezó a llamarme señora Sargento. Mi madre le decía que, últimamente, siempre dejaba que me saliera con la mía, y que si no se andaba con cuidado acabaría malcriándome. A mí incluso me dio por hacer fechorías por gusto, como soltarme de la mano de Peter cuando íbamos al parque y cruzar la calle sola. También me dio por engañar a Peter rompiendo cosas y ocultando luego el objeto roto, o escondiéndole los cigarrillos y el mechero e insistiendo luego en que no sabía dónde estaban.

—No me gusta que me engañen —dijo Peter—. Ahora tenemos un vínculo muy fuerte. Cada mentira que digas, grande o pequeña, abre una grieta en nuestro vínculo. Es una grieta minúscula, no la puedes ver, pero se va haciendo más y más grande. Hagamos un pacto ahora mismo: nunca nos mentiremos el uno al otro y nunca romperemos ninguna promesa.

Hicimos el pacto y, por alguna razón, me lo tomé muy en serio, hasta tal punto que dejé de mentir. Pero seguía teniendo la costumbre de comportarme mal, lo que disgustaba a Peter tanto como el mentir, ya que incluso él era objeto directo de mis maldades: bromas pesadas como verter su café por el sumidero mientras él estaba en el cuarto de baño, o burlarme de su dentadura postiza y sus feos uñeros.

Mamá le dijo a Peter que yo tenía muchos motivos para «sobreactuar» y que, de alguna manera, todos estaban relacionados con papá. Recientemente lo habían despedido, y ahora se pasaba el día entero bebiendo desde bien temprano. Le había dado por pasar toda la noche en mi habitación, mientras que yo dormía en el dormitorio principal con mi madre. Cada vez que entraba en mi antigua habitación a coger ropa, papá me gritaba que cerrara la puerta al salir porque la luz le producía dolor de cabeza. Si estaba muy resacoso, me metía prisa hasta tal punto que yo salía de la habitación con la ropa equivocada, como con dos camisas en vez de

unos pantalones y una camisa. Según mamá, papá dilapidó sus prestaciones por desempleo bebiendo y apostando; y él decía que, si no podía hacer ni lo uno ni lo otro, se llevaría un disgusto tan grande que ni siquiera sería capaz de vestirse por las mañanas.

Yo no sabía si estaba sobreactuando cuando solté al cobaya el día en que celebrábamos mi octavo cumpleaños. Peter me dijo que subiera a dar de comer a *Espinilla* y ponerle agua fresca en el bebedero. También me dijo que jugara con él un rato porque *Espinilla* parecía sentirse muy solo últimamente. Me hizo mucha ilusión asumir la responsabilidad. Peter nunca antes me había enviado sola al ático. Tal vez confiaba más en mí desde que habíamos hecho el pacto para no mentir. Yo subí corriendo y tropecé con el monopatín de Ricky, que cayó ruidosamente por la escalera, por aquella retorcida escalera azul que serpenteaba y se enroscaba en torno a la pared. Dentro del ático, las paredes eran azul oscuro. No me había fijado en que el ático era azul hasta que lo vi sin Peter. Ahora que él no estaba, reparé en el desorden: había ropa de niño, platos de cartón, vasos de cartón y cromos esparcidos por el suelo. Recogí un cromo y vi que era de La Pandilla Basura: una niña regordeta con aspecto de muñeca tumbada en una cama de clavos. No sabía que Miguel y Ricky coleccionaran esas cosas, y descubrirlo rebajó considerablemente la opinión que tenía de ellos; sabía que los niños eran ordinarios, pero ¡esto era demasiado!

Me senté en el suelo con las piernas cruzadas y me puse a mirar las tarjetas; aborrecía su ordinariez, pero era incapaz de resistirme a examinarlas. A los niños del colegio les había dado por coleccionar aquellos cromos, y algunas de las niñas empezaban a entonar una rima con acompañamiento de palmas que era igual de mala:

Dime, dime, mi enemigo, ven a luchar conmigo,
llevaremos escopetas; montaremos una fiesta.
Te arrancaré los ojos y te desangraré.
Cuando era pequeña, me peleaba con nenas,
pero ahora soy mayor y lucho con C. H. I. C. O. S.
¡Chicos, chicos, chicos, chicos, chicos, chicos!
Uno, dos, siéntate a lo indio...

Aquel día, pensé en la enfermería del colegio, que era el lugar más reconfortante del mundo. Últimamente, había sufrido muchos

dolores de barriga. La hermana Mary, la enfermera del colegio, tenía en su consulta una pequeña habitación de techo blanco, paredes blancas, sábanas blancas almidonadas, esponjosa almohada blanca y crucifijo marrón con Jesús crucificado, pero sereno, los brazos extendidos, los pies clavados y la cabeza inclinada hacia delante para exhibir la corona de espino. El ritual que la hermana Mary y yo compartíamos era siempre el mismo: ella me cogía de la mano, me llevaba hasta la cama blanca, y luego me decía que me estirara muy bien estirada y que me quedara muy quieta mirando a la figura del Jesús crucificado para buscar en ella consuelo y protección.

En la cama blanca, con los tobillos juntos y los brazos a los lados, esperaba a que las espinas me pincharan las piernas, a que la sangre se coagulara en mis pies. Lentamente, estiraba los brazos hasta los extremos de la cabecera: brazo derecho, palma hacia arriba; brazo izquierdo, palma hacia arriba. Piernas rectas, rodillas ligeramente flexionadas y pies quietos, por los clavos que imaginaba que los tenían inmovilizados. Tórax, codos, vientre, tobillo, pestaña, todo contaba. Pelo, uñas, cadera, canillas, ojos, todo contaba. No te muevas, les decía yo como el director de una gran orquesta, ahora estáis todos bajo mis órdenes, mi cerebro está a cargo de todos vosotros. Sentía cómo los diminutos pelos de la nariz y el vello de los antebrazos, los muslos y las pantorrillas me escuchaban y obedecían. Oía que la puerta a un cielo trémulo se abría y me invitaba a entrar: palmas de las manos, pecas, pecho, costillas, caderas, mandíbula, partes íntimas. De igual manera que Noé condujo a los animales por parejas hasta la espaciosa arca de madera de cedro, yo empujé mi corazón, mis tímpanos y mi ombligo hacia una espaciosa paz blanca. Cuando cada parte de mí subió a bordo del arca y se dispuso a surcar las enormes olas del mar, llegó la paz, somnífera como el sol, y calentó la madera de la cruz en la que Cristo agonizaba, calentó las espinas que atravesaban su frente, se reflejó en los clavos de sus pies y las palmas de sus manos.

Ahora, sola en el ático, el columpio rosa de madera que colgaba de cuerdas trenzadas me pareció más gastado que de costumbre. Me senté en él y empecé a impulsarme con las piernas, pero pronto me di cuenta de que no podía ganar la suficiente altura.

Fui al corral de *Espinilla* y lo vi acurrucado en una esquina.

—¡Levántate! —dije, aporreando el cristal—. ¡Levántate!

Al comprobar que enderezaba la cabeza peluda, yo levanté la alambrera que hacía de techo. Me imaginé a mí misma viendo cómo el alambre, con todos aquellos agujeros redondos, se elevaba repentinamente sobre mi cabeza, y cómo una mano bajaba y abrazaba mi cuerpo. La mano en la que me elevaba cada vez más me sostenía cómodamente, pero yo tenía miedo. *Espinilla* tenía miedo. ¡Pobre *Espinilla*! Le besé el pelo. Me acerqué su cuerpo a la cara y respiré su cálida hedentina de roedor. ¡Pobre!, ¡pobre criatura apartada de su tanque calentito! Pero se estaba mejor fuera; había más espacio. Le susurré a la oreja rosa, pero aquel diminuto corazón seguía latiendo demasiado rápido en mi mano.

Mis ojos se volvieron hacia el tanque de cristal. En su interior había un cuenco amarillo de plástico con bolitas de comida marrones y una botella de agua con una larga boquilla de metal. Las virutas de madera sobre las que dormía desprendían un olor acre.

Dejé a *Espinilla* en el suelo.

—¡Vete, *Espinilla*! ¡Corre! ¡Corre! —grité, batiendo palmas. Pero él no corría; se limitaba a caminar en círculo y olfatear el suelo. Sabía que debía devolverlo a su sitio; sin embargo, me dirigí a la escalera.

Abajo, todo el mundo salió de su escondite, exclamando: «¡Sorpresa!» Había una tarta encima de la mesa, con velas. Peter encendió una; luego prendió con ella todas las demás, hasta que hicieron llama. Miré las caras que me rodeaban, todas iluminadas. Las llamas se reflejaban en los ojos de Ricky, Miguel e Inès, en los ojos de mi madre.

—Pide un deseo —dijo Peter, y tuve que pensar en cuál sería mi deseo.

Soplé con todas mis fuerzas, y las llamas se convirtieron en mechas ennegrecidas. Todas las velas se habían apagado menos dos, que Peter tuvo el detalle de soplar por mí.

—¿Qué has pedido? —murmuró, inclinándose para que yo se lo dijera al oído.

Normalmente, no lo habría revelado, por miedo a mermar el poder del deseo; pero, en aquel instante, me veía capaz de cualquier cosa.

—Una cola de tigre —le respondí.

—Los ocho años son la edad más bonita para una niña —dijo Peter, después de que yo abriera los regalos—. Aunque me entristece verte crecer.

Yo también estaba un poco triste. Cuando tenía cuatro o cinco años, la gente decía que algún día me haría mayor, pero nunca les creía. No podía creer que perdería mis aptitudes de niña: encajar mi cuerpo debajo de las mesas, embutirlo bajo las sillas o en rincones estrechos. Apreciaba aquella libertad animal, el placer de ponerme a cuatro patas, colarme por el agujero de una valla o en el espacio entre un árbol enorme y una pared de ladrillo; ésa era mi mayor grandeza. Como un ratón que vive en la abertura de una pared agrietada, o la reclusa parda que teje su telaraña en una viga de madera del techo desde donde puede verlo todo, o la hormiga que construye toda una ciudad de laberínticos túneles en la tierra. La mayor grandeza de *Espinilla*...

—*¡Espinilla!* —empecé a gritar, y me tapé la cara con las manos.

—¿Qué pasa, cariño? —Peter se arrodilló en el linóleo resquebrajado de la cocina y tomó mis manos entre las suyas.

—He soltado al cobaya.

Peter no llevaba en sus pantalones rojos ningún cinturón que pudiera usar para pegarme, como papá habría hecho. No había ira en su mirada, sólo alarma, una alarma que se desplazaba de un ojo aguamarina al otro como un virus, y que paralizaba su rostro de manera insólita. Además, su primer impulso fue consolarme con un «No te preocupes, lo encontraremos», poniéndose en pie con una energía masculina que lo electrizaba de arriba abajo, desde el poco vello rubio ceniza de sus brazos hasta el flequillo color arena, hasta sus pies largos enfundados en unas ligeras deportivas blancas. Enseguida bajó corriendo las escaleras en busca de Ricky y Miguel y, cuando regresó, los tres lo seguimos escaleras arriba, agachados hasta la altura de las rodillas, para emprender la caza. Miramos debajo de la litera; apartamos la ropa de en medio e irrumpimos en el armario; inspeccionamos rincones y miramos debajo de las mantas. Después de haber buscado por todas partes, Peter y Miguel levantaron la litera, y ahí estaba, la pobre criatura se había hecho un ovillo en la esquina más sucia, más seca y más triste. Su reluciente pelo negro, marrón y blanco estaba cubierto de polvo y filamentos de telaraña que Peter limpió cuidadosamente.

—Este pequeñajo se pondrá bien —afirmó Peter—. Me alegro de haberlo encontrado a tiempo.

—Si no lo hubiéramos encontrado —saltó Ricky, con la voz de un niño alborotado—, sus dientes seguirían creciendo sin parar. Necesita roer madera para gastar los dientes. De lo contrario, le crecerían por debajo de la boca y no podría comer. —Hizo una pausa. Y luego añadió, poniéndose serio—: Si hubieran pasado unos meses, sólo habríamos encontrado su esqueleto.

—Bueno, eso no ha ocurrido —lo interrumpió Peter mientras devolvía el cobaya a su tanque, donde el animal agradecido apagó la sed en el bebedero—. Y buscarlo ha sido divertido, como jugar al escondite . Pero lo más importante es que no se ha echado a perder el cumpleaños de Margaux.

Disimuladamente, vi cómo Miguel ponía los ojos en blanco. Nos quedamos un rato observando a *Espinilla* para asegurarnos de que estaba bien, y lo estaba: se bebió el agua, acomodó con las patas unas virutas de madera en su nido de siempre y se puso a dormir.

—Eso es vida —se rió Peter, disponiéndose a bajar las escaleras.

Remesagil Jones Farm Market, la tienda a la que Peter me llevó un viernes de mayo, se encontraba en Bergenline Avenue, al otro lado del quiosco donde mi madre solía comprar la lotería. Era una de las verdulerías más grandes de Union City, y vendía productos de nombres exóticos que Peter me leyó en voz alta, examinándolos detenidamente por encima de sus gafas cuadradas: tomates de Holanda, calabaza bellota, chayote verde y arrugado (que me recordaba a la plastilina Play-Doh), mandarinas, acelga, escarola, col china, apionabo. Me reí con algunos de aquellos nombres raros, y cuando Peter empezó a meter en la bolsa unos nabos y col rizada que había al fondo de la verdulería, yo me fui a rasgar las bolsitas de plástico de tres en tres y a forcejear con la balanza para ver las flechas rojas agitándose como lenguas asustadas. Me encantaba aquella tienda, sus colores fecundos y sus penetrantes aromas frescos; adoraba los gigantescos melones cantalupos, que eran como soles redondos y rugosos de superficie similar a la de la luna, y me preguntaba si alguna de las moscas que pululaban por allí se sentiría como un astronauta al posarse sobre ellos, alzando sus patitas pestañosas con gran curiosidad.

Peter se me acercó y dijo:

—Casi lo olvido. *Fiver* está enfermo. —*Fiver* era otro conejo; el hermano mediano de *Porridge* y *Peaches*—. ¿Crees que podrías

comprarle algo para hacer que se sienta mejor?

—¡Ah!, le encantan las zanahorias —respondí, corriendo hacia ellas, pero entonces vi algo verde con forma de zapatillas de elfo—. ¡Quiero esto!

Al principio Peter se negó, alegando que eran muy caras; luego cedió, como siempre. Metí las judías verdes en una bolsita que él mantenía abierta. Después dijo que no se podía permitir nada más y se dirigió a la larga cola de caja. Parecía tenso, impaciente. Siempre solía sonreír. Alguna vez me había confesado que yo le traía la felicidad absoluta, y que mi amor era lo mejor que le había pasado nunca. También me había comentado que quería casarse conmigo cuando cumpliera los dieciocho; yo sabía lo suficiente de matemáticas para saber que sólo quedaban diez años, y también me alegraba, porque la gente casada se veía cada día de la semana, no sólo los lunes y los viernes. La gente casada podía tener bebés, y podía vivir donde le apeteciera. Yo le dije a Peter que quería mudarme a Westport, Connecticut, y vivir a la orilla de un lago. Cuando le conté a mi madre que iba a casarme con Peter cuando cumpliera los dieciocho, ella repuso:

—Puedes casarte con él en el cielo.

Peter insistía en que lamentaba no poder tener ya un bebé conmigo porque yo no tenía óvulos fértiles. Unas veces me preguntaba: «¿Cómo está tu barriga?», una clave que quería decir que me imaginaba embarazada. Otras veces emitía un zumbido para darme a entender que me imaginaba desnuda. Yo no sabía por qué, pero en ocasiones me enfurecía que lo hiciera y me entraban ganas de pegarle.

Sólo había accedido al sótano por dos de sus tres entradas: en invierno, bajando los peldaños blandos, o últimamente, como no hacía tanto frío, a través de las pesadas puertas verdes del patio. Pero esta vez Peter me tomó de la mano y me llevó hasta la pequeña cuesta de cemento que había delante de la casa, que daba a una puerta de madera estrecha y ovalada. De camino, eché un vistazo al sombrío oso rosa, más tapado aún de hiedra que el año anterior, y a la cola de la sirena, totalmente escondida entre sus hojas. Peter siempre decía que iba a podarla antes de que cubriera las estatuas por completo, pero aún no se había puesto manos a la obra.

—¿Estás loco? ¿Estás loco? —pregunté cuando entramos en el sótano. Por el silencio de Peter, sabía que algo le pasaba. Temí que él pudiera volverse como papá, con su humor cambiante, y que yo nunca más pudiera predecirlo o controlarlo.

Peter me sorprendió diciendo que *Fiver* se encontraba en el sótano. Estaba muy enfermo y, por el momento, tenía que permanecer en cuarentena.

—¡Pobre criatura! ¡Está muy solo! —exclamé, corriendo hacia el carrito de la compra del Pathmark donde estaba *Fiver*—. Debe de sentirse muy triste y solo aquí abajo en la oscuridad.

—No —contestó Peter de inmediato—. Al contrario. Los conejos se sienten a gusto en la oscuridad. En estado salvaje, viven en madrigueras bajo tierra, y en cautividad deben permanecer a la sombra. Les gusta el fresco y la humedad. Así que no pienses que *Fiver* está triste aquí; lo cierto es que está bastante tranquilo.

Sin embargo, a mí no me parecía tranquilo; lo veía deprimido. Estaba acurrucado en una esquina con la cabeza gacha, aunque despierto. Tenía un periódico debajo, un cuenco lleno de comida para conejos y un bebedero con una boquilla larga de metal. Saqué una judía del bolsillo y la introduje entre los huecos de la rejilla del carrito de *Fiver*, pero por mucho que intentara atraerlo hacia mí no lo conseguía.

—¿Va a ponerse bien? ¿O va a morir? —quise saber, esperando que Peter me dijera la verdad.

—Bueno, creo que mejorará —contestó Peter, aunque no parecía estar nada seguro—. Le he comprado la marca cara de comida, y le he dado medicina con un cuentagotas. Como ves, tiene la casa limpia, le cambio el periódico cada día y no le falta agua. No me preocuparía por él. Cariño —dijo, volviéndose hacia mí y tomando mis dos manos entre las suyas—, ¿cumplirás tu promesa?

—¿Qué promesa?

—Dijiste que harías lo que fuera. Hiciste una promesa.

—No lo recuerdo.

—A cambio de las judías, ¿te acuerdas? Yo dije que eran demasiado caras para alimentar con ellas a un conejo, que más valía comprar zanahorias; pero tú ya las tenías en las manos, un buen puñado de judías, y te negaste, querías aquéllas, y entonces me saliste con que harías lo que fuera con tal de llevártelas. ¿Lo recuerdas?

—Tal vez. Supongo. No lo recuerdo bien.

—Bueno, pues lo dijiste —repuso en voz baja.

—Vale.

Permanecimos un segundo en silencio, y entonces yo empecé a hablar rápido.

—¿Recuerdas la historia de Jack y las judías mágicas? ¿Crees que las semillas son mágicas? Son como huevos mágicos. A lo mejor me quedo embarazada si me como uno.

Peter pareció satisfecho al oírme decir eso, como yo sabía que lo estaría.

—Algunos niños del colegio dicen que una se puede quedar embarazada si toma semillas de sandía.

—¡Menuda tontería! Los niños tienen muchas ideas falsas. Los padres no deberían mentir a los niños sobre cómo se hacen los bebés. Los niños deberían saber la verdad. El cuerpo humano es algo hermoso, natural. Ojalá el mundo no estuviera lleno de vergüenza. —Parecía disgustado, como siempre que hablábamos de cómo era el mundo. Y entonces dijo—: ¿Recuerdas que te expliqué cómo se hacían los bebés? Te enseñé mi máquina de hacer niños. Mi pene.

Yo no recordaba haber visto nunca el de Peter.

—Una vez vi el de papá. Nos duchábamos juntos cuando era más pequeña.

—¿Y por qué dejó de hacerlo?

—Dijo que me estaba haciendo mayor.

Peter meneó la cabeza y repitió algo sobre la vergüenza de la sociedad.

Entonces yo le solté:

—A ver, ¿cómo se hace un bebé?

A él pareció gustarle que le hiciera aquella pregunta.

—Los seres humanos tienen órganos mágicos. Los combinan de esta manera hermosa y placentera. ¿No recuerdas nada de lo que te expliqué?

—No, no lo recuerdo.

—¡Imagínate! Los colegios de enseñanza primaria enseñan a los niños cómo se reproducen las plantas, pero no les explican nada sobre cómo se conciben los bebés —dijo—. Hablan de reprimirse. No comprendo a esta sociedad. Las intimidades de nuestro cuerpo son hermosas y naturales, y deberíamos ser libres de exhibirlas adondequiera que vamos. Yo, como soy un macho, tengo un pene y testículos; tú eres una hembra, y tienes vagina y clítoris. No son

palabrotas; no está mal pronunciarlas. No está mal decir la verdad. Apuesto a que ni siquiera conocías los nombres de tus propios órganos reproductores.

—Mi madre los llama «mis partes». Y una vez me advirtió que nadie debía tocarme mis partes. Ni el trasero. Pero yo creo que no estoy de acuerdo —añadí, precipitadamente—. Mis padres son unos reprimidos.

—¡No me digas! —exclamó Peter, pareciendo aún más animado —. Esta sociedad está muy mal. Resulta que esas partes intocables son las mismas partes que crean el placer supremo, y a todo el mundo le lavan el cerebro con que una cosa perfectamente natural es indecente y malsana. Y pensar que esas personas bajan los pantalones a sus hijos para darles unos azotes y luego les dicen que nadie debe verlos nunca desnudos.

—¡Lo sé! ¡Odio que me den azotes! Pero no sé por qué debería bajarme los pantalones. ¿No me pueden azotar con los pantalones puestos?

Peter negó con la cabeza.

—Es todo muy confuso. Estoy seguro de que tu padre cree perfectamente justificado decirte que te bajes la ropa interior, ordenándote que te acuestes en su regazo para pegarte con el cinturón; sin embargo, si tu padre descubriera que otra persona te pide que te bajes las bragas para hacerte saber lo bonita que eres, o para darte gusto y placer, probablemente mataría a esa persona. No me cabe la menor duda de que tu padre sacaría su pistola y me dispararía si descubriera que te he visto desnuda, aunque él sea un hipócrita y un maltratador. ¡Oh, el gran macho, golpeando a una niña indefensa! ¡Con su cinturón, ni más ni menos! ¿Tienes idea de la rabia que da eso? Sé que forma parte de la cultura; seguramente a él lo trataron así. Y se limita a transmitirlo. De generación en generación. Nadie se para a pensar.

Peter hizo una pausa; sabía que su pregunta no requería respuesta. Encendió un cigarrillo —lo cual me pareció un poco extraño, porque rara vez fumaba en el sótano—, le dio unas cuantas caladas, y luego lo apagó en una viga de madera. Empezó a caminar de un lado para otro.

—Te dicen que es indecente; y entonces te mandan desnudarte delante de ellos. Cuando yo iba a un colegio religioso en el norte del estado de Nueva York, las monjas solían azotarnos en las duchas. ¡Nos ponían en fila y nos pegaban en las duchas! Sí, como si

les excitara contemplar nuestros cuerpos desnudos. ¿Sabes por qué aquellas monjas eran tan crueles? Represión sexual. Represión sexual y rabia. Esto es lo que acarrea toda la represión de la sociedad. ¿Sabes qué creo yo? Incluso he leído algo al respecto. Creo que, si los niños crecieran con la sexualidad, como si fuera algo normal y natural... Es decir, si se les permitiera obtener placer de las partes que Dios les dio, éste sería un mundo mucho mejor.

—Estoy de acuerdo —afirmé. No podía seguir todas las grandes palabras que Peter decía, pero capté la esencia. Al igual que yo, odiaba las normas y no soportaba que los adultos siempre intentaran dejar a los niños al margen de todo lo importante. Sin embargo, había algo en todo aquello que me inquietaba.

Peter prosiguió:

—Las madres de ciertas regiones de África masajean los genitales de sus hijos antes de ponerlos a dormir para ayudarles a conciliar el sueño. Hay tribus en el mundo que casan a las niñas con ocho o nueve años de edad. En algunas tribus, ahora estarías en edad de casarte. —Hizo una pausa—. Yo te amo. Quiero darte placer y quiero que tú me lo des a mí. No hay nada de malo en eso. ¿Te lo puedo enseñar? ¿Lo que te enseñé antes? ¿Mi pene? No lo viste bien. Me parece que tenías miedo. Pero quiero que sepas que nuestros órganos sexuales no son feos, no son indecentes y tampoco son malos. Son hermosos y no tienes por qué avergonzarte. ¿Te lo puedo enseñar?

Yo me subí al carrito con *Fiver* y exclamé:

—¡Mira, Peter! ¡Soy un conejo!

Me amorré al bebedero, noté el dulzor del metal y del agua templada. Cogí la triste judía torcida, se la volví a ofrecer a *Fiver* y, cuando la rechazó por segunda vez, me la comí yo. Estaba riquísima, verde y crujiente. Me gustaba la sensación que me daba el carrito del *Pathmark*, con el periódico húmedo de olor penetrante bajo mis manos y rodillas, su forma rectangular, la forma en que el metal estaba entrecruzado, y el hecho de que tuviera ruedas. Peter se acercó, me cogió en brazos con delicadeza y me dejó en el suelo; pero yo me dejé caer en el suelo al instante, me puse de rodillas para gatear como un bebé, para sentir el suelo frío y duro bajo mis manos.

—Ahora soy un bebé, no un conejo. ¡No, espera, soy un bebé conejo! ¡Cázame!

—Margaux —dijo Peter, como defraudado—. Tienes ocho años y

ya eres un poco mayor para esas cosas. —Yo odiaba que me dijeran que debía comportarme o que ya era un poco mayor según para qué. Peter jamás me lo había dicho antes, por eso volvió a preocuparme que estuviera cambiando.

—¡Vale! ¡Vale!

Me ayudó a ponerme en pie.

—Lo siento. No quiero que pienses que soy como tu padre.

—Bueno, empiezas a parecerte.

—Lo siento. Es lo último que deseo. Pero no me negarás que te estás haciendo mayor. No es que debas dejar de jugar como una niña pequeña; eres una niña, y espero que puedas seguir jugando siempre. Pero también podemos hacer cosas más adultas el uno con el otro, cosas que nos darán mucho placer. Antes me hiciste una promesa: dijiste que harías lo que fuera, y a mí me gustaría que intentaras hacer algo muy especial y muy bonito. Algo que los enamorados como nosotros hacen juntos.

Me quedé allí de pie, inmóvil, y vi que se bajaba los pantalones. No llevaba ropa interior. Esta vez, miré directamente al pene, sólo para complacerlo a él. Todo aquel aparato parecía una salchicha con dos globos medio desinflados. El vello que rodeaba su pene y sus testículos se veía duro, como una de esas cerdas de acero que se usan para cepillar a los perros. Yo prefería mi zona íntima a la suya; no tenía vello y era comparable a una polvera de mujer, de esas que llevan colorete y un espejito plateado. Pero no quería decírselo, temía que pudiera ofenderse; así que, cuando me preguntó qué me parecía, contesté:

—Está bien. Me recuerda a... —Traté de buscar una metáfora que le agradara—. Al cono de un helado. Como tienes pecas, sería de los espolvoreados, supongo.

—El cono de un helado espolvoreado. Nunca me habían dicho algo así. ¿Te gustaría lamerlo, como si fuera de verdad?

—Prefiero un helado de verdad, Peter.

—Podemos comprar uno después. Podemos comprar lo que quieras. Pero, ahora, imagínate que esto es un helado.

Negué con la cabeza.

—El problema, Peter, es que esa cosa...

—Mi pene...

—Vale, pene.

—No temas usar la palabra correcta.

—Vale, tu pene, ¿no hace pis?

—Sí. Bueno, hay un agujerito, ¿lo ves?, y por ahí hago pis.

—Voy a lamer pis. ¡Qué asco!

—Bueno, ¿y por qué no le das un beso? Sólo dale un beso en la punta. Te gustará.

—No, no quiero.

—¿Por qué?

—No puedo.

—¿Por qué?

Sabía que lo que iba a decir pondría furioso a Peter, pero yo también estaba enfadada.

—¡Esto es asqueroso, Peter! ¡Basta! ¡Deja de decirme lo que debo hacer!

—Hiciste una promesa. Me prometiste lo que fuera. Y ahora vas a faltar a tu promesa.

—¡No es justo!

—¿Cómo que no?

—¡No!

—¿Cómo que no es justo? Hiciste una promesa y te exijo que la cumplas. Juramos que nunca nos mentiríamos el uno al otro.

—Yo no sabía lo que me ibas a pedir. ¡No me lo dijiste!

—Bueno, entonces no deberías haber dicho «lo que sea». «Lo que sea» significa «lo que sea».

—¡No puedo hacerlo! —Yo estaba a punto de llorar—. ¡No puedo! Si lo hago, vomito. Si me obligas a darle un beso al pis, Peter, ¡vomito!

—¡No hay pis! Está limpio. La sociedad te ha lavado el cerebro con sus normas.

—¡Yo no soporto las normas!

—No, eres como los demás —protestó, subiéndose los pantalones, retirándose mientras hablaba—. No te preocupes, no te obligaré a hacer nada. ¡El hombre malo no va a hacerte daño! ¡No voy a forzarte a nada! ¡No soy así! ¿Qué clase de persona te crees que soy?

Abrió la puerta del sótano y salió hecho una furia.

—¡No, espera, Peter, espera! —Me aferré a su camiseta.

—¡Suéltame!

—A lo mejor puedo intentarlo, ahora que me he hecho a la idea. A lo mejor puedo intentarlo.

—¡Déjame! ¡No insistas!

—Pero yo no soy como ellos, Peter. Yo soy diferente.

Él resopló.

—¡De verdad, Peter! ¡Soy diferente!

Se volvió hacia mí, allí delante de la casa, bajo la salvaje luz del sol, y me susurró disgustado:

—Tú piensas que mi cuerpo es asqueroso. No te gusto porque soy viejo. Te parezco feo.

Fiver murió dos semanas después. Al día siguiente, yo estaba de pie a la cola en la enorme sala de juego azul donde nos ponían en fila a todos antes de hacer sonar el timbre de entrada al colegio. Llevaba mi pichi azul, calcetines hasta el tobillo y zapatos Buster Brown. Cambié el peso del cuerpo de un pie al otro y me fallaron las rodillas, pero enderecé las piernas y enseguida supe que la sangre volvía a circular, por el picor y el hormigueo en los pies. Para distraerme, me puse a juguetear con el cordón de la capucha de mi ligera chaqueta de entretiempo, que mi madre había insistido en que me pusiera a pesar de la excesiva calidez de finales de mayo. Me enroscaba el cordón alrededor del dedo, lo soltaba, observaba cómo se me volvía a enroscar y repetía el proceso. Cuando una pierna empezaba a dolerme, pasaba todo mi peso a la otra. La hermana Mary estaba cerca con su hábito blanco; no fui consciente de que había estado llorando hasta que ella me abrazó.

—¿Qué te pasa, mi vida? ¿Qué te pasa?

No pude dejar de llorar para hablar, y además, me gustaba el sonido de su «¿Qué te pasa?». Quería que siguiera diciéndomelo, y que me abrazara fuerte en mi tristeza. Me tomó de la mano con delicadeza, yo ya sabía adónde me llevaba. En mi pesar se desató una pequeña alegría, porque sabía que no tendría que ir a clase.

Dentro de la habitación blanca de su consulta, la hermana Mary no dejaba de preguntarme qué me pasaba, pero mi mente dibujó un extraño vacío. Ni siquiera recordaba que *Fiver* había muerto, hasta que me dijo que me echara en la cama y empezó a acariciarme la cara.

—¿Estás mareada?

—Sí.

—¿Te duele el estómago?

—Todo. Me siento como si me doliera todo.

—¿Tienes algún problema? ¿O estás enferma?

—Mi conejo murió ayer.

—¡Ay!, siento oír eso. Pero piensa que el conejo está en el cielo. Ahora es más feliz que cuando estaba vivo. Porque el cielo es un lugar hermoso. Con jardines y arroyos maravillosos y los pájaros más vistosos que te puedas imaginar.

—¿Y qué hay de comer?

—Zanahorias, lechuga, hierba y todo lo que comen los conejos; allí hay de todo. —Me agarró de la mano.

—Creo que yo también me estoy muriendo.

Me apretó la mano con más fuerza.

—No digas esas cosas. No es verdad. Sólo estás triste. Todos nos ponemos tristes y luego lo superamos.

—Tomé agua del mismo bebedero que él, hermana. Creo que es contagioso. También comí algo malo. Algo que no era mío, algo por lo que no pagué. Mi madre y yo estábamos en la verdulería y... y robé una judía. Me la comí cuando nadie miraba. Por eso hoy me encuentro mal.

—Bueno, me alegro de que me lo cuentes. Hoy voy a dejar que veas al padre John y que confieses tu pecado. Después de confesar, te encontrarás mucho mejor. Por eso tenemos la confesión, para limpiar las cosas malas de nuestras almas y así algún día poder volver a Dios. Robar es un pecado venial. Estoy segura de que no tendrás que rezar muchos padrenuestros, sólo unos pocos. Y tal vez algún avemaría. Luego será como si nada de esto hubiera pasado.

—Hermana, ¿no cree que Dios me castigará por matar a mi conejo? ¿No cree que debería hacer penitencia?

La hermana Mary me acarició el pelo.

—No. Es tu arrepentimiento el que habla. Voy a contarte un pequeño secreto. Cuando yo era una niña de tu edad, robé algo de un baratillo. No me confesé al momento, y me sentí culpable como tú. Me dolía el estómago y tenía muchos dolores de cabeza. ¿Lo ves? No siempre hacemos lo que debemos porque somos pecadores por naturaleza. No podemos remediar la imperfección.

—Yo sé que no soy perfecta, hermana, pero me siento como la peor niña del mundo.

—No, cariño, eso no es cierto. No. No, Margaux, no.

7

KAREN, MI HERMANA, MI HERMANA

A mi regreso de un viaje de tres semanas a Puerto Rico con papá aquel mes de junio (mamá tuvo que ingresar en el hospital, así que se lo perdió), descubrí que mis días como la única niña en casa de Peter habían terminado. Karen llegó para convertirse en mi hermana. Llegó con su descolorido vestido rosa y su muñeca desnuda de cara sucia. Llegó con los dientes rotos y las uñas sucias. Llegó con una barba roja de caramelo y andares de hippy que yo jamás podría imitar. Llegó con un calcetín blanco subido hasta el tobillo y el otro bajado, con el pelo recogido en trenzas deshilachadas. Nos quedamos de pie junto a la pila para pájaros que había en el jardín de Peter mirándonos la una a la otra, sintiéndonos la una superior a, y desconfiada de, la otra. Karen llevaba una oxidada regadera verde: era la misma que yo siempre usaba para regar las tomateras.

—Venga, daros un abrazo —sugirió Peter—. Es la mejor manera de conoceros. No se me ocurre algo mejor.

Nos abrazamos, fríamente, y entonces fue cuando Peter dijo:

—Como hermanas. Las dos os vais a llevar bien.

No pude evitar escandalizarme por la manera en que Karen se comportaba. Escupía en el suelo. Decía palabrotas que en mi vida había escuchado, como si ella tuviera ocho años y yo sólo seis. Peter comentó que Karen lo había pasado mal, y me recomendó tener paciencia con ella: la madre de Karen era drogadicta y ésta era su cuarta casa de acogida. Llamó sincronía al hecho de que Karen hubiera aparecido justo cuando él empezaba a deprimirse por mi viaje a Puerto Rico.

—No tenía idea de cuándo volverías —me dijo cuando nos quedamos a solas—. Ni siquiera estaba seguro de si volveríamos a vernos. Karen me ayudó a mantener la mente ocupada. —Cuando vio mi semblante, enseguida añadió—: Pero es evidente que nadie puede reemplazarte, cariño.

No acababa de entender por qué Peter necesitaba a Karen, pero

sabía que me vería obligada a quererla. Ya había decepcionado a Peter una vez, y no iba a arriesgarme a fallarle otra vez. Tal vez Karen podía ser una niña adorable, pese a sus malos modales, o quién sabe si gracias a ellos. Peter parecía adorarla, y mi madre enseguida le tomó simpatía, hasta el punto de llamarla «cielo» sin tener en cuenta que venía de un «hogar conflictivo». Para mi madre, fue un alivio haber salido del hospital; también se alegró cuando papá al fin encontró otro trabajo como joyero y empezó a hacer horas extra para compensar los apuros económicos que pasamos mientras él estuvo en el paro. Noté que se alegraba de volver a la rutina de ir a casa de Peter los lunes y los viernes; se quejaba de que se había aburrido en el hospital, y de que durante su internamiento le habían cambiado la medicación, lo cual le hizo pasar un tiempo muy deprimida e incluso paranoica. Esta clase de cosas ocurrían casi cada vez que la internaban. Siempre salían medicamentos nuevos, y los hospitales recibían muestras gratuitas, que los psiquiatras consideraban automáticamente el último milagro de la ciencia. Cuando se demostraba que los nuevos medicamentos no surtían efecto, mi madre acababa volviendo al Zoloft y al Thorazine. Peter estaba indignado.

—Esa gente te usa como conejillo de Indias —dijo—, como si no tuvieras ningún derecho.

Mi madre se encogió de hombros al oír aquello y concluyó que el sistema era el sistema.

Yo intuí que, para ella, Karen era lo mejor que me podía pasar.

—Los profesores me han comentado lo retraída que Margaux se ha vuelto últimamente en el colegio —observó mamá poco después de conocer a Karen—. A lo mejor jugar con otra niña la hace más sociable.

Inès también adoraba a Karen como a mí nunca me había adorado. Incluso se tomó una semana libre en julio, y recuerdo haberlas visto a las dos en el jardín, ella inclinada sobre el parterre que había bajo la pila para pájaros enseñándole a Karen a cavar con la palita de metal y a plantar una petunia como si fuera otra niña. A veces, acababa desenterrando lombrices de tierra o alguna larva, lo que me hacía gritar aunque nunca antes me habían dado miedo los insectos. Le había perdido el gusto a trabajar en el jardín. Sin embargo, Karen no temía a los gusanos o a las esporádicas larvas; simplemente los volvía a tapar con tierra.

Peter no me había vuelto a llevar al sótano desde que lo había

decepcionado, y yo me sentía aliviada y nerviosa a la vez: que no me llevara a mí ¿quería decir que llevaba a Karen, y que ella era más atrevida que yo? ¿Estaría haciendo lo que yo había sido demasiado gallina para siquiera intentar? Eso me preocupaba a todas horas, así que me dediqué a vigilar de cerca a Karen y a Peter para que no pudieran escabullirse solos.

Concretamente, me aseguré de que Peter no usara el código del zumbido con Karen. No deseaba que se imaginara a Karen desnuda, y tampoco podía soportar la idea de que hubiera algo especial entre ellos. Me convencí a mí misma de que Karen era demasiado joven. Peter no la querría. Él había dicho que los ocho años eran la edad más bonita, no los seis. Había esperado a que yo hubiera cumplido ocho años para pedirme aquello tan especial que quería. Además, a mí me quería de otra manera; notaba que a ella la veía como a una hija. Sólo yo podía ser su esposa y la madre de sus hijos, porque ya era muy madura para mi edad, y aunque lo había decepcionado anteriormente, estaba segurísima de que me había perdonado.

Las pálidas pestañas de Karen estaban muy separadas, lo cual le daba un aire de sorpresa; sin embargo, había algo en sus ojos que borraba esa impresión, y uno enseguida caía en la cuenta de que esa niña casi nunca se asustaba, casi nunca tenía miedo: era una niña con fuerza, determinación, poder.

Una vez, derramé una jarra de mosto sobre la pechera de su vestido durante una de las barbacoas de Peter. Nos habíamos peleado por una muñeca que descuartizamos miembro a miembro. Ella gritó con temible regocijo que tenía la cabeza, que tenía la cabeza, ¡que los brazos y las piernas no servían de nada sin la cabeza! Yo nunca le pegué, por mucho que quisiera, y en cambio ella me golpeaba a discreción. Aprendí que controlar mi mal genio me hacía parecer angelical en comparación. Peter arrastraba a Karen, que se resistía con puñetazos y patadas, a su cuarto y le cerraba la puerta con llave, mientras que yo permanecía fuera, con Peter. Él siempre decía:

—Detesto encerrarla en su habitación, pero ¿qué más puedo hacer? No podemos dejar que nos lastime o que rompa las cosas.

El cuarto de Karen era una parte del salón; Peter había instalado una pared y una puerta para que ella tuviera su propia habitación, uno de los requisitos para acoger a un niño. A través de la fina

pared divisoria, oíamos a Karen gritar y golpear y tirar cosas al suelo, y luego llorar sin parar. Pasado un rato, incapaz de soportar su dolor, siempre acababa arreglándomelas para conseguir que Peter me diera la llave, aunque él siempre me decía:

—Eres demasiado blanda con ella, Margaux. Así nunca aprenderá.

Una vez dentro del cuarto de Karen, me desvivía por arrancarle una sonrisa, ya fuera improvisando una función de marionetas con las Barbie decapitadas (siempre les arrancaba la cabeza cuando agarraba una pataleta) o haciéndole cosquillas en la barriga y en las axilas. Al poco rato, estábamos jugando; en ocasiones, jugábamos a la Reina, y por deferencia a Karen, yo siempre representaba el papel de princesa. Por ser reina, Karen llevaba en la cabeza una corona de cartón del Burger King y agitaba un pompón violeta y blanco mientras me ordenaba que le trajera esto o aquello. Finalmente, Peter entraba en el cuarto diciendo:

—¡Venga, Karen, llevas demasiado tiempo en el trono!

Entonces cargábamos contra él, agarrándolo por las manos. Y muchas veces Karen acababa entregándole la corona de Burger King, le pedía que hiciera él de rey y empezara a dictarnos órdenes.

El casco naranja fosforescente que Inès usaba para ir en moto era demasiado grande para mi cabeza. La primera vez que Peter dejó que me lo probara, Karen se puso celosa y tuvo una de sus rabietas. Pero Peter se mostró firme con ella escudándose en que era demasiado joven para subirse a una moto y en que, además, no había ningún casco adecuado para su diminuta cabeza. Una malévola sensación de triunfo se apoderó de mí cuando le oí decir aquello. Dejar a Karen plantada en el jardín con mamá, mientras yo me iba a dar una vuelta en moto. Dejar que Karen se pusiera triste para variar; a mí me entristecía irme de casa de Peter y que ella se quedara. Me entristecía que ella pudiera ensuciarse en el jardín y que yo tuviera que mantener mi ropa medio limpia por papá. Me entristecía que ella fuera como la hija de Peter e Inès, como la hermana de Miguel y Ricky, y que yo fuera sólo la niña que venía dos veces por semana, aunque Peter dijera que me quería más a mí que a ella, cosa que yo jamás diría a Karen.

Siempre hacía una gran puesta en escena sobre lo bonito que era el casco, como una corona, con su color naranja glaseado que

reflejaba puntos de luz como granos de azúcar blanco, con sus pegatinas de Pegaso y el arco iris. En realidad, detestaba el casco y quería quitármelo para notar mi pelo ondeando al viento. Al principio, a mi madre le aterraba pensar que pudiera caerme de la moto; Peter le enseñó el casco y dijo que, si algo así ocurriera, mi cabeza estaría protegida; además, eso nunca pasaría, porque él conducía motos desde hacía más de treinta años. Yo insistía: «Sólo una vuelta a la manzana», hasta que al final se rindió. La primera vez que me subí a la Suzuki, se quedó junto a la acera repitiendo advertencias como: «No te inclines mucho», y «Agárrate siempre a Peter».

Peter me enseñó a inclinarme cuando él lo hacía sin dejar de agarrarme fuertemente a su cintura, en la misma dirección y sólo hasta donde él lo hacía, nunca más allá. Claro que, para dar una vuelta a la manzana, no necesitaba saber mucho sobre cómo inclinarme; después sí, cuando había que maniobrar con la moto en curvas complicadas. Esto también me convertía en piloto, y me sentía muy orgullosa cuando Peter me decía que era la pasajera perfecta.

Mi pelo iba creciendo, y para principios de agosto me llegaba tres dedos por debajo de los hombros, lo cual quería decir que papá no le había prestado mucha atención últimamente; durante años, había insistido en que nunca pasara ni siquiera un poco de la altura de los hombros. Siempre que lo veía un poco más largo, me llevaba corriendo a la peluquería para que me dejaran una media melena, que según él quedaba elegante en las niñas; pero eso era mentira: la mayoría de mis compañeras del colegio lucían melenas hasta casi la mitad de la espalda. Que una niña fuera cada día al colegio con un peinado diferente delataba su estatus social; en clase, cuántas veces mi pelo rebelde y sin gracia había sido el hazmerreír de niñas que llevaban trenzas y recogidos franceses u holandeses, impecables coletas, o elaborados moños dobles. Un día, me quejé a Peter de esta cuestión —mencionando lo mucho que temía enfrentarme a un año más de colegio con un pelo que volvería a dejarme en ridículo —, y él prometió encontrar un peine con el que deshacerme los nudos sin pizca de dolor.

La primera vez que Peter me enseñó el mágico peine violeta que había comprado en el rastro por veinticinco centavos, me fascinó.

Tenía dos hileras de dientes curvadas hacia dentro y no se parecía a ningún otro peine que hubiera visto antes. Decía que empezaría por las puntas de mi pelo y que iría subiendo hasta la coronilla. Así que me senté en su regazo en la cocina, y él empezó a deshacer los nudos con delicadeza. Mi pelo estaba tan enmarañado que llevó más de una hora domarlo. Sin embargo, no tanto como yo creía porque, mientras estaba allí sentada, Peter y yo hablamos de «Tigre Peligro». También hicimos pausas para comer galletas con trocitos de chocolate y galletas de avena con pasas.

Mamá veía a Peter desenredándome el pelo y no dejaba de repetir lo mucho que le sorprendía que yo me estuviera tan quieta. Cuando Peter terminó, me puso dos horquillas amarillas de plástico, una a cada lado.

—Vamos, cariño, mírate en el espejo —dijo, y yo fui corriendo al salón y me miré al espejo de cuerpo entero que había frente a la puerta principal.

Aquel enorme espejo tenía pájaros tallados en el marco de madera. Peter lo había pintado con spray de un intenso color dorado que lo hacía parecer aún más antiguo. Me quedé ante él, tocándome el pelo brillante. Peter se me acercó por detrás y me puso ambas manos sobre los hombros.

—Voy a trenzártelo, como el de Karen —decidió—. Debería ser lo bastante largo.

—Peter, ¿te gusto más con el pelo largo o corto?

—Me da igual, cariño. Pero supongo que, en las niñas, siempre me ha gustado el pelo largo.

Nos miramos a través del espejo durante lo que debió de haber sido un minuto largo; Peter estaba de rodillas, con la cara a la altura exacta de la mía.

Unos días después, mientras cenábamos sentados a la mesa, vi que papá me observaba de una manera rara, como entrecerrando los ojos.

—Te está creciendo el pelo —soltó, fríamente—. No me había fijado.

Yo me revolví en la silla.

—Lo llevaba un poco largo en Puerto Rico.

—Mi hermana te lo cuidaba, no como tu madre. Pero veo que ahora alguien te lo está peinando. Date la vuelta.

Giré la cabeza de mala gana. Él asintió y se volvió hacia mi madre.

—¿Has estado peinándole el pelo? —Echó un trago de cerveza y cortó por la mitad su pimiento relleno.

Mi madre engulló y luego respondió:

—Bueno, han sacado un peine nuevo, ¿sabes?

—¿Un peine nuevo? —Él arqueó las cejas—. ¿Una especie de adelanto?

—Bueno, en el rastro venden toda clase de...

—¿No estarás comprando en un sucio rastro?

—No, no exactamente —repuso mi madre mientras agarraba con fuerza su 7-Up, pero sin levantarlo de la mesa para beber. Yo había dejado de comer.

—Te doy dinero suficiente para que compres cosas de calidad, no para que te lo gastes en trastos usados. No te doy dinero para que compres un peine que ha tocado el pelo de un extraño. Ahora mi hija podría tener piojos. ¡Podría tener piojos en el pelo! —Papá era el único que seguía comiendo; comía mientras esperaba la respuesta de mamá.

—El peine estaba limpio, estaba lavado. Además, yo no compré el peine; fue Peter. Sólo le costó veinticinco centavos. Una ganga. Estaba limpio. Es un buen peine. Ya estaba limpio; Peter lo lavó.

No sabía por qué, pero en cuanto dijo que el peine ya estaba limpio, se me revolvió el estómago.

—¿Quién la peinó? ¿El marido de esa mujer? Espera, ni siquiera están casados. Vale, la mujer, la mujer con la que vive. ¿Peinó a tu hija esa hippy con la que vive? Lo pregunto porque tú no sirves para hacer nada. Ni siquiera eres capaz de peinar a tu propia hija. Tengo que hacérselo llevar corto porque, de lo contrario, parecería una rata. Tengo que estar yo pendiente del tema porque nadie más lo está. Así que dime, ¿la peinó esa hippy? Pregúntale si puede venir aquí y preparar un día la cena. ¿Crees que puede venir y asarme una buena chuleta de cerdo?

—Odio el sarcasmo. Lo haría yo si me dejaras.

—¿Y que se incendiara la casa? Aquí cocino yo. Yo soy el único que limpia. Aquí lo hago todo yo. Yo lo hago todo y vosotras no hacéis nada. Soy vuestro esclavo.

—Estoy harta de oírte decir siempre lo mismo —protestó mamá entre dientes.

—¿Qué?

—Nada. Además, no la peinó Inès; la peinó Peter. Hizo un buen trabajo: ya no tiene nudos en el pelo.

—¿Dejas que ese hombre peine a tu hija? —Y repitió, más alto —: ¿Dejas que ese hombre peine a tu hija?

—Sí, ¿y qué hay de malo en eso?

Papá se quedó callado, y luego dijo:

—Tengo que conocer a ese hombre, ¡ese hombre que causa tantos problemas!

—Él no causa ningún problema. Margaux pasa casi todo el tiempo con los dos niños y la niña.

—¿Qué niña?

—Hay una niña, Karen.

—Antes no había ninguna niña.

—Es una niña acogida. Para empezar, creo que es maravilloso que la gente acoja en casa a niños de hogares conflictivos.

—¿Esa niña es de un hogar conflictivo? ¿Qué clase de hogar conflictivo?

—La madre era drogadicta. Pobre criatura.

—Mi hija está rodeada de gente que viene de hogares conflictivos.

—La familia de Peter no es conflictiva. Es una muy buena familia.

—Esa gente ni siquiera está casada.

—¿Y qué? ¡Son una buena familia!

—Dime, ¿qué clase de valores intentas inculcar a nuestra hija? —Papá se cruzó de brazos.

—Preferiría no hablar de esto.

—¡A ver, a ver...! —Papá guardó silencio un instante—. ¿Dejas que se duche allí? Si se ensucia fuera, no dejarás que use su bañera, ¿no?

—No.

—Podría contraer alguna enfermedad.

—No la usa.

—Quiero conocer a ese hombre, ¿sabes? Quiero conocer a ese hombre, y también a la mujer. Quiero que vengan a Benihana.

—¿Benihana? No tienen tanto dinero. Vas a tener que buscar un restaurante más barato, algo que entre dentro de su presupuesto. No es fácil con tres niños a los que mantener. No lo tienen fácil. Nada fácil.

—Bueno, diles que pago yo. Los invito a los dos. Puedo

permitírmelo.

Al día siguiente, un jueves, después del trabajo, papá me dijo que me llevaría a dar un paseo. Le pregunté adónde íbamos, y él contestó que a tomar un helado. Dos manzanas más tarde, intuí que papá me había mentido; el Carvel estaba en la esquina de la Calle 38 con Bergenline Avenue, pero nosotros nos encontrábamos en la Calle 39 con Hudson Avenue. Ahora papá había girado, porque prefería caminar por la Bergenline que por las aburridas calles secundarias. Y no había manera de hacerle pasar por el instituto Union Hill, donde, según él, se juntaban todos los salvajes.

—¿Adónde vamos, papá?

Titubeó.

—A la peluquería.

Me paré y me quedé allí plantada, en medio de la acera, con papá tirándome del brazo.

—Vamos.

—¡Ya no tengo nudos en el pelo!

—Vamos. Pórtate bien. Después, te compraré un helado. Y un juguete. Vamos.

—¡No, yo no voy a ninguna parte!

Papá me agarró del brazo y tiró de mí.

—¡Vamos!

—¡Por favor! ¡No me lo cortes!

—Tú quieres darme problemas. Quieres humillarme —dijo en voz baja—. Quieres que en esta ciudad hablen mal de mí. ¿Ves cómo nos mira la gente?

A aquellas alturas, ya estaba en pleno berrinche, llorando e implorando y pataleando contra el cemento.

Señaló a un puñado de adolescentes que pasaba por el Union Hill.

—Mira cómo te miran.

Estábamos de pie delante del edificio y yo vi la barbería Good Fellows al otro lado de Hudson Avenue, en la Calle 38. Pensé en morderle la mano a papá y echar a correr hasta la casa de Peter, pero sabía que papá era más rápido que yo.

—¿Por qué me haces esto? —grité—. ¿Por qué? ¿Por qué haces esto?

Él me soltó la mano y nos quedamos el uno frente al otro.

—Tú. Tú. Me da vergüenza que me vean en esta calle. Pero deja que hablen; porque hablan de ti. Deja que rían; se ríen de ti. No de mí. Tú eres la que está haciendo el ridículo en la calle. Ahora veo lo que esa casa te ha hecho. Llevas un año yendo a esa casa, y no te está haciendo ningún bien. Te estás volviendo contra mí. Dime. —Me alzó la barbilla y me miró a los ojos—. Dime: ¿qué te ha hecho esa casa? Si no me haces caso a mí, a tu padre, haré que lo lamentes. Llorarás; llorarás de verdad cuando tenga el privilegio de apartarte de esa casa. Sé que llorarás porque es lo único que te importa. Así que ándate con cuidado.

Entonces empecé a caminar, y él volvió a agarrarme de la mano.

—Bien —dijo.

Mientras esperábamos a que nos atendiera una peluquera, ni papá ni yo hojeamos las revistas que estaban esparcidas sobre la mesita. Papá tenía mi mano bien agarrada, y le entró el tembleque en la pierna. Al principio me daba miedo dirigirle la palabra, pero luego dije en voz baja:

—Papá, no mucho, por favor.

—Les diré que sólo te lo corten un poco. Tienes las puntas abiertas, y hay que sanearlas.

—¿Sólo un poco? ¿Me lo prometes?

—Yo nunca prometo nada. Esas mujeres tienen experiencia; saben perfectamente qué hacer. Yo soy un hombre; sé muy poco de pelos. Les diré que hagan lo que crean oportuno.

—Papá, ¡dijiste que sólo un poco! ¡Y ahora vas y cambias de opinión!

—No empieces —protestó, apretándome la mano—. Más vale que no me pongas en evidencia.

Enmudecí, hasta que dejó de apretarme la mano.

—Vale, pero ¿puedo decirte algo? No queda mucho para la vuelta al cole; todas las niñas llevan el pelo largo. Yo soy la única que lo lleva corto, y se ríen de mí. Si haces que me lo corten demasiado, voy a, va a, bueno, yo... —Aclaré la garganta y traté de no llorar—. Voy a pasarlo mal, papá. Es duro ser diferente. Quiero ser como las demás niñas. Tengo que ser como ellas, o se burlarán de mí. Me llamarán fea y bicho raro.

Él no dijo nada.

—¿Me oyes, papá?

Seguía sin decir nada.

—Voy a pasarlo mal, papá.

—Les diré que sólo un poquito. Si eso te hace feliz, les diré que sólo las puntitas, ¿vale? —Me apretó la mano, esta vez de manera amistosa, y me sentí aliviada.

Una peluquera de largas uñas blancas y esponjosa permanente me puso la bata holgada y me condujo al lavacabezas. Una vez allí, me recosté en la silla de cuero reclinable, dejando caer mi pelo en la pica llena de agua templada. Después del lavado, me acompañó hasta el enorme sillón giratorio que había delante de los espejos grandes y relucientes. Vi botes de laca, peines extravagantes, cepillos y secadores. Vidal Sassoon, Aqua Net. Papá hablaba con la mujer en español.

—¿Cuánto le has dicho, papá?

—Le he dicho que te cortara las puntas. No te muevas mientras lo hace, podría cortarte a ti. Quizá deberías cerrar los ojos. A veces se les resbalan las tijeras. No quiero que te muevas bruscamente y te quedes ciega.

Yo no cerré los ojos. Pero papá me los tapó con la mano cuando las puntas del flequillo empezaron a caer.

Noté en las mejillas el cosquilleo de los pelitos recién cortados. Noté que la peluquera me movía la cabeza primero hacia la izquierda y luego hacia la derecha, y que me sostenía la barbilla. Noté las puntas de sus uñas largas y sus dedos suaves. Noté la holgada bata negra, su tejido acartonado, su cuello apretado.

—¡Siéntate bien! ¿Quieres que te corte? Ahora mejor. Ponte derecha.

—Vale, listo.

Lo primero que vi fue el flequillo. Luego me fijé en que el pelo sólo me llegaba a las orejas. Grité.

—¡Chiss! Basta ya. Compórtate. —Me puso la mano en la boca y mis dientes le rozaron los dedos—. Te veo bien. Me gusta cómo te queda. Puedes llevar este corte de pelo. Estilo *pixie*. Es la moda. Tienes cara de modelo. Tú puedes permitírtelo. Muchas actrices de Hollywood van así. Las pasarelas de París están llenas de modelos con el pelo corto.

—Me mentiste —lamenté, mientras la peluquera me colocaba el espejo de mano detrás de la cabeza para que pudiera verme, sacudiéndome el pelo con la mano y forzando una sonrisa demasiado brillante.

—Venga, vamos a tomar un helado. A lo mejor podemos ir caminando hasta el Woolworth's; te compraré un bonito juguete y algún libro para colorear.

—¡Me mentiste! ¡Le dijiste que me cortara más que las puntas!

—Me estás haciendo pasar vergüenza. Ya hablaremos de esto cuando estemos los dos solos. Vamos.

Fuera, el calor estival arremetió contra mi cuello. Aún me picaba la espalda por el pelo que me había caído en la camisa.

—¡Parezco un niño! ¡Mírame, mira qué pinta!

—La culpa la tiene esa estúpida mujer. Le dije que te cortara sólo las puntas. Pero a esa gente le gusta hacer las cosas a su manera. Por eso le he dado poca propina.

—¡Le diste tres dólares!

—Normalmente, doy cinco. Por eso a mí me gusta que me corte el pelo un barbero experimentado. Estas chicas nunca escuchan.

—¡Hablaste con ella en español para que yo no te entendiera! ¡No soy tonta! —Estaba chillando—. ¡Tú quieres que se rían de mí! ¡Quieres que parezca un niño! ¡Quieres amargarme la vida! ¡Te odio! ¡Te odio!

—Me odias. Bueno. Es inevitable. Tal vez deberías dejar de ir a esa casa. ¡Es de esperar que te rebeles estando bajo la influencia de esos salvajes!

—¡No! ¡No lo hagas! ¡No lo hagas!

—Me odias. Así son las cosas. Tú me odias; bueno, vale. Pues ¿sabes qué? Si vas a odiarme, ¡yo a ti también! Yo también puedo odiarte. ¡Vamos!

—¡No me importa que me odies! ¡No me importa lo que pienses!

—Eres una bestia. Eres una salvaje. No eres una persona. ¡No me extraña que se rían de ti! Vamos. ¡No es tu pelo; eres tú! Temía que ser criada por esa mujer enferma te pudiera afectar, y no me equivocaba. Eres una mala semilla. Vamos. ¡Dame la mano!

—¡No!

—¡Dame la mano ahora mismo!

Cuando Peter vio mi corte de pelo, los ojos se le llenaron de lágrimas y me percaté de que le apenaba mi nuevo aspecto.

Luego, mientras mi madre estaba fuera de compras en el Pathmark y Karen se entretenía en el suelo del salón con el juego de

construcción que Peter le había traído del rastro, dijo:

—¡No puedo creer que tu padre te haya hecho esto! ¡Eso es maltrato!

Karen levantó la cabeza.

—Yo aún llevo el pelo largo —soltó.

Peter la ignoró.

—¡No tiene derecho a cortarte el pelo! ¡No le perteneces! ¡Nadie tiene derecho a controlar tu cuerpo!

8

«SÓLO SI TÚ QUIERES»

Karen empezó primero, y yo, tercero de primaria. Descubrí que las caligrafías de escritura cursiva que tanto aburrían a los demás eran mi pasión, y hasta gané un premio en forma de pin que llevaba con orgullo en la solapa. Aquel mes de octubre, Peter me animó a escribir mi primer relato en una libreta con renglones. «El gato y el perro son muy amigos. Viven juntos en una casa grande, con montones de muebles. Un día el perro lo pone todo patas arriba y destroza la casa. Lo araña y lo muerde todo. Pero esa noche, el gato *Kitty* barre y barre sin parar, limpia y quita el polvo. Hasta que toda la suciedad desaparece y vuelven a ser felices. Fin.»

Seguí escribiendo, pero esta vez para un público. Peter reunió cuidadosamente esos papeles sueltos en un álbum titulado *Historias de Margaux*, que guardó en el baúl negro del pestillo roto junto con los dos gruesos álbumes de fotos denominados *Margaux: Imágenes*; y otro álbum más, *El arte de Margaux*, repleto de dibujos míos. No era muy buena artista plástica, pero Peter parecía creer que todo lo que yo dibujaba era una obra de arte. Estaba aquel dibujo que le había hecho por el Día del padre, de un tigre y un águila (su animal preferido) dentro de un enorme corazón; debajo del corazón estaban sus crías: cachorros de tigre con alas. Un viernes, Peter sacó el dibujo del álbum, le puso un marco dorado oscuro y lo colgó en la pared de su habitación, donde permanecería los próximos catorce años.

Últimamente, yo había empezado a tener problemas de insomnio por las noches. Cuando me levantaba temprano, aprovechaba el tiempo: bajaba las escaleras sin hacer ruido, encendía la tenue luz de la cocina y me pasaba horas jugando con una mariquita de papel. Como ahora papá tenía que levantarse muy pronto para ir al trabajo, ya no pululaba por la casa a horas intempestivas; pero una noche, de camino al cuarto de baño, se paró en medio de la cocina y se me quedó mirando fijamente; yo le correspondí. Esperaba que me regañara, pero por alguna razón no

lo hizo; se limitó a fulminarme con la mirada, y luego subió las escaleras como una flecha.

A veces, en el jardín, Peter y yo nos tumbábamos en una hamaca blanca bajo el gigantesco ailanto. Su tronco era tan grueso que podríamos caber dentro mamá, Karen y yo. Nunca había visto un árbol de ese grosor. *Porridge* y *Peaches* se acurrucaban en el interior de su madriguera de madera, los hocicos moviéndose contra la alambrera después de haberles dado zanahorias pequeñas y bolitas de comida para conejos. Al otro lado del jardín, Inès había plantado girasoles; Peter decía que eran las flores que más le gustaban. Peter prefería las rosas; las grandes y blancas se llamaban rosas bourbon, y las más pequeñas de la fachada, rosas bailarinas. Él también cultivaba bendiciones rosas; decía que el rosa era su color favorito, y que tal vez aquellas flores traerían lo que su nombre prometía.

Yo me lo tomaba a broma, diciendo que el rosa era un color de niña, pero eso a él parecía no importarle; decía que, si nadie se burlaba de una niña porque le gustara el azul, ¿por qué iba a avergonzarse él de que le gustara el rosa?

A veces, cuando estábamos en el jardín, Karen saltaba a la hamaca con nosotros y nos columpiábamos los tres a un lado y a otro hasta que pensábamos que aquello se iba a romper. En alguna ocasión, armábamos jaleo haciéndonos cosquillas o empujándonos los unos a los otros fuera de la hamaca. Pero Peter y yo pasábamos la mayor parte del tiempo meciéndonos, respirando el aroma a flores y fresca tierra negra. *Zarpas* escarbaba un agujero y se tumbaba junto a nosotros. Yo le preguntaba a Peter por qué *Zarpas* hacía un agujero antes de tumbarse, y Peter decía que era porque la tierra que había bajo la superficie estaba más fresca.

Desde el corte de pelo, apenas había hablado con papá, y muchas veces, cuando él miraba para otro lado, yo escupía la comida que me había preparado en servilletas que luego tiraba a la basura. Papá no parecía nada arrepentido de lo que había hecho; ignorándolo sólo conseguí que me ignorara y que, en ocasiones, se dirigiera a mí en tercera persona llamándome bestia y demonio de niña. De haber sabido que yo iba a crecer sólo para emprenderla con él, no habría gastado en mí su tiempo, su dinero y su vida. Una vez, cuando gritaba mientras cenábamos, me enfadé tanto que golpeé el plato

contra la mesa, y el pollo, el arroz amarillo y las aceitunas verdes quedaron esparcidos por toda la mesa. Él me agarró por el brazo y mi madre chilló:

—¡No le hagas daño, aléjate de ella!

Papá me soltó y la golpeó en el pecho, hasta casi tirarla al suelo. Entonces vio que me retiraba, y dijo:

—¡Cobarde, aléjate de mí, cobarde! —Alzó el puño y vino hacia mí. Yo retrocedí hasta tocar con la espalda en la pared, y él se echó a reír—: ¿Crees que te voy a pegar? No voy a tocarte. Eres una cobarde. ¡No voy a pegarte! ¡Lárgate, vete a la pared a llorar como un bebé! —Después subió las escaleras. Tenía que vestirse bien para ir al bar.

Mi padre ya no me importaba. Empecé a ignorarlo. Ni siquiera me importaba que me viera levantada a las tres o a las cuatro de la mañana: recortando, pegando, haciendo agujeros con un bolígrafo. Me traía sin cuidado que me lanzara aquella fulminante mirada desde la escalera a las tres de la madrugada; yo también podía poner mala cara, y siempre que le dirigía una mirada asesina, él retrocedía callado escaleras arriba.

Tardé dos semanas en dibujar todas las mariquitas, colorearlas y luego hacerles ropa de papel: chaquetas, pantalones, vestidos y jerséis. Abría pequeños agujeros para los brazos y las piernas, y coloreaba pequeños detalles, como los botones de un jersey o los lunares de un vestido. Todas las mariquitas tenían nombre, formaban parte de mi historia. Entre ellas, sólo había una niña; su nombre era Mime, y me costó lo mío hacerle el pelo: tuve que cortar un trocito de papel en tiras rectas, y pegárselas a la cabeza. También incluí carritos de papel para los bebés, diminutos monopatines de papel con motas de hilo que cogí del costurero de mi madre para decorar las ruedas, y un televisor hecho con una caja de pasas Sun-Maid.

Después le enseñé todo el elenco de mariquitas a Peter, que exclamó:

—¡Guau!

Una vez extendidas todas las figuras de papel sobre la mesa de la cocina, empecé a mostrarle cómo vestirlas con cuidado, sin rasgarlas.

—Me parecen preciosas, cariño. Pero ¿no sería mejor que las dejaras en casa y jugaras con ellas cuando estuvieras sola? Son demasiado bonitas para desaprovecharlas conmigo. Y yo soy un

adulto; no les encuentro la gracia.

—¿No las quieres?

—No, no es eso; es sólo que... Bueno, pensaba que tú disfrutarías más jugando con ellas. Más que yo a mi edad.

—¡Son para ti! ¡Las hice para ti!

—¡Ah!, está bien, cariño. En ese caso, claro que las quiero.

—Si no las quieres, las tiro a la basura.

—No, jugaré con ellas —repuso Peter—. Cuando tú no estés y te eche de menos, jugaré con ellas.

—¿Seguro?

—Sí, si me enseñas exactamente a cuidar de ellas y me dices todos sus nombres. Karen y yo jugaremos con ellas.

—¡No! Karen las destrozará; ¡ella no es nada cuidadosa!

—Sí, supongo que tienes razón. Karen las destrozará, pero sin querer.

Peter metió la colección de mariquitas de papel en el enorme baúl negro del pestillo roto, donde guardaba todas sus otras cosas «mías». Habrían durado una eternidad allí dentro, y se habrían descolorido con el tiempo, como el dibujo enmarcado del tigre y el águila, si Karen no se hubiera puesto una noche a revolver en aquel baúl y no hubiera hecho trizas todas las mariquitas y sus accesorios. Cuando Peter me lo contó, se me llenaron los ojos de lágrimas.

—Lo siento, cariño. Karen lo hizo mientras Inès y yo dormíamos.

—¿La has castigado?

—Sí, le he dado unos azotes. No me gusta zurrar a los niños, y no suelo creer en la eficacia del castigo, pero lo que ha hecho Karen está muy mal. Tú dedicaste mucho tiempo a esas mariquitas. Así que le di una zurra y le prohibí que saliera de su cuarto en todo el día. No paró de llorar, pero ahí se quedó.

Mi madre ya dejaba que Peter y yo fuéramos en moto hasta Hudson Park. En el bosque que rodeaba un gran lago, él se aseguraba de que nadie nos miraba y luego me pedía un beso de pez. Un beso de pez se hacía frunciendo los labios como uno de esos peces besadores de la tienda de animales. Los besos de pez no eran tan ordinarios como otras clases de besos, porque nuestros labios apenas se rozaban. A estas alturas, me había acostumbrado a casi todas las formas de besar; el único beso que no me gustaba era el Joe Bazooka. El Joe Bazooka era raro: nunca nos lo dábamos en

público, porque llevaba demasiado tiempo. Peter compraba un chicle Bazooka, nos leíamos la historieta que lo envolvía, y a continuación yo cogía el chicle duro y lo mascaba hasta hacerlo papilla. Pasaba el chicle a Peter y él me lo volvía a pasar a mí. Nuestras lenguas no podían evitar tocarse, notaba como si un pez se sacudiera en mi boca. Cada vez que surgía este beso nuevo, me repugnaba durante un segundo; luego aquella sensación de asco desaparecía con la rapidez con que había surgido. Cada vez que perdía una sensación como ésta, era incapaz de sentir gran cosa el resto del día, a veces durante los días siguientes. Últimamente, papá había dicho que yo era fría y cruel, algo así como «la bruja de Connecticut», y me preguntaba si no estaría en lo cierto.

Este año haría la primera comunión. En uno de nuestros paseos por Hudson Park, le pedí a Peter que mirara las hojas otoñales. No podía esperar a recibir el Cuerpo de Cristo y a formar parte de Dios. Había niños que no entendían la comunión; pensaban que todo aquello era desagradable, y hasta se preguntaban por qué no podían masticar la hostia sagrada.

—Idiotas —dije, arrancando una hoja medio marrón de un plátano cercano—. Se creen que pueden morder la hostia como si fuera un chicle o algo así. Ese niño malo de mi clase dijo incluso que iba a morderla a propósito. Pero las niñas son aún más idiotas que los niños. A veces tenemos que ver películas donde Jesús muere en la cruz, y hay un puñado de imbéciles que siempre lleva paquetes de pañuelos de papel. Luego, cuando Jesús es crucificado, empiezan a pasarse el pañuelo por los ojos como si estuvieran tristes de verdad.

—Tu madre me comentó el otro día que cree que yo fui Jesús en otra vida.

—Lo sé, siempre lo dice.

Nos sentamos bajo un sauce llorón y Peter me rodeó con sus brazos. El aire allí era dulzón, distinto del de la ciudad.

—Se acerca el día de mi cumpleaños. Sé que no tienes dinero, así que no deberías preocuparte por comprarme nada. Pero ¿has pensado en qué te gustaría regalarme?

—Bueno, no creo que sea bueno hablar de regalos antes de tiempo —contesté, pensando en la nueva serie de mariquitas que preparaba en casa—. Arruinaría la sorpresa.

—Tienes razón. Pero ¿puedo darte alguna pista de lo que me gustaría que me regalaras?

—Vale. Dame pistas, si quieres, aunque ya me puedo imaginar qué quieres que te regale. Y si no fuera exactamente lo que a ti te gustaría, ¿te llevarías una decepción?

—Claro que no. ¿Cómo vas a decepcionarme tú, cariño? —Peter encendió un cigarrillo. Tendía a fumar más cuando mi madre no estaba allí para verlo—. Está bien, primera pista: no cuesta nada. Ni un solo céntimo.

—Vale... es gratis. Siguiente pista.

—Bueno, es algo que quiero desde hace tiempo. Algo bonito y especial. Es algo que la gente enamorada, como tú y como yo, la gente que planea casarse algún día, hace en señal de amor.

—Peter, ¿tú quieres que haga eso? —pregunté. Parecía más fácil preguntar y quitarse aquello de encima.

—Sólo si tú quieres y sólo si estás preparada.

—Tendría que pensármelo, Peter. Pensar bien si estoy preparada o no.

—Tranquila. Sólo si tú quieres, cariño. Tranquila.

9

«QUERERTE NO ES MALO»

La noche anterior al cumpleaños de Peter, sin querer rasgué por la mitad una mariquita de papel cuando intentaba ponerle un jersey. ¡Jamás terminaría a tiempo aquella nueva serie! ¡Jamás! Con el brazo, tiré de la mesa todas mis mariquitas recién acabadas, y luego empecé a aporrear la madera con los puños. De repente, noté algo y me giré. Papá estaba detrás de mí con su camiseta interior blanca y sus calzoncillos.

—¿Qué estás haciendo? ¿Qué diablos es ese ruido? ¡Mira el suelo! ¿A qué viene tanto ruido a estas horas de la noche? Tengo que levantarme temprano para ir al trabajo, ¿es que no lo entiendes? ¡Eres una bestia! ¡Sal de ahí! ¡Fuera de esa silla!

—¡No!

—¡Levántate para que pueda barrer! ¡Mira lo que has hecho! ¡Mira! ¿Qué es todo este papel?

—¡Son mis mariquitas!

Vi que observaba la casa de mariquitas y luego el suelo.

—¿Por qué están en el suelo? ¿Por qué? ¡Dime!

—¡Bárrelas! ¡Venga! ¡Bárrelas! Tíralas a la basura, ¡no me importa!

—¡Recógelas! ¡Yo no tengo por qué recoger tus cosas! ¡Recógelas; devuélvelas a su sitio!

—¡No! ¡Bárrelas! ¡Bárrelas!

—Tengo que irme a trabajar, ¿lo entiendes? ¡Tengo trabajo! Hago un turno de diez horas, ¡maldita sea! ¡A veces trabajo seis días a la semana! ¿Es que nadie lo entiende? ¡En esta casa, me chupáis la sangre como sanguijuelas! ¡Os alimentáis de mí como parásitos! ¡Me parto la espalda para cocinar, para limpiar lo que vosotras ensuciáis! ¡Me parto la espalda! —Mientras vociferaba, cogió la escoba y barrió todas las mariquitas de papel y sus accesorios a un recogedor. Hecho esto, rescató las piezas una por una de entre migas y remolinos de polvo, con una expresión más que indignada. Luego las dejó sobre la mesa.

—¡Aquí tienes tus cosas! ¡No las vuelvas a tirar al suelo! La próxima vez muestra algo de respeto hacia tus propias cosas; al menos hacia tus cosas, ¡aunque luego no respetes las cosas de los demás! Yo cuido de mis cosas, ¡por eso me duran! ¡La próxima vez controla tu mal genio! ¡Me vuelvo a la cama! ¡Tengo que trabajar! Así no se puede dormir. Y no hay motivo para pasar la noche en vela; ¡debería darte vergüenza! ¡No eres más que una mocosa egoísta encerrada en tu propio mundo! ¡Por una vez en tu vida, por una vez, aprende a pensar en los demás, en sus necesidades! —Volvió a subir las escaleras lentamente, sin quitarme ojo.

Cuando lo perdí de vista, desempolvé las mariquitas y las metí en su nueva casa, otro cartón de leche. Luego dejé el cartón de leche en mi caja de juguetes, con el resto de mis cosas. Peter tenía razón: más valía que guardase las mariquitas de papel en casa —así Karen no las haría trizas—; además, él era un hombre mayor, y yo empezaba a dudar que jugara con ellas en mi ausencia.

El cumpleaños de Peter cayó en miércoles, de manera que iría a su casa un día fuera del habitual. Debería haberme alegrado de verlo tres días en vez de dos esa semana; sin embargo, me desperté con un terrible dolor de barriga. Mamá decidió que me encontraba demasiado mal para ir al colegio y me trajo a la cama un tazón de sopa de pollo Campbell y galletas saladas, mientras se preguntaba si ir o no a casa de Peter por la tarde.

—No podemos ir si estás enferma, lo entiendes, ¿verdad? —dijo mamá—. Peter tendrá que comprenderlo. También podemos celebrarlo el viernes.

—Creo que no estoy tan mal. Seguramente estoy más preocupada que otra cosa.

—¿Por qué? ¿Qué te preocupa?

—No quiero ir a casa de Peter sin un regalo. Pero no tenemos dinero. ¿No podrías pedírselo a papá? ¿No podrías decirle que es para el cumpleaños de Peter?

—Ya sabes cómo es tu padre. Ahora mismo Peter no le cae muy bien. A lo mejor está un poco celoso.

—¿Celoso de qué? —sonreí.

—De tu atención. Tu padre es un hombre muy celoso. Le gusta ser el favorito de todo el mundo. En los bares, se gasta el dinero invitando a la gente a rondas, sólo para que hablen bien de él. Así

es tu padre.

—Yo no le importo. ¿Anoche no oíste cómo me gritaba?

—Estaba dormida. Los somníferos me dejan como muerta. No te pegó, ¿verdad?

—No. Pero gritó a base de bien, y todo porque tiré unos papeles al suelo.

—¿Papel al suelo? No debería estar levantado a esas horas. Debería estar en cama, durmiendo como una persona normal. Ese hombre debería tomar tranquilizantes, como yo. En serio. —Hizo una pausa—. ¿Por eso te sientes mal? ¿Estás disgustada porque te ha gritado?

—¡No! Él siempre grita. Me da igual si grita. —Le di la espalda, irritada—. Ya te he dicho por qué.

Nos quedamos en silencio, hasta que mi madre lo rompió:

—Tengo veinte dólares para imprevistos. Podría gastarlos y, más adelante, inventarme una excusa. ¿Te parece bien?

Tardé en responder.

—No sé qué querría Peter. No tengo ni idea de lo que le gusta a la gente de su edad. A lo mejor deberíamos quedarnos en casa... puedes llamarlo y decir que me he puesto enferma.

—¿Quieres que haga eso? ¿Lo llamo ahora?

—No, espera un segundo. ¿Se te ocurre algo? ¿Algo que le hiciera especial ilusión?

—¿Y si le compramos un buen pastel de cumpleaños? Es un goloso. Iremos a la pastelería Sugarman's y le encargaremos un buen pastel de chocolate con relleno de fresa. Podemos decir que escriban «Feliz cumpleaños, Peter, te queremos» con glaseado rojo.

—Glaseado rosa. A Peter le gusta el rosa.

Mamá se rió.

—Glaseado rosa, entonces.

Cuando la fiesta de cumpleaños de Peter terminó, a Karen se le antojó mirar *E. T.*, así que fuimos al salón y Peter puso la cinta de vídeo. Creo que Inès, Miguel y Ricky nos acompañaron por educación; porque luego se fueron escaqueando uno a uno. Karen estaba tendida boca abajo, con los tobillos cruzados; yo me estiré a su lado un rato, y me puso los pies encima. Mamá estaba sentada en su butaca de terciopelo rojo, para variar; le encantaba *E. T.*

Peter me hizo señas para que fuera al sofá con él, y obedecí. La

sensación de vacío volvió a asaltarme, pero esta vez mezclada con algo más: una especie de energía desbocada. Peter me había dicho que le guiñara un ojo, la clave para bajar al sótano. Pero yo había olvidado la diferencia entre guiño y pestañeo. Oí un leve zumbido y miré a las cortinas de terciopelo rojo. El zumbido parecía proceder de allí, pero al mismo tiempo parecía salir de Peter. Por alguna razón, pensé en aquel peine violeta. Entonces me acordé de las tijeras de la peluquería, de papá, de que él también me odiaba.

—Peter, no quiero ver lo que viene ahora. Esa parte en la que meten a E. T. en una bolsa de cadáveres y cierran la cremallera. Recuerdo que pasé miedo cuando la vi en el cine. —Finalmente, acerté a guiñarle el ojo a Peter.

Peter le pidió a mamá que mirara el resto de la película con Karen; nosotros íbamos abajo un momento para darles algo de comer a los gatos y jugar con ellos a las canicas, porque yo no quería ver lo que venía después.

—¡Yo también quiero ir! —gritó Karen.

Pero Peter le dijo:

—No quiero que tropieces y te caigas en la escalera del sótano. Te romperás la crisma. —Le dio a mamá *La dama y el vagabundo*—. Si se aburre con *E. T.*, pon esta otra. —Karen hizo un mohín, pero Peter le lanzó una adusta mirada de «noempecemos» y ella se calmó. Desde que Peter le había dado una azotaina, parecía que lo respetaba más.

Yo era la primera en bajar los peldaños de la alfombra roja, llevaba a Peter de la mano. Cuando llegamos a la puerta de madera de la primera planta, parecía nervioso.

—¿Estás segura? No hagas nada que no quieras hacer. Podemos volver. No tenemos por qué ir al sótano.

—Es tu cumpleaños. Éste es mi regalo.

Por primera vez, no tuve miedo al bajar las escaleras de madera vieja y blanda. Era como si estuviera vacía: ni miedo, ni energía, nada. Peter me preguntaba una y otra vez si estaba bien. Yo asentía. En cuanto Peter encendió la bombilla, los gatos salieron corriendo de las sombras, maullando para que les diéramos algo de comer. Peter echó en su tazón de cerámica un puñado de Meow Mix que cogió de una bolsa enorme. Yo estaba allí de pie, totalmente inmóvil, esperando a notar el hormigueo y el picor que me indicaban que mi cuerpo se estaba quedando dormido.

Peter se acercó y me miró a los ojos.

—Eres preciosa, ¿lo sabías?

Yo asentí, viendo a los gatos comer.

—¿Me quieres?

Asentí otra vez.

—¿Puedes decirlo?

—Te quiero.

—No tienes frío, ¿verdad?

Negué con la cabeza, aunque allí hacía fresco.

—A lo mejor deberíamos subir —observó Peter—. No pareces muy contenta. No sonríes.

Me encogí de hombros.

—Tú no tienes que hacer nada. Me conformo con estar contigo. No tienes que hacer nada que no quieras hacer.

Yo seguía sin hablar. Me concentraba en tratar de parecer feliz y relajada.

—A ver: ¿qué te gustaría hacer? ¿Algo en especial?

—Dímelo tú. Haré lo que quieras. Es tu cumpleaños y haré lo que me pidas. —Hice una pausa—. ¡Felicidades!

Él me abrazó de repente, casi con demasiada fuerza.

—Te quiero mucho. Margaux, tú no lo entiendes, Margaux, Margaux. No hay nadie como tú. Nadie en el mundo entero. Estás hecha para mí. Eres mi ángel de la guarda. Eres mi amor. Quererte no es malo, no cuando estar enamorado es tan bonito. No es malo querer a alguien tan lindo. Estamos hechos el uno para el otro; olvídate de lo que diga el mundo. Olvídalo todo; somos las dos únicas personas que importan en este mundo: tú y yo.

Entonces lo besé, introduciendo mi lengua en su boca. Nos besamos un buen rato. Luego puse mi mano en la entrepierna de su chándal.

—No me tienes miedo, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—Estoy enamorado de ti. Para mí no hay nadie más, Margaux. Nadie me hace sentir así. Te amo sin reservas. Tienes un gran poder, un increíble poder sobre mí y yo confío en ti. Confío plenamente en ti.

Le bajé los pantalones; el súbito gesto pareció sorprenderlo. Su pene no parecía tan espantoso y repugnante como la otra vez. Era una parte natural del cuerpo, nada vergonzosa; ahora lo sabía. Lo toqué y empezó a aumentar de tamaño; Peter dijo que no me asustara, se suponía que aquello debía pasar. La piel se puso tirante,

y las venas, más rígidas; aquellas venas que me recordaban a las plantas del terrario, sólo que azules. El saco peludo de abajo también parecía más tirante; lo toqué y se arrugó en mi mano igual que un vaso de gelatina. Pero lo que no podía creer era lo otro, que crecía sin parar como por arte de magia. Pensé en Alicia en el país de las maravillas y en sus botellitas, sus pasteles y sus setas mágicas. Unas pociones las hacían más grandes, otras reducían su tamaño. Podía ser diminuta como mi dedo meñique, y enorme como Godzilla o King Kong. El pene de Peter no dependía de setas o pasteles; enseguida comprendí que yo lo controlaba. Había aprendido lo bastante para saber que, de no estar allí, aquello no habría aumentado de tamaño.

Miré a la bombilla encendida. Había una mosca en el cristal.

—¿Te doy un beso ahí, Peter? ¿Por tu cumpleaños?

—Me encantaría, cariño.

Le di un beso en lo que parecía un ojito cosido. Allí no había pis, no salía pis. Peter me había dicho que no saldría pis mientras estuviera duro. No sale pis, me decía a mí misma mientras lo besaba una y otra vez; no hay pis, no hay pis. No hay sangre, no hay sangre. No hay cera ni mocos, no hay sudor. Nada saldría de allí.

—¿Puedes chuparlo? ¿Como si fuera una piruleta?

En un libro antiguo que mi madre tenía cuando era pequeña, había una historia titulada «Cuentos de hadas»; ahora ése era mi libro. El cuento en el que estaba pensando, «La piruleta interminable», iba sobre un niño llamado Johnny, que lamía sin parar una piruleta hasta que ésta lo superó en tamaño. Luego la gigantesca piruleta se usó para decorar la calle, porque era grande como una farola.

Yo me puse a chupar el pene de Peter, pensando aún en las historias del libro. Había otro titulado «El Ratoncito Malo». El Ratoncito Malo es el amiguito de la niña Donnica; en realidad, es bueno, sólo que no puede evitar portarse mal y destrozar cosas en la casa. Así que la madre de Donnica se propone matarlo: intenta ahogarlo en una caja de cartón, pero la caja se ablanda y él sale nadando; intenta echarlo de casa en una especie de ala delta; lo deja fuera atado para que se lo coma un búho. Por mucho que intenta deshacerse de él, no lo consigue. Al cabo de un tiempo, el ratoncito decide portarse bien. Empieza a hacer lo que le dicen: limpia los platos de la cena, reza sus oraciones, tal vez incluso se toma un vaso de leche como el que mi madre me daba cada noche

para la vitamina D. Yo ya no tenía claro si era un ratón bebiendo leche del tazón del gato en el suelo del sótano. No sabía si era un bebé tomando el biberón o si estaba arriba tomándome un vaso de leche con Oreos en compañía de Karen. ¿Estaba arriba o abajo? Eso era lo primero en lo que debía concentrarme. ¿Estaba arriba o abajo? ¿Vivía en el piso de la Calle 32 o en la casa nueva de papá? ¿Cuántos años tenía y qué día de la semana era? ¿Era Karen y estaba arriba tomándome un vaso de leche o era Margaux y estaba abajo bebiendo a lengüetazos en el tazón del gato. De pronto, me pareció tener el tamaño de la uña de un pulgar. Entonces me di cuenta de que estaba mirando a la uña de un pulgar. La uña del pulgar de Peter. Levanté la vista y lo miré a la cara, y en ese instante él me dio unas palmaditas en la cabeza.

—Te quiero —dijo—. Te quiero mucho, cariño, mucho. Ya puedes parar, cariño. Para, cariño. —Su voz emitía un sonido raro, como entrecortado—. Eres preciosa. Preciosa y muy buena; y ésta ha sido una bonita tarde. Gracias, muchas gracias, cariño, gracias por quererme. Gracias por aceptarme. —Esbozó una amplia sonrisa y se subió los pantalones con un gesto rápido—. ¡Éste es el mejor cumpleaños de mi vida!

—¡Bueno, ahora me lo debes, Peter! —exclamé. De repente, mi voz parecía más estridente, como la de la niña más popular del colegio—. ¡Para mi cumpleaños, quiero una gran fiesta! ¡En Burger King! —Bajé la mirada; aquella voz se redujo a un murmullo—. Papá dice...

—Volvamos arriba —interrumpió Peter, que parecía nervioso—. ¡Antes de que organicen una partida de búsqueda! A ver, ¿qué dice tu padre?

—Que no debería comer en Burger King, porque las hamburguesas están hechas con ojos, lenguas y huesos de vaca triturados en una enorme máquina...

Peter meneó la cabeza.

—Está loco. —Nos acercábamos a los peldaños de madera—. Agárrate a mi mano, cariño. Esta escalera es complicada.

—Papá es un mentiroso —dije con aquella otra voz.

—Por cierto, hablando de papá y también de tu madre... —Peter se detuvo y se volvió en la escalera de madera para mirarme a mí, que estaba un peldaño más abajo—. Sabes que nunca debes hablarles de esto...

Puse los ojos en blanco y le hice un gesto admonitorio con el

dedo.

—¿Cuántas veces tengo que decírtelo, Peter? ¡Puedo guardar un secreto!

—Lo siento, cariño, es sólo que nadie más entendería lo que sentimos el uno por el otro. Nos atacarían. Nos separarían. Dirían que damos asco y que somos malas personas por querernos.

—Lo sé, Peter, lo sé.

—Voy a enseñarte cómo guardo yo los secretos. —Tomó mi mano en la suya—. Hago una pequeña cerradura, como ésta. —Puso el dedo meñique en mi boca y lo giró como una llave—. Luego te doy la llave, ¿ves? —Me dejó la llave imaginaria en la mano izquierda—. Y tú —añadió, tomando esa mano entre las suyas— guardas el secreto bajo llave. Aquí te cuelgo al cuello una cadenita con la llave atada en un extremo. —Hizo como que la ataba—. Mientras esa llave te acompañe, y te asegures de que nadie te la roba, no tendrás que preocuparte.

Peter me besó en la frente, y yo le dije:

—Protegeré la llave con mi vida.

Froté mi nariz contra la suya.

—¡Beso de esquimal! —exclamó él, riéndose.

—Beso de pez —susurré yo, y fruncimos nuestros labios como peces.

—Vale —dijo, apretándome la mano—. Vamos, mariposita.

—¿Por qué mariposita? Nunca me habías llamado así.

—Porque eres como una mariposa, siempre revoloteando de aquí para allá, y tan delicada que jamás querría hacerte daño; jamás querría lastimarte, no como tu padre. Y jamás querría mentirte o avergonzarte, jamás. Aprecio el regalo que me has hecho, significa mucho para mí. A veces me enloquece pensar que aún no puedo casarme contigo, pero procuro ser paciente. Y sé que acabaremos casándonos; aunque no creo que sea una boda por todo lo alto, a no ser que algún día te conviertas en una rica dama. Estoy seguro de que tu padre no nos la pagaría —comentó, sonriendo—. Demasiado agarrado. Mírame. Mírame a los ojos. Mirémonos el uno al otro, sólo un momento. —Entonces lo miré, lo miré bien a la luz tenue de la única bombilla que había allí. Miré su nariz larga y puntiaguda, que una vez dijo que no le gustaba; sus ojos, que según él de pequeño eran azul bebé y se habían ido apagando hasta adquirir una tonalidad aguamarina; y su pelo, antes rubio platino, que se había oscurecido con el gris plata de sus cincuenta y cinco años.

Yo sólo pensaba en correr.

Cuando llegué a la puerta del cobertizo, la puerta a la madriguera del conejo, con el cazador pisándome los talones, la puerta a la casa de cartón de leche, la casa que el petirrojo de Hudson Park picoteaba, dejé de ser el conejo. Tal vez fue el momento en que se me cayó la zapatilla y arrastré el calcetín por la nieve blanca. Tal vez fue aquel momento en que por primera vez me puse de rodillas y me metí corriendo debajo de una mesita. Tal vez fue cuando sus manos me buscaron debajo de la mesita, cuando mis pies coceaban sus manos y yo gruñía, odiándolo. Lo odiaba porque emitía un zumbido. Por el gorro azul que hacía el ridículo en su cabeza, y que yo odiaba. Porque llevaba el pantalón de un chándal, y no unos vaqueros. Porque ahora yo era un tigre, no un conejo.

—¡Fuera! ¡Vete, cazador, o te mato!

—¡No tienes adónde ir, conejito! Ningún lugar adonde ir... ¡sin tu raqueta de nieve mágica!

Entonces sacó mi zapatilla Kangaroo de detrás de la espalda, y yo volví a quererlo, y me puse a llorar.

—No tengas miedo. Me voy, ¿vale? —dijo.

—¡No me dejes! —Salí a trompicones de debajo de la mesita dándome otro golpe en la cabeza, esta vez más fuerte, para tratar de aferrarme a su ropa—. ¡No me dejes nunca!

Él me abrazó.

—¿Por qué lloras, amor mío? Es sólo un juego, cariño.

Lloro porque... Porque lo odiaba. Me había dolido mucho pensar que por un minuto había querido matarlo. Había querido verlo explotar con su sombrero azul en un millón de añicos. No podía decirle eso, que lo había odiado de verdad.

—Lloro porque me he dado un golpe en la cabeza. Duele. Además, he perdido mi zapato y se me ha enfriado el pie. Duele, ¿sabes?

—¡Ay, pobre niña! Ya sé que duele, cariño. Y yo haré que se te pase, a ver si puedo. Tengo el calcetín; está mojado, pero lo tengo. También tengo la zapatilla, sólo que con un poco de nieve dentro. Ven, que ya pasó. Todo va a ir bien, mi pequeña, mi pequeño amor, mi niñita.

—No se me pasará. Seguiré sintiéndome triste. —Entonces llegaron los besos. En el pelo. En la cara.

Me besó cada dedo del pie, frío y húmedo. Me puso el calcetín

mojado, viscoso. Y deslizó aquel pobre y triste pie en la zapatilla Kangaroo, que ajustó con dos cintas de Velcro rosa.

10

«NO ME FÍO DE ESE HOMBRE»

Últimamente, había empezado a pensar en las duchas que me había dado con papá hasta los cinco años de edad. Eran duchas divertidas; arrojábamos las esponjas al suelo de la bañera fingiendo que eran cucarachas, y las pisábamos con fuerza mientras entonábamos la estúpida canción de *La Cucaracha*. Durante las duchas me había fijado en la diferencia entre papá y yo, pero no le había dado demasiadas vueltas al asunto. No recordaba si eso que Peter llamaba su «máquina de hacer niños» era distinto del de papá, así que un sábado, mientras mamá estaba en su sesión de terapia con el doctor Gurney, le pregunté a papá si nos podíamos duchar juntos como en los viejos tiempos.

Al principio, murmuró que yo era demasiado mayor para eso. Pero insistí y, finalmente, cedió. En la ducha llena de vapor como una jungla, me sorprendí a mí misma mirando fijamente el pene de papá. Él me vio mirando y se tapó con las manos. El ruido de la ducha retumbó con el silencio. Sentí como si hubiera que decir algo, pero ignoraba el qué. Entonces hallé la manera de hablar. No sabía lo que significaban mis palabras, sólo que debía decirlas. Y, cuando las dije, usé aquella voz de niña popular.

—Papá, ¿eso de ahí es un juguete? ¿Puedo tocarlo, porfa? ¿Es un juguete con el que yo puedo jugar? —No sabía muy bien de dónde había sacado aquellas palabras, pero era como si me las hubiera aprendido de memoria.

Papá se apartó, las piernas flacuchas dobladas.

—No —murmuró, casi de forma inaudible—. No.

De todas formas, alargué la mano para hacer que se sintiera bien. Él no diría que no si esa parte especial suya también era mía. Era mi padre. Esquivando mi mano, cerró los grifos. Papá salió de la ducha, se secó, se vistió, todo en silencio. Me dejó una toalla en el suelo, junto a la bañera, y luego salió corriendo por la puerta.

Un día cualquiera de aquel invierno, después del incidente de la ducha, vino el drama del restaurante Benihana. Fuimos allí los cuatro; papá invitó a todo el mundo, como había prometido hacer.

Inès decidió que no iría. Peter tampoco parecía tener muchas ganas, pero sabía que debía hacerlo. Cuando hacía los preparativos para reunirse con papá, casi una semana antes del viernes por la noche, se probó un viejo traje que él llamaba el traje de bodas y entierros. Tenía una pinta muy rara con chaqueta y corbata. Empezó a echarse colonia, pero yo le advertí que no lo hiciera: la había comprado en el bazar, y sabía que una sola inhalación le valdría la eterna antipatía de papá.

—Mejor sin colonia que con colonia barata —le sermoneé—. Y no te cortes afeitándote. Papá dice que un hombre incapaz de sostener una cuchilla recta no es trigo limpio. Y que quien se corta afeitándose es nervioso de carácter.

—Usaré una máquina de afeitar —repuso Peter, allí de pie delante del espejo con el marco dorado.

Mamá llamó desde el salón.

—Peter, sin un afeitado apurado, no te respetará. No llevarás una barba crecida cuando conozcas a Louie. Pensará que eres un descuidado.

—Descuidado. —Peter negó con la cabeza—. Descuidado y ordinario. Gamberros: todos ellos. Bárbaros. Salvajes.

Yo solté una risita.

—¡Ah!, y asegúrate de que hablas con papá —añadí—. Esto es lo más importante. Una vez fuimos a cenar con una amiga de mamá y su marido. El marido no dijo gran cosa en toda la noche porque era tímido. Papá se burló de él cuando llegamos a casa. Lo llamó «el Mudo». Papá dice que prefiere quedarse en casa con unas galletitas saladas y paté de jamón a meterse en un restaurante con una persona que no sabe decir ni mu para salvar el pellejo. ¡Así que ya puedes hablar por los codos!

Para la gran cena fuera de casa, mamá llevaba una falda deslumbrante con un leopardo de las nieves en la rama de un árbol sobre un fondo azul marino. La había elegido yo por ella. También llevaba pintalabios y un poco de colorete en las mejillas. Yo, por mi parte, lucía unos zapatos Mary Jane's nuevos, medias blancas, un jersey Orlon amarillo chillón con enormes flores negras y una

minifalda negra. También me había dado un toque rosa con pintalabios y esmalte de uñas Tinkerbell, aunque Peter dijo que no le gustaba el maquillaje. Le gustaba el esmalte de uñas sólo si estaba desportillado; le comenté que era un raro. Mi pelo había crecido un poco, de manera que tenía mejor aspecto que antes; pero volví a perder la esperanza de recuperar mi belleza en cuanto papá empezó a hablar de cortarlo otra vez. Inès advirtió que me tocaba el pelo con tristeza delante del espejo, y me ofreció un par de horquillas de metal con forma de mariposa, aunque sabía que no las podía aceptar: papá se percataría de que no eran mías, e insistiría en que me las sacara antes de que me llenara de piojos.

Esperamos en el recibidor unos largos veinte minutos hasta que papá estuvo listo.

—A Louie se le está cayendo el pelo, y eso le disgusta. Así que se lo deja largo por detrás y tapa la calva peinándoselo de lado a lado —dijo mamá—. Tiene un tupé de los años cincuenta. Ya lo verás.

Papá se presentó en el restaurante cinco minutos antes de la hora convenida enfundado en un traje de riguroso negro y zapatos recién lustrados, engalanado todo él con su enorme crucifijo dorado repleto de piedras preciosas y su reloj de oro macizo. Apestaba a colonia. Lo primero que hizo papá fue estrecharle firmemente la mano a Peter; por la expresión de su rostro, cualquiera diría que aquella noche iba a montar un gran espectáculo.

Lo primero que hizo papá cuando vino la camarera fue pedir sake. Nos lo trajo en una jarra de un blanco marmóreo con forma de reloj de arena, y lo sirvió en diminutas tazas no más grandes que las de juguete. Papá enseguida le ofreció a Peter, y yo vi que Peter temía quedar mal.

—Tal vez un poco más tarde —dijo, tras una breve pausa—. Después de haber comido algo. El sake es fuerte, ¿no te parece? Si era la bebida de los pilotos kamikazes, tenía que ser bastante fuerte.

—¡La más fuerte! —exclamó papá, con cara de satisfacción—. ¡Vino de arroz japonés! ¡Me encanta! —Extendió una servilleta de tela y se la puso a mi madre alrededor del cuello. En el Benihana, entre ocho y diez personas se sentaban en torno a una larga mesa *hibachi* con una plancha metálica en el medio, usada para cocinar la comida. A papá nunca le había importado sentarse a la mesa con desconocidos; al contrario, solía entablar conversación con ellos.

Sin embargo, aquella noche se centraba en Peter.

—Tengo entendido que luchaste en Corea.

—No luché en el frente, no. Las fuerzas aéreas me emplearon como carpintero. Supongo que porque siempre se me ha dado bien trabajar con las manos. A lo mejor es algo que tenemos en común. Tú eres joyero, ¿verdad? Yo fui herrero antes de fastidiarme la espalda.

—¿Estudiaste para eso?

—Aprendí por mi cuenta. Me fui abriendo paso, leí muchos libros y gané experiencia a base de trabajo. Podría decirse que siempre he sido un gran farolero. Tengo labia.

Papá asintió.

—Buena cualidad. Yo fui a la escuela de oficios. Hice el anillo de compromiso de mi esposa. ¿Y ves los pendientes que lleva mi hija? Son obra mía. Como este crucifijo —dijo, dándole golpecitos.

La camarera vino y tomó nota. Papá animó a Peter a pedir algo del menú; invitaba él. Peter, que parecía incómodo, se decidió finalmente por el pollo *teriyaki*. Papá pidió un Especial Benihana para él solo, y otro para que lo compartiéramos mi madre y yo. El Especial Benihana consistía en filete *teriyaki* y cola de langosta.

Papá se levantó para ir al lavabo, y en cuanto estuvo lo bastante lejos para no escucharnos, mi madre le dio a Peter palmaditas en la mano.

—Lo estás haciendo bien —comentó.

—Eso espero —dijo Peter.

—¿Has visto cuánto sake ha bebido? Y creo que estuvo bebiendo antes de salir de casa...

—Probablemente —contestó Peter, demasiado nervioso hasta para echar pestes de papá.

—¡Aquí tienes! —intervine yo, inclinándome para besar a Peter en la mejilla—. Te dará fuerza.

—¡Ohh! —exclamó mi madre—. Es justo lo que necesitabas.

Para cuando papá regresó, la camarera colocaba sobre la mesa nuestro aperitivo de sopa de cebolla. Papá le agradeció la rapidez de servicio, y luego dijo en tono sorprendido:

—¡Peter, me he fijado en que no llevas reloj! Tal vez podría hacerte uno. Personalmente, me parece un pecado llegar tarde. —Sonrió y bebió un poco más. Le había puesto la sopa a mi madre

para que se la tomara—. ¿Hay alguna razón en especial por la que no llevas reloj? ¿O joyas?

—No me gusta llevar nada en los brazos. Nunca he sido de muchas joyas. En cuanto al tema de la puntualidad, suelo llegar a los sitios con tiempo de sobra. Ya le conté a Sandy que, de pequeño, me llamaron del hospital donde mi madre agonizaba y tuve que salir corriendo a verla. Llegué sólo quince minutos antes de que muriera: desde entonces, nunca he soportado las prisas. En cierta manera, pensé que Dios había tenido la piedad de llevársela después de todo lo que había sufrido. Llevaba cuatro años con el lado izquierdo paralizado a causa de un derrame cerebral. Daba lástima. Era una mujer preciosa. En sus tiempos, había hecho de modelo para la agencia Barbizon.

—Pues sí —asintió papá. El chef japonés, con su alto sombrero blanco, había empezado a rociar la plancha de metal con aceite caliente. Crepitaba—. ¿Y tu padre?

—Mi padre era abogado. Tenía tanto dinero que se compró su propio avión privado. Un día sufrió un ataque al corazón mientras lo pilotaba; murió con sólo cuarenta y cuatro años de edad.

—Vaya, es triste morir tan joven —dijo papá, observando cómo el chef servía la salsa de jengibre y mostaza en los tazones octagonales—. Pero, al menos, parece que tu padre murió como un hombre. En la gloria, haciendo lo que más le gustaba, ¿no?

—Mi padre era un auténtico hijo de puta, y perdona mi lenguaje. Si te soy sincero, no lamenté su muerte. En cambio, adoraba a mi madre.

—Bueno, no es extraño que un hijo desprecie a su padre en secreto, o tal vez que incluso le desee la muerte. Un hijo no tiene por qué sentir cariño hacia su padre, sólo debe respetarlo como cabeza de familia. Mis hermanos ya se habían marchado de casa, y yo me hice hombre a los diez años de edad. Cuando el padre muere, un hijo debe sustituirlo con entusiasmo, honrando su memoria pero nunca llorando. Yo respetaba a mi padre, pero puede que no le tuviera cariño... Sin embargo, con la madre es diferente; un hijo debe amar a su madre por encima de todo —sentenció papá.

La camarera recogió nuestros tazones de sopa vacíos y los cambió por cuencos de madera con ensalada y aliño de jengibre. Papá nos había enseñado a mí y a mi madre a comer con palillos chinos, así que Peter fue el único que pidió tenedor, algo ante lo que papá frunció el ceño.

—Por ejemplo, Hitler. Lo he leído, es un hecho bien documentado. Hitler amaba a su madre. Pueden decir lo que quieran de Hitler: fue un maníaco, un tirano, responsable de una crueldad enfermiza, de un genocidio, de una guerra... pero amaba a su madre. Por eso a veces pienso que incluso Hitler tenía conciencia. Porque amaba a su madre.

—¡Ay, Louie, por favor! —protestó mi madre—. Hay gente cerca.

—¿Y qué? ¡Estoy diciendo la verdad! ¡Por muy malo que fuera, el hombre amaba a su madre!

Mi madre echó una mirada a Peter.

—¿Qué son el bien y el mal? —continuó papá—. ¿Puede alguien afirmar con absoluta certeza que Hitler era un hombre malo? ¿Puede alguien afirmarlo con absoluta certeza?

—Bueno, yo también he leído cosas sobre Hitler —respondió Peter—. Alemania, para él, ¿no representaba a su madre? ¿No es ese el motivo de todas sus atrocidades?

—Sí —afirmó papá, el crucifijo de oro moviéndose con la energía de sus movimientos—. ¡Exacto! ¡Ésa es la idea! Por ejemplo, Hitler amaba a los niños alemanes. No era raro verlo acariciar las cabecitas de niños y niñas.

—¿Podemos cambiar de tema? —preguntó mamá.

—Esta mujer —dijo papá, dándole un codazo a Peter.

Nos paramos a mirar cómo el chef hacía malabares con los saleros y pimenteros. Luego vimos que prendía fuego al aceite de la cocina y provocaba una gran llamarada, para asombro de los comensales sentados a la mesa. Todo el mundo aplaudió.

—¡Es genial! —exclamó Peter—. Siempre me han gustado los espectáculos de magia. Yo sé hacer unos trucos de cartas, nada del otro mundo.

—Personalmente, los he visto mejores. ¿Te has fijado en que casi se le cae el salero? Le falta experiencia —dictaminó papá en voz baja para que el chef no lo oyera—. He estado aquí tantas veces que ya he visto a todos los chefs; ninguno de esos trucos es nuevo. Supongo que para ti, Peter, esto es todo un lujo. —Papá sonrió—. Si vienes aquí tan a menudo como yo, dejará de impresionarte. Vengo tantas veces que tengo más de treinta cajas de cerillas; aún no las he gastado. ¡A ti, en cambio, ya no te quedaría ninguna! Veo que eres un fumador compulsivo. A mí... Me gusta la moderación... Fumo para relajarme, no porque sea adicto. Supongo que, si estuviera en

tu lugar, todo el día en casa, con mucho tiempo libre, se convertiría en más que un hábito. —Papá hizo una pausa para beber su sake a sorbos—. De todas formas, como te iba diciendo, nadie en este mundo es malo. Ni siquiera Hitler. El mal puro es imposible. No existe.

—Comparto tu opinión, Louie —dijo Peter—. Es como una línea recta en la naturaleza. Una línea totalmente recta no existe en la naturaleza. Es imposible.

Mamá parecía horrorizada.

—¡Hitler era un hombre malo!

Papá no respondió de inmediato. Se concentró en coger su pegajoso arroz blanco con los palillos chinos. Por imposible que pareciera, papá siempre se las arreglaba para que no se le cayera ni un solo grano.

—Te equivocas. Lo uno no tiene nada que ver con lo otro. ¿Te crees que defiendo la ignorancia? ¿Te crees que no miro las noticias? ¿Te crees que me gustan los criminales? Los asesinos de Manson me revolvían el estómago. Lo único que estoy diciendo es que Hitler amaba a su madre...

—¡Me niego a seguir hablando de Hitler! —exclamó mi madre en un susurro—. Esta conversación me pone enferma. Francamente, Hitler se está quemando en el infierno y no pienso discutir más sobre él delante de Margaux.

Papá le dio un codazo a Peter.

—¿Ves lo que tengo que aguantar? ¿Día tras día? Esta mujer tiene una visión simplista del mundo. A mí, por el contrario, me gusta diseccionar las cosas. Soy un pensador. Esta mujer ya se ha formado una opinión antes de empezar una conversación.

Peter se revolvió en el asiento.

—Lo único que sé es que, entre los dos, os las habéis arreglado para tener una hija preciosa. —Me sonrió y luego los miró a ellos. Mamá se comía los fideos y el calabacín con el ceño fruncido; papá estaba ocupado encendiendo un puro—. Trato de descubrir a quién se parece más —dijo Peter, mientras sacaba un King 100 del paquete de cigarrillos—. Ya casi lo tengo.

—Todo el mundo dice que se parece a mí —repuso papá, encendiendo el cigarrillo de Peter con su puro—. Todos dicen que tiene mi nariz. Sus primas se parecen todas a ella. Eso en cuanto al aspecto. Respecto a la personalidad, es como mi hermana, Nilda. Rebelde y testaruda. Nilda tenía tres años más que yo. Ella

empezaba las peleas, y luego iba corriendo junto a mi padre y cargaba yo con la culpa. ¡Pagaba yo por los pecados de esa niña! —Meneó la cabeza y permaneció un instante en silencio, mientras comía—. A mi hermana mayor jamás le tocaron un pelo, aunque una buena paliza podría haber resuelto el problema. Era muy lista, como ésta. Yo no me fío de la niña que está ahí sentada. Tiene la sangre de mi hermana. Es capaz de darle la vuelta a la tortilla. Yo hago lo que puedo para moldear su carácter antes de que se desmadre.

Peter dio una calada larga y especulativa.

—Louie, tú conoces mejor que yo a tu hija, pero tal vez la estés juzgando con demasiada dureza. Margaux es muy buena y digna de confianza. Ella cuida de mi hija adoptiva, Karen, como si fuera su propia hermana. Lava los platos y nos ayuda en el jardín.

—Te creo —dijo papá, alzando una mano para interrumpir a Peter—. Mira, imaginemos que Judas Iscariote está sentado a esta mesa con nosotros. ¿Quieres hablar del mal? La traición constituye el peor de los males. Si hay alguien en la historia que encaja en la definición del mal, ése es Judas Iscariote. Ni Hitler. Ni Charles Manson. Estos dos estaban locos. Judas besó a Cristo en la mejilla, ¡como un hermano! Y ahora, permíteme que te pregunte: ¿La traición no es lo peor que se le puede hacer a una persona?

—Tendré que pensarlo —contestó Peter, disponiéndose a hincarle el diente al pollo.

—¡Bien! ¡Piensa! ¡Me gustan los hombres que piensan antes de hablar! ¡Rara cualidad! —Le dio a Peter una palmada en la espalda —. Me caes bien. Quisiera invitarte al Belmont Stakes de hípica el próximo mes de junio. Mi mujer y mi hija pueden ir al parque. Tú y yo haremos unas apuestas. ¿Tienes corredor?

Peter negó con la cabeza.

Papá se volvió hacia mamá, le colocó bien el babero y pidió el postre: rodajas de piña. Yo pedí helado de chocolate, y mi madre dijo que intentaba ponerse a régimen. Papá gritó a la joven camarera japonesa:

—¡Más sake, cariño! ¡Estoy de buen humor! ¡Ha sido una cena excelente! Y además me ha servido una chica preciosa; ¡eres más bonita que Cleopatra! Supongo que todos te dicen cosas por el estilo.

La camarera soltó una risita y se fue.

—Tengo buena mano con las mujeres —le confesó papá a Peter

—. Es un don. Se enamoran de mí, sin saber por qué. —Soltó una carcajada—. Siempre he sabido atraer a las mujeres. Y no soy más guapo que los demás. Simplemente tengo un don. Venga, Peter, hagamos un brindis. Mi mujer no puede beber, pero podemos hacer un brindis. ¡Un brindis por una buena cena en buena compañía!

Papá se sirvió más sake y ofreció el frasco blanco a Peter, que no lo cogió.

—¿Qué pasa? —preguntó papá, codeándolo—. ¡Éste es el mejor vino, te lo aseguro! ¡Este vino es el que más emborracha! ¡Por eso me gusta tanto! —Se echó a reír.

—No suelo beber. De hecho, nunca bebo, Louie. Podemos hacer un brindis, pero yo no puedo beber esto.

—Bueno, puedes hacer una excepción. —Papá sonrió, pero sus ojos se habían avinagrado—. Hemos pasado una buena noche. Algo de sake te relajará. —Hizo una pausa—. No te preocupes, si vomitas en mi coche, ¡te lo perdono! ¡Siempre puedo llevar la tapicería a limpiar! ¡No es como si tuviera tapicería de cuero! Me gustaría tener un Rolls-Royce, pero debo conformarme con mi Chevy! ¡Un modelo del 79, como mi hija!

Peter negó con la cabeza.

—Lo siento, pero soy abstemio. Mi padre era un alcohólico terrible.

—¿Me estás diciendo que no bebes nada, ni siquiera una cerveza? ¡Me cuesta creerlo!

—¿Sabes, Louie? No todo el mundo bebe —replicó mamá—. No es tan increíble. Hay personas a las que les cambia la personalidad. Mi padre era otro cuando se emborrachaba.

Peter asintió.

—Mi padre siempre estaba borracho. A mi hermano y a mí, nos pegaba por nada casi cada noche. Nos azotaba con un látigo de nueve colas. Luego nos envió a un internado para niños donde las monjas nos pegaban. Nos escapamos alguna vez y nos enviaron de regreso a casa, y él nos pegó por habernos escapado; después nos envió de vuelta al internado, donde los frailes y las monjas castigaban a los fugitivos dándoles una paliza de padre y señor mío, o a veces con vejaciones aún peores. A un niño le afeitaron la cabeza por haberse escapado diez veces. Hiciéramos lo que hiciéramos mi hermano y yo, siempre salíamos perdiendo.

Papá miraba fijamente su tacita de sake. Cuando vio a la camarera, le pidió rápidamente la cuenta. Mi madre y Peter

siguieron hablando.

De regreso a casa en el Chevy, Peter y papá volvieron a entablar conversación, esta vez sobre arte. Pero vi que papá no estaba del mismo humor que antes, y eso me preocupó. Cuando papá llegó a casa de Peter, salió del coche, le estrechó la mano y dijo que tendríamos que hacer esto más a menudo. Sin embargo, cuando mi padre subió otra vez al coche, confesó:

—Ese hombre es muy raro. No sabía qué esperar de él, pero lo que sí sé es que no quiero volver a veros con semejante personaje. ¿Qué clase de hombre rechaza una taza de vino de calidad en una cena que no todo el mundo se puede permitir? ¿Qué clase de modales tiene? Me utilizó. Ese hombre me utilizó para que le pagara la cena.

—Louie, fuiste tú quien insistió en pagar.

—Él ni siquiera me ofreció dinero cuando trajeron la cuenta.

—Eso es porque dijiste que invitabas tú desde el principio.

—Pero cuando trajeron la cuenta, se supone que debía ofrecerse a pagar su parte. O invitarnos él a nosotros. ¡Al menos dejar la propina!

—Él no se lo podía permitir, Louie. Así de simple. Son pobres, Louie. No creo que lo entiendas.

—¡Lo sé! ¡No es ningún secreto! —exclamó papá—. ¡Yo no tengo inconveniente en pagar! Pero hay ciertas cosas que se esperan de uno cuando va a cenar. Claro que pagué yo. No soy un agarrado.

—Estás furioso porque no quiso beber contigo.

—¡No me fío de un hombre que no toma ni un trago! ¡Vale, no quiere emborracharse, bien! ¡Yo tampoco quiero que vomite en mi coche! ¡Vale, pero un trago!

—A lo mejor teme perder el control —aventuró mamá—. El alcohol cambia a las personas. Yo lo respeto por no beber.

—¡Ah, lo respetas! ¡Al santo! —se mofó papá. Andaba a la caza de un aparcamiento, aunque no parecía buscar demasiado. Ésta era la tercera vez que había pasado por nuestra manzana, y la segunda había pasado por delante de un hueco sin siquiera darse cuenta. Me fijé en que el hueco ya estaba ocupado—. ¡Alguien debería darle un trofeo!

—¡Estás borracho, Louie! ¡Ni siquiera tendrías que conducir! ¡Casi le das a ese coche que está ahí aparcado!

—¡Estas calles son demasiado estrechas! Oye, ¿quieres conducir tú? Mira que paro y apago el motor.

—¡Sabes que no conduzco! ¡Presta atención, por favor! ¡No quiero que Margaux se muera porque tú no prestas atención!

—¿Por qué no me dijiste que ese hombre era raro? Hace mucho tiempo que os habría prohibido ir a su casa. Bueno, nunca es tarde. Quiero que empecéis a alejaros de ese hombre y de su familia.

Yo me enderecé en el asiento de atrás, el corazón me latía con fuerza. Tenía miedo de hablar. Tenía miedo de quedarme callada.

Mamá le echó una mirada incrédula.

—¿Serías capaz de castigar a tu hija por una ofensa a tu persona? ¿Por lo que a ti te pareció una ofensa? ¿Le harías daño a Margaux para vengarte de él?

Papá se echó a reír.

—¡Ah!, sí, eso es, sólo quiero hacerle daño. La estoy protegiendo. No me fío de ese hombre. Al principio puede engañarte porque es un buen conversador. Digamos que tiene carisma. Yo también me equivoqué. Pensaba: es un hombre inteligente. Es un hombre de principios. Conoce mundo. Sabe mucho sobre arte, por ejemplo. Tú misma lo oíste antes de despedirnos; citó a Renoir: «Demasiados artistas se acuestan con mujeres hermosas, en vez de pintarlas.» Buena cita. Me reí mucho con eso. —Hizo una pausa—. Pero luego va y dice que Renoir es uno de sus preferidos. Más que los grandes maestros: Matisse, Picasso. Renoir no es un innovador; pintó flores y bebés. No me gusta el arte impresionista. A este Peter le gusta... ¿cómo se llamaba? —Hizo otra pausa—. Norman Rockwell. Le gusta Norman Rockwell. Ése no es un verdadero artista. Pintó las entrañas de las salas de espera. Este Peter, este Peter, habla bien, pero se nota que no es un hombre culto. Es un manipulador. Por eso no me gusta. Digamos que es tan falso como sus dientes. —Papá se rió—. ¿Qué clase de persona se pone dentadura postiza a los cincuenta?

—Ahora estás siendo cruel —protestó mamá—. Estás borracho y no sabes lo que dices. Tal vez por eso Peter no bebe alcohol. Beber saca lo peor de las personas.

—La sinceridad es crueldad, sin duda —sentenció papá, deteniéndose al fin para aparcar en paralelo a tres manzanas de casa—. El aspecto de un hombre dice mucho de él. Un hombre que sabe que ha hecho el bien y que tiene la conciencia tranquila se cuida las uñas, los dientes. Se respeta a sí mismo y desea que su

cuerpo dure eternamente. Fuma un puro o un cigarrillo de vez en cuando, pero no de manera compulsiva como ese hombre. Ese hombre es autodestructivo. Su forma de alimentarse... ¡apenas comió! Sólo un poco de pollo y fideos; ¡y ni siquiera tocó el calabacín o los berros! En vez de cuidarse los dientes, deja que se le pudran. Es un veterano. El hospital de veteranos le habría pagado lo que necesitara, una endodoncia o lo que fuera. A este hombre le quedan diez años de vida, te lo aseguro. Su madre sufrió un derrame cerebral; su padre, un infarto. Pero él sigue fumando como un carretero. Seguro que tiene problemas de salud, por ejemplo el colesterol alto.

Apagó el coche y cruzó los brazos en el regazo.

—Bueno, no tiene por qué caerte bien —dijo mamá—. Vale. Pues no vuelvas a invitarlo.

—No lo haré. ¿Quieres hablar de historia? Los peores hombres de la historia insistían en la moderación. Grandísimos dirigentes como Churchill y Roosevelt eran aficionados a la bebida, mientras que los mayores tiranos de todos los tiempos eran abstemios. Hitler, sin ir más lejos...

—¡Otra vez no!

—Hitler. —Papá alzó la voz—. Hitler no bebía. Vivía muy «limpio». Repasa tu libro de historia.

—No puedo creer que compares a Peter con Hitler.

—Sigues sin entender nada. —Se rió papá—. No me fío de ese hombre. Para nada. Vigila a tu hija cuando vayáis a esa casa. Él y su familia son una mala influencia. Si por mí fuera, no te dejaría volver ahí con ella. Así de simple. Pero allá tú. Yo me desentiendo de todo este asunto. Lo único que digo es que me lavo las manos.

11

SANA, SANA...

«¡Jesús!», decía Peter cuando algo lo sorprendía. Y, en vez de suspirar, pronunciaba la palabra «suspiro». Pintó las paredes de la cocina de azul lavanda. Empezó a construirme una casita de muñecas de madera. Hubo una tarde (debía de ser verano) en que Peter nos pidió a Karen y a mí que nos quedáramos en bragas. Cuando lo hicimos, tomó varias instantáneas nuestras posando abrazadas. Mamá debía de haber ido al mercado de Terrace a buscar un polo o vasos de plástico, o al Pathmark a por un cartón de King 100. ¿O acaso mamá estaba allí, en la tumbona, mientras Peter la convencía para que le dejara hacer esas fotografías con toda su palabrería barata sobre naturalidad y colonias nudistas? Al principio mamá debió de tener sus dudas, pero se trataba de Peter: yo solía correr por toda la casa en ropa interior delante de papá, y Peter bien podría haber sido mi padre. No recuerdo si en algún momento nos animó a desnudarnos por completo. Por más que lo intento, no recuerdo mucho del tiempo que pasé con Peter durante los siete meses posteriores a la cena en Benihana.

En el verano de 1988, con tan sólo nueve años de edad, me habían empezado a crecer los pechos. Para entonces ya tenía vello púbico, y lo consideraba tan repulsivo que un día le cogí a mi padre la máquina de afeitar y me lo rasuré con champú de alheña VO5. Me miraba constantemente al espejo, no por vanidad, sino porque temía que un día al mirarme no viera nada.

Sabía que todo aquello era culpa de mi madre.

Un par de semanas después de descubrir que no volvería a ver a Peter, me puse hecha una furia en la habitación: arranqué la sábana de la cama, arrojé las almohadas al suelo, golpeé mis muñecos de peluche contra la cómoda de caoba. Cada vez que preguntaba a mi

madre por qué no podía ver a Peter, me mentía diciendo que una vez había visto cómo abofeteaba a Karen.

—¡No, eso no es cierto! ¡Te oí hablar con papá! ¡Lo oí! ¡Dijiste que era por un beso! ¡Por un beso! ¡No me mientas! —Me acerqué a ella con el puño levantado, y ella retrocedió—. ¡Dime la verdad!

—Os vi en la piscina. —Mamá rompió a llorar—. Te besó en la boca.

—¿Y? ¿Y qué?

—¡Peter te besó! ¡En la boca!

—Y yo pregunto: ¿y? ¿Y qué? ¿Qué? ¿Qué?

—Pues que alguno de los socorristas vio...

—¿Qué? —Me avergonzaba que el mundo de Peter y mío dejara de ser secreto.

—Fue ahí, en público, a la vista de todos. Uno de los socorristas me preguntó quién era Peter. Dijo: «¿Es su padre?» Yo respondí que no, que no era de la familia. Entonces se quedó allí mirándome como si yo hubiera hecho algo malo. Como si no fuera una buena madre. Traté de explicarle que Peter era un buen amigo de la familia. Él meneó la cabeza y me advirtió que aquello era grave. Dijo que no quería plantar cara a Peter porque, técnicamente, no había cometido ningún delito. Pero que no le quitaría el ojo de encima. Que estaba en mis manos hacer algo al respecto. Yo no sabía cómo actuar; sólo sabía que debía hacer «algo».

—¡No tenías que habérselo dicho a papá!

—Te equivocas —protestó mamá, sin mirarme a la cara—. Es tu padre. Tarde o temprano se habría enterado, seguramente por alguien del bar. Y entonces se habría puesto furioso. El doctor Gurney dijo que lo que Peter hizo, besar a una niña en la boca, fue atrevido. Y añadió que Peter estaba enfermo. Que tu padre y yo deberíamos llamar a la policía. Pero tu padre creyó que no era necesario. Así que Peter tuvo suerte.

—¡Papá también me besó una vez en los labios! ¡Llegó a casa del trabajo, me saludó y me dio un beso en la boca!

—¡Eso es distinto! ¡Es tu padre!

—¡Peter es más padre que él! ¿Por qué me haces esto, por qué? ¿Por qué me castigas de esta manera? ¡Tú quieres matarme! ¡Quieres verme morir!

Entonces ella se tapó los ojos con la palma de la mano y habló con voz temblorosa:

—El psiquiatra lo dijo. Tu padre lo dijo. Y yo debo escucharles.

Tengo que hacer lo correcto. Un hombre no debería besar a una niña en la boca en una piscina pública. A tu padre le preocupa que nos convirtamos en la comidilla de la ciudad y que la gente lo mire como si en parte la culpa fuera suya, porque supo que Peter es un hombre malo desde aquella dichosa cena en Benihana. ¡Por favor, déjalo ya! Olvídate de él; no volvamos a hablar nunca más de él o de lo ocurrido. ¡Jamás pronunciemos el nombre de ese hombre!

—Ahora lo llamas «ese hombre», ¡como papá! ¡Lo llamas «ese hombre»!

—No me vuelvas a hablar de este asunto. Me pone enferma. ¡No quiero regresar a ese hospital! ¡Por favor, no me hables más de esto! ¡Se ha acabado, eso es lo que importa!

La despensa estaba llena de paquetes de cereales, rollos de papel higiénico y papel de cocina, verdura enlatada. También había montones de comida basura. Yo rara vez cenaba, y no importaba cuánto me camelaran o me amenazaran. Papá empezó a prepararme mis platos preferidos más a menudo: espagueti con salsa de almejas, pollo frito, empanadas con garbanzos. Me lo comía, pero para devolverlo después. No forzaba el vómito; simplemente venía solo. Me resultaba literalmente imposible retener nada que no fueran cereales o la comida basura ingerida a lo largo del día. Sólo comía en el colegio una vez por semana, cuando en la cafetería tenían mi plato preferido: *nuggets* de pollo. El resto de la semana lo pasaba a base de donuts de chocolate o cubiertos de azúcar glasé. Entonces tenía que irme con mi bandeja a una mesa solitaria, y los demás niños se reían de mí. Pensaban que era un bicho raro porque siempre estaba en babia: cuando vendía pasteles por alguna causa, durante el recreo, de pie en la fila, en la biblioteca, en los ensayos para el espectáculo de Navidad. Ni siquiera allí era capaz de seguir indicación alguna, por lo que acabaron relegándome a la última fila del escenario, donde el público asistente no pudiera verme. Me era imposible mantener la atención. Aunque llevaba así aproximadamente un año, antes había logrado ocultar el problema porque podía volver a la realidad siempre que lo necesitaba.

Pero había pasado a no escuchar cuando la gente me hablaba, ni aun tratándose de un profesor o el mismísimo director del colegio. Mis compañeros me pegaban, me llamaban «imbécil» y «retrasada». A veces estaba en el lavabo, sentada en el váter o lavándome las

manos delante del espejo, y volvía en mí sobresaltada, sin saber muy bien cuánto tiempo llevaba ausente. De vez en cuando nuestra profesora, la hermana Lenore, enviaba a una niña al lavabo para que me acompañara de regreso a clase. Cada noche me arrodillaba y rezaba para ser mejor, para ser una niña normal capaz de concentrarme y aprobar los exámenes de matemáticas y geografía sin copiar, para tener amigos con los que sentarme a comer. Para que no me empujaran de la fila y me tiraran al suelo cuando nadie miraba. Para que tres niños y la marimacho que los acompañaba no me persiguieran por todo el patio en el recreo, se abalanzaran sobre mí y me pegaran. Para que mis compañeros no me rodearan y gritaran al unísono: «Sana, sana, culito de rana, si no sana hoy, sanará mañana».

Sabía que no merecía estar viva. Por eso me odiaban. Las cosas nunca irían a mejor. Yo era incapaz de controlar mi mente; no podía evitar que a veces mi entorno desapareciera y volviera a aparecer como por arte de magia. Dios no me ayudaba. Y a Jesús no le importaba.

Habían pasado unos siete u ocho meses desde la última vez que había visto a Peter y había perdido tanto peso que mis padres empezaron a preocuparse. Cuando mi madre me llevó a la pediatra, ésta dijo que pesaba quince kilos, pero que no había por qué preocuparse; seguramente se debía a un estirón repentino. Pronto corregiría mis deficientes hábitos alimentarios. Podía ser que los malos resultados escolares se debieran a problemas de vista; dijo que entrecerraba demasiado los ojos y que probablemente necesitaba gafas. La pediatra señaló que había alcanzado la pubertad de manera prematura, y que esta transición a la etapa de mujer siempre generaba mucho estrés. Estaba acostumbrada a que mi madre se alarmara por cada dolencia, herida o rareza mía. «Otra cosa —dijo mi madre al final, cuando la pediatra se disponía a dar por terminada la visita—. Le ha dado por saltar. Antes nunca lo hacía.» Mientras caminaba con mi madre o cuando esperaba en la fila del colegio, marcaba el paso con un repentino brinco, o «saltito», como Peter lo llamaba. Me salía sin querer, como el hipo. Para mí, era una prueba más de que algo le pasaba a mi cerebro. Aunque la pediatra no lo vio como un problema. Le dijo a mi madre que me vigilara y mandó pasar al siguiente paciente.

Ya llevaba unos meses alimentando a las palomas de la Calle 32 con cajas de cereales rancios fruto de las compras compulsivas de

mi madre: Fruit Loops, Lucky Charms, Cheerios. Habían aprendido a confiar. Una a una, aterrizaban sobre mí. Se posaban sobre mis hombros, sobre mis piernas; una incluso sobre mi cabeza. Sentía el roce de sus patas de goma contra mis rodillas repletas de costras, notaba cómo hurgaban con sus picos en las heridas de mis brazos, cómo apoyaban sus buches en mis hombros. Me adoraban. Mis palomas me adoraban. Comían de la palma de mi mano.

Me puse a escribir historias sobre pájaros y decidí juntarlas en un libro titulado *Las tribulaciones de las palomas*. El título me parecía excelente; de hecho, estaba convencida de que algún día lo publicaría.

No obstante, había ocasiones en que sólo veía los pájaros como una enorme máquina gris. Si uno se asustaba, alzaban todos el vuelo. Si uno decidía posarse, pronto acudían todos para picotear el suelo aunque no hubiera alimento.

Un día nublado de noviembre, tuve una extraña sensación. Por mucho amor y afecto que parecieran profesarme las palomas, mi muerte les traía sin cuidado. Si no era yo, otros les traerían comida. Y, cuanto más lo pensaba, más me distanciaba. Empecé a arrojarles puñados de cereales, sin sentir ya nada por mis pájaros. Siempre hacían lo mismo una y otra vez. Hasta que, de repente, mis manos se adelantaron y agarraron al pájaro que tenían más cerca. Todas las demás palomas echaron a volar; su unísono aleteo sonó como una explosión. El pájaro que tenía en mis manos agitaba las alas, desesperado por quedar en libertad.

—¡Suelta eso! ¡Deja esa cosa asquerosa inmediatamente! —gritó mi madre.

No le hice caso.

—¡Margaux, cogerás una enfermedad! ¡Deja ese pájaro sucio y asqueroso ahora mismo! ¡Déjalo o se lo digo a tu padre!

Seguí sin hacerle caso, aunque no dejaba de gritarme. Lo peor de aquello era escuchar mi nombre, Margaux. Odiaba el sonido de mi nombre en sus labios más que cualquier otra cosa que me pudiera decir.

Al fin me di cuenta de lo que estaba haciendo y de lo asustado que estaba el pájaro. Lo solté y vi en el cielo un punto gris que se iba haciendo cada vez más pequeño.

En las paredes del salón, papá tenía reproducciones de *Florecitas* de

Picasso y de *Noche estrellada* de Van Gogh. Las reproducciones de Matisse me asustaban especialmente: según me contaba mi padre, se suponía que *Bailarina criolla* y *Desnudo azul I* eran mujeres; pero a mí la primera me parecía un marciano, y la segunda, un trazo de pintura azul hecho al azar. Con el tiempo, conseguí ver en *Bailarina criolla* la imagen femenina de cabeza verde y plumas en el cuerpo, pero me pasé años mirando *Desnudo azul I*, con la esperanza de vislumbrar a la hermosa mujer que mi padre y Matisse habían distinguido sin esfuerzo. Finalmente, aquel año, tras observar detenidamente la pintura durante un rato, identifiqué el muslo izquierdo levantado y el derecho apoyado en el suelo, como una barra de pintalabios aplastada, y el torso escuálido, los pies separados del cuerpo, la mano detrás de la nuca en una pose de desesperación. Al verla por primera vez, quise luego volver a las formas trazadas al azar, aunque en vano. En la pared del centro, a la derecha de aquella pintura, había un enorme retrato al óleo de una mujer desnuda. Estaba tumbada sobre una cama granate de estilo renacentista y sostenía una sola flor blanca con forma de rueda. Llevaba los pechos al aire, pero tenía la pierna flexionada de tal manera que le tapaba el pubis. Yo quería vérselo para comprobar si le crecía vello alrededor como a mí. Una de las cosas que Peter había dicho sobre mi vagina es que era hermosa y lampiña. Como aquel vello no dejaba de preocuparme, lo rasuré con la máquina de afeitar de mi padre.

Muchas veces me sentaba en el sofá plastificado, vestida sólo con unas bragas y una camiseta interior, y me ponía a observar las casas que había al otro lado de la calle. Un buen día, me fijé en un hombre que me miraba desde el porche de una de las casas. Y empecé a hacer cosas para entretenerlo. Estiraba una pierna en el aire o me sacudía el pelo, corto y marrón, que ahora me llegaba hasta el mentón. O me subía un poco la camiseta y me miraba el ombligo. Hacía esto cada vez que veía al hombre mirar. Mamá siempre estaba arriba, llamado a sus amigas o a alguna línea directa.

Me sentía como la mujer desnuda de la pintura de papá: hermosa, con una mirada oscura tan inquietante que perdí la vergüenza. Mi esquelético cuerpo era el de una modelo de pasarela. Aquélla fue la única vez que me sentí valorada, como si alguien pudiera verme como algo más que un bicho raro.

En cierta ocasión, lo saludé. Él me devolvió el saludo, y yo no

sabría decir por qué, pero su atrevimiento me puso furiosa. No quería que respondiera a mi saludo ni que reaccionara de modo alguno.

Corrí escaleras arriba e irrumpí en la habitación que mamá y yo compartíamos. Ella estaba al teléfono. Oí mi nombre y me imaginé que volvía a pedir consejo sobre mí.

—¡Mamá, hay un hombre en la calle; no deja de mirarme y voy en bragas!

Puso fin a la llamada precipitadamente.

—¿Está mirando a esta casa? —Meneó la cabeza—. Por eso tienes que ir vestida; ya eres demasiado mayor para pasearte por ahí medio desnuda. Tu padre lo dice, y también lo digo yo. ¡Voy a decirle lo que pienso a ese pervertido!

Mi madre bajó corriendo las escaleras, se quedó de pie en el porche y le gritó al hombre que estaba al otro lado de la calle:

—¡Tú! ¡Cómo tienes la cara de mirar a mi hija de nueve años! ¡Como vuelvas a hacerlo, llamo a la policía!

Luego dio un portazo.

—No le diré nada a tu padre, a no ser que esto se repita. De momento estoy tranquila, porque tenemos una buena puerta con doble cerradura. Pero no quiero que él la vuelva a tomar contigo y te corte el pelo o algo por el estilo. Ya se preocupa bastante por ti.

Era cierto. Papá, borracho la noche anterior, me había llevado aparte a la cocina y me había preguntado si sabía qué era la violación. Yo contesté que sí. Había aprendido esa palabra en el colegio, cuando algunas niñas me habían pasado una nota en la que ponía que habían contratado a un hombre para que me violara. Papá dijo que, ahora que empezaba a desarrollarme, era un blanco fácil. Me advirtió de que anduviera con cuidado. Bajo los fluorescentes de la cocina, me alzó la barbilla, me miró a los ojos y dijo:

—¿Sabes qué? Si un salvaje te rapta alguna vez, y te da a elegir entre muerte o violación, di muerte. Así conservarás tu honor. Morirás luchando, como una auténtica mujer. ¿Entiendes? Dile a ese hijo de puta que antes te degolle. ¡Dile que te pegue un tiro! ¡Escúpele a la cara! ¡¡Insúltalo y mándalo a la mierda!! ¿Me oyes? ¿Queda claro? ¡No dejes que nadie te eche a perder! —Estaba casi gritando, daba miedo. Así que me limité a decir lo que él quería escuchar. No podía confesarle que ya era demasiado tarde; en cierto modo, ya estaba perdida. Lo único que podía hacer era sumergir la

cabeza en la bañera llena de agua todo el tiempo que fuera posible, intentar ahogarme y así mantener a salvo el honor de la familia que tanto significaba para papá.

Pero en la oscuridad ya no era una niña, y tampoco es que me pasara nada malo. A las tres de la madrugada, bajaba las escaleras de puntillas para ensayar mis aterrizajes como un auténtico gato. Lo hacía delante del gran televisor. O bien me despertaba en mitad de la noche o ni siquiera me iba a dormir, así que me ponía a ensayar. Gruñía por lo bajo, ronroneaba. Luego me lanzaba sobre el suave linóleo una y otra vez. En ocasiones subía hasta el segundo peldaño de la escalera y saltaba desde allí, haciendo lo posible por aterrizar con gracia sobre mis cuatro patas de tigre.

12

LA BATA FLOREADA

El invierno llegó, y con él la reticencia de papá a subir la calefacción, de manera que en casa nunca nos quitábamos el abrigo. También se mostró más estricto con el tiempo que pasábamos en la ducha, y empezó a descolgar el teléfono supletorio para escuchar las conversaciones de mi madre, a abrir y leer las cartas de la tía Bonnie que llegaban desde Ohio, y a pasarse por mi cuarto cuando menos lo esperaba. Yo aún pasaba las noches en el dormitorio principal; mi madre había empezado a dormir en la ampliación que mi padre le había construido recientemente en la cocina, y mi padre decidió no reclamar para sí el dormitorio principal, parecía estar conforme con la pequeña habitación de al lado que antes era mía. Por desgracia, los problemas derivados del intercambio de habitaciones seguían sin estar resueltos: él aún tenía que entrar en el dormitorio principal para coger su ropa, y yo en mi antigua habitación para coger la mía.

Sólo veía la tele cuando papá estaba en el trabajo o en el bar. Las otras veces leía después de terminar los deberes, acurrucada bajo la manta por el frío que hacía en la habitación. Leía muchas novelas románticas para adultos, literatura fantástica y de terror, porque me aburría con muchas de las novelas juveniles. No podía creer que la narradora en *Deenie*, de Judy Blume, fuera tan inocente como para no darse cuenta hasta los doce años de que tenía un «lugar especial» entre las piernas. Ese mismo año me leí dos veces *La colina de Watership*, además de *Ojos de fuego* y *Carrie*, de Stephen King. En cierta ocasión incluso me propuse leer entera la Biblia infantil con tapas de piel rosa, desde el Génesis hasta el Apocalipsis. Como por la noche sólo dormía unas horas, sobresaltada por alguna pesadilla e incapaz de volver a conciliar el sueño, logré mi propósito en cuestión de días. A veces papá también se levantaba a esas horas, y le enfurecía sorprenderme leyendo bajo la diminuta lámpara cuando se suponía que debía estar durmiendo, decía que le ponía nervioso que la gente estuviera despierta cuando no debía. Yo

sabía que no sólo se refería a mí. A mi madre también le costaba dormir, y se pasaba media noche escuchando la radio.

Mamá y yo nos quejábamos la una a la otra de que las normas de papá no eran justas, como la de que sólo él y nadie más que él podía estar despierto a horas intempestivas. «¿Qué se cree que vamos a hacer —bromeó un día con una amiga—, cortarle el pescuezo en mitad de la noche?» Por las mañanas, nadie podía usar el cuarto de baño hasta que él se hubiera marchado al trabajo, porque necesitaba asearse.

Papá también se volvió mucho más crítico con mi aspecto. Cuando era más pequeña, siempre decía que yo tenía la clase de belleza que había inspirado a los poetas españoles, pero ahora se quejaba de que empezaba a perder mi encanto, en parte por mi palidez y mi flacura, y en parte por mi horrible cutis. Por Navidad, papá me había regalado suscripciones a *Teen*, *YM* y *Vogue*, porque decía que fijarme en las modelos me enseñaría a adoptar una buena postura, a cuidar de mi pelo, a maquillarme y, lo que es más importante, a combatir el acné. Para entonces, rondaba los diez años, y empezaban a salirme granos en la cara. Papá puso el grito en el cielo e incluso llegó a prohibir el chocolate en casa, convencido de que los donuts de chocolate que yo siempre comía eran la causa. Casi cada noche, me pedía que me pusiera bajo el fluorescente de la cocina mientras me examinaba la piel a través de su lupa de joyero. Sin importar los granos nuevos que pudiera encontrar, insistía en eliminarlos con una aguja esterilizada al fuego en la cocina y con torundas de algodón empapadas en desinfectante. Muchas veces me felicitaba por mi valentía durante estos procedimientos, por no moverme y no soltar ni un gemido. Por extraño que parezca, las noches que papá dedicaba a mi piel eran nuestros únicos momentos de intimidad y, aunque yo no deseaba volver a notar el pinchazo de la aguja y el hedor del desinfectante, dejó de disgustarme porque al menos así no nos gritaba ni a mí ni a mi madre. Me gustaba que me tocara la cara con cuidado y delicadeza, y que a veces, después de aquella terrible experiencia, me rozara la nariz con la punta del dedo.

Una noche me despertaron unos gritos. Salí de mi cuarto sigilosamente, abrazada a mi cuerpo para conservar el calor mientras me orientaba por el pasillo oscuro hasta los balaustres de

las escaleras; miré a través de ellos. La diminuta lamparilla del hueco de la escalera estaba encendida y proyectaba un resplandor sobrenatural sobre los rostros de mis padres, que discutían a los pies de la escalera. Papá tenía a mamá acorralada. Cada vez que ella intentaba abrirse paso, él se reía y levantaba la mano como para asestarle un golpe. Mamá llevaba una larga bata floreada y él iba en camiseta interior y calzoncillos.

—¡Déjame pasar! ¡Déjame pasar!

—¿A quién más vas a llamar? Tengo una factura de trescientos dólares. ¡Dime a quién más vas a llamar! —gritó papá—. ¡Dímelo, maldita sea! Además de a esa puta, que nunca nos ha invitado a una comida de Navidad, a esa prostituta, esa puta que una vez se sentó a la mesa con las piernas abiertas, esa puta barata que se me acercaba...

—¡Cállate! —protestó mamá—. ¡Vas a despertar a Margaux con toda esa horrible cháchara!

Papá estaba tan borracho que arrastraba las palabras, algo que yo nunca le había visto hacer.

—Seguramente ya lo ha oído todo, gracias a ti. ¡Gracias a que la has dejado ir a esa casa de putas, con niños salvajes y ese psicópata, ese asqueroso pervertido, ese hombre al que tú tanto querías! ¿Acaso lo llamas? Su número no figurará en la factura del teléfono, porque es local. ¡Pero descubriré si lo llamas! ¡Sabré si lo llamas, o si él te llama a ti! Tengo mis propios medios...

—Creo que fue un malentendido. Las cosas se han sacado de quicio. Margaux está pagando los platos rotos.

—Entonces lo llamas, ¿eh? ¿Has oído su versión de los hechos? ¡No tienes ni idea de cómo piensan los hombres! ¡Ni idea! —Papá hablaba en voz baja, de manera despectiva—. ¿Tu padre no te enseñó nada? ¿Nunca te llevó aparte y te contó lo que las niñas deben saber del mundo? No. Tu padre os dejaba a ti y a tus hermanas corretear solas por el bosque, cerca de casa. Tu madre se pasaba el día entero en el sofá, practicando sus verbos franceses. Así creciste tú. Así. Tu padre no cuidaba de ti. Tú lo alabas como a un dios, pero ¿alguna vez os ha dicho algo a ti y a tus hermanas? ¿Os ha dado algún consejo práctico? Tu padre era un...

—¡Deja de hablar de mi padre! —Mamá se tapó las orejas con las manos—. No escucharé nada de lo que me digas! ¡No escucharé tus sucias palabras! ¡Tienes una mente de cloaca, estás enfermo! Tú eres el único que hace subir la factura del teléfono, con todas tus

llamadas a Cuba, a tu novia! ¡Ojalá me hubieran dicho algo! ¡Ojalá mis padres me hubieran llevado aparte! Mis padres eran inocentes. ¡No como tú! Mi padre debió de haberme puesto en guardia contra falderos como tú. ¡Me has arrebatado toda mi herencia, cincuenta mil dólares de mi pobre y difunto padre, contra quien ahora tienes la cara de echar pestes!

—¡Usé ese dinero para la entrada de esta casa! De no haber sido por mí, ahora estarías en un manicomio: el estado se habría quedado el dinero de tu padre. En cierta manera, ¡le hice a ese hombre un favor casándome contigo!

—Mira, yo sé que te casaste conmigo por mi dinero; te lo oí decir una vez. ¡Me robaste la vida entera con tus mentiras! ¡Ahora mírame! ¡Mírame!

—¡Sí, mírate al espejo! —Papá soltó una sonora carcajada—. ¡Mírate al espejo y verás lo que yo tengo que ver cada día! ¡Una vaca gorda a la que nadie quiere ver! ¡No es de extrañar que tenga novias! ¡No lo niego! ¡Tengo a mis queridas! ¿Y qué vas a hacer tú al respecto? Dime qué piensas hacer... —Mi madre sollozaba—. Dime que el mundo es perfecto. Dime que ese hombre sólo quería una compañera de juegos, una pequeña ninfa para su jardín. Yo no soy tonto. Puede que la gente me trate como tal, puede que la gente piense que no me importa, como si sólo sirviera para pagar las facturas, cocinar, limpiar ¡y sudar como un negro! Dime si los dejaste solos alguna vez. Dime si estuvieron a solas.

—¡Nunca estuvieron solos! —gritó mamá—. Y si lo hubieran estado, ¡sus intenciones habrían sido mejores que las tuyas con tus mujeres! No es un borracho como tú. Él quiere a su novia. Le es fiel. Tiene un buen corazón. Tiene un buen corazón ¡y por eso no lo soportas! ¡Porque tú eres una mala persona!

—Ten mucho cuidado con lo que dices de mí. Ten mucho cuidado.

—Tú eres el que debería tener cuidado, hijo de puta. —Nunca antes había visto aquella expresión en el rostro de mi madre—. ¡Margaux, ven aquí! ¡Quiero que sepas cómo es tu padre! ¡La de hermanos y hermanas que tendrás por ahí! ¡Llama a la policía! ¡Ahora mismo! ¡Llama al 911!

A mí me entró el pánico y fui corriendo a lo alto de las escaleras. Papá levantó la cabeza y me vio allí de pie. Me miró una última vez, alzó la mano en garra y empezó a arañar a mi madre en la frente. Yo corrí escaleras abajo, chillando: «¡No lo hagas! ¡No le

hagas daño, papá!» Resbalé a medio camino y me desplomé sobre ellos. Mi madre estaba gritando. Y, cuando mi padre apartó la mano, tenía los dedos ensangrentados.

Ella le gritó:

—¡Peleas como una mujer! ¡Con las uñas! ¡Las uñas!

Papá parecía aturdido. Pasado un minuto, se dirigió al enchufe del teléfono y lo arrancó de la pared.

—Quiero que os calméis, las dos —dijo—. Esta noche he bebido un poco más de la cuenta. He bebido demasiado y he dicho cosas. Palabras que no tienen significado en momentos como éste. En el trabajo estoy sometido a mucho estrés, puede que me despidan, pendo de un hilo, y atravesamos una mala racha. Por un momento, tu madre ha perdido los papeles. Quiero que las dos os calméis y recobréis la calma. Si viene la policía, a ti —añadió, señalando a mi madre— te internarán en un manicomio, y a ti —dijo, señalándome — te meterán en un centro de acogida. En este mundo, todos se pelean. Hay guerras cada día, así que ¡no me miréis como a una mala persona! ¡Me he hecho cargo de vosotras, de las dos! ¡Si no fuera por mí, estaríais las dos en la calle!

—¿No lo echas nunca de menos? —le pregunté a mamá.

Era un sábado por la noche y papá estaba en el bar. Mamá y yo estábamos jugando a las damas en la mesa de roble de la cocina. Ella llevaba un gran vendaje en la frente, donde papá la había arañado. Papá nos había mandado decir que mamá intentaba rescatar de las garras de un gato callejero al periquito que se nos había escapado. Aunque aquella historia parecía ridícula, nadie la puso en duda: ni las monjas del colegio cuando mamá fue a llevarme allí, ni el propietario de la tienda La Popular, ni las conocidas de mi madre que trabajaban en J&J, Jelly Bean, Carvel o en la droguería Sugarman's, y ni siquiera el cartero, que siempre hablaba con mamá.

—¿No... lo... echas... nun-ca... de menos? —insistí.

—¿Eh? —Ella parpadeó y tiró del vendaje—. Esta cosa me pica; me está volviendo loca. ¿Echar de menos a quién?

—Ya sabes. A Peter. Salto doble. —Me quedé dos de sus fichas rojas.

—Bueno, no lo vi venir.

—Te engañé.

Mamá suspiró y dijo:

—Echo de menos ir allí, a casa de Peter. Echo de menos el jardín; era un jardín muy bonito. Y a la niña, Karen, que era muy buena. También echo de menos a *Zarpas*, el retriever. ¿Qué era, cruce de retriever y de qué más?

—Collie. ¡Rey!

—¿Quién te ha enseñado a jugar así?

—Peter. También me enseñó ajedrez.

—¿Te enseñó ajedrez? ¿Cuándo: cuando yo no estaba mirando?

—Sí, cuando tú no estabas mirando.

Mamá había vuelto a ponerse enferma. Nosotros lo sabíamos. Ella lo sabía.

—No quiero ir a ese hospital —protestó—. No iré.

Ambos se quedaron en el salón delante de aquel gigantesco televisor; papá intentaba convencerla de que se pusiera el abrigo.

—Ya he llamado al taxi. Llegará de un momento a otro. Casandra —dijo, y me sorprendió oírle pronunciar su nombre—, escucha. Hemos estado tensos, todos nosotros, incluida la niña. A veces me siento como si alguien nos hubiera echado una maldición, como si nos deseara el mal. Ahora mismo, me parece que el mundo se ha vuelto contra nosotros. Mi cerebro es una olla a presión... ¿Me comprendes? Ha habido ciertos momentos en la vida en que no me he sentido capaz de soportar la presión; y ahora mismo es uno de esos momentos. Voy a explotar de un momento a otro. ¿Me entiendes? Necesito aclarar las ideas. Y tú también lo necesitas. Esto es lo mejor.

—¿Y qué pasa con Margaux? ¿Quién cuidará de ella? ¿Dejarás tú el trabajo? —Mamá le puso las manos en los hombros.

—Ya te lo dije. Llamaré a Rosa, que vive cerca. No cobra mucho.

—Ella no se las arregla muy bien con personas a las que no conoce.

—Lo sé. Ya sé que no. Ojalá pudiera quedarme aquí. Pero, ahora mismo, tengo las manos atadas. No puedo tomarme ni unos días libres. Me despedirían, lo sé. No me quieren en esta empresa. Siempre igual. El jefe quiere que vaya rápido ¡y no puedo! ¿No ven que mi objetivo es la calidad, no la cantidad? Productos, ¡eso es lo que la gente quiere! Yo soy un artista. No puedo hacer las cosas rápido; debo tomarme mi tiempo. Conmigo, todo tiene que ser

exacto; si cometo el menor error en una pieza de joyería, nadie en el trabajo se dará cuenta, pero ¡por la noche pesará sobre mi conciencia y no podré dormir! Aunque no lo parezca, soy el mejor hombre de que disponen. No me lo reconocen, me tratan como a un perro...

—Yo puedo quedarme en casa con Margaux. Louie, por favor, cancela el taxi.

—No —repuso él, meneando la cabeza—. Una amiga mía te vio el otro día caminando con ella por la avenida Bergenline, ¡sin mirar siquiera al cruzar la calle! ¡Vio que casi os atropellaba un coche!

—Pues yo no lo recuerdo. Siempre voy con cuidado.

—Sé que normalmente es así, y por eso creo que ahora mismo no estás bien. Pero hay más cosas. Te han visto mirar a la luz del techo mientras escuchas esa cinta. —Hizo una mueca—. No hay expresión en tu rostro, no hay expresión en tu mirada. A tu hija la aterra verte así. A mí también me aterra. Me da miedo que algo malo pueda pasar aquí. No puedo dormir con ese temor. Y si no puedo dormir, tampoco puedo trabajar.

Todo lo que papá decía era cierto. A veces mamá se reía sin motivo. Llamaba a la gente cada cinco minutos. No podía dormir; y, como papá y yo tampoco dormíamos bien, por las noches la oíamos cuando llamaba a líneas directas o cuando ponía el álbum *Sunshine*.

Después de que el taxi se llevara a mamá, papá cerró la puerta, se arrodilló y tomó mis manos entre las suyas.

—Tengo que hablar contigo. Tengo que hablarte de tú a tú, como si fueras una adulta. En primer lugar, no la has estado vigilando. Craso error. Has dejado que pusiera en peligro tu vida. Una cosa es el suicidio, pero pretender llevarte a alguien contigo a la tumba no está bien. Yo no pongo tu vida en sus manos, como tampoco pongo la mía. ¡Un día la vi manejando mi arma! A lo mejor quiere verme muerto; a lo mejor yo también tengo parte de culpa, pero que ponga en peligro tu vida, la vida de un inocente, ¡eso es un pecado mortal! —Hizo una pausa—. Todos hemos cometido errores cada día de nuestras vidas, errores que debemos olvidar para seguir adelante. ¿Por qué debemos seguir adelante? Porque somos fuertes y podemos; si no, la vida nos aplastará ¡como a la cáscara de un huevo! Ahora escúchame bien: estás bajo el cuidado de una mujer enferma. Es una enferma mental. No puedes

irle con problemas como los que plantearías a una madre normal. Los problemas que a la gente normal le parecen insignificantes acaban con ella. Tus problemas la están volviendo loca. Eres una carga para la familia. Yo puedo soportarte; incluso puedo comprenderte porque soy una persona fuerte. En cambio, a ella la estás destrozando sin querer. ¡Hija, debes dejar de hacer diabluras! No puedes pasar hambre y quedarte todo el día llorando en tu habitación. Si crees que nadie te oye llorar, estás equivocada: yo te oigo.

Aparté la mirada avergonzada.

Él me levantó la barbilla.

—No me vuelvas la cara, no. Debes tener el valor suficiente para enfrentarte a tus fechorías. Soy tu padre, y no me queda más remedio que relatarte los efectos negativos que ejerces sobre nosotros. Te pones enferma y vomitas casi dos veces por semana, ¡nadie sabe por qué! Comes muy poco; ¡pareces a punto de desintegrarte! Antes sacabas buenas notas; ¡ahora suspendes matemáticas! Nos has decepcionado. Me has decepcionado. Tenía grandes esperanzas puestas en ti. La gente tiene hijos para que traigan felicidad a sus vidas, ¡no dolor ni preocupación! No, no llores; contente. Eres fuerte. Sobrevivirás. Te lo prometo, Keesy, te lo prometo. —Por un momento apoyó su cabeza contra mi pecho y luego la levantó, sonriéndome—. Ahora que ella se ha ido, podremos disfrutar un poco de la vida, ¿no? Me siento culpable por no haberla acompañado, porque tendrá que esperar sola en esa sala de urgencias durante horas; pero sé que tú no lo soportas, Keesy. Tantas horas con esas luces brillantes, viendo su rostro como el de un zombi, te arranca el alma. En la vida, hay imágenes imborrables; no las puedes borrar de tu mente. En mis sueños, yo siempre veré su cara así, sin expresión; esa mirada me persigue. Pero no puedo estar siempre triste; ¡debemos vivir un segundo más por cada segundo que morimos! Venga, Keesy, ponte el abrigo. ¿Vamos al centro? ¿Solos tú y yo, como en los viejos tiempos?

—Vale.

Papá se levantó. Echó un vistazo al reloj. Aún llevaba la ropa del trabajo: un bonito traje y pantalones recién planchados.

—Ahora no tengo tiempo de ponerme mis joyas. Bueno, mañana por la noche. Mañana ya nos pondremos los dos de punta en blanco para ir al centro, ¡porque libro el viernes por la noche! Hoy sólo nos dará tiempo a ir a ese local de ahí. ¡Recuérdame que traiga

monedas de veinticinco centavos! Quiero que mañana te pongas un bonito vestido y unos buenos zapatos, unas bonitas cintas en el pelo y algunas pulseras en tus muñecas, unas gotas de perfume. Iremos de local en local y yo te presentaré a algunos de mis amigos. ¡Ellos me comentarán lo preciosa que es mi hija! ¡Dirán que mi hija es más bonita que la luna! Pero, de momento vamos a un local pequeño de por aquí, te pediré un Shirley Temple sin ron. Y ahora, ponte el abrigo, Keesy.

Me alegró que papá me hubiera piropeado. No podía evitar adorarlo, ahora que mamá no estaba. Era todo lo que tenía. Saqué el abrigo del armario y me lo puse. Cuando empezaba a abrochármelo, vi que la cremallera se había atascado. Eso me enojó, así que tiré de ella y se me rompió en la mano. Papá vino y me dio una bofetada.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no maltrates las cosas? ¡Debes ser cuidadosa, siempre, cuidadosa! ¡No puedes ir por ahí rompiendo las cosas; las cosas cuestan dinero! ¡Yo no puedo comprarte un abrigo nuevo! ¡No me lo puedo permitir, ahora que ella ha vuelto a ese hospital!

—Siento haber roto la cremallera.

—Escúchame bien. Escúchame. Nunca debes decir que lo sientes.

—¿Y qué debo decir?

—No digas que lo sientes. Lo siento, lo siento, lo siento, ¿qué ganas con eso? ¡Así no arreglas nada!

La noche siguiente, papá cumplió su promesa. Fuimos de bar en bar, incluido aquel del anticuado flipper diseñado al estilo del Viejo Oeste: el repiqueteo de los cascos de los caballos y los disparos de pistolas. Yo acudía a papá cada vez que me quedaba sin monedas, casi resbalando con mis zapatos Mary Jane's. Estaba preciosa, con aquellos leotardos y aquel vestido azul de terciopelo arrugado. Papá tenía a una mujer joven sentada en el regazo; llevaba el pelo largo, y su rostro maquillado era un carnaval de color. Se reía con todo lo que papá decía y no dejaba de pedir rondas. Pero no se quedó mucho rato; cuando se marchó, nosotros fuimos a otro bar y a otro y luego a otro. Yo bebía cerveza de papá a escondidas, sin que nadie me viera.

En la parte de atrás de un lúgubre bar, donde estábamos

sentados a una mesa de cerezo, papá pidió un Grey Goose con hielo para él y una Coca-Cola con una rodaja de naranja para mí; había recordado que no me gustan las cerezas.

La camarera vino y dejó las bebidas sobre la mesa. Papá le dio una propina, y alabó sus uñas pintadas cuando ella se dispuso a coger el dinero.

—Keesy, cómete la rodaja de naranja —me dijo papá en cuanto la camarera se hubo marchado.

—¿Puedo contarte algo, papá? El otro día, mamá estaba cortando naranjas en rodajas. Y mientras lo hacía, empezó a cortarse a sí misma hasta que la sangre cubrió todas las naranjas.

Papá guardó silencio y luego dijo:

—Me alegro de haberla internado cuando lo hice. Tomé la decisión acertada. —Sacó un cigarrillo de su paquete de Marlboro y lo encendió—. Ya te conté que, cuando era joven, tendría unos diecinueve años, corrí delante de los toros en España. Mientras corría, un hombre se cayó al suelo. Yo quise ayudarlo, pero tenía que seguir corriendo. ¿Lo entiendes, Keesy? Tenía que cuidar de mí mismo, porque de haberme parado habría muerto aplastado. —Hizo una pausa—. Esto es bíblico. En la Biblia, la esposa de Lot miró atrás y se convirtió en una estatua de sal. Mirar atrás es sal. Mirar atrás es lágrimas. Mirar al pasado es muerte. —Se aclaró la voz—. Cambiemos de tema. A veces yo, como tú, pienso demasiado. —Señaló la rodaja de naranja y, como no la cogí, se la comió él—. Te diré algo, Keesy, algo sobre las naranjas. Son originarias de China. Todo el mundo cree que vienen de Florida, pero no: las naranjas son chinas. Y la pasta, también. No viene de Italia. ¿Sabes dónde he leído eso?

—No —contesté yo, bebiéndome la Coca-Cola con la pajita. Noté que se me subían los colores y me sentí un poco asqueada, pero no sufrí el habitual arrebato de terror y ansiedad. No sabía si aquello se debía al alcohol, o al mero hecho de que estábamos en un lugar nuevo—. ¿Dónde lo leíste?

—En el Libro de Hechos de tu madre. Su librito de catástrofes que lleva consigo a todas partes, la pequeña guía que la ayuda a manejarse en la vida, aunque no mucho, la verdad. No mucho. —Papá tomó un trago y prosiguió—: Debes aprender a sonreír. A nadie le gustan los gruñones. Yo mismo he aprendido a sonreír en los peores momentos. Y tú también tendrás que hacerlo. Así que dime, Keesy, ¿cuál es el problema? Dime por qué estás tan triste. Y

no digas que es por tu madre; ya la conoces.

Se me aceleró el corazón, y entonces solté:

—Echo de menos ir a casa de Peter. No por él. Él siempre estaba ocupado cuando iba allí, así que nunca lo veía. Pero estaba chiflada por su hijo, Ricky. Solíamos jugar juntos todo el tiempo. Era muy mono, y yo siempre deseaba poder casarme con él algún día. Lo echo de menos, papá. Echo de menos cómo me sentía cuando él estaba allí conmigo.

Papá asintió.

—Lo entiendo. He visto la fotografía del chico. Tu madre me la enseñó una vez. Muy guapo, aunque un poco descuidado. Ahora estás en la edad. Esa edad en la que los chicos adquieren más importancia. Pero deja que te diga algo. El amor es un dolor fantasma. Los poetas escriben sobre él, nuestro gran arte lo representa, inspira a nuestros músicos, pero no existe. —Dio una larga calada a su cigarrillo—. Como una úlcera que crees tener, y que el médico no encuentra al operarte. Es una reacción química, Keesy. Hormonas. La gente muere por él, pero nadie ha demostrado nunca su existencia.

Terminé mi Coca-Cola y me excusé para ir al lavabo. En cuanto entré allí, me caí de rodillas en el suelo sucio, que estaba cubierto de papel higiénico. Me incliné sobre la pequeña taza de váter con manchas marrones en los laterales y vomité hasta que no quedó nada dentro de mí.

13

NUESTRO PEQUEÑO SECRETO

Peter me envió una postal de «¡Felices Pascuas!» y mamá, recién salida del hospital, dijo que debía llamarlo por teléfono para darle las gracias. Había pasado casi un año desde la última vez que nos habíamos visto. Cuando hablamos, me halagó tantas veces y me contó tantos chistes que, después de colgar, estaba radiante de alegría. Tras aquella primera llamada, mamá dijo:

—Sabía que tu padre estaba totalmente equivocado con él. ¿Cómo iba a enviar una mala persona una postal tan bonita? —Hizo una pausa—. Tu padre tiene un problema de control, o eso es lo que dice el doctor Gurney, pero ¿sabes qué?: no puede controlar lo que desconoce. No está aquí ni la mitad del tiempo. —Riéndonos como hermanas, hablamos de cómo ocultarle esto a papá: yo llamaría a Peter cuando papá estuviera en el bar. Por primera vez en casi un año, volví a sentirme cercana a mamá. Ahora teníamos un secreto, algo que era sólo nuestro y papá no podría saber.

La primera señal de que papá iba a salir era el olor de su colonia en todos los rincones de la casa. Entonces yo oía el golpeteo de sus pasos subiendo y bajando las escaleras, porque siempre se dirigía varias veces al dormitorio principal y a su armario; y también solía cantar en español. Se arreglaba el cuello de la camisa, alisando repetidamente el menor pliegue en la tela. Odiaba las arrugas; cada día llevaba todos sus trajes a planchar y nunca los sacaba del plástico hasta la hora de vestirse. Seguía lustrando sus zapatos con betún negro e incluso, cada pocos años, repasaba con tinte blanco su único par de Converse.

Cogía sus anillos, se los ponía todos sin hacer el menor ruido —si uno había perdido brillo, preparaba una solución para sumergirlo en ella y después limpiarlo con un cepillo de joyero— y se colocaba su crucifijo de oro por fuera, después de comprobar que relucía a plena luz del sol. No era seguro llamar a Peter hasta que papá se hubiera marchado y la verja del porche se hubiera cerrado sola. Si el contestador automático saltaba tras los cinco tonos habituales, yo

me limitaba a seguir llamando y colgando el teléfono. Daba por supuesto que mi insistencia no importunaba a nadie, porque cuando Inès y los chicos estaban en casa siempre contestaban con educación.

Aquel año escolar de quinto curso trabé amistad con una dominicana, Winnie Hernandez. A veces la gente se reía de Winnie porque le gustaba leer y tenía la piel demasiado oscura, tan oscura como pálida era la de Barbara Howard. Además, Winnie era un poco distraída, como yo. Tenía la costumbre de caminar alrededor de un poste azul durante los recreos que pasábamos sin salir al patio; un día, empecé a seguirla y lo convertimos en un juego. Una semana más tarde, Stacy Gomez me dijo lanzándome una clara indirecta después de la clase de música:

—Winnie dice que dejes de seguirla.

Al día siguiente, me quedé mirando con tristeza el poste azul. Winnie me hizo señas para que me acercara y Stacy le dijo:

—No juegues con ella. ¿Quieres ser como ella?

Al cabo de unas semanas, Winnie dejó una nota en el suelo para mí. Decía: «Quedamos mañana en Bake Sale, detrás del escenario del auditorio.» Acudí a la cita y pasamos un buen rato hablando. Me comentó que le había oído decir a Carlos Cruz, el chico más guapo de la clase: «Margaux no es fea. Sólo es rara.» Luego Winnie me advirtió: «Puedo ser tu amiga, siempre y cuando nadie me vea contigo. Nunca te sentarás a comer conmigo ni te dirigirás a mí cuando haya más gente cerca.» Acepté el trato y, al igual que con Peter, entablé amistad con ella por teléfono.

A través de nuestro nuevo teléfono inalámbrico, confesé a Winnie que un hombre mayor se había enamorado de mí y me había hecho mujer.

—No se lo digas a nadie. Aún me ama, y hablamos por teléfono cuando mi padre está fuera de casa.

Winnie no lo entendía.

—Ningún hombre mayor puede ser tu novio. Va contra la ley.

—Él dice que eso son tonterías. Es un rebelde.

—¡Ah! Bueeeeno. ¿Te sigue gustando Carlos? —Todas las chicas estaban locas por él.

—Pero... ya sabes. Yo no soy... Carlos es... —Me daba vergüenza hablar de aquello.

Ahora Winnie parecía comprenderme.

—Puede ser tu novio secreto. A lo mejor le puedes decir que le chuparás los huevos. —Se echó a reír sin parar. Se refería al pene, aunque había dicho «huevos».

Entonces empezó con la cantinela de siempre:

—Eres mona; sólo tienes que poner más empeño. Las cosas que haces te dan mala fama. —Todo lo que dijeras e hicieras, con quién te sentaras a comer y cómo llevaras el pelo te forjaban cierta reputación en Holy Cross—. ¿Sabes lo que dicen las demás chicas de ti?

—¿Qué?

—Que el otro día estabas sentada en clase con las piernas abiertas de par en par, como intentando llamar la atención de los chicos. ¿Por qué haces esa clase de cosas? —dijo.

—Pues no lo recuerdo —contesté yo, sintiendo que se me caía el mundo encima—. No siempre recuerdo lo que hago.

Winnie suspiró. Parecía triste cuando dijo:

—Por eso todos dicen que estás loca.

La Historia, un mundo de fantasía al que Peter y yo viajábamos siempre que hablábamos por teléfono, trataba de gente que se transformaba en tigre. Aunque yo había crecido, los tigres seguían alimentando mis fantasías. El nombre del personaje principal era Margaux. Originariamente, ella no era un tigre, sino una niña normal y feliz enamorada del propietario de una tienda de animales, Peter. Pero entonces ella conoció a una fulgurante estrella de rock que además era un tigre, Carlos, hicieron el amor y él le pasó la maldición del hombre tigre, de manera que ella también pasó a convertirse en tigre. Y se quedó embarazada de una niña tigre, Desiree. Carlos y Margaux se casaron y se fueron a vivir a una casa en el centro de Connecticut. Peter no podía soportar estar separado de Margaux, así que ella lo contrató como canguro de Desiree, y se instaló en casa con ella y con Carlos. Al final Carlos y él se hicieron amigos, aunque ambos amaban a Margaux. Peter era mucho más inteligente que Carlos, y el único no tigre, así que cuidaba de todos ellos. En parte, la Historia se inspiraba en el vívido recuerdo de haber visto *La mujer pantera* con papá en 1982, cuando sólo tenía cinco años.

Una vez yo entré en la Historia, la Margaux de quinto curso, la

de las espinillas y el pelo corto y castaño, la de los ojos negros y las rodillas magulladas de ensayar aterrizajes felinos, la Margaux que no tenía fiestas a las que ir, ni quedadas nocturnas a las que asistir, ni pretendientes; aquella Margaux había desaparecido. La Margaux de la Historia tenía veinte años, se ganaba bien la vida publicando novelas, tenía un marido que era una estrella de rock y un segundo hombre que la amaba tanto que ni siquiera le importaba que estuviera casada con otro. No podía evitar amarla por su extraordinaria belleza. Yo veía claramente a esta Margaux: se parecía a Cindy Crawford. En la Historia, estaba de pie junto a la cortina de la cocina, observando cómo Peter freía los huevos sólo por un lado mientras el bebé Desiree balbuceaba en la silla alta, el pelo largo con reflejos claros recogido en un moño francés (la clase de moño fácil de hacer con un Topsy Tail), los brazos y las piernas sin un solo pelo y una gargantilla alrededor del cuello. De vez en cuando, Margaux también trabajaba de modelo y tenía que ir a sesiones fotográficas justo después de desayunar. Allí estaba ella en el cuarto de baño, desnudándose delante de un espejo de cuerpo entero; en la ducha con Carlos, que le lavaba el pelo; conduciendo su descapotable; montando un caballo, un bonito y musculoso caballo claro de crin blanca. Allí estaba ella cambiando su forma humana por otra animal: el pelo brillante salía de sus poros como llamas de una hoguera, sus ojos pasaban de marrones a verdes, su ropa quedaba hecha jirones. Cuando se convertía en tigre, Peter la encadenaba en el sótano para que no pudiera matar a nadie. Le llevaba agua y comida, y muchas veces le frotaba la barriga para invitarla a recuperar su forma humana.

Había bastantes viernes y sábados por la noche en que compartíamos la Historia de nueve a dos de la madrugada, mientras mi madre escuchaba la radio o alguno de sus discos. Cuando hablaba yo, no me cansaba, no tenía ni sed ni hambre, no veía nada alrededor, salvo las escenas que se me pasaban por la cabeza. Los únicos sonidos que oía eran nuestras voces, la de Peter y la mía.

Aunque me encantaba hablar con Peter, reaccioné de manera extraña en Hudson Park cuando mi madre y yo nos topamos con él, con Inès y los chicos. Peter nos saludó con una amplia sonrisa, y entonces yo salí corriendo. La siguiente vez que hablamos por teléfono él me preguntó por qué lo había hecho, pero yo no lo sabía, así que dije que debía de haber sido porque verlo me parecía un triste recordatorio de que jamás podría volver a su casa.

Una noche, durante una maratón de Historia, oí unas risitas de fondo.

—¿Quién está contigo? —pregunté, molesta por el hecho de que alguien interrumpiera la Historia.

—Jenny y Renee. ¡Ah! ¿Aún no te he hablado de ellas? Son mis hijas de acogida. Las traje a casa después de que me quitaran a Karen.

—¿Quién te quitó a Karen? —dije.

—Su madre. Karen no quería volver. Nunca quieren. Se aferró a mi camisa con todas sus fuerzas. Y la asistenta social tuvo que forcejear para desprenderla de mí.

—¡Oh! —Me entristeció oír aquella historia.

—¿Quieres saludar a Renee? Sólo tiene un año más que tú.

No me apetecía, pero él me puso con ella de todas formas. Era una de esas niñas tontas y alocadas de risa nasal. Me dijo que coleccionaba muñecas de plástico. A mí me parecían horribles, pero fingí lo contrario para complacerla. Me fijé en que llamaba «papá» a Peter. Parecía quererlo tanto como yo, tanto como Karen. Hablé con Renee por teléfono una vez más y entonces Peter me dijo que, al igual que Karen, Renee y Jenny habían sido devueltas a su madre. También me comentó que empezaba a resultarle demasiado triste acoger niños y que jamás sería capaz de volver a hacerlo.

Sólo cometí una vez el error de llamar a Peter durante nuestra separación cuando papá estaba en casa. Noté que mi padre descolgaba el teléfono de abajo, presionaba unos cuantos botones y luego fingía que colgaba, en un intento de escuchar la conversación. Colgué y oí unos gritos que venían de abajo, pero papá nunca me dijo nada al respecto.

SEGUNDA PARTE

14

LA REUNIÓN

Winnie mantuvo su relación conmigo en secreto hasta el final del quinto curso, cuando yo me las arreglé para hacerme también amiga de Irene Palozzi. Irene había empezado a fastidiarme un día en el gimnasio, pero entonces la sorprendí al plantarle cara. Ni siquiera recuerdo haberlo hecho, pero resultó ser un movimiento afortunado porque me granjeó su amistad, y de paso acabó permitiéndome mostrarme en público con Winnie. Desde entonces, Irene, la hija fanfarrona y melenuda de un agente de policía de Union City, pasó a ser mi protectora. Aquel año, incluso amenazó con pegar a un chico muy popular por decir que yo tenía bichos en el pelo. Cuando empezábamos a cursar sexto, se unió a nuestro trío una cuarta chica: Grace Sanchez. Era igual de guapa que cualquier chica de portada de *Seventeen*, pero mucho más dócil para codearse con las cuatro chicas más populares de la clase, quienes al principio habían querido que formara parte de su camarilla. Ella nos confesó que las chicas *in* la habían acobardado tanto que, sentada a la mesa con ellas en el comedor, no había sido capaz de pronunciar ni una sola palabra lo bastante alto para que la oyeran. Irene no dejaba de decirle a Grace que hablara más fuerte, y le encantaba maquillarme durante el recreo con su estuche de colorete, pintalabios, sombra de ojos y su botella Aqua Net de formato viaje. Nuestro profesor de música, el señor Conroy, un doble de Patrick Swayze por cuya atención suspiraban todas las chicas, parecía darme un trato especial incluso respecto a la Grace con pelo de Cleopatra.

—Eso es porque a ella le gusta flirtear —explicó una vez Irene a nuestro grupo, burlándose del hábito inconsciente que yo tenía de mirar al suelo, y luego a la cara del profesor, siempre radiante cuando sus ojos se fijaban en los míos.

De vez en cuando, esta otra parte oculta de mí me permitía hacer valer mi voluntad contra lo que yo consideraba injusto. Siempre tenía presente a Winnie y, cuando alguien le hacía daño, aunque sólo fuera un poco, esa parte de mí que rara vez surgía a la

superficie salía inmediatamente en su defensa. En cierta ocasión Winnie me chivó que había visto a la chica más popular del colegio echarle cristales rotos en el refresco, y yo no dudé un instante en abordar en el pasillo a la chicarrona a la que tanto había temido durante años. Con nuestros pechos casi tocándose, le pregunté: «¿A ti qué te ha hecho Winnie?» Ella me lanzó una mirada perpleja y se fue a clase sin dejar de volverse para mirarme.

Con mis nuevas amigas, había algún momento en que me sentía como cualquier otra chica de once años. Pero, en el fondo, sabía que no era así. Aún hablaba con Peter por teléfono una vez a la semana, un secreto que jamás les podría desvelar. Con quien más confianza tenía era con Winnie, pero ni siquiera ella parecía totalmente capaz de comprenderme. Además, no le tenía ni la mitad de devoción que a Peter. Cuando le entregué una parte de un guardapelo de amigas-para-siempre, me fijé en que dejó de llevarla a los pocos días. Me dijo que su madre no le dejaba ponérsela, pero yo pensaba que la auténtica razón era que muy en el fondo seguía considerándome un bicho raro.

En vez de alegrarse de que tuviera nuevas amistades, papá se ponía a gritar: «¡Cállate! ¡Odio el sonido de tu voz!» cuando yo me reía o hablaba por teléfono con Winnie y él estaba cerca. Si mi madre le enseñaba una de las mejores notas que había sacado en el colegio, lo único que sabía hacer era soltar un brusco «bien». En ocasiones era como si quisiera que dejara de existir.

Proteger nuestra casa requería dos sólidas cerraduras: un pasador de muelle con cilindro único y un bombín de seguridad Yale 3000. De cuando en cuando, papá presumía de cerraduras. Le gustaba decir que, si a un ladrón, un violador o un asesino en serie se les ocurría alguna vez entrar en casa, armarían tal escándalo que él tendría tiempo de coger la pistola, siempre cargada.

Aquel otoño, regresábamos a casa en autobús del Holy Cross cuando mamá buscó las llaves en el compartimiento habitual de su bolso y no las encontró. Nos bajamos en la parada de siempre al otro lado del instituto Washington, nos dirigimos a la cabina de teléfono que había frente a la tienda La Popular y mamá me preguntó el número de Peter; sabía que yo lo tenía memorizado.

Debió de haber leído la sorpresa en mi rostro, porque me dijo:

—Creo recordar haberlas dejado sobre la mesa de la cocina. Peter es cerrajero. Si pudiéramos entrar en casa, las cogeríamos y tu padre nunca tendría por qué enterarse de lo ocurrido.

Como Peter no cogía el teléfono, nos acercamos a pie hasta su casa. No hablamos; ambas estábamos absortas en nuestros pensamientos. A mí me ponía tan nerviosa volver a ver a Peter que saqué un paquete de Bubble Tape de la mochila, lo abrí y empecé a estirar la larga tira de chicle rosa sin romper ningún trozo para mascarlo. Aún llevaba mi pichi azul marino con la blusa azul claro debajo, calcetines azul marino hasta el tobillo y zapatos Buster Brown. Miré al cielo encapotado, donde las nubes formaban inhóspitas e incorpóreas siluetas como las de los cuadros que colgaban de nuestras paredes.

—¡Espera! ¡Creo que veo la casa! —canté con voz inusitadamente clara.

—¡Ahí está! —dijo mi madre, esbozando una gran sonrisa.

La puerta principal estaba abierta de par en par, así que, tras darnos cuenta de que el timbre seguía roto, mamá y yo entramos. Peter bajaba las escaleras cuando nosotras estábamos a punto de subir. Ahora su pelo era mucho más plata que rubio. Llevaba un mono gris salpicado de pintura y una camiseta negra Harley-Davidson, y su rostro atractivo y vigoroso se sonrojó con alegre sorpresa.

Me estrechó tan fuerte que, por un segundo, sólo pude sentir su abrazo, y hundí la cara en su pecho, como siempre había hecho. Olía a una mezcla de Spackle y pelo de perro. Y cuando lo miré a la boca, me fijé en que hacía un cariñoso mohín como la mueca que un ídolo juvenil hace en la portada de una revista. Me sentí como si protagonizara una película romántica en la que él tuviera el papel protagonista.

—Te he echado mucho de menos —dijo.

Mientras subíamos las escaleras para picar algo y ponernos al día, los recuerdos aprovecharon la ocasión para colarse en mi mente. Justo antes de dejar de vernos por espacio de dos años, Peter había empezado a pegarme cuando no me comportaba. Si no había nadie delante, me daba una bofetada en la mejilla o un golpe en la mano; nada comparado con lo que papá le hacía a mamá, pero me sorprendió igualmente. Era casi como si, después de aquel regalo de cumpleaños en el sótano, él sintiera que debía tratarme más como a

su mujer.

Cada vez que mi madre iba al cuarto de baño, Peter decía:

—Tienes que encontrar la manera de convencer a tu padre de que nos deje vernos de nuevo. No puedo vivir sin ti. ¿No ves que no puedo vivir sin ti?

—Sí —me oí decir a mí misma, queriéndolo otra vez como si nunca nos hubiéramos separado.

—Yo me lavo las manos —dijo papá. Finalmente se había calmado después de su diatriba y ahora estaba sentado a la mesa de la cocina, trabajando en una pulsera de oro. Apretaba la boca de tan concentrado que estaba; la parte superior del rostro permanecía oculta tras la lupa de joyero. Yo tomé asiento en una silla perpendicular a la suya, fingiendo trabajar con decimales—. Eso es lo que Pilatos dijo a la multitud: «Me lavo las manos.» La multitud tuvo la palabra final. Las masas siempre tienen el voto decisivo. Sois dos contra uno. Por lo tanto, he decidido abstenerme de la votación.

Mamá permanecía de pie junto a la cocina a escasos centímetros de mí, enfundada en su larga bata floreada y en sus zapatillas. Con los brazos cruzados.

—Bueno, me alegro. Porque Margaux no lo ha pasado muy bien y tú lo sabes. No puedes ser siempre tan egoísta y pretender controlarlo todo. Los chicos siempre llevan amigos a casa, a todas horas. En verano, los niños del vecindario van al jardín a jugar con los aspersores; eso dice Peter. Sé que te niegas a creerlo, pero ¡son una bella familia! ¡Son pobres, pero buena gente!

Papá meneó la cabeza.

—También lo eran la puta y el banquero, ¿recuerdas? Sólo que la puta de Connecticut tiene una bonita casa en Westport. Cuando el banquero la dejó, ella no tuvo que preocuparse por la pensión alimenticia. Unas personas se enriquecen a costa de otras, ¡se alimentan como parásitos sin dar nada a cambio! ¡Ni un simple préstamo a su cuñado! ¡Se lo habría devuelto! ¡Menuda cara, pensar que no se lo devolvería! ¡Soy un hombre de palabra!

—¡Ay, no empieces, por favor! Margaux no tiene por qué oír estos gritos. Ya hemos discutido esto muchas veces.

—¡Podría haber pagado una entrada para aquella casa en Nutley! ¡Así no tendría que haber conocido a esos salvajes! Todo habría sido diferente. ¡Esa puta me ha arruinado la vida!

—Deja de llamar puta a mi hermana.

—¡Ah, tu hermana! ¡Tu hermana! Como si a esa puta se la pudiera considerar familia. Confío en ese tal Peter tanto como puedo confiar en esa puta para que ahora nos llame y nos invite a su casa. Un sábado claro y radiante ¡en que hace buen tiempo y el tráfico es fluido! ¡Mira si confío en ese hombre!

Mamá suspiró.

—Todo aquello fue un gran malentendido. Me refiero a lo del beso. Yo no digo que confíe en él, porque nunca puedes confiar plenamente en un hombre. No es que ponga a Margaux en sus manos. Pero los creo, a los dos, cuando dicen que ella lo tomó por sorpresa; ella lo besó. Tanto ruido para nada.

Papá miró la pulsera a la luz para inspeccionar su trabajo.

—Esto es para Paula, una chica que conozco. Me gusta hacer favores a la gente. Arreglar cosas gratis. Me hace feliz saber que soy útil. Yo no soy un egoísta, como esa puta de Connecticut.

—Bueno, Peter intentó ayudarnos. Si no pudo entrar, fue porque no tenía las herramientas. También nos dio algo de comer.

—¿Y qué os dio? —inquirió papá, volviendo a su armario para guardar la pulsera y la lupa.

Mamá titubeó:

—Sobras del KFC. Es bueno para Margaux. Proteína. No me importa si es comida rápida. Algo es algo.

—¿Comió mucho?

—Dos muslos y una ración de puré de patatas con salsa. —Mamá mentía. Yo sólo había comido medio muslo y un trozo de bizcocho. Papá abrió la nevera, cogió un aguacate y empezó a pelarlo—. Tu hermana y ese hombre. Los dos te adoran. Os adoran a ti y a tu hija. ¡Me alegro de que ese hombre no pueda entrar en mi casa! ¡Me alegro! Seguramente intentaría robar mis joyas. Hazme un favor: tráela a ella aquí, pero jamás traigas a ese hombre. Hazme ese favor.

—Eres un esnob. Eso es lo que eres.

—Un esnob. Vale. Soy un esnob, ¡porque llevo la ropa planchada! ¡Porque saco lustre a mis zapatos! ¡Soy un esnob! ¡Bien! ¡Tú vete a la casa de los cerdos! ¡Allí os podéis comportar como animales sin que nadie os critique por ello! Sois libres para retozar como cerdas en esa pocilga, las dos, ¡y no quiero saber nada de lo que hacéis allí! ¡Ni me importa!

El beicon chisporroteaba en una sartén, disparando proyectiles de líquido. Peter, vestido con su mono salpicado de pintura blanca y con una camiseta, le dio la vuelta con una espátula. *Zarpas* entró en la cocina, moviendo la cola. Parecía más gordo, y su pelo tenía un aspecto enmarañado, como si pudiera usar un buen cepillo. Lo recuerdo radiante, como esos perros bien acicalados de los anuncios de Alpo, aunque tal vez ya entonces estuviera descuidado. En cualquier caso, seguía siendo el perro más amigable del mundo. Se sentó en el suelo de linóleo, con la lengua fuera, y me ofreció la pata.

—Eres un pedigüeño —dijo Peter, dándole un Milk-Bone rojo—. Patético. —Le dio una palmadita en la cabeza y le rascó detrás de las orejas.

—Siempre se sale con la suya, Peter —observó mamá. Estaba cómodamente sentada en una de las sillas de la cocina. Yo, por mi parte, estaba demasiado nerviosa para tomar asiento. No dejaba de moverme, de un rincón junto a la vitrina con las puertas de cristal a la izquierda de la cocina, donde unas macetas con estampado vacuno colgaban de un estante de madera. Hoy llevaba una coleta alta recogida con una banda elástica de felpa, unos vaqueros superajustados con lazos negros en los bolsillos y un body gris con una diminuta cremallera metálica. La cremallera abierta mostraba mi escote, que consideraba importante para una niña de once años; yo usaba sujetadores de copa B, mientras que Irene y Grace sólo necesitaban una A. Peter decía que me estaba «rellenando». Decía que pronto tendría que ahuyentar a los chicos con un palo. Hacía sólo unos meses que habíamos vuelto a vernos, pero a mi madre ya le parecía que había recuperado un poco de peso. Ambas pensábamos que incluso tenía mejor aspecto. Peter había convencido a mi madre para que, con el dinero de reserva, me comprara base de maquillaje L'Oreal y polvo compacto Revlon; ambos hicieron maravillas para disimular mi acné.

—¿Estás segura de que quieres que fría todo este beicon? —Peter me enseñó el paquete de carne rosada con vetas blancas—. Estas vetas son todo grasa. No sé si será muy sano. ¿Estás segura de que lo quieres todo?

Asentí. Peter nos había llevado al Pathmark, donde dijo que compraría todo lo que yo quisiera y me lo prepararía. Yo había cogido un paquete grande de beicon Oscar Mayer después de debatirme entre eso y una pizza congelada. El beicon llevó las de

ganar porque sabía que nunca podría comerlo, si no.

—¿Vas a comértelo todo tú sola? —preguntó.

—¡Sí!

Oí un tintineo. Eran las cadenas de Ricky; acababa de entrar en la cocina. Las cadenas le colgaban de los pantalones como un espumillón de plata; llevaba los vaqueros rasgados en las rodillas y unas Doc Martens. Una cresta acentuaba sus pómulos prominentes y la simetría de barbilla, frente y nariz.

—Ricky, ¿vas a ayudarnos a comer este beicon? —inquirió Peter.

—No, gracias —contestó Ricky, dirigiéndose a la nevera.

Ahora Ricky tenía catorce años y se mostraba educado, pero distante. Apenas hablaba, y cuando lo hacía era entre dientes. Entraba y salía de los lugares todo lo rápido que podía, sólo las cadenas de sus vaqueros delataban su presencia. Estaba muy delgado y había dado un estirón, así que ahora era alto, un chico de metro cincuenta y cinco. Según Peter, ahora era un músico punk. Miguel se había dejado el pelo largo, que llevaba teñido de un azul psicodélico, y quería comprarse una moto, como su padre. Del ático nos llegaba continuamente el ritmo machacón de música punk y heavy metal. Algunos de sus amigos tenían una mala relación familiar, de manera que acababan quedándose allí semanas o incluso meses, durmiendo en el suelo del ático. Lo único que a Peter le molestaba era que se lo comieran todo. Se quejaba de que Inès siempre acogía en casa a parásitos y luego éstos la utilizaban disimuladamente a su antojo. Yo no sabía qué aspecto tenía ahora el interior del ático, pero como los chicos solían dejar la puerta abierta, vi que la pared adyacente a las escaleras de acceso al ático estaba pintada de un naranja chillón. Uno de sus amigos había cogido un bote de spray negro y había escrito «¡Oi!» en unos cinco lugares diferentes de aquella pared naranja, lo que Peter me dijo que era una consigna del punk. Cada vez que la puerta del ático quedaba abierta, me veía atraída por los peldaños que llevaban hasta ella: sabía que yo no formaba parte de aquel mundo de chicas con minifaldas de vinilo, botas acordonadas y collares de perro; o chicos con chaquetas de cuero tachonadas, equipados con bajo y guitarra eléctrica. Ricky y su amigo Vaughn habían creado una banda, Rigor-mortis, que se convirtió en The War Dogs antes de pasar a denominarse Prehistoric Defilement. Ensayaban casi cada día; siempre que Peter y yo pasábamos por delante del ático cuando

tocaban, él meneaba la cabeza y decía algo como: «Ellos a eso lo llaman música. Yo lo llamo griterío.»

Prehistoric Defilement consiguió dar algún concierto en la zona, y atraer a dos adorables fans. Amber era una atractiva chica de dieciséis años que llevaba un collar de perro tachonado y un pitufo atado al cinturón de cadenas de su microminifalda. Se pintaba las cejas y llamaba «papi» a cualquier hombre adulto que conocía. Luego estaba Vanessa, una preciosidad que a veces iba enfundada en una minifalda de cuero negro, llevaba el pelo teñido de rubio y lucía un bronceado natural conseguido a base de horas de exposición solar en la azotea. Amber presumía de tener ya dos bebés, ambos de parto con cesárea. Vanessa trabajaba de camarera en Manhattan —había conseguido el trabajo poco después de que su primo le hubiera hecho un carnet de identidad falso muy verosímil —, y era tan atractiva que me sorprendió lo que Peter me contó de que una vez le había acariciado la cresta a Ricky y él la había empujado, luego le había dado la espalda y le había gritado: «¡Aparta tus malditas manos de mí!». «Ricky es un tipo duro», dijo Peter, encogiéndose de hombros cuando yo recalqué que gritar algo así me parecía impropio de él.

Peter sabía que, como cualquier otra chica, yo estaba colada por Ricky. Seguíamos sin ocultarnos ningún secreto el uno al otro. De hecho, incluso le confesé haber escrito «Amo a Ricky» en todas mis libretas del colegio y en mi enorme goma de borrar rosa. Ricky entró una vez en la habitación con aire despreocupado y pude oír el tintineo de sus cadenas. Era todo altura y vaqueros rotos y un bello rostro de chico y largas manos huesudas; por aquel entonces me gustaba tanto que le susurré a Peter al oído: «Me quiero morir.» Pero Peter se limitó a menear la cabeza.

Por desgracia, Ricky rara vez me miraba; en cambio, Richard, el nuevo novio de Inès, levantaba la vista cada vez que yo pasaba a su lado. Richard, que contaba veintinueve años, resultaba adorable con su boina y su enmarañado pelo castaño, tenía aspecto de intelectual con las gafas de carey y sus sobadas novelas en rústica de ciencia ficción y fantasía medieval. Richard siempre iba colocado de maría o puesto hasta las cejas de coca, al menos eso era lo que decía Peter. Decía que, aunque Richard era un encanto y eso lo salvaba, era como un niño incapaz de conservar un trabajo o hacer algo que no fuera leer y fumar y comer. Según Peter, Richard tiraba las colillas al váter y se comía toda la salsa de espaguetis y el pan sin

pensar en los demás, pero al menos sabía jugar al ajedrez y hacía feliz a Inès como Peter nunca había podido. Cuando le pregunté por qué no había podido hacerla feliz, Peter me respondió que porque hacía más de tres años él le había confesado que no podía seguir acostándose con ella. Aquello fue poco después de haber empezado a intimar conmigo, añadió, y no había querido ser infiel. A Inès le explicó que la razón de que ya no pudiera hacerle el amor era que se había vuelto católico y eso generaba en él un sentimiento de culpa. Al principio, Inès le había aconsejado que se marchara porque ella no estaba dispuesta a renunciar a su condición de mujer, pero Peter rompió a llorar y hasta se arrodilló ante ella, implorándole que no lo echara a la calle. Él le había dicho que no sólo no le importaba que saliera con otros hombres, sino que quería que lo hiciera, y que por favor en lo sucesivo lo considerara un huésped. Al poco tiempo, Inès había empezado a salir con Richard.

Aunque Peter me advirtió que no me acercara a Richard, confieso que lo hice alguna vez, cuando mamá y Peter no estaban. Me gustaba pasar junto a él y que me dijera cosas como «¡Hola, bombón!» o me llamara «Niña de ensueño», o que comentara que si las niñas fueran como yo cuando él estaba en sexto de primaria, nunca habría querido crecer. Aun cuando llevara aquel body plateado de cremallera mínima, la gargantilla, el pintalabios Revlon Stardust, el esmalte de uñas también plateado y el kohl negro bajo los ojos, como aquel día en la cocina. Esperaba no parecerle fea. Pese a que mi pecho estaba bien, el resto de mi cuerpo era flaco y desgarbado en comparación con el de muchas de las más voluptuosas chicas cubanas y dominicanas como Winnie, o las que eran portorriqueñas de pura cepa, en vez de mestizas. A diferencia de Winnie y Grace, aún no me había venido el primer período, y mamá insistía en que no me vendría hasta que no hubiera más carne en mis huesos. En eso, Peter le daba la razón. Así que allí estaba yo, sentada a la mesa de la cocina, con Peter apilando todo aquel beicon en mi plato y llamándome «la reina del beicon». Ricky acababa de recalentar en el microondas un plato enorme de espaguetis y se lo llevaba al ático, probablemente para compartirlo con todos sus colegas; ahora que se había ido, podía empezar a comer. Mis trozos preferidos eran los poco hechos, rosados y gruesos, rebosantes de grasa y sal.

—No comas tan rápido o vomitarás —me avisó Peter, y fingió devolverlo todo sobre mí, con montones de efectos sonoros.

Al principio, dije:

—¡Qué infantil!

Pero luego sonreí y abrí la boca de par en par para enseñarle todo el beicon bien masticado, y él sacó la lengua, carcajeándose.

Aquel invierno, en la cocina de Peter, mientras mi madre picaba algo, él me preguntó cómo eran mis amigas. Sonriendo, le conté con todo lujo de detalles que Winnie era la más inteligente, Irene la protectora y Grace el bellezón.

—Bueno, ¿y tú? —preguntó.

Entonces le expliqué que yo era la artista. Contaba historias a mis amigas e interpretaba papeles que había visto en televisión. Yo era la que urdía grandes planes que nunca resultaban, como huir de casa y colarse en trenes como Natty Gann, o ideas que funcionaban como la de crear el Club de Amantes de los Animales, un efímero proyecto que consistía en escribir cartas de protesta contra la industria peletera y la experimentación animal. Muchas veces, imitaba los sermones de papá y ellas se echaban a reír (pero a mí nunca me hacían gracia las diatribas de papá). Peter decía que quería conocer a mis amigas; sin embargo, yo no estaba tan segura de que fuera una buena idea. Quería mantenerlo apartado del mundo que compartía con ellas. Por desgracia, no había perdido la costumbre de incordiarme hasta que finalmente se salía con la suya.

—¿Te da vergüenza presentarme a tus amigas? —me preguntó un día mientras cepillaba a *Zarpas*. Seguía encargándome de bañarlo y cepillarlo, por lo que ahora siempre estaba reluciente.

—Bueno, ¿cómo te lo explicaría? —dije, recogiendo mechones de pelo muerto y tirándolos a la bolsa de la basura.

—Podrías decir que soy un amigo. Ellas son tus amigas y yo también soy tu amigo —sugirió, acariciándome la espalda. Me estremecí por un momento, pero luego hice caso omiso.

—Lo cierto es que no nos vemos fuera del colegio.

Aquélla era una verdad a medias. A la madre de Winnie no le caíamos bien ninguna de nosotras, y Grace vivía demasiado lejos. Una vez Grace y yo habíamos ido a casa de Irene a ver *El exorcista*, que parodiábamos fingiendo que la niña poseída hacía aeróbic con Richard Simmons; aquello ayudaba a calmar a la aterrada Grace. En otra ocasión, yo me había quedado en casa de Irene, contando historias de fantasmas hasta las dos de la madrugada.

—Pues habrá que pensar algo. Podrías decir que soy tu tío. ¿Por qué no os llevo a Grace y a ti al espectáculo de magia este fin de semana?

Aquel sábado me llevó en moto a ver el espectáculo, y eso impresionó a Grace, a quien su madre trajo en un aburrido Toyota. Peter parecía saber perfectamente cómo hacer que una persona tímida se sintiera cómoda y relajada. Sacó una instantánea de las dos sosteniendo la pitón del mago. Luego, Grace me recordaría lo simpático que era mi tío y lo bien que se lo había pasado. Peter se ofreció a acompañarnos otro día, pero yo me inventé la excusa de que a la madre de Grace no le había hecho gracia tener que vérselas con el tráfico. Como insistió tanto, le dije que habíamos dejado de ser buenas amigas porque ella había empezado a sentarse con las chicas populares del colegio a la hora de comer. No me gustaba mentirle a Peter, pero por alguna razón pensé que no me quedaba más remedio.

La casa de Peter había cambiado a lo largo de los dos últimos años. Aquellos cambios no llegaron de repente. Un día, me fijé en que las conejeras habían desparecido. Peter dijo que los conejos habían contraído un virus y habían muerto. Luego descubrí que al caimán Guardián lo había secuestrado de su tanque un habitante del ático sin identificar y lo había soltado en el jardín en pleno invierno. La pobre criatura murió congelada. Ahora ya sólo quedaban los pájaros y *Zarpas*.

Lo que podíamos hacer juntos también había cambiado. Cuando tenía ocho años, Peter solía cogerme de la mano sin que nadie dijera nada. Ahora, si él me agarraba de la mano mientras paseábamos al perro, nos miraban extrañados. No veía por qué a la gente le importaba lo que hiciéramos.

Un día de marzo, Peter y yo estábamos en la cocina mirando un álbum de fotos. Mi madre estaba en el salón, llamando a la Asociación Americana contra el Cáncer para saber cuándo tendría Peter que someterse a un examen de próstata. Allí estaba Karen, bajo el plástico brillante del álbum de fotos, con la cabeza y los brazos apresados en un aparatoso dispositivo de madera. Le pregunté a Peter qué era aquello, y él me respondió que un cepo, algo con lo que se torturaba a la gente en la época medieval. Habían ido al Festival Renacentista hacía un año y medio, Inès,

Peter, los chicos, Karen y Richard.

Yo volví a mirar la fotografía de Karen. Parecía mayor, aunque sólo debía de tener siete años. Tal vez era por la raya roja de maquillaje que llevaba bajo los ojos. O por el cepo, que le inmovilizaba cabeza y brazos.

Desvié mi atención a la foto que había al otro lado, la de una niña sonriente.

—¡Ah, ésa es Jill! —dijo Peter—. Ella y su madre vinieron mucho por aquí el verano pasado, cuando Karen se marchó. Jugaba con Jenny y Renee. Es guapa, ¿verdad?

Cerré el álbum.

Mi madre entró en la cocina. Venía del salón, y se dirigió a Peter.

—Le di tu dirección a la Asociación Americana contra el Cáncer; van a enviarte un panfleto sobre esa prueba. Ahora veré si puedo hablar con Maria. No estaré acaparando tu teléfono, ¿verdad?

—Sandy, no te preocupes —dijo Peter—. Ya te he dicho que aquí la gente rara vez usa ese teléfono. Incluso podríamos prescindir de él. Mientras no sea una llamada de larga distancia, no hay problema.

Mi madre asintió y se fue a llamar a Maria. Entonces Peter preguntó:

—Margaux, ¿quieres ver mi habitación? Creo que nunca te la he enseñado. —Era cierto. Siempre nos habíamos movido entre la cocina, el jardín y el salón, así que tenía curiosidad por ver su habitación. Estaba al lado de la cocina; había un cartel en la puerta que decía: «Cuarto de servidumbre».

—Es una broma que tengo con Inès —explicó—. Por lo mucho que trabajo en casa.

Lo primero que me llamó la atención fueron las fotos de cuando yo tenía ocho años. En las paredes había tres cuadros grandes de marco ovalado y, en el centro de la pared principal, una foto mía con *Zarpas* colgada sobre unas macetas cerca de una tele grande con un equipo de VCR y una Nintendo. Yo llevaba un bañador azul y blanco de una sola pieza, y agarraba a *Zarpas* del collar.

—¿No es una buena foto? —preguntó Peter—. Y hay otra tuya, con esa camisa a rayas color arándano y gris con cuello de Peter Pan que solías llevar. ¿La recuerdas? ¿Aún la tienes?

—No, se me ha quedado pequeña.

—Y esa instantánea —dijo, señalando al lado izquierdo de la

pared—. Sois tú, Karen y *Zarpas* haciendo el payaso alrededor del árbol de Navidad. —Parecía feliz en aquella fotografía, pero por alguna razón no recordaba las últimas Navidades, y cada vez que lo pensaba me ponía enferma—. ¿Quién es ésa? —pregunté, señalando otra fotografía.

Peter se rió entre dientes.

—Lo creas o no, es Jill. La niña que acabas de ver en ese álbum; sé que no se parece a la niña de la otra fotografía. Puse tu foto a la izquierda de la de Jill porque aunque tú eres morena y ella es rubia, ambas tenéis exactamente la misma mirada. Esa mirada especial de amor y, me atrevo a decir, de adoración. Ese resplandor, esa mirada, sólo se tiene una vez en la vida. Ambas contabais ocho años de edad. ¿Y sabes qué? Ambas me mirabais a mí. Dos niñas de la misma edad, una de tez aceitunada y ojos oscuros y la otra una rubia muy blanca de ojos azules; pero es como si fuerais dos mitades de la misma persona. Además, ambas rebosáis amor y asombro; cuando me despierto por la mañana, veo a estos dos ángeles y me dan la energía necesaria para empezar el día.

En esa fotografía, Jill no parecía una niña real como yo o cualquiera de mis amigas, ni siquiera Grace. La Jill de Peter era demasiado perfecta, demasiado radiante. En la fotografía del álbum parecía una niña más con coletas y mejillas prominentes; sin embargo, en la de la pared su rostro estaba enfocado de lado, de modo que parecía mucho más delgada, su pelo rizado era rubio platino, y sus ojos, del falso azul de las bombillas del árbol de Navidad. Incluso tenía un refinado lunar junto al ojo, que Peter prefería ver como su «marca de distinción». A mí me enojaba y me intimidaba la imagen de aquella niña; su buen aspecto captaba mi atención como un imán, me obsesionaba como a un sediento el agua, y cada vez que la miraba me sentía mal porque mi fotografía de la izquierda no era ni la mitad de radiante.

—Elegí un marco negro para que contrastara con su pelo rubio; y otro dorado para que contrastara contigo. Y cuando amplié las imágenes, eran originariamente cuadradas. Pero, como no soporto los cuadrados, las recorté para ponerles marcos ovalados. Cosas mías. Si en la naturaleza no hay líneas cuadradas ni rectangulares, ¿por qué iba yo a tener una habitación llena de ángulos rectos? Ni siquiera me gusta ver los cuadrados del techo. ¿Ves lo que hice con el techo?

Alcé la vista.

—¿Lo ves? —dijo Peter, sonriendo—. Puse ahí ese enorme trozo de tela azul; Miguel, Ricky y Richard me ayudaron: todos sostuvieron una parte mientras yo aseguraba con clavos los extremos. En cualquier caso, lo enrollé hasta hacer que pareciera el oleaje del mar. Antes tenía un techo horrible. Cada vez que miraba todos esos cuadrados que tanto se asemejaban los unos a los otros, cuanto más observaba todos esos cuadrados con sus horribles grietas y manchas, más me deprimía. Pero ahora miro hacia arriba y es el mar lo que veo. ¿Sabes qué pienso? Si alguna vez me canso del mar, pondré unas estrellas, estrellas blancas de cartulina, las pegaré y será como tener el cielo justo encima de mí. No el cielo de la ciudad, sino el cielo del campo, como el cielo del Bear Mountain State Park. Como si estuviera de acampada, con todas las estrellas en el firmamento.

—Yo nunca he ido de acampada. Nunca he visto las estrellas. —Su techo parecía un océano, tanto era así que invitaba a nadar.

—Pues no sabes lo que te has perdido; la culpa la tiene tu padre —dijo Peter, meneando la cabeza—. Eso hay que arreglarlo. Me gustaría llevarte a Bear Mountain algún día. En moto, quizá. ¿No sería romántico?

—Sí —asentí, mirando al techo.

Acariciándome los hombros, dijo:

—Margaux, dime. ¿Ves aquí alguna cosa, aunque sólo sea una, que no te calme y te relaje? ¿Sabes? A veces tengo esos ataques de ansiedad, me despierto por la mañana con el corazón acelerado y siento que me ahogo. Las fotografías me tranquilizan, porque son de niñas, y las niñas son alegres e inocentes. Cuando contemplo el rostro sonriente de una niña, dejo de sentirme triste.

Allí había tanto fotografías recientes como imágenes antiguas de niñas mofletudas con el cutis muy empolvado y el pelo en tirabuzones. Peter se paseó por la habitación, enseñándomelo todo. De las paredes sobresalían pedestales de madera sobre los que descansaban estatuillas de niñas; Peter comentó que algunas de ellas eran de mayólica, un tipo de porcelana. Una niña de tirabuzones rubios con un largo camisón blanco lanzaba un beso con la mano; otra, descalza y con ropa de campesina, cuidaba de las ovejas.

Me sentía aturdida, como si estuviera en otro mundo. Para tratar de quitarme esa sensación, dije:

—Entonces ¿siempre te haces tú la cama?

—Bueno, en el ejército del aire aprendes esas cosas que ya nunca eliminas de tu sistema. Como tu padre: él estuvo en el ejército, ¿verdad? Pero él llevó todo cuanto aprendió a un extremo peligroso. —Hizo una pausa para encender uno de sus King 100—. Quiero decir que, hasta cierto punto, comprendo a tu padre. Es importante ser ordenado; no como Richard, que deja su ropa por ahí tirada de cualquier manera cuando se queda, y luego están sus colillas: es incapaz de apagarlas en el cenicero. ¡El otro día las dejó en el fregadero de la cocina! Tu padre jamás lo toleraría. ¡Seguramente le pegaría un tiro el mismísimo instante en que lo conociera! Debo admitir que a mí también me gusta poner un poco de rutina en mi vida. Hace que me sienta mejor. Inès dice que, cuando vamos a comer fuera, siempre pido lo mismo: estofado, puré de patatas con salsa y judías verdes... ¡Ah! ¿Te has fijado? Una vez que la has visto, no puedes dejar de mirar esa pintura. Es la *Tienda de curiosidades* de Norma Rockwell.

Peter se acercó al cuadro que colgaba al fondo de su habitación, a la derecha de un acuario que había sobre la cabecera de la cama y que contenía plantas.

—¿Ves que a primera vista parece sólo una niña comprando muñecas en una juguetería? Pero luego te percatas de que las muñecas no tienen rostro de muñeca, sino de tendero.

—¡Ay, sí!... espeluznante... —El tendero tenía una cara arrugada y un cabello cano que parecían normales en él, pero grotescos en las dos muñecas.

—Sí. Si sólo echas un vistazo a la pintura, todo parece normal; pero, a medida que te fijas, empiezas a ver que nada es lo que parece. Tiene gracia. Es como si, cada vez que la miro, descubriera algo nuevo que no encaja.

15

LA DOTE

Poco después de cumplir los doce años, a Peter le dio por decir que sería romántico darnos un beso francés. A mí no me parecía ni la mitad de romántico que un abrazo, pero sabía que cuando se le metía una cosa entre ceja y ceja no paraba hasta conseguirla. No hacía mucho, Winnie me había confesado por teléfono que lo había hecho unas cuantas veces con un vecino, y empezó a incordiarme para que me pusiera a su altura en conocimiento sexual. Éramos las mayores de la pandilla, nuestros cuerpos eran los más desarrollados, y ahora yo también tenía el período. Pensé que después del beso podría llamarla y decirle cómo había sido, fingiendo habérselo dado a Ricky. La insistencia de Peter incluso había agitado mis recuerdos: ya nos habíamos dado un beso francés durante uno de sus juegos. Sin embargo esta vez le dije que, si quería que lo hiciera, tendría que pagarme cincuenta centavos; sentí el malvado impulso de darle a entender que, tratándose de alguien como Ricky, sería gratis, pero, como él era mayor, tenía que pagar. Así me sentía, como si con ello compensara todos los besos franceses que le había dado gratis cuando era demasiado pequeña para reconocer mi propia valía.

El dinero que Peter me pagara sería una especie de dote, la suma de dinero pagada por las novias jóvenes en lugares como India; una vez más, Peter comentó lo insensatos que eran países como los Estados Unidos y buena parte de Europa por no permitir que los hombres se casaran con mujeres jóvenes, y había señalado la llegada de mi período como la manera que la naturaleza tenía de comunicarme que era hora de casarse y tener familia. Pero, en esta cultura enferma, no se me permitía seguir mis verdaderos instintos.

Cuando Peter y yo nos besamos justo detrás de un camión blanco que decía «Pathmark» en letras azules y rojas, abrí los ojos aunque en una de mis revistas se advertía que era muy poco romántico. Peter los mantuvo cerrados. Me rascó un poco con la barba crecida. Me fijé en aquel camión, el número 31.186. Todos

los camiones llevaban el mismo código. También había un gran contenedor y una pila de cajas de transporte. La boca de Peter sabía a ceniza y café, y estaba seca, como si no tuviera mucha saliva. Por mucho que intentara no pensar en ello, estaba asqueada. Quería a Peter, pero no soportaba tocar su lengua con la mía, y trataba de imaginar que era a Ricky a quien besaba. Era inútil. Sabía que Ricky no tenía barba de tres días; sabía que Ricky no sabría a café.

—Cincuenta centavos, por favor —insistí con una sonrisa al acabar.

—Te quiero, cariño. Te quiero mucho. —Él me atrajo hacia sí, su cuerpo absorbió el mío.

Un mes antes de terminar el curso académico, me enteré de una mala noticia. La madre de Winnie iba a trasladar a su hija a uno de esos colegios secundarios femeninos de alto standing. Todas queríamos acompañarla, pero sólo la familia de Irene podía permitírselo. Yo temía recobrar mi bajo estatus social en Holy Cross.

—Si quieres estudiar en otro sitio, vete a un colegio público y ahórrame dinero —dijo papá, sorprendiéndome. Durante años se había resistido a que su hija se relacionara con alumnado de la enseñanza pública, pero ahora parecía no importarle. También hablé del tema con Peter, a quien le pareció una gran idea; el colegio público quedaba a tan sólo un par de manzanas de mi casa, así que no tendría que esperar el autobús de Holy Cross, lo cual me permitía llegar más temprano a su casa.

Desde el inicio de las vacaciones de verano, mi madre y yo nos presentábamos en casa de Peter a las nueve de la mañana. Incluso pude ir con él a Nueva York de paquete en la moto. Me impresionaron todas aquellas crestas, los punks tatuados de Washington Square Park. Adoraba las tiendas de música del East Village donde se quemaba incienso y donde el heavy metal sonaba a todo volumen. Las chicas que trabajaban en tiendas de ropa, chicas vestidas a lo punk con botas altas y acordonadas, me aconsejaron que probara a teñirme el pelo de violeta. En los tenderetes del exterior, la gente vendía enormes cruces de oro y plata en collares de cordón negro. Compré algo allí y di alegremente el cambio de un billete de diez a algunos pilluelos que pedían limosna en Bleecker

Street.

Los ancianos siempre retaban a Peter a jugar partidas de ajedrez en las mesas con tablero de granito de Washington Square Park, y él nunca era capaz de resistirse. Había un hombre negro de pelo cano al que Peter llamaba el Gran Maestro. Tenía unos ojos oscuros como las teclas de la máquina de escribir de Inès, y hablaba tan bajo que Peter tenía que llevarse la mano a la oreja para escuchar lo que le decía. Mientras el Gran Maestro se colocaba en la boca uno de los King 100 de Peter, me fijé en que apenas tenía dientes, como él. Entonces me di cuenta de que Peter había dejado de ponerse la dentadura postiza. Cuando le pregunté por ella, dijo que le resultaba incómoda; había aprendido a sonreír con la boca cerrada, y no le importaba lo que la gente pensara mientras él se sintiera a gusto. En cuanto a mí, me daba igual que Peter llevara dientes o no, como también me daba igual que hubiera una conejera en lugar del tanque de tortugas o un piano donde antes estaba el terrario de la iguana; y me traía sin cuidado que el Conejo hubiera dejado de ser divertido y que «Tigre Peligro» hubiera quedado olvidado, junto con la Hora de la Tortura China y los demás juegos de cuando yo tenía ocho años. También me decía a mí misma que no importaba que Karen hubiera sido mi hermana por una vez en la vida, pero sabía que nunca más volvería a verla.

Lo que importaba era que ahora mamá y yo íbamos a casa de Peter cada día después del colegio, no sólo dos días por semana. Ya nunca comíamos con papá, quien todos los días daba a mi madre quince dólares para comida. Casi siempre los dejaba en la encimera para que ella los cogiera, pero si estaba de mal humor los arrojaba directamente al suelo. Cuando Inès llegaba a casa, cocinaba cosas como pollo, arroz y judías, o espagueti para la pandilla de arriba, que era como Peter se refería a ellos; mientras que mi madre, Peter y yo íbamos a comer a un restaurante estilo años cincuenta llamado Yummy's o a El Pollo Supremo. De vez en cuando, bajábamos por Palisades hasta la Calle 42 y cenábamos en un local abarrotado de gente llamado El Unico. Tenía los precios más baratos que nadie pueda imaginar, y solíamos atiborrarnos de arroz blanco o amarillo, riñón o alubias negras, yuca, bananas fritas y pollo. Papá se quejaba de que ya nunca comíamos con él, sin embargo mamá le recordaba que cuando lo hacíamos yo apenas comía, y que de haber seguido así bien podría haberme muerto de un paro cardíaco, como Karen Carpenter. Por mi parte, di por sentado que las quejas de papá eran

puro teatro; en verdad, se alegraba de que ya no comiéramos con él. Además, habíamos hecho cosas a la mesa que según él le habían quitado el hambre, como masticar de manera demasiado ruidosa o no limpiarnos bien la boca; solía parecerle un milagro no haber vomitado al ver el rostro ausente de mi madre o al verme a mí dar vueltas a los guisantes o a las patatas fritas con el tenedor. Pero era nuestro silencio lo que más le molestaba.

—Vivo en una casa de monjas —decía—. Caminan como monjas; miran al infinito como monjas. Se encorvan como jorobados. Tienen cara de necrófago.

Cuando volvíamos de casa de Peter, hacia las nueve de la noche, papá ya estaba arriba, viendo su pequeña tele en el cuarto, o aún no había llegado y entonces sabíamos que estaba en el bar.

En el verano del 91, unos meses después de nuestro reencuentro en las escaleras, Peter empezó a retarme a que le besara, lamiera o chupara un poco el pene cuando mi madre se ausentara. Un día, me llevó de nuevo al sótano. Yo no sabía dónde estaba mi madre; según Peter, en el Pathmark había conocido a Juan, un hombre recién divorciado, y no quería que yo lo supiera. Aunque nunca llegara a conocer a Juan, esperaba que mi madre se divorciara de papá y se casara con él.

Mamá empezó a llamar a líneas directas y a amigas suyas para discutir con ellas si les parecía bien que yo pasara todo el tiempo con Peter. A unos y a otros les decía que no nos quitaba el ojo de encima; me suponía que había mentido porque a la gente corta de miras le costaba aceptar que Peter y yo estábamos enamorados. Me preguntaba si confiaba en que yo tomara mis propias decisiones; si comprendía que yo tenía un nivel inusitadamente alto de madurez para una niña de tan sólo doce años. En vez de intentar anular mi voluntad, como papá había hecho, mamá me daba entera libertad para vivir a mi manera. Peter y yo estábamos predestinados. Como en *Dr. Zhivago*. Como en *West Side Story*. A mamá le encantaban esas películas.

Esta vez, mientras descendíamos las consabidas escaleras de madera blanda, Peter me dijo que quería hacerme sentir bien. Me pidió que me acostara sobre el banco de trabajo. Él se dirigió al armario de roble victoriano, sacó un viejo vestido gris con botones de un blanco perlado, y lo extendió sobre el banco para que

resultara cómodo. Luego yo me tumbé como un paciente en una camilla.

—Margaux —dijo—, te amo más que a nadie en el mundo. Quiero darte placer y hacer que te sientas bien. Aquí, en este lugar donde recibí el mejor regalo de cumpleaños que podía esperar. —Como yo permanecía en silencio, prosiguió—: Cuando yo tenía unos ocho o nueve años, mi hermano y yo fuimos a una casa de acogida. Allí estaban aquellas dos chicas: Tina y Nancy. Eran bailarinas de claqué. —Hizo una pausa—. Ahora no hay muchas, pero por aquel entonces el claqué estaba de moda. Contarían trece y quince años. Tina, la mayor, era la peor. Mi hermano tenía un sombrero de cowboy, y ella solía escupir en su interior antes de ponérselo en la cabeza. Las dos nos forzaban a darles placer. Era asqueroso... No podría volver a hacerle eso a una mujer. Pero me apetece intentarlo contigo. Quiero darte placer así. ¿Te parece bien?

—¿Cómo me sentiré? —pregunté.

Él empezó a besarme las mejillas y la nuca, las orejas y el pelo. Besitos, como un pajarillo que picotea granos de comida. Luego dijo:

—Ahora estaba pensando en otro recuerdo de cuando tenía catorce años y pasaba una temporada con mi padre. Éste es gracioso. Otro chico y yo jugábamos al strip póquer con unas chicas... Perdí la partida, y ellas colgaron mi ropa en un árbol y tuve que trepar para recuperarla. —Se interrumpió para besarme en la boca—. Bueno —añadió, entre risas—, entonces era guapo. Lo que se diría un chico mono. Como Ricky.

—¿Ah, sí? ¿Eras más mono que yo?

—No, claro que no. Pero era guapo, o como decís las chicas de ahora... «Estaba para morirse». ¿Quieres saber qué aspecto tenía? Era un querubín, con mi pelo rubio platino. Cuando tenía unos tres años, una mujer se me acercó y me despeinó, y le dijo a mi madre que parecía un serafín...

—¿Eso es lo mismo que un ángel?

—¡Ajá! —asintió, besándome el pelo—. Todas las chicas me adoraban.

—¿Cuál es tu primer recuerdo?

—El mío... —Empezó a bajarme los vaqueros, me besó la barriga, luego me lamió el ombligo. Yo me reí tontamente con aquella sensación—. Columpiarme en un neumático colgado de un árbol. Me columpiaba adelante y atrás y era feliz. Era como si

volara. Dime, ¿cuál es tu primer recuerdo?

—Mirar por entre los barrotes de mi cuna —contesté, mientras él me quitaba lentamente la ropa interior, besándome a través del algodón—. Y darme cuenta de que no podía salir...

—Nunca uses braguitas de nailon o satén, Margaux, sólo de algodón...

—¿Por qué?

—Porque no me gustan el encaje ni el satén ni nada por el estilo...

—¿Por qué?

—Porque no.

—Eres tonto. Te gustan las cosas de bebés. Eres un niño tonto. —Hablaba como la chica más popular del colegio. Me gustaba sentirme como ella.

—¿Eso crees?

—Sí.

—Te amo, te amo con locura. ¿Eso es ser tonto?

—Sí... —gruñí.

—¿Cómo quieres que te llame? ¿Podría ser un nombre de mascota?

—Adorable conejito. No, gazapito. Gazapito.

—¿Y cómo dirías besar el ombligo?

—*Venerar*.

Me levantó la camisa y el sujetador.

—¿Y besar los pechos, así? —Me besó cada pecho y luego me los chupó.

—*Ordeñar*.

—¿Y besar ahí, en ese sitio?

—*Vaginear* —respondí—. Así lo llamaría yo.

Entonces empezó a lamerme.

—¿Qué sientes cuando te *vagineo*? —Los dos nos reímos con eso. No pudimos evitarlo.

—Ahora en serio. ¿Te gusta?

No sentía nada en concreto, pero dije:

—Sí, me gusta. Cuando me *vagineas*, me siento superfluamente espléndida.

—Entonces... ¿te gusta? No usaré la palabra tonta, porque quiero una respuesta seria. No hagas nada que no quieras.

—Me parece... agradable.

—Vale. Me gusta «agradable». Todo debería ser agradable.

Pero seguía sin sentir nada especial; su lengua era como un pincel, y aquello, como si le preguntara a una pared si le gustaba que la pintara. Algo en aquel sótano hacía que me sintiera irreal, casi muerta; y entonces, justo cuando más muerta me sentía, la vida resurgió y yo solté:

—Peter, nunca dejaré que papá nos vuelva a separar. Y, si alguna vez lo intenta, nos escapamos; pero, dime, ¿dónde nos aceptarían como somos?

—En Escandinavia —contestó Peter, como si ya hubiera pensado en ello—. O en Tailandia. Sólo tendría que encontrar la manera de sacarte del país. Y conseguir dinero. Eso sería un problema.

—Robaríamos un banco. Como Bonnie y Clyde. O yo le robaría las joyas a mi padre y lo vendería todo en el mercado negro.

—Me parece que esto nos aleja de la sensación. Quiero que te corras. ¿Puedes intentarlo?

—Vale —dije—. Supongo que las palabras no significan nada en momentos como éste.

—Vamos —insistió Peter.

—Bueno, papá dijo eso una vez. O a lo mejor dijo: «Las palabras no significan nada en momentos como éste.» Fue cuando arañó a mi madre en la cara. Pero cuando yo digo algo así, lo digo con romanticismo.

—Margaux, concéntrate en la sensación. Tienes que concentrarte si vas a tener un orgasmo.

—Vale. Prometo que no me moveré. Prometo que no hablaré. Seré silenciosa como una montaña y muda como una silla.

—¡Margaux! —chilló Peter—. ¡Concéntrate!

—¡Me estoy concentrando!

—Y estate quieta. No dejas de moverte.

Entonces fingí hallarme atrapada en un cepo, sólo que debajo de él en vez de agachada sobre él con la cabeza y los brazos inmovilizados. La oscura madera de roble me aprisionaba la garganta como un collar de perro con pinchos. Tenía la boca cosida con hilo negro y la cara pintada de blanco como la de un mimo. Contemplaba las blancas y algodonosas telarañas en las vigas del techo y me figuraba que los huevos de la araña empezaban a caer como gotas de lluvia. Miré a Peter a la cara. En la penumbra no podía distinguir sus arrugas, y su cabello bien podría ser rubio platino por lo que él me había contado. Le toqué el cabello, parecía paja. Cuando noté la primera sensación de cosquilleo entre las

piernas me imaginé que la madera me aprisionaba cada vez más el cuello, hasta casi asfixiarme. Bajé la mirada y vi la lengua de Ricky en mi vagina. Luego vi a Richard, luego a un chico de mi clase que me parecía mono. No podía pensar en Peter. Era demasiado viejo.

Cuando él alzó la vista para mirarme por un instante, sus ojos eran de un tierno turquesa, y su rostro parecía inmenso como el de un presidente. Tenía una gran nuez de Adán, y entonces yo me toqué la garganta para comprobar que a mí me faltaba una. Lo amaba y me odiaba a mí misma por ser incapaz de correrme. Aquello era frustrante. Él lo intentaba con todas sus fuerzas y nada surtía efecto, ni la idea del cepo ni la imagen de Ricky entre mis piernas. Peter vio que cambiaba de expresión y me preguntó:

—¿Qué pasa?

Sus brazos me envolvieron como las grandes olas de un océano tropical, y me atrapó como la concha de un mejillón. Apoyé la cara en su hombro; su camisa de felpa tenía un tacto muy suave.

—Llevas puesta la camisa de toalla; me encanta. Ojalá hubiera podido correrme. Lo hiciste muy bien y, como siempre, a mí me sale todo mal. A lo mejor es que hace demasiado frío aquí abajo. A lo mejor es que hace demasiado frío, hay demasiado silencio y yo soy como un fantasma. No quiero volver aquí nunca, nunca más. ¿Vale?

—Vale.

—Siempre he odiado este lugar. Siempre he odiado este sótano.

—Tú nunca me dijiste que lo odiabas. Cariño, princesa, querida, gazapito, mariposita, dime la verdad, siempre la verdad.

—No lo odio —rectifiqué rápidamente—. Pero me siento como si me estuvieras escondiendo aquí abajo. Yo quiero besarte en público. Quiero bajarte los pantalones en mitad del Pathmark y hacértelo en el suelo. ¡No me importa lo que digan los demás! ¡La gente es idiota! ¿Por qué no nos podemos casar ahora mismo?

—Qué más da lo que piense la gente —comentó Peter—. Claro que nos criticarán. Pero no importa. Tú y yo tenemos nuestro propio mundo. Los demás no tienen nada que ver con nosotros.

—¡Sí que tienen que ver, Peter! ¡Tú mismo me lo dijiste! ¡Me dijiste que deberíamos dejar de cogernos de la mano cuando camináramos por la calle porque empezaríamos a llamar la atención! ¡Las hijas no van cogidas de la mano de sus padres pasada cierta edad! ¡Cualquier día de éstos la gente empezará a rumorear! ¡Cualquier día, dijiste, cualquier día de éstos! ¡Pues por mí que

hablen! Ojalá les pudiera hacer vivir un infierno peor que el de sus más terribles pesadillas. Gente como esos socorristas de la piscina y el doctor Gurney y la policía o quienquiera que se ponga en pie y me juzgue cuando ni siquiera me conoce. ¡Ay, Peter, si tan sólo pudieran ponerse un día en mi lugar y saber lo feliz que me haces, lo mucho que me amas! —Era cierto, la gente estaba en contra mía. Querían verme sufrir. Ni siquiera Winnie se preocupaba por mí. Una amiga secreta; eso era todo cuanto había querido que fuera. Yo siempre tenía que sentarme sola a la hora de comer porque ella no quería que la vieran conmigo. ¡Más vale no tener amigos!

—Cariño —dijo Peter, mientras encendía un cigarrillo—. Debemos ser prudentes. Ésa es la realidad. Tú no entiendes lo que está en juego aquí. Te hablo de mi vida. Podría ir a la cárcel. No es broma. Podemos querernos en privado, como ahora. Pero, en el mundo exterior, tenemos que comportarnos de manera diferente. No quiero ir a la cárcel. ¿Tú quieres que vaya a la cárcel, Margaux? Puede que no lo quieras, pero podría pasar. Un movimiento en falso, un error, ¡y ya está! Prefiero morir antes que ir a la cárcel.

Yo negué con la cabeza.

—No te preocupes, jamás haría nada que te pudiera causar problemas. ¡Y tú lo sabes! Me cortaría el cuello antes de decir nada.

—Cariño —dijo, poniéndome el dedo en los labios—, de momento no pensemos en los demás. Hagamos como si viviéramos en nuestro propio planeta. Quiero verte como estás ahora, toda entera. Quiero verte hasta los pies, las corvas de tus piernas. Te amo tanto que quiero verte exactamente como Dios te trajo al mundo.

—Ahora nadie puede vernos, nadie puede juzgarnos —murmuré.

Me incorporé y me quité la camisa y el sujetador. También me quité los calcetines y el coletero de terciopelo. Me quedé allí sentada, desnuda y temblorosa, con los pezones erectos. La piel de gallina invadía todo mi cuerpo, y el vello de los brazos se me había erizado por el frío. Tenía frío y calor al mismo tiempo, como si hubiera agarrado la gripe. Era bonita, al menos mi cuerpo lo era: muchas curvas, un cuello largo y esbelto, piernas largas y pies estrechos, y un cabello liso y castaño que me llegaba hasta los hombros, reluciente como la savia sobre mi piel aceitunada. Tenía doce años y era toda una mujer. Tenía doce años y el amor ardía como savia en mi interior. Peter se arrodilló como si yo fuera su diosa, como si fuera el único sonido que pudiera escuchar y llenara su mente de un zumbido milagroso, como si yo lo hiciera eterno y

me estuviera infinitamente agradecido por ello. De hecho, se mostró tan agradecido que se abrazó a mis tobillos y dijo:

—Margaux, Margaux, bendita seas, Margaux. Bendita seas, Margaux, Margaux, Margaux.

Peter y yo empezamos a meternos en su habitación a jugar al Super Mario Bros 3, que acababa de comprar para su Nintendo. Yo le había enseñado cómo hacer saltar y volar a Mario, cómo encontrar monedas secretas, dónde localizar setas ocultas para hacerlo crecer o darle una segunda vida, y cómo usar un silbato especial para ir a la isla Warp. Pronto me arrepentí de enseñarle nada porque se acabó enganchando. Yo jugaba mucho mejor que él y casi siempre pasaba todas las pantallas, así que empecé a aburrirme. Muchas veces quería dejar de jugar, pero Peter quería continuar. Mi madre permanecía sentada en una silla mientras Peter y yo jugábamos juntos.

Por desgracia, Richard había ocupado el salón. Su novia, Linda, lo había echado de casa en diciembre y llevaba allí desde entonces, lo cual no le hacía ninguna gracia a Peter; pero me confesó que no podía decir nada al respecto, o Inès le saldría con que yo también pasaba allí los siete días de la semana. Últimamente, Richard había empezando a robar dinero a todo el mundo para costearse la coca: a Inès, a Peter, e incluso a Miguel, que tenía un trabajo a tiempo parcial en Circle Cycle, una tienda de reparación de motos que había en Tonnele Avenue. Richard también le había robado dinero a Linda, por eso ella lo había echado.

Cada vez que Peter y yo discutíamos por la Nintendo, mi madre arbitraba diciendo cosas como: «Margaux, deja que Peter juegue unas partidas más; luego podrás salir y alquilar una película», o «Habrá que comer pronto; se está haciendo tarde». Pero mi madre no siempre estaba en la habitación. Un día, Peter y yo nos pusimos a discutir por la partida mientras mi madre estaba en el Pathmark. Me enfurecí tanto porque Peter se negaba a dejar de jugar, aun después de amenazarle con destrozar la Nintendo a martillazos, que le cogí un puñado de cigarrillos del paquete, los rompí por la mitad y se los eché en el café. Peter se disgustó tanto que se fue con *Zarpas* y no regresó hasta pasada una hora. Cuando volvió, yo tenía la cabeza enterrada en la almohada. Mamá, que había sido incapaz de calmarme, soltó:

—¿Ves? Te lo dije, Margaux, siempre acabáis haciendo las paces. Te dije que Peter no se iría para siempre.

Otra vez, cuando mi madre no estaba, empezamos a pelearnos en la habitación de Peter: él me golpeó en la cara y yo le arañé el brazo, dejándole un delgado reguero de sangre.

—¡Mira lo que has hecho! Tendré que limpiarlo —protestó—. Espero que Inès no diga que no puedes volver a esta casa cuando lo vea.

—Entonces no salgas —sugerí.

—¿Y cuál es la alternativa: quedarme aquí contigo? No tengo por qué soportar este maltrato.

Salió de la habitación con su café, mientras que yo me escondí bajo las mantas. Lo odiaba por haberse marchado.

Entreabrí la puerta y lo vi lavándose la herida en el fregadero delante de Inès, que le preguntó:

—¿Qué te ha pasado en el brazo?

—Margaux. No es nada. Tuvimos una pequeña pelea.

—¿Y te ha arañado? ¿Por qué?

—¡Ah!, la Nintendo. Mira, a veces creo que es un poco inestable. Ya sabes, por haber crecido en un hogar tan caótico.

—¡Qué paciencia tienes!

Quería gritarle a Inès que él me había pegado primero, pero me sorprendí a mí misma despreciándola de manera tan devastadora que ni siquiera podía seguir enfadada con Peter cuando regresó a la habitación, el brazo recién vendado, diciendo que debíamos salir en moto para olvidar lo ocurrido.

Aunque la Nintendo siempre hacía que Peter y yo nos peleáramos, para mí era la única manera de estar con Ricky. Los fines de semana, a Peter le gustaba salir con Inès en moto o a comer; decía que continuaban siendo buenos amigos y necesitaban pasar tiempo juntos. A Inès, por su parte, le hacía falta confiarse a alguien acerca de Richard y de su trabajo, porque ambos la estaban estresando. Para que yo me entretuviera en su ausencia, Peter pidió a Ricky, un experto en Super Mario 3, que me hiciera sudar tinta mientras mi madre hojeaba revistas, hacía llamadas desde la cocina o hablaba con Richard, que no le prestaba la menor atención. Aunque eso a ella parecía no importarle.

Aquellas tardes con Ricky yo siempre me ponía elegante con un camisoncito ceñido, unos pantalones cortos o una de mis camisolas ribeteadas de encaje. Pero él nunca se fijaba en mí ni me decía nada; se limitaba a mirar fijamente a la pantalla como intentando borrar mi presencia. Yo siempre era Mario, y él, Luigi; y en cada partida renunciaba en mi favor al privilegio de empezar primero ofreciéndome en silencio el mando principal. Jamás apartaba los ojos de la pantalla, y a mí me daba miedo mirarlo, incluso por el rabillo del ojo, para que no creyera que me gustaba. Yo era terriblemente consciente de mi respiración y la suya: como a veces la mía parecía demasiado poco profunda, hacía lo posible por amortiguar el sonido, igual que cuando había intentado contener la respiración bajo el agua de la bañera con la esperanza de ahogarme. No intercambiamos ni una palabra durante lo que parecieron seis o siete horas y seguramente fueron la mitad.

Por fin, un día, cuando Peter ya había regresado a casa con Inès, le dije:

—Me parece que Ricky no quiere jugar conmigo.

—¿Por qué? Le encanta Super Mario 3 —repuso Peter, bebiendo a sorbos su Taster's Choice mientras alargaba la mano para coger su mechero. Vi el líquido del mechero moverse hacia delante, chispear y escupir una llama del tamaño de un dedal.

—Creo que no le caigo bien.

—Es tímido.

—No creo que sea eso. No me soporta. Me odia.

—¿Por qué? ¿Por qué iba a odiarte?

—No lo sé.

—A veces, cuando a un chico le gusta una chica, no le salen las palabras. Además, seguramente tiene alguna cosa metida en la cabeza... —Empezó a emitir aquel zumbido y yo aporreé la cama con el puño cerrado.

—¿Qué haces? ¡Margaux!

Cerré los ojos.

—Pensaba que hacía algo bueno dejándote pasar tiempo con el chico que tanto te chifla. Los buenos siempre ganan, ¿verdad?

Zarpas se tumbó en el suelo, las patas sacudiéndose de un sueño como algo mecánico. De pronto, tuve que morderme el labio para reprimir el peligroso impulso de darle una patada al perro dormido. Arrepentida, me incliné sobre *Zarpas* y le froté la barriga.

Peter prosiguió:

—Sólo intentaba hacerte feliz. Para mí, siempre eres lo primero.

—Tú sólo lo haces para poder salir con Inès —murmuré.

—¿Qué?

—Nada.

—Voy a hablar con Ricky. Debería ser más sociable. Estoy harto de cómo se pavonea, actuando como si estuviera por encima de los demás. Él y Miguel necesitan que alguien les diga cuatro cosas. Y Dios sabe que Inès no lo hará.

—¡No se te ocurra decirle a Ricky lo que te acabo de contar! ¡No te atrevas a humillarme delante de un chico guapo, Peter!

Peter levantó las manos.

—¿Y qué soy yo para ti? ¿La comida del perro?

—No. —Presioné una almohada contra el pecho—. No te estoy comparando con nadie. A veces distorsionas mis palabras.

—Lo siento. ¿No me puedo poner un poco celoso? ¿Me das permiso? No debería estar celoso —dijo, acariciándome el pelo—. Si amas algo, déjalo libre. Libre para vivir y amar y respirar. Tú te excitas cuando Ricky está aquí, ¿verdad? Puedes fingir que yo soy Ricky, ya lo sabes. Puedes fantasear con él siempre que quieras. — Se levantó y cerró la puerta con llave.

Luego volvió a la cama, me desabrochó el botón de los vaqueros y empezó a acariciarme.

—¿Dónde está mi madre? —pregunté, con voz de autómata—. ¿Al otro lado de la puerta? Podría sorprendernos.

Él se echó a reír.

—Me gusta correr riesgos, ¡pero no estoy loco! Fue al Pathmark a alquilar una película para nosotros.

—¿Qué película?

—*Como humo se va*, de Cheech y Chong. Veo esa película cada año. Cheech lleva un tutú y orejas de Mickey Mouse, y los dos venden hierba en un camión de helados.

—¿Hierba del jardín?

—No, maría. Como la que tú fumas.

—A mamá no le haría ninguna gracia. Detesta las drogas ilegales.

Cuando me sequé, Peter se puso un poco de Vaselina en el dedo. Entonces me imaginé que Ricky me besaba, que me acariciaba el cuello y los pechos suaves de pezones duros, que me bajaba las braguitas y tocaba el motor húmedo y caliente que tenía entre las piernas. Luego recordé a una bailarina del vientre a la que papá me

había llevado a ver un día durante una de las estancias de mi madre en el hospital, recordé cómo le metía la mano por debajo de la falda de vuelo para colarle un fajo de billetes allí, en un lugar que yo ahora sabía que era cálido y húmedo. Fue una sensación pura y desvanecedora.

16

CATHY Y PAUL

A finales de agosto, Peter empezó a reformar el piso de la primera planta, que había estado vacío durante años. Richard había vuelto y había reclamado el salón, aunque también le gustaba ocupar la cocina, poniendo los pies sobre la mesa mientras leía y fumaba. Peter decía que trabajar en el piso de abajo era una bendición: así veía menos a Richard.

Como era verano, yo iba por la casa en camiseta corta, pantalones cortos (mis vaqueros favoritos llevaban un par de dados en cada cachete trasero y encaje blanco en los bolsillos) y top.

—Llamas la atención vestida de esa manera —sermoneó Peter—. Y, si te dejo sola más de un segundo, enseguida viene un chico a hablar contigo. Es ridículo. Cuando yo era joven, nadie se acercaba así a una mujer. Teníamos respeto. Estos chicos de ahora vienen como mosquitos para chuparte la sangre.

A veces me hablaba como si creyera que doce años eran pocos, pero cuando manteníamos relaciones sexuales los doce años eran una edad bastante adulta para Peter. Incluso los ocho. ¿Por qué ahora me trataba como a una niña?

Continuó con su sermón.

—No me gusta la manera en que Richard te mira. Cuando pasas por delante de él, siempre baja el libro y te sigue con la mirada. Estoy seguro de que lo hace para fastidiarme. Pero a ti parece gustarte. Venga, siempre somos sinceros el uno con el otro: ¿te gusta que los hombres te devoren con la mirada como si fueras un trozo de carne?

—No lo sé. —Me encogí de hombros—. Sólo estás celoso de Richard. ¿Y si un día hiciera el amor con él? Apuesto a que podría si quisiera.

—No, no podrías.

—¿Por qué no?

—Él no querría, eso es todo. A Richard le gusta jugar contigo. A veces no tiene gracia. Posee una habilidad especial para meter la

pata, para decir exactamente lo que no debe. ¿Sabes lo que me dijo el otro día? Seguramente estaba colocado y fuera de control, si es que le queda algo de eso. Como siempre, me pidió unos cigarrillos. Yo iba cajón por cajón para darle un paquete, cuando vio el bañador con estampado de leopardo que tú habías llevado el verano pasado, el que se te quedó pequeño. ¡Y me preguntó si le podía dejar el bañador! —Peter meneó la cabeza—. Por supuesto, le dije que no, pero él me guiñó el ojo al oír aquello y preguntó—: ¿Tú por qué lo guardas?

—¿Quería mi bañador? Deberías habérselo dado. Podría restregárselo por toda la cara mientras se masturba en el sofá del salón.

—¡Qué asco! ¡Vamos, Margaux! ¡Eso es lo último que quiero que imagines! —Fingió vergüenza—. A Richard le encanta sacar de quicio a la gente. Es un auténtico instigador. Necesita ganarse la vida. El otro día le pedí que me ayudara con este piso, pero ¡Dios nos libre! Eso supone trabajo. Sin mí, esta casa estaría patas arriba.

Aquel mes de septiembre empecé a ir al instituto Washington. Enseguida descubrí que echaba terriblemente en falta a mis amigas, y que sin ellas mi timidez volvía para vengarse. Además, me había pasado algo aquel verano. Había empezado a padecer cambios de humor que iban desde la euforia hasta el abatimiento. Esos cambios parecían corresponderse con si Peter y yo nos peleábamos o nos llevábamos bien, pero también me deprimía pensar en mi ahora difunta camarilla. Aunque seguía hablando con Winnie por teléfono y de vez en cuando con Grace o Irene, parecía que cada vez tenía menos cosas que decirles. Tal como tenía pensado hacer, le hablaba a Winnie de que Ricky se corría sobre mí y yo sobre él. Ella no dejaba de preguntarme a qué sabía la corrida, y yo le contesté que era como helado italiano. Lo cierto es que, un día que nos quedamos solos en la habitación, Peter quiso que le devolviera el regalo que él me había hecho. Me pidió que tragara, y yo consideré que debía demostrarle mi valentía. De alguna manera, me reconfortaba contarle a Winnie que lo había hecho con un chico de mi edad.

Me acabé convirtiendo en una especie de enigma en el instituto Washington. Apenas hablaba y, cuando lo hacía, me mostraba modosa, aunque llevaba maquillaje y ropa sexy. Mi tutor de clase

incrementaba el misterio enviándome periódicamente a ver al orientador del instituto, el señor Trunelli, por conducta aparentemente «antisocial». Pero éste no vio que hubiera ningún problema conmigo, porque pronto me armé de valentía y me convertí en una chica simpática y ocurrente. Después de estas visitas, mis compañeras murmuraban en clase sobre por qué me habían vuelto a enviar a hablar con el señor Trunelli mientras yo tomaba asiento.

Aquel invierno, Justine, una preciosa chica filipina de pelo largo de color negro doberman que se había quedado dos veces rezagada, se fijó en las gemas con forma de lágrima que se movían conmigo en mis vaqueros; eran exactamente como unas suyas.

—Tú me copias —dijo un día en clase de gimnasia, que yo no hacía por tener la regla; aunque era la segunda menstruación aquel mes, el profesor de gimnasia no se atrevía a interrogarme.

Al parecer, Justine conocía los mismos trucos. Se sentó a mi lado, sin molestarse en bajarse el camisoncito blanco que llevaba, y que se le había subido casi hasta la entrepierna. Era inaudito que una chica glamorosa y sofisticada como ella hablara con una don nadie como yo, así que seguí leyendo sin saber cómo reaccionar.

—Tengo ese libro en casa —dijo, dando un golpecito sobre la sobada cubierta en rústica.

Yo me encogí de hombros, sin apartar la mirada de *Flores en el ático*. La malvada abuela estaba a punto de azotar a Cathy.

—Tú me copias —insistió, y me recorrió el brazo con la yema del dedo, de un blanco acrílico.

Noté que mis ojos se clavaban en los suyos.

—A lo mejor es porque aquí eres la única a la que vale la pena copiar.

Justine escribió su número de teléfono con letras claras y redondas en un trozo de papel de carta, dándome instrucciones de que la llamara aquella noche. Pero no quise llamar delante de Peter y, cuando llegué a mi casa, se me pasaron las ganas. Después de todo, Justine era la chica más popular de séptimo. La imagen de papá, por lejos que él estuviera de mí, siempre me hacía perder la confianza en mí misma.

En los libros de V. C. Andrews, los hermanos se enamoraban de sus hermanas y los mayores caían rendidos a los pies de chicas jóvenes.

Todo estaba prohibido, todo era secreto y deliciosamente romántico. Allí estaba aquella joven y hermosa bailarina llamada Cathy, de quien se habían enamorado tres hombres: uno era otro bailarín, el otro era su propio hermano, y el otro era Paul, un rico médico de cuarenta años. Cathy sólo contaba dieciséis años de edad cuando hizo el amor con Paul por primera vez. Paul intentó resistirse a los encantos de Cathy; pero no se pudo controlar, como hombre que era, y sucumbió. «Sucumbir», «encantar», «seducir», «encandilar», «embelesar», «hechizar»: ¡qué bellas palabras! Yo las adoraba y adoraba a Cathy. Ante todo, y sobre todo, Cathy era hermosa. También era bailarina. ¡Nadie se podía resistir a Cathy, ni siquiera su propio hermano!

Peter lijaba la pared mientras yo brincaba de derecha a izquierda relatándole las proezas de Cathy.

—Entonces ¿sabes lo que le pasa a Paul al final de *Pétalos en el viento*? —Hice una pausa—. Muere de un ataque al corazón, ¡en brazos de Cathy! Le estaba haciendo el amor y se le paró el corazón. ¿No es romántico?

—Sí. Pero también es triste. ¿No te parece triste?

Asentí.

—Pero Cathy sigue viva.

—¿Cuántos años tenía Paul cuando le pasó eso?

—No lo sé. Tendría tu edad —contesté con una sonrisa. Peter me pegó con el papel de lija—. No, es broma. La primera vez que hagamos el amor lo haremos muy despacio para que tú no te canses demasiado. ¿Vale?

—Bueno, eso tardará en pasar —dijo Peter—. No tengo prisa.

De todas formas, tampoco podríamos haber hecho el amor allí mismo; porque siempre corríamos el peligro de que mi madre regresara de manera inesperada o de que Richard llamara a la puerta para pedir cigarrillos. Richard ya había interrumpido numerosos regalos en forma de mamadas y pajas.

—¿Por qué siempre tenéis la puerta cerrada? —preguntó Richard una vez.

A lo que Peter contestó:

—Para mantenerte alejado. Así no me robarás sin que yo lo sepa.

Una vez, desesperado, Peter le dio tres paquetes enteros; pero en cuestión de una hora Richard volvía a estar plantado ante la puerta, diciendo que quería tomar prestada la moto. (¡Me sorprendió que

Peter le diera las llaves!). Peter no sólo tenía que lidiar con Richard, sino que también estaba continuamente alerta por si escuchaba el andar pesado de mi madre; venía y abría rápido la puerta. A mí me hacían gracia aquellas interrupciones, no como a Peter, porque añadían un toque de emoción; siempre había el riesgo de verse sorprendidos y tener que huir a Escandinavia o Tailandia como habíamos planeado. Mientras tanto, yo seguía hablándole a Winnie de mis aventuras sexuales con «Ricky», y en casa me complacía con la fantasía de que mis mentiras eran verdad. Winnie no dejaba de preguntarme cuándo iba a «hacerlo».

Peter se detuvo para encender un cigarrillo.

—Cuéntame más cosas sobre Paul y Cathy. Están enamorados, ¿verdad? Como nosotros.

—Amor, lujuria y pasión, de las que te devoran por dentro. Pero eso no le pasa sólo a Paul. Todos los hombres desean a Cathy: jóvenes, ancianos, adultos, casados, solteros, ricos, pobres, quien sea. Bueno, el hermano de Cathy, Chris, está obsesionado con ella, igual que Julian, su pareja de baile. Pero Julian es malvado, la maltrata, y un día la golpea para que no pueda actuar en un espectáculo. Cathy tiene un bebé de Julian, y unos años después, se casa con Paul. ¡Porque Julian se suicida! ¿Lo ves? Primero se casó con Julian, después con Paul, ¡y luego se casa con este otro hombre que era el marido de su madre! ¡Todos estos hombres murieron!

—Cathy parece una viuda negra, la hembra de la araña de la especie viuda negra que, para salvar su propia vida, debe inmovilizar a la hembra, y entonces el macho, entonces... copula. —Peter esbozó una mueca al decir aquella palabra—. Pero si ella rompe la telaraña, mata al macho, realiza en su cuerpo la puesta de huevos y, cuando éstos eclosionan, las larvas devoran su cadáver. Yo no creo que eso sea muy agradable, ¿y tú?

—Tampoco es agradable que él la inmovilice con una telaraña —protesté, encogiendo los hombros—. Pero volvamos a Cathy. No, no... ¡hablemos de la Historia!

La Historia había evolucionado en el último año. Cuando Peter trabajaba, era de lo que más hablábamos. Nuevos personajes entraban en escena. Ahora Carlos tenía una madre, Arana, que se suicidó arrojándose a la vía del tren, pero luego regresó como un fantasma para rondar a la familia. También estaba Victor, el hermano de Carlos, al que Peter daba vida con una voz áspera y rota. Victor había quedado marcado para siempre después de que a

Arana se le hubiera caído agua hirviendo por accidente cuando él no era más que un bebé; después encerraba a su hijo todo el día en un armario porque era un niño feo. La Historia cambiaba de época, pasando continuamente de la infancia de los niños a su futuro: la glamorosa vida de Carlos como estrella de rock contrastaba con la miserable existencia de Victor como un marginado de la sociedad. Yo hacía de Carlos; para mí era el personaje más divertido, porque era el guapo al que todo el mundo adoraba. Lo que yo no comprendía era que a Peter pareciera gustarle hacer de Victor.

—A ver: ¿qué pasó en el último episodio? ¿Era el episodio en el que la prima de Carlos, Tracy, trata de introducirse en la casa para asesinar a Margaux? De ser así, recuerda que Peter tuvo que dispararle en la pierna. Luego están todos en el hospital. Veamos, estamos en el hospital...

—Cariño, no me malinterpretes, pero ¿podemos hablar de alguna otra cosa que no sea la Historia? Quiero decir que hablamos cada día de lo mismo. —Yo me crucé de brazos y lo fulminé con la mirada. Después de todo, lo hacía por él. Y él no sólo se puso a lijar de nuevo la pared, sino que además dijo—: Es lo único de lo que sabes hablar. Durante horas. A mí puede resultarme repetitivo; no tengo tu edad. Me gusta la Historia; pero a veces parece que no sabemos hablar de otra cosa.

—¿Y qué otras cosas hay? ¡No hay nada más de lo que podamos hablar!

—Bueno, estábamos hablando de Cathy y Paul y del amor que se profesaban el uno al otro. Como nosotros. Eso era interesante.

—¡Bueno, ya he tenido suficiente!

—Tú no lo entiendes. A mí, la Historia puede resultarme aburrida...

—¡Entonces tal vez deberíamos guardar silencio! Y tú quizá deberías dedicarte sólo a lijar.

—Eso sería algo tranquilo. Podríamos pensar. Disfrutar juntos de un tiempo de silencio de calidad.

Me aparté de Peter, aún de brazos cruzados. Ya le enseñaría yo; le negaría lo que quisiera más adelante.

—No creo que pudieras pasar diez minutos sin hablar.

—Si no valgo para nada, ¿por qué no me suicido?

—¿Ves? Te lo dije: ¡no podrías pasar diez minutos sin hablar!

Yo grité:

—¡Lo único que te importa es lijar esa estúpida pared! ¡Y

pintarla! ¡Es lo único en lo que piensas!

—Cariño, lo siento. —Peter dejó de lijar—. Si tú quieres, podemos hablar de la Historia.

—¡No, ahora no quiero! —Le di una patada a la pared.

—Vale, ¿y después?

—¡No!

—¡Por favor!

—¡No! ¡La respuesta es no, no, no y no!

Aquella primavera, después de que Peter terminara de reformar el piso de la primera planta y se mudara allí una familia formada por una pareja y sus tres hijos, más el sobrino del marido, pasábamos buena parte del tiempo fuera, en el jardín, en la moto, paseando a *Zarpas*, patinando o comiendo en el Woolworth's. A veces nos aventurábamos hasta River Road, donde llevábamos la moto hasta un puesto de perritos calientes, y luego atravesábamos una pintoresca carretera mal pavimentada con colinas rocosas y cascadas torrenciales. Yo me sentía como abducida allí de paquete en la moto, cantando *Papa Don't Preach*, *Burning Up* y *Rescue Me*, mis canciones favoritas de Madonna.

Cuando cumplí los trece, Peter me regaló un par de leotardos negros a los que nos referíamos como mis «pantalones de Madonna» y un vestido marinero de saldo que era para una chica más joven y más pequeña que yo: me quedaba demasiado ceñido y demasiado corto, pero como también me gustaba imitar el estilo sexy de Madonna, aquello no me importó. Me hizo fotos posando sobre la moto con el vestido marinero, agarrándome al manillar y arqueando los patines sobre los pedales; despatarrada en la hamaca con los patines puestos; sentada en la escalera del porche con mi pelo ondulado suelto y ese estúpido vestido marinero con su estúpida faja, unos largos calcetines blancos y los patines desatados. Peter compró un pequeño álbum sólo para esas poses, tituladas *Niña en patines*; pero, aunque no dije nada, me molestó que no pensara usar ninguna de las nuevas fotos para sustituir las ampliaciones de la pared de cuando yo tenía ocho años, o quitar la imagen de Jill para poner en su lugar una de las fotos de la *Niña en patines*.

O a lo mejor no colgó en la pared ninguna de aquellas fotos de la *Niña en patines* porque le parecían tan sexies que habrían escandalizado a mi madre o a Inès. Ninguna de las dos parecía

fijarse en las fotos que ahora tenía colgadas, porque eran muy sanas. Peter incluso le dijo a mamá y a mí que el hecho de que papá colgara en las paredes obras de arte y fotografías de famosos caballos de carreras, y no fotos mías, demostraba lo poco que le importaba. Mamá asintió sin reservas, y luego yo también empecé a tomármelo como una prueba más de que papá no me quería.

—A Louie no le basta con que sea su hija —clamó Peter.

Y mamá apostilló:

—Sí, está obsesionado con el estatus.

Sin embargo, papá tenía una fotografía enmarcada que a mí me gustaba contemplar, la de su primo segundo, un importante poeta de Puerto Rico que se había vuelto loco y luego había fallecido en Harlem borracho y sumido en la miseria. Sabía que respetaba su talento, a pesar de su trágica vida, y que por eso había decidido exponer su fotografía.

17

RESCÁTAME

En El Pollo Supremo procuré convencer a mi madre del asunto de ir sola a casa de Peter. Esperé hasta que hubo acabado su pollo asado con tostones para pasar a su plato preferido: las mazorcas de maíz. No había nada que a mi madre le gustara tanto como los granos dulces y mantecosos de maíz. Desde nuestro reservado naranja y amarillo vi a un hombre sordo que vendía llaveros. Frente a nosotros, una anciana hispana con pañoleta ofrecía cuentas de rosario. El Pollo Supremo atraía a numerosos mercachifles cuyas vidas me parecían ideales porque no estaban ligados a ningún otro lugar o situación. En mi mente, mercachifles y estrellas de rock podían ganarse la vida en cualquier lugar.

—Mamá, tienes que darme más independencia. Si amas algo, déjalo libre —dije. Peter me había entrenado acerca de lo que debía decir—. Ya tengo trece años. ¿No quieres que haga cosas por mí misma?

Mamá suspiró; estaba harta de aquella conversación.

—Margaux, la principal razón por la que no quiero que cruces la calle sola es porque no prestas atención. Hasta tu profesora de este año dice que siempre andas despistada. Sacas buenas notas y todo lo demás, pero es como si siempre estuvieras soñando.

—¿Eso es lo que ha dicho? ¿Que siempre estoy soñando?

—Soñando o soñando despierta, una de dos, no lo recuerdo. Debería haber escrito lo que dijo exactamente.

—Bueno, esa profesora es aburrida —protesté. Me acordé de hacía una semana, cuando Justine y su hermana Jocelyn me plantaron cara en el pasillo. Durante la clase de historia, Jocelyn me había visto escribir cartas de amor para Peter. Ella se lo dijo a Justine, y aquel día en el pasillo me preguntó directamente si aún era virgen. Yo me había puesto hecha una furia, y había empezado a agitarme y a alejarme sin responder a su pregunta.

—De todas formas, es una perdedora —entonó Justine en voz alta, pisando fuerte con sus botas de ante para hacer especial

hincapié.

—Yo creo que no se puede concentrar por su padre —dijo Peter —. ¿No me comentaste que lo pasaba mal cuando tenía que pedirle ropa?

—Fatal —asintió mi madre—. Al menos, necesita unos doscientos cincuenta al año, y eso sin contar el abrigo de invierno.

—Deja que yo lo cuente —interrumpí, levantando la mano y mirando a Peter a los ojos—. Digamos que necesito dos cincuenta, como ella ha señalado. Bueno, pues tengo que pedirle trescientos cincuenta para que él lo rebaje hasta lo que necesito. ¡Hay que regatear con él tres horas seguidas!

—Tiene razón —dijo mi madre—. Él lleva ropa cara mientras que yo voy por ahí cubierta de harapos. Y Margaux tiene que mendigar como una pedigüeña en la calle por el que teóricamente es su dinero.

—A él no le importamos. —Mientras hablaba, construía un montículo de sal sobre mi servilleta—. Solía pensar que sí, hace mucho tiempo. Pero luego ha hecho cosas, como cuando arañó a mi madre en la frente hasta hacerla sangrar. Aquello fue como una película de terror...

—Vivir con él es una película de terror —puntualizó mamá.

—No, vivir con él es un canal de terror —precisé yo—. Sin ninguna pausa publicitaria. —Enterré mi pajita en el montículo de sal y lamí los granitos blancos.

—Él le tiene miedo —dijo mi madre, agarrándose las manos como una niña con zapatos nuevos—. Sus arrebatos de ira lo traen de cabeza. La mira y es como si se viera a sí mismo.

Peter frunció el entrecejo.

—Eso no está bien. Dos personas bajo el mismo techo con esa clase de mal genio... Sandy, ya va siendo hora. En serio, deberías divorciarte de él cuanto antes. No debes preocuparte aún de la custodia. Margaux es lo bastante mayor para declarar ante un tribunal que él te ha maltratado durante años.

—Me lo estoy pensando —dijo mamá, asintiendo—. Ahora que ella puede testificar.

—De ser así, podéis quedaros un tiempo conmigo. Inès no tendría inconveniente. No tenemos mucho espacio, pero siempre sois bienvenidas.

—¡Tal vez podrías conseguir que los inquilinos se marchen para que nosotras alquilemos el piso de abajo! Entonces podríamos vivir

todos como una gran familia, digo yo.

—¿Sabes qué, Peter? —preguntó mi madre—. Él siempre me ha tenido el cerebro lavado. Es como un brujo malo. Cuando más estás con él, más notas que su embrujo te anula el cerebro. No puedes pensar. Pero hoy, al hablar así contigo, me siento más fuerte.

A medida que iban pasando las semanas, presentía que algo iba a pasar. Supe que papá también lo presentía cuando a las diez de la noche me tocó el brazo. Yo salía del cuarto de baño; me había duchado y me había puesto mi camisón rosa con una familia de ositos de peluche serigrafiada. Llevaba el pelo suelto y mojado. Cuando papá me agarró del brazo, noté una descarga de electricidad estática, y pegué un brinco. Pensaba que, aunque aquello ya estaba fregado, formaba parte del ritual de limpieza después de salir yo.

—Escúchame bien —farfulló, esquivando mi mirada—. Tu madre está cada vez peor.

Procuré mantener la calma. Si la ingresaba en un hospital, podría dejar de ver a Peter durante semanas, incluso durante un mes. Sola con mis reflexiones, el desánimo se apoderó de mí.

—No lo creo. Yo la veo normal.

—Es híper. Ése es el primer síntoma.

—No más híper de lo normal. Está bien.

Entonces él se cruzó de brazos.

—Lo sabes y la estás protegiendo.

—No, no es cierto. No parece tan híper como tú dices.

—Necesito tu apoyo en esto. Eres su hija. Tienes que ayudarme a convencerla de que debe ser internada. De lo contrario, pasará algo terrible. Lo presiento. Tengo un sexto sentido. —Me llevó a la mesa de la cocina y nos sentamos—. Dime. ¿Qué has notado en su comportamiento? Nunca estáis en casa, así que tendré que averiguarlo por terceros. Así que dime. ¿Cómo estaba últimamente?

—Bien, creo. Contenta, porque la última vez que se pesó en una báscula vio que había perdido unos kilos. Eso me dijo.

Papá meneó la cabeza.

—¿Que perdió unos kilos? Es de no comer, seguro. ¿Se gasta todo el dinero en ti? ¿Le pides cosas? No le pedirás a ella esa paga especial, ¿verdad? Me alegro de que tú hayas engordado un poco, pero espero que no a costa suya. No estarás comiendo helado y

otras porquerías. Ella te da todo cuanto se te antoja, lo sé. Eres muy difícil, una persona tan difícil que nadie tiene más remedio que hacer lo que tú digas. Intimidas a tus propios padres...

Me puse en pie, sentía que no podía seguir soportando aquello, los continuos desaires. Él nunca tenía nada bonito que decirte, nunca.

—Tengo clase mañana por la mañana.

Me agarró del brazo.

—Espera. —Me dio un toque en el hombro y yo cedí. Se llevó las manos a la cabeza y suspiró—. Estoy bajo mucha presión. Mucha presión con esta mujer que enferma cada dos por tres.

—Bueno, no he visto que escuchara los viejos discos o se quedara mirando fijamente al techo. Tampoco ha llamado a nadie más de lo normal.

—¡Ah!, sí que llama a gente. La oí llamar a alguien la otra noche, hablaba de mí... «Mi marido, mi marido.» ¡Imagínate lo que la gente pensará de mí! Menuda vergüenza. La gente de la calle, ¡a saber la clase de estupideces que les cuenta! Con sólo mirarla, cualquiera diría que no está bien, pero aun así... aun así... Me avergüenza. Creo que está en nuestra mano realizar un esfuerzo conjunto. Un esfuerzo conjunto para evitar que se derrumbe. Cada día le recuerdo que está enferma; que nunca se ha recuperado. Ella es cruel conmigo y yo trato de ayudarla. Soy el único que se preocupa por ella. Somos todo lo que tiene. Mañana llamaré a Gurney y le diré que presenta los síntomas. La última vez, le aumentó la dosis de Thorazine. Creo que va siendo hora de que le suba eso y el Seroquel. De lo contrario, empezará a recorrer toda la ciudad poniéndote en peligro, dejándome en ridículo.

—No tendrá que ir al hospital, ¿verdad?

A papá le temblaba la pierna. Me ponía tan nerviosa que deseaba podérsela clavar al suelo.

—Tal vez, tal vez no, no si realizamos un esfuerzo conjunto. Esto es lo que haremos las próximas dos semanas. Me temo que tu madre tiene una diabetes de caballo. Creo que no ha estado comiendo correctamente. Durante unas semanas, quiero que las dos estéis en casa a las cinco y media, antes de que yo vuelva del trabajo. Cuando llegue a casa, os prepararé la comida. De esta manera, le bajará la diabetes y yo podré asegurarme de que se toma toda la medicación a la hora de la cena. Tomaré nota de su comportamiento y se lo notificaré a Gurney. Además, los días son

cada vez más cortos. No es bueno para ella caminar por ahí de noche contigo estando enferma. ¡Podría atropellarte un coche!

Me entraron ganas de decirle a papá que Peter siempre nos acompañaba a casa, pero me lo pensé mejor. Más me valía decir que sí a todo. Aun así, me angustiaba pensar que pasaría menos tiempo con Peter y que tendría que escuchar los arrebatos de papá a la hora de cenar. Él vio que bajaba la cabeza y me levantó la barbilla.

—Tu piel... Me ha parecido verte un grano en la mejilla izquierda. Puedo coger la lupa...

—No. Quiero decir, no, gracias. Ahora mismo estoy agotada.

Papá asintió y yo empecé a alejarme. Noté que me miraba fijamente y me di la vuelta. Tenía una expresión rara en la mirada.

—Estás creciendo. Me acabo de dar cuenta. —Y me volvió la espalda al momento.

—¡Ha venido y trae pistolas!

No es que mi madre dijera aquello. Es que lo decía a gritos en medio de la calle, al otro lado de la casa beis y roja.

—Mamá —dije—. Papá aún no ha llegado del trabajo. No está aquí. Volvamos a casa de Peter. Si nos damos prisa, a lo mejor podemos alcanzarlos a él y a *Zarpas*. Vamos.

—Nos quiere en casa, ¿recuerdas? En casa para cenar. Así puede gritarnos y refunfuñar y quejarse de mi hermana y de los platos, de que soy una mujer enferma y de la pesada carga que tiene que soportar. Sé que ese hombre está ahí. Me llama ¡esa mujer! Bueno, y yo lo llamo ¡ese hombre! ¡Ese hombre! ¡Ese hombre! ¡Ese hombre!

—Papá no está aquí, mamá —dije—. No hay luz en casa. Está en el bar.

Ella me ignoró. Tenía el rostro iluminado, como si viviera una experiencia religiosa. Empezó a gritar de nuevo y yo me tapé la cara con el pelo para ocultar mi identidad. En Union City, cuando se producía una pelea, un incendio o algún otro caso poco habitual, un numeroso grupo de gente acudía al lugar de los hechos. Ancianas de mejillas sonrosadas, madres con cochecitos de bebés, viejos cubanos con sombrero, adolescentes con pañuelos y cadenas enfundados en cortavientos Nike y Adidas; ahora todos nos estaban mirando.

—¡Escuchadme todos! ¡Mi marido está loco! ¡Tiene pistolas! ¡Va

a matarme! ¡Es un borracho! ¡Está ahí escondido; no quiere que lo vean! ¡Está ahí con sus pistolas! ¡Si entramos, nos matará! —La voz de mi madre parecía salir de un altavoz que hubiera allá en lo alto, y la gente se quedó mirando la manera en que los gansos de Canadá se reunían en el cielo, formando su V de mal agüero—. ¡Que alguien llame a la policía! —gritó mi madre. Nadie se inmutó. Su rostro parecía una brasa que, de tan incandescente, había quedado reducida a un trozo de ceniza blanca—. ¡Que alguien nos ayude! Mi hija puede testificar. ¡Está aquí! ¡Díselo a esta gente, Margaux! ¡Diles cómo es tu padre! ¡Diles que tiene pistolas!

Todos los perros del vecindario empezaron a ladrar al unísono. Aullaban tras verjas y vallas; gemían en jaulas de veterinarios y refugios para animales; lloraban en casetas de toda Union City, en Weehawken, en el Norte de Bergen y en la parte oeste de Nueva York. Normalmente, sólo se podían oír entre ellos; sin embargo, ahora yo los oía a todos ladrando a la vez, una comunidad canina que empezaba en las calles con nombres de un solo dígito y se extendía hasta la Calle 90. En aquel momento eché a correr.

—¡Margaux, Margaux, vuelve!

Sentí que la libertad daba alas a mis piernas; corría tan rápido que nadie me podía seguir con la mirada. Pasé a toda prisa por delante de la floristería Heaven on Earth Flowers, la iglesia de San Agustín, el restaurante chino y el videoclub. Sí, iba rápido. Casi había llegado. Ya casi había llegado a Weehawken. A casa de Peter. Tenía ante mí la comisaría de policía. Pensé en pararme allí, en contarles lo de mi madre. Pero no, a Peter no le gustaba la policía. Y a mí tampoco.

Crucé la calle, dejé atrás los arbustos que daban cerezas silvestres venenosas. Noté un dolor en el costado y quemazón en la garganta. Cuanto más despacio caminaba, más perdida estaba; era como si, sólo al correr, supiera adónde me dirigía. Ahora que había aflojado el paso, todo me parecía extraño y no estaba segura de si me encontraba en Weehawken o en Union City. No sabía dónde estaba la casa de Peter.

Aquella noche pasaba el camión de la basura y había bolsas negras delante de todas las casas. Tenía la impresión de pasar siempre por delante de las mismas bolsas de basura, tres bolsas brillantes y anudadas como chorizos. Hasta que, al cabo de un rato, me di cuenta de que estaba dando vueltas a la misma manzana una y otra vez. Decidí buscar una cabina telefónica. No tenía ni un

centavo, así que llamé a Peter a cobro revertido y le describí el lugar donde me encontraba. Luego me acurruqué sobre el capó de un coche y me puse a esperar.

Debí de quedarme dormida, porque me desperté con el abrazo de Peter. La moto hacía los típicos ruidos y chisporroteos, notaba el calor del motor en marcha. Peter me cubrió los hombros con un chal multicolor de los de Inès.

—Colócatelo bien por encima de la chaqueta —dijo—. Siempre hace más frío en la moto.

Después me puso el casco plateado en la cabeza, me ajustó la correa por debajo de la barbilla. Con aquellos cascos, parecíamos astronautas.

—¿Crees que puedes montar bien? —preguntó Peter. Yo asentí —. ¡Aúpa! —dijo, como siempre que me subía a la moto—. No te duermas. Cántame algo, si quieres. Pero mantente despierta, ¿vale?

Ya en casa de Peter, arrellanada en el sofá de terciopelo rojo, bebí a sorbos el té Lipton que Inès me había preparado. *Zarpas* se hizo un ovillo a mis pies. Peter estaba hablando, y aunque unas veces se le entendía lo que decía, otras parecía un telediario de fondo que sólo se oía a medias. Decía algo de llamar a mi casa varias veces sin obtener respuesta. No dejaba de levantarse para llamar. Yo sabía que a aquellas alturas debería mostrarme preocupada por mi madre; debería tener miedo, pero para entonces ya había descubierto lo inútiles que eran mis miedos: nunca podía cambiar nada.

Debí de dormirme otra vez, ahora en la alfombra que había junto al sofá, porque lo siguiente que recuerdo es que papá estaba allí. Frunció el ceño cuando me vio acostada junto a *Zarpas*, y aunque no dijo nada, yo me incorporé al momento. Papá llevaba una camisa verde con corbata negra y pantalones marrones.

Tuve la extraña sensación de querer arrojarme a sus brazos, pero temí que pudiera apartarme. Me puse en pie, empecé a caminar hacia él, luego me detuve y volví a sentarme en el sofá de terciopelo rojo.

—¿Por qué no te sientas? —le preguntó Peter a papá, señalándole el sofá, pero papá negó con la cabeza.

—No, no, estoy bien. Prefiero quedarme de pie. —Por supuesto, no quería sentarse, sabiendo que Peter había sacado los muebles de

algún mercadillo y revolviendo en la basura. Jamás habría esperado ver a papá en aquella casa, no podía salir de mi asombro.

—K-Keesy, tu madre se desmayó en la calle. Te estaba buscando. Se cayó, pero está bien. La llevaron al hospital. Había un grupo de gente a su alrededor. Se la llevaron en una camilla. No se hizo daño, así que no te preocupes. Pero te diré una cosa: fue humillante.

—Papá, no debería haberla dejado sola. Se supone que debía vigilarla. Pero estaba gritando en la calle y había gente mirando.

—Lo entiendo —dijo papá, asintiendo—. Venga, vámonos de aquí. Venga, Keesy. —Peter nos acompañó hasta la puerta principal, pasamos por el piano de teclas rotas, por el periquito y los pinzones que estaban posados en sus respectivas perchas o revoloteando con pequeños impulsos de movimiento. Parloteaban, y papá se paró a echarles un vistazo.

—¡Qué cosas más bonitas! Pero ¿no tienen jaula?

—Bueno, tienen las alas cortadas.

—¡Oh! No me extraña... Personalmente, nunca he creído en eso de cortar las alas a los pájaros o arrancar las uñas a los gatos. Me parece humillante. Aunque a lo mejor es más humillante verse encerrado en una jaula.

—Eso digo yo —asintió Peter, abriéndonos la puerta a papá y a mí. Papá extendió la mano y Peter se la estrechó—. Te agradezco que hayas recogido a mi hija de la calle. Mis peores sospechas podrían haberse confirmado esta noche: podría haberla atropellado un coche o podría haberla secuestrado un psicópata. Su madre no tiene sentido común. Mira que ponerse a gritar en medio de la calle. ¡Cualquier otro habría echado a correr antes que quedar a merced de aquella muchedumbre!

—Margaux se siente culpable por haber dejado allí a su madre —observó Peter, asintiendo—. Pero ella no tiene la culpa.

Papá asintió con la cabeza, y luego dijo:

—¿Ha hablado alguna vez de mí? ¿Te ha contado algo a ti o a tu... a Inès? —Arqueó las cejas.

—Nunca presto atención cuando le da por ponerse a hablar. Sé que está mentalmente enferma —contestó Peter, al tiempo que encendía un cigarrillo—. ¿Cuál es el diagnóstico?

—Un médico dijo que esquizofrenia, otro que trastorno bipolar, otro comentó algo sobre límite de personalidad. ¿Quién sabe? Ese tal Gurney, su psiquiatra, escribe «esquizofrenia» cuando envía los

papeles a Medicare. Pero no lo sabemos seguro. Nunca se sabe. Nos pasamos la vida así, especulando sobre las causas de las cosas. Es una búsqueda vana, ¿verdad? Es como la compasión. ¿Existe algo así? Y yo que me consideraba compasivo por ahorrarle ese hospital. Por ahorrárselo también a la niña. Lo cierto es que he hecho lo contrario a lo que quiera que sea mostrarse compasivo. —Dio media vuelta y se dispuso a bajar conmigo las escaleras.

18

NINA

Papá se tomó unos días libres en el trabajo justo después de la crisis nerviosa de mamá. Durante ese tiempo, logré convencerlo de que no me dejara en casa de Rosa.

—Para empezar, soy demasiado mayor para tener canguro —dije. Estábamos en la cocina; él removía arroz en una olla. Desde que mi madre había ingresado en el hospital, estaba de mejor humor—. Además, malgastarías tu dinero. Todo lo que Rosa hace es dejarme delante de la tele. Pero tampoco me deja ver nada, porque mientras yo estoy allí su hijo se pone a jugar con la videoconsola. Aquello es muy aburrido.

Papá se acarició la barbilla, pensativo.

—¿Qué haces en la otra casa? —Con «la otra casa», sabía que se refería a la de Peter.

—Montones de cosas. Patinar. Pasear al perro. —Hice una pausa, y entonces empecé a mentir—: En verano, ayudaba a Inès con el jardín. Plantábamos verduras y girasoles. Las zinnias florecían en otoño; sólo florecen en esa época del año. (Me acababa de inventar una estación para la floración de las zinnias, sin saber cuándo florecían realmente. Papá parecía impresionado.) Además, Inès me dejaba usar su máquina de escribir para pasar a limpio algunas historias que tengo escritas y, como sabe mucho sobre la Guerra de Secesión, me ayudaba a preparar el examen de historia. Una vez también hicimos animales de vidrio con un *kit*.

Mientras decía estas cosas, me veía a mí misma deseando que fueran ciertas. Aunque Inès no me caía muy bien, había una parte de mí a la que le fascinaban sus vestidos medievales, sus libros de Wicca, y la manera en que siempre leía y escribía en su diario, o martilleaba las teclas de su anticuada máquina de escribir negra.

—Es buena persona —dijo papá, asintiendo—. Una mujer inteligente. Sabe tanto de historia que podría ir a *Jeopardy*, ese concurso de la tele. —Papá sonrió—. Tuvimos una conversación en la cocina mientras tú dormías. No me explico cómo es que sigue con

Peter. ¡Él apenas ha abierto la boca! Si no lo ha echado aún, es porque así se encarga él de la casa. —Volvió a sonreír, y subió el fuego—. Ese hombre me da lástima por muchas razones. ¡Hay que ver cuánto ha envejecido en unos pocos años! —Me sirvió arroz, pollo, pimientos rojos y calaú. Luego se sirvió él y se sentó a comer.

—Bueno —añadió—. Seguramente ella necesita a una persona estable que le ayude con esos dos chicos. No digo que no sea un buen hombre. Tu madre tenía razón. Se desvive para ayudar a la gente. Es algo raro. —Masticó, pensativo—. Inès me explicó un montón de cosas que no sabía sobre esta ciudad. Su historia. ¿Sabes que aquí apenas hay olmos, casi ninguno? Murieron todos de grafiosis. No lo sabía. Antes el Pathmark era un embalse. Durante la primera guerra mundial, los soldados norteamericanos acampaban junto al embalse para protegerlo de saboteadores.

Y prosiguió:

—Esa mujer es demasiado inteligente para aguantar a alguien tan, tan... infantil. ¿No te parece que tiene una extraña fijación con los adornos de Navidad? Tu madre lo mencionó como si fuera algo bueno. Como si quedarse anclado en una estación no comprometiera el bienestar de una persona. —Meneó la cabeza—. ¡Y luego tiene esa moto! ¡Como si fuera un adolescente! Yo habría querido una moto así a los dieciocho, pero no ahora. —Papá jugueteó con el borde de su botella de cerveza—. Hace unas semanas, tu madre dijo que Inès le había comentado que Peter era incapaz de relacionarse con ella como un hombre. Tiene algo que ver con su lesión de espalda. Las personas así me dan lástima, porque en cierta manera están limitadas. No me extraña que necesite esa moto.

Papá hizo una pausa y me miró como avergonzado.

—Por una fracción de segundo, casi olvido que estaba hablando con... una niña. ¡Una criatura!

—Ya no soy una niña, papá.

Quitó importancia a mi comentario con un ademán.

—De todas formas, podría decirse que la de esos dos es una relación de conveniencia. Como todas las relaciones. Conveniencia. —Soltó una carcajada y se bebió su cerveza—. Salvo en el caso de tu madre. ¡Con tu madre, tengo lo que se llama una relación de inconveniencia! Estoy cargado de deberes y responsabilidades. Si hubiera visto el futuro cuando era joven, me habría retirado a la montaña. Antes preferiría vivir con los machos cabríos de alguna

colina rocosa. ¡Al menos, ellos no me exigirían nada!

Mientras papá hablaba, me aseguré de no dejar comida en el plato, ni siquiera los pimientos rojos, que no me gustaban. Quería asegurarme de que no le hacía cambiar de humor.

—Las cosas no son fáciles, ahora no. ¡Todo es una complicación! Ni siquiera tengo coche. Debo ir a ese hospital varias veces al día y ni siquiera tengo coche.

—¿Y el Chevy, papá?

—¡Lo vendí hace tres meses! —contestó papá entre risas, pero entonces se detuvo de repente y miró su botella con una media sonrisa que no supe interpretar—. Ni siquiera sabías eso.

—No me lo dijiste.

—¿Cuándo puedo decírtelo? ¡Si nunca estás en casa! —Me miró directamente. Yo aparté la vista—. Bueno, cuando la grúa se llevó el coche, fue el colmo de la paciencia. Me costó cien dólares. Y total, ¿por qué? Por aparcar con el parachoques a una o dos pulgadas, puede que a tres, sólo a esto. —Me indicó la distancia con las manos—. Mi parachoques estaba sólo a esto de una plaza para minusválidos. ¿Tú conoces a la vecina del Cadillac? ¿Ese Cadillac plateado? Pues la plaza para minusválidos es suya. No porque sea minusválida, sino porque conoce a gente en el Ayuntamiento. La he visto bailando en las discotecas. Lo que hace esa mujer no tiene nada de malo. Ahora hay plazas de aparcamiento para minusválidos por todas partes porque todo el mundo conoce a alguien. ¡Y son dos veces más grandes que el coche para el que fueron concebidas! —Meneó la cabeza—. Tráeme otra cerveza, Keesy.

Cuando me dirigía a la nevera, continuó:

—Bueno, esas plazas de aparcamiento proliferan como la grafiosis de los olmos. Y el Chevy era un coche grande. ¿Te acuerdas, Keesy? Un coche largo, consistente, como los de antes. Ahora, si tuviera uno de esos Honda o Toyota, el parachoques no invadiría su plaza. Por dos pulgadas. ¡Dos pulgadas! Pero igualmente podría haber aparcado con el Chevy allí.

—¿Y se lo llevó la grúa?

—¡Sí, porque lo dicta la ley! Esa mujer se lo inventó todo; pero, en teoría ¡yo quebranté la ley! Ella era la delincuente, ¡no yo! ¡Ella infringió la ley mediante corrupción! Así que me propuse hacerle pagar por ello. A mí me costó unos doscientos dólares, pero a ella le costó diez veces más.

—¿Qué hiciste?

—Medio año después de haber cumplido con la obligación civil de pagar la multa y los gastos de remolque, fui a La Popular y compré media docena de huevos. Luego conduje hasta Sears y compré un bote de pintura roja. Cogí el punzón de romper hielo, y agujereé todos y cada uno de los huevos. A continuación los vacié en el fregadero y cogí un embudo. —Hizo los gestos correspondientes mientras hablaba—. Y lentamente, lupa en mano, conseguí llenar cada huevo de pintura roja. A las tres de la madrugada, me acerqué a su casa, comprobé que no había moros en la costa ¡y le arrojé los huevos al coche! Después esperé un par de meses. Cuando vi que le habían pintado el coche de nuevo, volví a su casa e hice exactamente lo mismo. ¡Porque había infringido una ley! ¡No la ley! ¡Mi ley! —exclamó, dándose con el dedo en el pecho —. Pasó otro mes y un buen día me topé en el bar con Eduardo, que me contó la historia de esa mujer. Aunque no le cae mejor que a mí, me preguntó en voz baja: «Louie, ¿tú tienes idea de quién podría haber hecho algo así? ¿Qué clase de persona?» ¿Y sabes qué le dije, Keesy?

—¿Qué?

—Le dije: «No sé quién la habrá tomado con esa pobre minusválida. ¡Sólo un delincuente haría algo así! ¡Debe de ser un psicópata!»

Desde que habían hospitalizado a mi madre, iba yo sola a casa de Peter. Por el camino, siempre había alguien que trataba de ligar conmigo; me silbaban y siseaban por las ventanas, me decían que tenía buenas tetas o un buen culo, me pasaban números de teléfono en trozos de papel o intentaban llevarme a dar una vuelta en coche. Cuando hacía buen tiempo, salían adolescentes de todos los rincones, holgazaneaban en los porches de las casas, en los capós de los coches o en las escaleras de incendios, montaban en bicicletas o monopatines. Eran chicos con gorras de béisbol puestas del revés, chicos con perrazos, la mayoría rottweilers o pitbulls.

Insistí en seguir yendo sola a casa de Peter aun después de que mi madre hubiera regresado del hospital. Papá parecía comprender que yo temiera otra escena en la calle. A mamá le habían subido las dosis de Thorazine y Sequorel hasta dejarla alelada, de modo que no le importaba quedarse en casa. Además, era como si yo me hubiera vuelto adicta a llamar la atención de aquellos chicos,

aunque en el fondo me molestara. Como si necesitara saber que les gustaba aunque ellos sólo buscaran sexo. Peter decía que todos los adolescentes eran inmaduros y que sólo me querían para una cosa.

Una vez, llevaba la chaqueta vaquera blanca atada a la cintura y un chico con un pañuelo en la cabeza que iba con sus amigos dijo en voz alta:

—¡Enseña el culo, nena! ¡Seguro que está igual de bueno que todo lo demás!

Yo me sonrojé, me saqué la chaqueta de la cintura y todos los chicos aplaudieron.

—¡Menuda belleza, mami!

Y otro chico del grupo gritó:

—¡No te tapes esa cara con el pelo, chica! ¡No bajes la mirada! ¡Sonríe un poco, cariño! ¡Es primavera!

Aquellos muchachos tenían razón; debería sonreír más. Era a finales de mayo; otro terrible año académico acababa, y por fin era completamente libre. Peter me atesoraba más que nunca; ahora me dedicaba cada día una carta de amor de cuatro páginas que me leía cuando estaba a salvo en su habitación, con la puerta cerrada. Siempre repasaba lo que habíamos hecho el día anterior, destacando lo bien que nos lo habíamos pasado. Por aquellas fechas, me instaba a redactar un diario de nuestra vida juntos, recordándome una y otra vez que no pusiera nada mínimamente negativo en él. A veces, si nos peleábamos o si yo me sentía triste, insistía en que le leyera en voz alta lo que había escrito.

Empezaba a pasarme algo que no comprendía. Me fijé en que mis ideas y mis sentimientos cambiaban drásticamente según el día. Una tarde, Miguel y otros cuatro chicos estaban reunidos en las escaleras que llevaban a la segunda planta. Yo, apenas incapaz de saludar a Miguel con un «hola», me aparté el pelo y lo miré con desdén.

—¿Tus amigos y tú no tenéis nada mejor que hacer que abarrotar las escaleras? Es un milagro que alguien pueda pasar.

Miguel se quejó a Peter, que insistió en que llamara a la casa para disculparme (me daba demasiada vergüenza hacerlo en persona).

—No te preocupes —dijo Miguel. Y, aunque él me perdonó, yo me quedé tan a disgusto conmigo misma que recordar ese día me

parece insoportable.

Peter atraía a las mujeres. La otra novia de Richard, Linda, había flirteado con él y lo había invitado a su piso un par de veces, aunque él nunca fue. Jessenia, la inquilina de la primera planta, solía tocar a Peter en el brazo siempre que hablaba con él, normalmente para decirle que se habían roto cosas en el piso. Peter decía que, en general, había sido un error meter en casa a aquellos inquilinos. Eran descuidados y siempre estaba todo lleno de cucarachas, razón por la cual también se infestó el piso de la segunda planta. Peter me contó que había ido allí para reparar una tubería rota y había visto a los tres hijos de Jessenia, de siete, cinco y cuatro años, jugando a aplastar cucarachas como si tal cosa. Jessenia tendría unos veintiséis o veintisiete años, era una belleza de ondulado pelo negro, boca grande y piel muy blanca, casi vampírica. Se movía de manera nerviosa y hablaba sin parar con estructuras repetitivas pero eficaces. Peter estaba convencido de que tomaba coca, como Richard, y de que tenía una aventura con su propio sobrino de dieciocho años, con quien se repartían el pago del alquiler.

Todos tenían aventuras con todos. Jessenia con su amante callado como una tumba, un chico con rizos negros de escolar, camiseta eternamente blanca y el tatuaje de una ranita dorada en el nudillo; Richard con Inès (seguía viniendo periódicamente); papá con una bonita joven de veintiocho años llamada Xiomara. Después de que mi madre saliera del hospital, me dijo que había conocido a Xiomara porque papá la trajo un día a cenar. Le pregunté a mi madre cómo era, y me dijo que Xiomara era extremadamente guapa y muy alegre, lo cual enseguida me hizo pensar en Jessenia; y luego pensé en las igualmente obsequiosas Vanessa y Amber, a quienes Peter había dado en llamar «las mozas del ático».

Pese a la mala vida que llevaban estas mujeres, todas ellas eran dulces, de trato muy fácil. Mujeres sexies, pensé. Se reían sin hacer ruido, llevándose una mano a los labios; te halagaban y te tocaban de manera despreocupada, como si fueras un perro o un gato al que pudieran acariciar cuando les viniera en gana. Mostraban el mismo afecto hacia las chicas jóvenes que hacia los hombres mayores; su mente no diferenciaba entre las chicas jóvenes que las miraban con asombro y los hombres mayores que las veían como diosas. Para ser

una diosa del sexo tenías que ver el mundo con frialdad, pero a la vez con un cariño exagerado; tenías que ser descaradamente infantil pero claramente femenina; tenías que fingir no esperar nada, pero luego aceptarlo todo; tenías que incitar, cautivar, coquetear, lloriquear, susurrar y acosar a todo aquel que conocieras.

A casi todos los hombres les gustaba que los trataran así, menos a Peter. A veces parecía ver a la mayoría de las mujeres como seres falsos y ordinarios. Odiaba las uñas largas, sobre todo si eran postizas, las permanentes, las pestañas postizas, los collares vistosos. Odiaba los pendientes largos, los pendientes de aro, cualquier pendiente que no fuera pequeño y sencillo. Odiaba todo aquel sujetador que no fuera rosa o blanco. Odiaba los sujetadores deportivos. Odiaba la lencería. No le gustaba el color rojo. No podía soportar los zapatos con pelusa como los que vendían en el East Village. Aborrecía especialmente los tacones altos.

—Zapatillas —dijo—. Eso me parece sexy. O los pies descalzos. Y no algo que puedas usar para clavárselo al chico en la garganta.

No le gustaban los pechos grandes. Decía que los míos tenían un buen tamaño y que esperaba que no me crecieran más. Creo que en verdad deseaba que fueran más pequeños. Quería que mantuviera la zona púbica totalmente afeitada. Me dejaba usar su maquinilla eléctrica. No entendía a las chicas que se dejaban vello en forma de triángulo o que hacían con él algún otro diseño. No entendía el porqué de piercings y tatuajes en hombres y mujeres. Se preguntaba por qué alguien querría marcar la creación más exquisita de Dios: el cuerpo humano. Sobre todo, las chicas. ¿Por qué se teñían el pelo? ¿Por qué algunas se pintaban las cejas? No entendía a las mujeres que llevaban el pelo corto. Como tampoco comprendía la última moda de las mujeres que llevaban camisas y corbatas de hombre.

Peter desarrolló el extraño hábito de juzgar a las chicas y mujeres con las que se cruzaba en la calle, susurrando números al azar: «Ahí va un ocho. Un seis paseando con ese collie. Dos cincos inclinadas sobre el buzón.» No se molestaba en poner nota a las mujeres de más de treinta, y en cambio evaluaba a las niñas de cuatro. Cada vez que puntuaba a una desconocida, mencionaba que yo era un perfecto diez, lo cual debería alegrarme; pero no siempre era el caso, porque me preocupaba que un día sacara peor nota. Puede que engordara, o que me crecieran los pechos, ¿y qué pasaría si creciera? No, no, me dije a mí misma, eso no pasará. Me desarrollé pronto y ya había alcanzado mi tamaño máximo. Con un

poco de suerte, todo lo que ante él podía devaluarme ya estaba superado.

Así fue como surgió Nina: de observar a mujeres como Jessica, Linda, Amber y Vanessa; teniendo siempre en cuenta lo que a Peter le gustaba y lo que no. Hice una amalgama a partir de aquellas mujeres y de otras con las que había visto a papá flirtear en los bares a lo largo de los años, cada vez que mi madre se había puesto enferma y habíamos salido de la ciudad. Nina tenía todo aquello que a mi madre le faltaba. Era tímida, dura y agradable con los hombres, más «traviesa» que «mala», más «perversa» que «fría». Era una brasa viva; era mantequilla. Una auténtica diosa del sexo. Nina era una puta. Si no fuera una puta, Peter se habría arrepentido de algunas de las cosas que hizo. Se habría sentido culpable.

Así que el verano que cumplí los trece años creé a Nina: mi obra de arte femenina. Era guay, y estaba aburrida. Era una muñeca de papel. Era pegamento. No tenía nada en su interior. Era preciosa. Era más joven que yo, mayor que yo. Fresca como un maizal pero antigua como la lluvia. Era yo. No era yo. Tenía el pelo negro oscuro, como Jessenia, como Justine. Estaba hecha de relleno. Era un hueso de la suerte. Podías tirar de ella en cualquier dirección, que no se rompería tan fácilmente. Así de dura era. Una galletita dura. Sin amor en su interior, pero infinitamente dulce. Paciencia. Luz e ingenio. Y despreocupada. Sobre todo, despreocupada consigo misma. Su cuerpo no importaba porque ella estaba fuera de él. Era un cuerpo diez hermosísimo, muy prieto, cálido; podía ver aquel cuerpo desde el otro lado de la habitación. Era fresca, pesada. Llevaba la nada como si fuera algo.

Nina vivía para hacer feliz a Peter. Para ser feliz, él necesitaba mucha intimidad. Y la intimidad la hacían las pajas (que él llamaba «masajes») o las mamadas.

El curso intensivo de Nina sobre cómo complacer a un hombre consistía en ver películas porno de manera aleatoria, además de la película hecha por Peter: una recopilación de varias escenas X, doble X o triple X de mujeres haciendo lo que los hombres querían. Él silenciaba el porno para que nadie que fuera a la cocina a coger comida oyera los gemidos a través de la delgada puerta. Lo que más le gustaba era ver a mujeres de rodillas, haciendo mamadas, y a hombres corriéndose en la cara de una mujer; la penetración le

parecía interesante sólo hasta cierto punto, después hacía avanzar la película.

Unas actrices porno llevaban grandes permanentes, otras tenían el pelo liso y rubio platino; otra mujer se había puesto sombra de ojos violeta a rayas para darle un toque felino a los ojos, y otra chica sólo llevaba puestos unos calentadores rosas. Había una chica rubia delgada y bien bronceada con el tatuaje de un colibrí en el hombro. Cada vez que el hombre le introducía el pene estando a cuatro patas, el pajarillo parecía volar; siempre esperaba impaciente aquella escena, y me imaginaba que la actriz dejaba que el director la filmara sólo desde atrás para poder lucir su bonito tatuaje. A veces el porno podía resultar aburrido, pero me consolaba saber que lo que hacíamos juntos no era cosa del otro mundo.

Lo que le pasaba a mi madre en casa, en cierto modo también me pasaba a mí, sólo que de manera diferente. Podía sentir que me perdía en la distancia, pero eso me traía sin cuidado. ¿Cómo iba a importarme alguien tan imbécil, tan poco popular? Una chica tan débil, que había abandonado a su madre en la calle. A veces, cuando no tenía nada que hacer, me imaginaba el aspecto que tendría mi madre el día de la crisis nerviosa: allí despatarrada en la calle como el cuerpo de un pollo sacrificado en un ritual de santería que una vez había visto tirado en la cuneta. Me preguntaba si su destino sería también mi destino. Era incapaz de hacer que se sintiera menos deprimida y no soportaba pensar que estaba postrada en una cama, abatida.

Con Peter, no tenía que pensar en mi madre. Siempre me aconsejaba que viviera el momento. Ni el pasado ni el futuro. Me decía una y otra vez que una persona sólo podía esperar ser feliz quedándose en el presente y evitando albergar pensamientos negativos. Así, cada vez que me molestaba algo de Peter, procuraba desterrar ese pensamiento en cuanto acudía a mi mente. Como se veía tan bien recompensado, Peter dejó de quejarse de mi obsesión por hablar de la Historia durante horas y horas. Los problemas de los personajes se convirtieron en mi único centro de atención. Me sentía tan feliz cada vez que nos sumergíamos en el universo de la Historia que los favores sexuales de Nina parecían valer la pena. Incluso empezamos a grabar la Historia en cintas de casete, y entre todas completamos una nueva versión titulada *La bestia que llevamos*

dentro. Vi evolucionar la vieja Historia hacia una nueva Historia con un diferente elenco de personajes, entre los que se encontraba Nina. Y esta nueva Historia era un ruedo en el que dar rienda suelta a sus fantasías sexuales con chicos de su edad. Uno de ellos debía llevar un collar eléctrico que ella controlaba a distancia para que cada día le proporcionara placer oral. Yo misma representaba ambos papeles: el del chico y el de Nina. De vez en cuando, insistía en darle a Peter su sexo en la piel de un chico que finge ser una chica. Cuando me tocaba a mí hacer ese papel, experimentaba la misma sensación de libertad que cuando me subía a la noria con mi madre y juntas alcanzábamos el punto más alto. Interpretar a un chico me distanciaba más que nunca de mi propia vida.

Durante los masajes de Peter, siempre manejaba su pene como un yoyó. Un yoyó es una curiosa creación porque, básicamente, no hace nada. Sube vacío, como un cubo que alguien baja a un pozo seco. Y, sin embargo, la gente puede hacer trucos con los yoyós. Enrollaba el pene de Peter en mi mano y hacía el mismo movimiento, arriba y abajo. Enroscaba mi boca alrededor, como una serpiente sin dientes cuando devora un ratón vivo. Primero la cabeza: un casco rosa, tirante, con un solo ojo alienígena. Luego las venas, la piel áspera y rugosa llena de protuberancias, tersa y grumosa a la vez, esa piel de ahí abajo que parecía la de alguien con quemaduras de primer grado, arrugada como lo estaría si pusieras la mano en una llama y luego la retiraras.

Debido a mis problemas de sinusitis, no siempre podía respirar. Me paraba a escupir en pañuelos de papel. Cuando necesitaba uno, le daba a Peter un golpecito en la pierna. A veces, dejaba que me empujara la cabeza hacia abajo, aunque me doliera la mandíbula y me dieran arcadas. Él siempre se sentía culpable por haber actuado así, pero yo le decía que estaba bien, o algo que le hiciera correrse más rápido. Me picaba la mandíbula; después, cuando el adormecimiento protector se disipaba, me sentía como si me hubieran presionado contra un rodillo.

Quería que dijera guarradas. O que fingiera ser otras chicas aparte de Nina, lo cual yo detestaba. Lo que más me gustaba era tumbarme boca abajo con la cabeza apoyada en una almohada y dejar que me montara por detrás restregándose contra mi trasero hasta que por fin se corría. Esto requería el menor esfuerzo y la

menor energía por mi parte; estaba cansada porque, desde que mi madre había dejado de venir, me pedía algo sexual casi cada día. Si yo no accedía, él se quedaba callado y empezaba a llorar y a decir que no lo quería o que me parecía viejo y feo.

Cuando se hacía una paja contra mi trasero, me mandaba ponerme boca abajo; no quería verme la cara. Normalmente, teníamos la cama elevada para poder ver películas o leer. Pero, cuando quería que me tumbara, bajaba del todo la chirriante cama de hospital. Entonces yo me quitaba la ropa, me dejaba caer en la cama como un saco de patatas. Enterraba la cabeza en la almohada blanca y respiraba el sudor de mi propio pelo. Notaba los muelles del colchón bajo mi tórax desnudo; me parecían cómodos. Dejaba que el pelo me cayera suelto sobre las mejillas y mi mente se quedaba en blanco como un canal de televisión donde sólo se ve nieve.

Al menos entonces estaba tranquila. Su osamenta caía sobre mí como la de la ballena que engulló a Jonás. Luego yo me quedaba acurrucada en aquel mar negro estomacal, y notaba la flecha de su pene contra la piel mullida de mis muslos. Su rostro me trepaba hasta el cabello; sus huesos se unían a los míos. Después venía la sensación húmeda. Después, los pañuelos de papel.

Pasado aquel momento, me levantaba y me miraba al espejo. Siempre me miraba al espejo.

—¿Admirándote otra vez, Nina? —preguntaba Peter.

Hasta que descubrí a Nina, vivía desconectada. Era como un envase de comida, el envoltorio de una piruleta o de un chicle, celofán, plástico, papel de aluminio, una bolsita de cierre fácil. Algo desechable. Alguien podía comer el contenido y tirar el envase a la basura. Yo tenía muchas personalidades desechables. Flotaba entre las sombras planas y tristes de chicas fantasma, en una ciénaga de podredumbre sin forma definida, hasta que Nina, su reina y señora, venía a reinar sobre ellas, sobre mí. Me decía que era preciosa; y la creía. Me decía que tenía poder; y la creía.

El señor Canalla, el espectro de Peter, nació aproximadamente al mismo tiempo que Nina. Empezó con las palabras guarras que Peter quería escuchar durante los masajes. Cuando yo las pronunciaba, él me pedía que lo llamara «señor». Se suponía que nunca debía llamarlo Peter o por alguno de los nombres con que me dirigía a él

en mis cartas o con que él firmaba cada día las suyas: Peter, Papi, OdP (Osito de Peluche), Victor.

—Llámame señor —dijo—. Finge que soy un desconocido. Podría ser cualquier hombre. De cualquier raza, cualquier altura, cualquier edad. Podría ser cualquiera.

Peter me enseñaba lo que debía decir; una fantasía típica sonaba así:

Señor, ¿puedo ver su cosa grande?

Me temo que es demasiado grande para ti. Demasiado grande para tu agujero de niña.

(grito ahogado) ¡Señor, pues sí que es grande! Da miedo.

Tu agujero de niña es muy pequeño. No sé si te cabrá.

Tengo miedo, señor. ¿Se la puedo chupar primero?

Si quieres...

¿Puedo chuparle esa cosa grande?

A lo mejor no te cabe en la boca.

Sé cómo abrirla bien. Para mi papi.

¡Ah!, ¿te gusta chupársela a tu padre?

Sé como hacer que me llegue hasta mi pequeña garganta de niña. Es muy estrecha. Como mi agujerito de niña. A papá le gusta tumbarme boca abajo y follarme bien. Me duele, pero me gusta. Me gusta que papá me haga daño cuando me folla porque sé que me he portado muy mal.

Y así siempre: yo hacía de prostituta, de huérfana, de bailarina del vientre, de hadita, de ángel, de ninfa, de geisha. Peter hacía de putero, de padre, de sacerdote, de médico, de sultán, de rey, y del infame señor Canalla. Cuando interpretaba el papel del señor Canalla, me empujaba la cabeza rápido y con fuerza en las mamadas. Como señor Canalla que era, fingía sexo duro conmigo mientras yo permanecía tumbada boca abajo gimoteando o haciendo que lloraba.

Alguna que otra vez, le pedía a Peter que me lamiera de nuevo, pensando que al menos así aquello sería justo. Nunca practicaba el sexo oral conmigo, a excepción de aquel día en el sótano. Insistía en que se veía incapaz; por entonces yo era más joven, y ahora tenía la edad de las bailarinas de claqué que lo habían obligado a hacerlo. Dijo que intentaría superar su miedo y que, cuando estuviera preparado, me lo haría saber.

Peter a menudo me «reembolsaba» los favores sexuales, no sólo alimentando mi adicción a la Historia, sino también con tratos, como aceptar ver tres películas seguidas que yo cogiera del videoclub o llevarme a la carretera pintoresca tres veces en vez de una, o invitarme a un enorme batido de vainilla en una de las muchas cafeterías que frecuentábamos. Él podría haber hecho estas cosas sin pedir nada a cambio, pero yo las interpreté como pago. Temía que, si hacía algo sin cobrar o sin algo simbólico a cambio, pudiera pensar que disfrutaba con ello, y no entendiera que yo misma estaba pagando un precio muy elevado. Después del sexo, me quedaba con la misma sensación que una vez había tenido al mirar La Pandilla Basura. Como si algo espantoso se estuviera apoderando de mí. Ya no podía soportar ver mi rostro reflejado en el espejo. Él tampoco, aunque lo negaba. Me decía: «Cariño, eres preciosa, un perfecto diez. ¿Qué hombre no te desearía? Pero hemos fingido ser padre e hija durante tanto tiempo que, hasta cierto punto, me lo he creído; eres mi hija. Por eso necesito fingir que no eres tú.» Mentira. Ahora que tenía trece años, era demasiado mujer para su gusto.

Cuando usábamos nombres falsos, también era más fácil para mí. Los nombres hacían referencia a personajes reales, y eso hacía que nuestras interacciones dieran más juego, que fueran más como una historia. El señor Canalla era elegante, iba bien afeitado y en su rostro había una extraña sombra como la de los actores de cine negro. En cambio, Nina estaba filmada con una luz diferente, siempre en una especie de vívido Technicolor. No parecía una actriz o una modelo de las que yo hubiera visto. Sus ojos eran de un profundo color raíz, su pelo de un negro sano y brillante. Tenía cuerpo de gimnasta. El pelo ocupaba una buena parte de su presencia; le llegaba hasta el trasero como el de la bailarina del vientre que hacía años había visto con papá. Nunca llevaba ropa, mientras que a mí era raro verme desnuda. Como a Richard le gustaba tanto llamar a la puerta cerrada, no era una buena idea que me quitara demasiada ropa, por si tenía que vestirme a toda prisa.

Cuando hacía de Nina nunca me aburría, porque su papel me llenaba. Aunque era más pequeña que yo, su presencia era como una lata de refresco constantemente agitada. Me invadía con sus burbujas, dando vida a mi sangre y a mis ojos. Tenía un corazón tan grande que se apoderaba de mi cara. Buena parte de Nina era corazón; no corazón referido al amor ñoño, sino corazón como el de

un lobo gris. El corazón de Nina, la boca y la mano. Para invocarla, yo caminaba desde la cama de Peter hasta la puerta de madera, giraba la pequeña llave dorada, me quedaba de pie junto a la puerta durante unos veinte segundos y respiraba hondo tres veces. «Respira hondo, respira hondo», solía decir la hermana Mary cuando me tumbaba en la cama blanca de su diminuta enfermería; me ponía la mano en el pecho, tal vez para tomarme el pulso, y susurraba: «Respira hondo, respira hondo.» Pero, por alguna razón, costaba hacer algo tan simple: tomar todo ese aire denso y contenerlo en mi interior como un globo a punto de estallar; casi gritaba por miedo a no poder hacerlo y a decepcionarla. Así que respiré hondo tres veces, junto a la puerta, para que me diera buena suerte. Me quedé allí de pie y noté que Nina susurraba a través de mí; me sacudí el pelo y me pavoneé delante de Peter. Luego me metí en la cama, y le saqué el pene como una hechicera que libera un genio, como la Cleopatra que despierta su áspid. Cleopatra había muerto por la mordedura de una serpiente, o eso cuenta la historia: murió hermosa, igual que todo el que muere envenenado.

19

LA CASCADA

Un día de verano, trepamos por una pequeña colina hasta llegar a una de las cascadas. Había llovido mucho el día anterior, así que el agua de espuma blanca caía y bañaba las lisas rocas marrones.

Nos sentamos en una roca junto a la cascada, a escuchar el sonido del agua.

—Más vale que disfrutemos del presente. En el instituto encontrarás novio, un chico joven y guapo, y entonces yo quedaré relegado a un segundo plano, ¿no? Como dice el refrán: si amas algo, déjalo libre. Al final tendré que hacer eso contigo, cariño. No puedes cargar con un viejo el resto de tu vida.

—Bueno, a lo mejor tengo un novio aquí, otro allá, pero nada serio.

Peter sonrió con frialdad.

—Nunca podré mantenerte. Lo sabes, ¿verdad? No con mi mísera paga. Apenas me da para vivir. Dependo totalmente de Inès. Solía pagarle cien dólares de alquiler, pero ya no puedo hacerlo. Gracias a Dios, hay mucho que hacer en la casa; de lo contrario, no le serviría de nada. Pero es tan compasiva que, aunque así fuera, jamás me echaría. Es una suerte contar con ella.

—Bueno, cuando cumpla los dieciocho, nos podemos casar. Y encontraré un buen trabajo para mantenernos a los dos. Nos marcharemos de Nueva Jersey para no volver nunca más.

Peter sonrió torciendo la boca.

—¿No crees que sería una buena esposa?

—No, sólo estaba pensando en que tal vez tres sea el número mágico. Siempre ha sido mi número de la suerte. Me casé dos veces. La primera vez yo tenía veintiuno, y ella, quince. Aunque falsifiqué los nombres de sus padres en los documentos.

—¡Podrías hacer lo mismo conmigo! Así no tendría que esperar hasta los dieciocho.

—No sé. Eran otros tiempos. Me refiero a que hoy en día seguramente me meterían en la cárcel por algo así. —Hizo una

mueca—. Finalmente, sus padres lo anularon todo. A petición de ella. Conoció a otro tipo, el director de una sala de cine. Cuando se fueron a vivir en pareja, me dio por esconderme detrás de un árbol y mirar a las ventanas de su piso con unos prismáticos. Una vez, los vi tomando un baño juntos.

—¿Te vieron?

Él meneó la cabeza.

—Otro día los seguí en mi coche. Tenía pensado echarlos de la carretera. Bueno, conduje pegado a ellos durante un buen trecho; aceleraron para intentar perderme de vista, pero yo aceleré tras ellos. Debí de alcanzar los ciento sesenta kilómetros por hora. Seguimos así un rato, jugando al gato y al ratón. Lo único en lo que podía pensar era en ellos dos dándose un baño juntos. La odiaba por eso. Pero había otra parte de ella a la que jamás podría matar. No sé explicarlo. Era tan bonita, su cara era como la de una muñeca de porcelana. Simplemente no lo superé. La sigo queriendo. —Se dio toquecitos en los ojos con un pañuelo de papel—. Supongo que en el fondo soy un romántico.

Me abrazó y contemplamos la cascada. Luego le pregunté si ésa había sido la única vez que había estado a punto de matar a alguien.

—Hubo otra vez. Mi padre solía pegarnos a mí y a mi hermano en una habitación del ático. En una ocasión me dejó inconsciente. Tras el divorcio de mis padres, pasé por casas de familiares, casas de acogida, después el internado de chicos. Viví muy poco tiempo con mi madre; solía castigarme de pie toda la noche. Terminaba tan agotado que me caía al suelo completamente dormido. ¿Sabes por qué me castigaba? Por reírme en sueños. Ella trabajaba por las mañanas, así que necesitaba descansar. Pero seguramente aquélla fue la única vez que me reí.

Le apreté la mano, lamentando que hubiera tenido un pasado tan trágico. Nadie lo había querido de verdad, y siempre había estado totalmente solo.

Continuó:

—Cuando yo contaba trece años y mi hermano dieciséis, robamos una pistola y fuimos a matar a mi padre a su habitación de hotel mientras dormía. Pero aquel día se había marchado temprano.

—¿Y qué crees que habríais hecho?

Asintió.

—Primero habría disparado mi hermano y luego yo, por turnos.

Habría creído que lo merecía. ¿Sabes? ¡No nos dejó ni un penique cuando murió! Se lo dejó todo en testamento a los hijos de su segundo matrimonio. —Negó con la cabeza—. Pero tampoco era tan malo. Cuando era algo mayor, tendría unos once o doce años, me llevó a nadar al lago unas cuantas veces. Aquello estuvo bien. También me daba monedas de veinticinco centavos, montones de ellas. Bueno, unas pasaban por auténticas, otras no. Eran monedas falsas. —Peter arrojó una piedra a la cascada.

En la cascada, descubrí que la segunda esposa de Peter era una mulata ecuatoriana, y que cuando habían viajado a las regiones más racistas del sur no les habían permitido alquilar una habitación en ninguna parte. Así que hacían el amor en el coche. Peter dijo que tuvieron cuatro hijas. Usaban el método de control de natalidad de la Iglesia católica: el coitus interruptus. Le pregunté si seguía en contacto con ellas y dijo que no vivían allí. Cada año les había enviado postales de Navidad, pero rara vez recibía respuesta, y eso le dolía. Entonces empezó a hablar de todos los trabajos que había hecho en su vida. Por la manera en que tensaba la boca, deduzco que le resultaba doloroso hablar de sus hijas.

Para mantener a su familia numerosa, trabajó como mozo aparcacoches, taxista en la ciudad de Nueva York y, finalmente, limpiacristales. No empezó su trayectoria como cerrajero hasta mucho después, tras el divorcio de su segunda esposa. Pero estaba acostumbrado a cambiar de trabajo. Incluso de niño tenía que ganarse su propio dinero; cuando escapó del internado para chicos (¡seis veces!) hizo de limpiabotas en las esquinas, y de adolescente lavó platos, para luego emprender un viaje por todo el país con sólo una moneda de veinticinco centavos en el bolsillo. Antes de conocer a la que sería su segunda esposa, también ejerció la prostitución durante un breve período de tiempo en San Francisco, donde los hombres le pagaban por hacerles mamadas. El mejor trabajo que tuvo fue algo temporal, como profesor de baile; y el peor de todos, con diferencia, el de limpiacristales.

—Había que subir rascacielos y sólo te sostenía aquella delgada correa —dijo, mientras nos tomábamos de la mano junto a la cascada—. Yo estaba harto de turnarme con mi esposa por las noches para atender a nuestra primogénita, que tenía cólicos. Bueno, solía gritar y chillar. Y por aquel entonces la cosa no era

fácil. Había que lavar los pañales a mano porque aún no existían los de usar y tirar. Tenía cuatro hijas, así que todos aquellos años los pasé atado a un trabajo que odiaba para mantenerlas a todas y asegurarme de que iban a la universidad. ¡Cómo odiaba aquel trabajo, chica! Tenía que empezar a vestirme a las cinco para llegar a tiempo. Cada segundo allí era un infierno. Una cosa que aprendí fue a no mirar nunca abajo. Un día miré y el mundo me dio vueltas, como si un niño cruel inclinara un hormiguero y yo fuera una de aquellas diminutas hormigas atrapadas en el fondo. —Suspiró y encendió un cigarrillo—. A todo esto, cuando tenía unos diez años, mi hermano me retó a trepar por el lateral de una pared de piedra, una pared igual de alta y de inclinada que la torre de agua del Pathmark. Yo quería impresionarlo, y lo conseguí. ¿Cuál fue el problema? Que miré hacia abajo. Me quedé paralizado, en plena ascensión. Hasta el tiempo pareció haberse parado. Mi hermano tuvo que decirme: «Continúa. No mires.»

Al cabo de un rato, la historia de su vida empezó a parecerme deprimente, y sólo me apetecía pasarlo bien. Así que dije:

—Peter, me gustaría subir hasta la cascada. ¡Ahora! Para demostrarte que nada me da miedo.

—No quiero que subas si no quieres. No trates de impresionarme.

—Bueno, a lo mejor no es una buena idea —reconsideré, mirando la cascada—. No tengo bañador. Me mojaré.

—Entonces sube desnuda —sugirió Peter, riéndose entre dientes —. ¡Te reto!

—Vale —contesté, y empecé a desnudarme.

—¡Era broma! ¡Margaux, no lo hagas!

Pero era demasiado tarde. Me había propuesto mostrarle a Peter lo atrevida que era. Peter insistía en que la cascada estaba demasiado cerca de la carretera, que los coches que pasaran por allí podrían verme y mi desnudez podría causar un grave accidente. A mí eso me traía sin cuidado. Desnuda como un saltamontes, me dispuse a escalar la pequeña cascada, usando las piedras que tenía encima para izarme y las que tenía debajo para apoyar los pies. El agua que caía lentamente estaba helada, y las piedras eran musgosas y resbaladizas bajo mis manos y mis pies desnudos. Me gustaba aquella sensación, el musgo y el agua fría; pero lo que más me gustaba era saber que Peter me estaba mirando desde abajo.

—¡Eh, Peter! —lo llamé haciendo bocina con las manos, sentada

en la cima de la cascada—. ¡Mírame!

Me sentía tan eufórica por haber conquistado la cascada que, cuando regresamos a casa de Peter al anochecer para darle a *Zarpas* su paseo vespertino, me bajé de la moto sin pensar en el motor caliente, sobre el que Peter me advertía siempre que llevaba pantalones cortos. A resultas de ello, me quemé el tobillo.

Peter me ayudó a subir cojeando la escalera hasta su habitación, donde me tumbé con la pierna estirada en la cama. La quemadura se había convertido en una enorme ampolla. Entonces él cogió un vaso de plástico y un rollo de cinta adhesiva de la cocina y dijo:

—La ampolla protege y ayuda a curar la quemadura. Voy a tapártela con este vaso de plástico para que no se rompa.

Yo asentí, haciendo un gesto de dolor cuando me sujetaba el vaso de plástico con cinta adhesiva.

—¿Y ahora qué? —pregunté.

—Voy a comprar spray antiséptico —respondió Peter—. Algo que ayude a acelerar la curación y te quite el dolor. Mientras tanto, procura no romper la ampolla sin querer.

Cuando volvió, Peter retiró la cinta adhesiva y levantó el vaso de plástico. El aspecto de la quemadura había empeorado: la ampolla había aumentado de tamaño y ahora supuraba.

—Esto le pasa a todo el mundo. A todo el mundo que va en moto —dijo Peter, mientras rociaba la quemadura con Solarcaine. Ricky entró y echó un vistazo, cosa poco habitual en él. Ya tenía dieciséis años, y recientemente se había afeitado la cabeza y se había puesto un piercing en la ceja. Ricky y Miguel se comunicaban con Peter sólo mediante gruñidos, pero lo cierto es que rara vez nos cruzábamos con ellos. Los chicos estaban muy metidos en sus propios asuntos y, salvo por el esporádico «hola» que me dirigían si me veían sola, seguro que apenas sabían de mi existencia.

Le dije a Ricky:

—¿Crees que cicatrizará?

Él se encogió de hombros.

—Probablemente.

—¿Tú tienes una?

Levantó la pierna de sus pantalones escoceses y se desató su Doc Martens.

—*Sip*. ¿La ves? —preguntó, señalando una marca circular en la

piel, más blanca que el resto del tobillo—. Quedarás marcada, como yo.

—¡Qué guay! —exclamé.

Peter intervino:

—Antes Ricky siempre salía conmigo en moto. ¿Verdad, Ricky?

Ricky gruñó.

—También hablaba por los codos cuando era más pequeño. Ahora no puedo arrancarle ni dos palabras.

Ricky se llevó la mano al bolsillo y me ofreció un Tootsie Roll.

—Toma, te sentirás mejor —dijo, y salió de la habitación.

Su gesto me enterneció tanto que nunca me comí el caramelo, sino que lo guardé en la caja de recuerdos que había hecho en clase de manualidades.

En la habitación de Peter el aire estaba cargado y se veía azul por el humo del cigarrillo. También era azul porque la única luz que había encendida era la de la fantasmagórica lámpara de alabastro, y la tela que cubría el techo parecía envolverlo todo con aquel extraño color planetario.

Había llamado a mi madre y le había contado lo de la quemadura. Luego le comenté que Peter había sugerido que pasara la noche en el sofá de la habitación de Inès.

—¿Está Richard por ahí? —preguntó.

Y yo contesté:

—No, ha vuelto con Linda.

Oí a papá gritando de fondo cuando mi madre le propuso la idea. Decía que, de no haber vendido el Chevy, habría venido a recogerme al momento. Luego le oí criticar que, si no hubiera llevado pantalones cortos, eso no habría pasado; mi madre asintió y dijo:

—Nunca más lleves pantalones cortos cuando vayas en moto. Tu padre y yo dejamos que pases ahí la noche con una condición: ¡nunca más lleves pantalones cortos cuando vayas en moto!

Así que llegamos a un acuerdo, y por primera vez Peter y yo tuvimos toda la noche para hacernos arrumacos y hablar. Tal vez decidiera que era hora de terminar lo que había empezado haciéndome el amor. Luego yo tendría una excusa para llamar de nuevo a Winnie y contarle al fin que me había convertido en una mujer. Cada vez hablábamos menos, y nuestras conversaciones eran

más y más forzadas.

Como Inès y los chicos no sabían que estaba en la habitación de Peter, debía tener cuidado de no hablar muy alto. Además, Peter me había traído un vaso vacío por si necesitaba orinar.

—Esto es muy excitante —dije—. Es como si fuera totalmente invisible.

—Sí, hagamos que así sea —asintió Peter—. A mí también me resulta divertido, ¿sabes? Me siento como un adolescente que esconde a su novia de sus padres. Es una travesura, ¿no te parece?

—¡Peter, ahora es buen momento para mirar pelis porno! —Abrí el cajón de su cómoda de nogal, con la esperanza de que aquello lo pusiera romanticón.

Saqué una película titulada *Amores de Lolita*.

—Ésta parece interesante. Vamos a mirarla.

Él se echó a reír.

—Me da miedo que la veas. ¿Sabes?, esa Lolita es infiel.

—¿A quién le es infiel? —pregunté, intrigada.

—A su padre. También son amantes, como nosotros. Es muy bueno para una peli porno, muy artístico. —Metió la cinta en el reproductor—. Y optimista. Lo que no me gusta del porno es que a veces las chicas parecen tristes y cansadas, como si no disfrutaran con nada. En vez de excitarme, empiezo a deprimirme. Pero esta película es diferente. La actriz que hace de Lolita es alegre; podría decirse con toda sinceridad que le gusta el sexo. Cuando hace una mamada, no se la ve aburrida. En esas películas hay chicas que, por la expresión de la cara, parece que estén fregando el suelo o sacando la basura.

—A lo mejor para algunas personas es precisamente eso —sugerí, encogiéndome de hombros—. Una tarea.

Peter paró la película, que estaba a punto de comenzar, y me miró.

—Si alguna vez pensara por un momento que no disfrutas de estas cosas tanto como yo, dejaría el sexo contigo. Lo digo en serio.

Solíamos tener esta conversación.

—Tú disfrutas con esto, ¿verdad? —preguntó.

—Me gusta ser Nina. —Parecía como si el señor Canalla, el otro yo de Peter, dependiera de Nina y la necesitara para sobrevivir. Los favores que ella le hacía despertaban en él un sentimiento de culpa y lo obligaban, también, a deber favores.

—Nina —dijo, meneando la cabeza—. Nina es una chica

traviesa.

—Sí —asentí—, y a Nina le gustaría que la masajearas entre las piernas mientras miramos la película.

—Vale. ¿Pero antes no tienes que ir hasta la puerta? —Peter dependía de ello más que yo. A aquellas alturas ya me resultaba fácil invocar a Nina, tan fácil como darle al interruptor de la luz. Sin embargo, a Peter le gustaba el viejo ritual mediante el que yo me acercaba a la puerta, me sacudía el pelo hacia atrás y me metía en la cama con él.

—No quiero ir hasta la puerta por la quemadura —dije—. Llámala y vendrá. Como un perrito.

—Yo no pienso en ella como en un perro —protestó Peter.

—Como un gato, entonces. Un gato salvaje.

—Ni-na, Ni-na. ¡Oh, Nina! ¿Dónde estás, Nina?

—Ayúdame, ayúdame, no puedo salir —chillé—. Estoy atrapada aquí. Es toda esta ropa. Me está ahogando. —Me quité la ropa.

—¿Eres tú, Nina?

—No —respondí—. Una cosa más.

—¿Qué? —preguntó Peter.

—Este vaso de plástico en mi pierna.

—Margaux, sabes que no te lo puedes quitar. La ampolla podría romperse.

—¡Ay! ¡Ese nombre! ¡No digas Margaux! ¡Es ácido, me disuelve!

—Lo siento —se disculpó Peter—. Pero, Nina, debes comprender que a mí el nombre de Margaux me parece bonito. Es el nombre de la chica a la que amo. —Me observó mientras me arrancaba el vaso de plástico.

—Mucho mejor —dije mientras Nina y Peter empezaban a ver la película—. Me gusta la pornografía. —Cogí la mano de Peter y me la puse entre las piernas.

Él se rió, nervioso.

—Más vale que tengamos cuidado con esa quemadura.

—¡Ay, tontito! —exclamé. Podía sentir que toda yo era Nina y era emocionante—. Esa quemadura no está en mi coño.

Peter se estremeció al oír aquella palabra.

—Lo siento... Cada vez que la veo, me siento mal. Cuando estoy contigo, soy responsable de ti. ¿Puedes volver a colocarte el vaso? ¿Por si acaso?

Negué con la cabeza y ambos miramos la película en silencio mientras Peter me masajeaba. Lolita debía de tener unos diecinueve

años en la vida real, pero representaba que tenía muchos menos que yo. Llevaba dos coletas caídas, una falda plisada de colegiala, largos calcetines blancos, y era incluso más delgada que yo. Peter tenía razón, era alegre. Sonreía y reía mientras mantenía relaciones sexuales con diferentes hombres: dos tipos que fueron a repararle el aire acondicionado, un médico que la examinó, y luego su padre, que le dio una buena azotaina por seducir a aquellos hombres. Ella frunció el ceño porque no comprendía qué había hecho mal. Sin embargo, después de la azotaina, su padre le hizo el amor para demostrarle que aún la quería y que a sus ojos no se había echado a perder. Al cabo de un rato, devolví la mano de Peter a su sitio porque la película no excitaba a Nina. A Nina sólo le iban las fantasías de dominación sobre los chicos.

—Entonces ¿qué te ha parecido la película? —preguntó Peter cuando se terminó.

—Me ha gustado. ¡Eh!, algún día podemos ver una película de gays —dije con indiferencia, aunque a la vez con intención. No me ponía ver a mujeres haciendo mamadas o abriéndose de piernas; en cambio, me parecía graciosa la idea de que un hombre pudiera sustituir a una mujer. Quería ver cómo un hombre le hacía a otro lo que parecía aburrido o incluso degradante cuando se le hacía a una chica. Quería convencerme a mí misma de que hombres y mujeres no eran tan diferentes. Las películas de Peter hacían que pareciera que todo se reducía a mujeres sometidas a hombres, y yo sabía que eso no era cierto. Una vez cogí las revistas porno que Richard guardaba en el salón y descubrí a las amas. Quería conseguir una película de amas a toda costa, pero sabía que Peter jamás alquilaría nada sobre mujeres que controlan a los hombres.

Mientras encendía otro cigarrillo, Peter dijo:

—Supongo que puedo encontrar una película sobre gays, aunque me daría vergüenza pagar por ella.

—Bueno, ¿te dio vergüenza comprar esta película? ¿Teniendo en cuenta que es una niña y todo eso? —Señalé a la portada—. No aparenta la edad que en verdad tiene.

Peter dio un resoplido.

—¿Me tomas el pelo? Todo el mundo compra películas como ésta. A todos los hombres les gustan las niñas, lo reconozcan o no. La mayoría no se muestran sinceros al respecto. Si no, ¿por qué iba a haber tantas películas con chicas mayores vestidas para aparentar ser más jóvenes o menores con ropa sexy? Para mí, la sociedad

entera es hipócrita. Si tú reconocieras abiertamente que, en efecto, a mí me atraen las niñas, me quemarían en la hoguera.

Nina perdía poder; yo ya había empezado a pensar en la sangre y el dolor que, según Winnie, acompañaban la primera vez de una niña. Winnie, mi mejor y más secreta amiga. Winnie, que siempre se dignaba a darme consejos para que pudiera mejorar. Cuando la imagen de Jill se clavaba en mí, sólo se me ocurría pensar que ella era mil veces más guapa que yo; ahora mis movimientos carecían de gracia, y mis ojos, sin Nina para darles vida, sólo miraban con la torpeza de una cerda. Las cartas de Peter, más que levantarme el ánimo, a veces me hundían, aunque por supuesto ésa no era la intención. Él siempre me decía: «No soy tu padre; no soy el chico del colegio que te martiriza. Te acepto como eres.» ¿Qué quería decir con eso, exactamente? Sus palabras siempre me herían, y no importaba que las dijera en serio.

—Peter, ¿sabes qué me apetece ahora? Tumbarme boca abajo para que puedas correrte sobre mí. —Sabía que Peter no quería hacerlo con la quemadura, porque le preocupaba que la ampolla pudiera reventarse. Pero yo quería que lo hiciera precisamente por su renuencia. Además, necesitaba que se sintiera culpable por correrse encima de mí para que luego me hiciera arrumacos, me abrazara y me diera las gracias. Sabía que nuestro sistema de trueque no era justo, pero me proporcionaba parte del afecto que necesitaba por parte de Peter, sobre todo cuando Nina ya se había ido.

Peter dijo:

—Con esa quemadura, no creo que sea una buena idea.

Pero después, algo más convencido, bajó la cama y se puso encima de mí. Yo cerré los ojos y enterré los dedos en la sábana como quien escarba en la tierra. Cuando se incorporó, el vaso de plástico había quedado chafado y la ampolla se había reventado, impregnando la sábana de un líquido claro.

20

«¡FUE EL DEMONIO!»

Las revistas *Teen* y *Seventeen* anunciaron el regreso de los sesenta, y unos maniquíes de Bergenline Avenue lucían camisas estampadas con enormes flores brillantes y faldas hippies hasta los tobillos atadas por delante con largos cordeles de cuentas. También había leotardos del mismo estilo, camisas con hombreras y cintas del pelo blancas. No se llevaba el pelo rizado, pero sí los tirabuzones; también se llevaban el flequillo ralo, y la laca, sobre todo entre las chicas de Jersey. Para el primer día de clase, me puse una camisa negra de escote en pico y unas mallas floreadas, y me miré al espejo grande de la habitación principal, donde seguía durmiendo después de todos aquellos años. Con mi amuleto de la buena suerte, entré en el colegio practicando mentalmente conversaciones ficticias. ¿De qué hablaban las niñas de mi edad? Si me hubieran visto con Peter, ¿quién habrían dicho que era? ¿Mi padre? Era tan mayor que hasta podría haber sido mi abuelo.

Me quité la cinta del pelo y dejé que el flequillo me cayera por delante de la cara. Temía que, al salir al patio con la cara descubierta, me señalaran y gritaran: «¡Es ella! La chica que se pasa el día entero con ese hombre!»

La iglesia de Saint Augustine estaba enfrente del instituto Washington. Me senté en las escaleras, hiperventilando. Luego me quité el amuleto. Pensarían que era anticuado: del gusto de un hombre mayor. Me borré el pintalabios con un pañuelo de papel. Aquella tonalidad no era la más indicada: demasiado roja. Pensarían que hacía mamadas. Me mirarían y enseguida pensarían que era una puta.

Me imaginé a mí misma tumbada boca abajo en la cama, sólo un cuerpo sobre el que eyacular, una muñeca de látex con la boca de payaso bien abierta como la que había visto una vez en el catálogo porno de Richard. Mi cara debía de ser fea —y no importaba lo bonita que Peter dijera que era—; de lo contrario, querría mirarla mientras se corría. Sabía que él sólo podía amar a alguien como yo,

capaz de decir las cosas más guarras cuando se transformaba en Nina. Incluso a Peter le sorprendía lo que podía llegar a decir. Recientemente, había creado una fantasía para él en la que un grupo de hadas diminutas aterrizaban sobre la cabeza de su pene y hacían mover sus alas. Mil haditas del tamaño de un colibrí. No, del tamaño del corazón de un colibrí.

Pero que tuviera una mente guarra no quería decir que fuera una puta. Me mantenía virgen. Nina no era yo. Eso me reconfortaba. Hice acopio de fuerzas para cruzar la calle y perderme en el abarrotado patio del colegio.

Como siempre, acabé siendo un desastre social. No me atreví a acercarme a nadie para entablar conversación. En clase de inglés, cuando el profesor nos pedía que trabajáramos en grupo, me puse sola en una mesa al fondo del aula. Aun así, seguía sacando buenas notas y obtuve la mejor calificación en el CAT de octavo, un examen estándar que todos los estudiantes de secundaria del instituto Washington tenían que pasar.

No sólo dejé de fantasear con que haría nuevas amistades en el colegio, sino que volví a ser incapaz de reaccionar a cualquier acercamiento amistoso. Dos chicas me habían dado sus números de teléfono, pero al igual que con Justine, no me atreví a llamarlas. Me aterraba que intentaran hacerse amigas mías para sonsacarme información. ¿Por qué otra razón iban a relacionarse con un bicho raro? Después de todo, yo guardaba un suculento secreto que no les iba a revelar. Ni aunque me intimidaran o me trataran de manera poco amistosa.

Un domingo a principios de diciembre, Peter había salido a dar una vuelta en moto con Inès y yo estaba en su habitación, protegida por un caparazón de gruesas mantas, esperando su regreso. Había apagado el radiador porque las cucarachas ansiaban su calor. Ya nunca me molestaba en matarlas: me parecía demasiada molestia darles caza y deshacerme de sus cadáveres. A veces tenía la impresión de que, si me quedaba mirando fijamente al radiador el tiempo suficiente, las cucarachas se iban, como un truco mental que las hacía desaparecer. Estaba practicando ese truco, mirándolas fijamente hasta que parecían no existir de tan quietas que se quedaban, cuando oí que llamaban a la puerta.

—Pasa —dije, imaginándome que era Richard.

Iba sin camisa, como siempre con la boina verde y los pantalones de militar.

—Venía a robar cigarrillos. —Abrió el primer cajón de la cómoda de Peter—. ¡Joder!, no los encuentro. —Yo empecé a incorporarme para ayudarle, pero entonces él alzó la palma de la mano para detenerme.

—¡No! —dijo—. No hace falta que te levantes. Pareces muy cómoda ahí metida.

Tardé un par de segundos en darme cuenta de que estaba flirteando.

—¿Ah, sí? —repuse, correspondiendo a su coqueteo.

—Sí, pareces estar muy a gusto ahí en la cama. Tío, quién pudiera acurrucarse ahí contigo.

—¿Quieres venir aquí conmigo? ¿Sólo un segundo? —dije.

Richard se echó a reír. Parecía como hipnotizado.

Di una palmadita a mi lado. O, mejor dicho, Nina lo hizo. Notaba su poder; todo mi cuerpo empezaba a despertar. Me gustaba verlo allí atrapado, con la mano aún en el cajón de la cómoda. Sin embargo, había otra parte de mí, la no Nina, que sólo quería que la abrazara y la acunara con sus cálidos brazos. Algo en él me comprendía.

Por fin, dije:

—Ven aquí, por favor.

—No puedo —contestó Richard—. Lo siento.

Luego añadió, apresuradamente:

—No cojas frío. —Y se fue sin los cigarrillos.

Había gente rara a nuestro alrededor, pero Peter y yo procurábamos no mirar con descaro; después de todo, a nosotros tampoco nos gustaba que nos miraran. Un anciano que vivía unas casas más allá de Peter se pasaba todo el día mirando por la ventana abierta con semblante disgustado. Siempre llevaba una camiseta interior manchada, y tenía la piel de la frente arrugada como la de un doguillo. Peter lo había bautizado con el apodo de «El ojo de águila», y nos reíamos de él en la intimidad: Peter arrugaba la frente, estiraba el cuello como escudriñando desde una ventana, y decía:

—¿Quiéeeen anda ahíiii? ¿Quiéeeen puede seeeer?

Pero luego yo no quise volver a hablar de aquel hombre, ni aun para hacerle la burla, porque estaba segura de que era yo quien lo disgustaba.

Después estaba «El bendecidor». Dedicaba el día entero a ir por varias tiendas de comestibles y por el Pathmark para poner las manos sobre diferentes artículos como si los bendijera. Una vez Peter y yo lo habíamos observado cuando estaba en la tienda Fernandez Grocery, poniendo las manos sobre los botes de sopa Cambpell's y comida para perros Alpo, sobre las velas Santo Niño Virgen María (que técnicamente, nos susurrábamos el uno al otro, ya deberían estar bendecidas), el friegasuelos Fabuloso, los botes de Similac. Los propietarios de las tiendas siempre toleraban la presencia de El bendecidor. ¿Quién sabe? A lo mejor le estaban secretamente agradecidos por sus buenos deseos. O quizá fuera el hecho de que no iba mal vestido ni desaseado: lo cierto es que iba bastante atildado, con unos pantalones de tweed y un pequeño paraguas verde con una cabeza de pájaro en el mango de madera.

Al cabo de un rato, caí en la cuenta de que Peter y yo éramos para los demás lo que los excéntricos del vecindario para nosotros. La gente se quedaba mirando y se volvía al vernos pasar. Yo advertí los cuchicheos. Cuando por fin saqué el tema, él me dijo que Inès le había aconsejado recientemente que no fuéramos demasiado por el Pathmark o a pasear juntos por la avenida Bergenline, porque la gente empezaba a hablar. Miguel y Ricky dijeron a todas sus amistades que yo era su hermanastra. De todas formas, ellos también debieron de haber oído los rumores.

—Cariño, Pathmark es donde compran las compañeras de trabajo de Inès; allí va todo el mundo. Y sé de buena tinta que los supermercados son caldo de cultivo para los cuchicheos. Todas las amas de casa aburridas, sin nada mejor que hacer que darle a la lengua —dijo Peter, mientras regaba el filodendro en su habitación —. Creo que Inès tiene razón. Debemos reducir nuestras apariciones en público.

—¿Qué dice Inès de nosotros? ¿Crees que lo sabe? —En mi fuero interno, a estas alturas ya tenía que haber descubierto la verdad.

Meneó la cabeza.

—Le cuento lo abusón que es tu padre. Incluso me ha dicho: «Si en su casa la vida es terrible, gracias a Dios que al menos puede venir aquí.» Entiende que soy como un padre para ti. Para ella es como acoger a los amigos de Miguel y Ricky. No le gusta que

levantemos la voz. Eso es lo único que le molesta. Aparte de eso, ¿qué puede decir?

—¿Crees que siente que debe soportarme? ¿Que soy un problema?

—Bueno, dijo algo de que debías subir las escaleras sin hacer ruido. Y bajar un poco la voz. A veces te emocionas y tiendes a reírte en voz muy alta. También mencionó algo sobre la ropa. No lo recuerdo: ¿llevabas recientemente una camisa roja que decía «sexo»? No le pareció muy apropiada.

—Me odia.

—Sólo quiere que bajes la voz, Margaux.

—¿Por qué no dice lo mismo de Richard?

—Yo soy el que depende de ella, y no al revés. No sé lo que haría si algún día me pidiera que me marchara.

Peter colocó el filodendro para que pudiera captar la luz solar y pasó a regar las plantas de su terrario.

—¿Sabes? Ahora hablarán de nosotros, pero la cosa podría ir a mucho peor. No quería contarte esto, pero hace unas semanas alguien se me acercó. Me resultó muy violento; me insultó...

—¿Qué te dijo? —pregunté, incorporada en la cama con las rodillas recogidas hacia el pecho.

—Pederasta —contestó, bajando la tapa del terrario.

Estábamos en la habitación de Peter, observando cómo *Zarpas* roía un hueso duro. De repente, Peter preguntó:

—¿Por qué has dicho eso?

—¿El qué?

—Lo que acabas de decir: «Ojalá ese hueso fuera tu cara.» Así, sin más.

—No lo recuerdo. —Eso no era del todo cierto. Lo recordaba un poco, pero me salió sin querer. Pensaba en aquel día con Miguel en las escaleras, la irritación que sentí; no, más bien era rabia.

—¿No lo recuerdas?

—La verdad es que no.

Suspiró.

—Entonces debió de haber sido otro. Una entidad demoníaca. Eso mismo me pasó a mí.

—¿Cuándo?

—Hace mucho tiempo. Hice daño a mis hijas.

Yo me abrazaba las rodillas. Desde la cama, podía ver el aliento, a través de la ventana, cubierto de escarcha. Aborrecía el invierno; siempre pasaba frío. Las cucarachas también, al parecer. Acaparaban el radiador, donde había más que nunca.

—Espera, ¿qué quieres decir con que les hiciste daño?

—No quiero hablar de ello.

Luego Peter dijo que el demonio acecha cuando hay una puerta abierta, una invitación. Por lo general, aparece cuando una persona es vulnerable, como cuando está borracha o drogada. Si yo tenía un demonio en mi interior, ¿significaba eso que podía hacer daño a alguien?

Sin embargo, como descubriría después, mis miedos eran infundados. Mi «demonio» sólo molestaba a Peter, a nadie más.

En mi cama, me preguntaba qué habría hecho Peter a sus hijas que, de tan terrible, no pudiera hablar de ello. Debía de referirse a que les había pegado, tal vez incluso con saña. Pero una vez me comentó que jamás había pegado a sus hijos, ni aun cuando su mujer se lo había pedido; de hecho, para engañarla, se llevaba al niño en cuestión a la habitación y aporreaba la cama con una tabla de madera. A mí aquello me parecía admirable: negarse a usar la violencia. Él se mostró de acuerdo conmigo, pero yo lo provoqué. Papá decía de mí que era una persona difícil. En cambio, Peter seguía considerándome su salvación. No estaba segura de a qué se refería exactamente; ¿de qué lo salvaba yo? ¿Del demonio? Años y años de religión me habían enseñado que el diablo estaba detrás de cada acto malvado que cometíamos. Puesto que la infancia de Peter fue tan horrenda, ¿ejercía el diablo más influencia sobre él que sobre otras personas? Pero ahora yo también sentía que estaba luchando.

—Tú naciste el día de Pascua —solía repetir Peter—. El día del renacimiento, de la nueva esperanza. Tú eres mi renacimiento, mi esperanza, todo lo que tengo en este mundo. Para mí, eres un regalo especial de Dios.

Un día de enero, este misterioso demonio le arrojó a Peter una bola de nieve helada a la cara, y casi le dio en el ojo. Estábamos en «El Lugar», una pradera vallada junto al instituto Union Hill, dejando que *Zarpas* correteara sobre la nieve y librando una absurda batalla

de bolas de nieve. La bola de Peter, blanda como la masa de una galleta, me acababa de impactar en el hombro, así que cogí un trozo de hielo mezclado con nieve y lo lancé como una bola rápida. Le dio en la mejilla izquierda, dejándole una marca roja del tamaño de una pezuña.

—¡Margaux! —gritó, frotándose la mejilla—. ¡Me has hecho daño! ¡Podías haberme dejado ciego!

—¡Cuánto lo siento! Me quedé un segundo con la mente en blanco. ¿Sabes? A veces pasa.

Frotándose aún la mejilla, Peter preguntó:

—¿Recuerdas habérmela arrojado?

—No, es como la otra vez.

Guardamos silencio unos minutos, mientras observábamos que *Zarpas* mordía la nieve. Los aleros del Union Hill albergaban carámbanos de hielo claros y largos, algunos de los cuales se habían congelado como por arte de magia y habían quedado cubiertos de protuberancias tumorales, muchas afiladas como hoces. Cuando veía objetos puntiagudos, tenía que apartar la vista o se me ocurría apuñalarme a mí misma en los pechos o en la vagina. Le dije a Peter que creía que el demonio me metía cosas en la cabeza, imágenes morbosas en las que jamás habría pensado yo sola.

Peter había empezado a leer libros de autoayuda, que citaba a mi madre cuando ella decía que no se consideraba una buena madre por su enfermedad mental. «Sin pecado, no hay culpa», le soltaba él. Cogía un ejemplar de *El poder del pensamiento positivo* y le enseñaba a aporrear las almohadas y gritar para liberar su ira contenida. Peter y yo encendíamos velas blancas y rezábamos para que se pusiera bien; incluso hicimos un conjuro sanador de entre los muchos que había en los libros de Wicca de Inès. Nada de esto funcionó: en febrero volvía a estar ingresada, por tercera vez aquel año. Peter nos había acompañado en el taxi todas aquellas veces. En la sala de urgencias, le confesó cosas de su infancia que nunca antes había revelado a nadie. Cuando ella y la tía Bonnie tenían nueve años, dijo, un hombre las había llevado a un granero, y, después de haber violado a mi tía, le metió dentro los dedos a mi madre hasta hacerla sangrar. Los padres de mi madre no llamaron a la policía porque no habían querido ir al juzgado; pensaban que más valía olvidarlo. Mamá se desmayaba en el colegio o empezaba a gritar de

repente, así que mis abuelos la llevaron a un psiquiatra, y éste empezó a recetarle Mellaril, un antipsicótico que la hacía caminar dormida. Ya no jugaba, pero tampoco daba problemas; era, como le dijo a Peter, «un ángel perfecto» comparado con la tía Bonnie, que se negó a tomar las pastillas; mi abuela castigaba a Bonnie pegándole bajo el agua de la ducha congelada. Sus gritos retumbaban por toda la casa.

—Así criaban a los niños en aquellos tiempos —le dijo mamá a Peter.

—Dímelo a mí —repuso Peter.

Últimamente, había empezado a rechinar los dientes mientras dormía; tanto, que me despertaba con un terrible dolor de mandíbula. Habían empezado a aparecer arañazos en mis brazos y en mis piernas. A veces el período me duraba diez días seguidos, sin interrupción.

Aquel invierno, empecé a notar que la balanza se inclinaba a mi favor. Peter me debía más felicidad de la que me ofrecía a cambio, por lo que se propuso dejar de salir con Inès, que me odiaba y me quería ver muerta. Llegado el domingo, Peter tenía mucho que decir sobre las pestes que Inès echaba sobre mí. ¿Qué necesidad había de aquello? Sinceramente, yo dudaba que Inès le hubiera exigido que la sacara a dar una vuelta; Inès nunca imponía nada. Él era quien iba por ahí presionando a la gente más allá de sus límites. ¿Acaso le importaba que cada domingo me entrara la llorera porque no podía soportar la soledad? De alguna manera, necesitaba hacerle saber lo mucho que me hacía sufrir que pusiera a Inès ante todo. Aquella mujer no le hacía nada, ni un solo favor sexual. Y como no le aportaba nada, tampoco merecía nada.

Yo empecé a hacer como si fuera el mismísimo demonio, usando una voz gutural para decirle a Peter: «Me pones enferma», o «Quieres a tu perro más que a mí», o «Antes eras divertido, pero ahora te comportas como un viejo». Aquellos arrebatos acababan con Peter entre sollozos y conmigo achacándolo todo a los malos espíritus. Sabía que jamás me había poseído ningún demonio, pero eso no me impedía soñar con entidades malignas o temer que corría el peligro de perder mi alma.

21

PRETTY BABIES

Marzo anunciaba la llegada de la primavera, y eso alegraba a Peter: cuando el viento amainara, podría sacar la Gold Wing del sótano, donde había estado encerrada desde las primeras nevadas. Marzo también le recordaba a Peter mi cumpleaños, para el que faltaba un mes, y mi cumpleaños siempre lo deprimía. Este año haría catorce. Para Peter, cada cumpleaños mío representaba un pasito más hacia el Apocalipsis de nuestra relación. Por eso siempre se quejaba de mi edad. Decía que, desde que había cumplido los doce y me había venido la regla, mi vagina desprendía un olor más fuerte. Según él no era malo, y seguramente excitaría a la mayoría de los hombres, pero como las bailarinas de claqué habían abusado sexualmente de él, no toleraba el olor de la vagina de una mujer, y por eso le costaba correrse sobre mí. Yo no me atrevía a recordarle que, a diferencia de él, soportaba cosas que no me gustaban: como el dolor o el aburrimiento que me producía darle placer, o inventarme odiosas fantasías sobre prostitutas, golfas y demás. Había una nueva en la que él era un sultán, y yo, la esclava que hacía la danza de los siete velos. Odiaba ser siempre la esclava. Tenía que arrodillarme y llamarle «señor». Tenía que fingir que adoraba su pene cuando, en realidad, pensaba que los genitales eran las partes menos atractivas de chicos y hombres. ¿Cómo iba nadie a adorar lo que parecía la trompa de un oso hormiguero con un saco peludo, fofo y cubierto de venas debajo?

Sólo me masajeaba de vez en cuando con la mano mientras Nina albergaba fantasías sobre gays manteniendo relaciones sexuales. (Finalmente, habíamos visto una peli porno gay; en ocasiones Peter había tenido que apartar la vista, pero no recurrió al avance rápido como siempre hacía con las escenas de lesbianas, aduciendo que le resultaba aburrido ver a dos mujeres juntas.) O chicos de mi edad, las manos atadas con cordel de cáñamo y collares de perro alrededor del cuello, que a veces se veían obligados por el señor Canalla a comerle el coño a Nina.

Peter no podía soportar la visión de mi vello púbico. En una ocasión, se volvió la tortilla. Le dije que, si en verdad me amaba, se afeitara los huevos, cosa que hizo cuidadosamente con una maquinilla eléctrica. Aunque cada día me declaraba su amor en sus cartas, por alguna razón yo sentía que necesitaba más y más pruebas.

Peter y yo devorábamos ávidamente libros sobre hombres mayores y chicas jóvenes, como *Belinda* de Anne Rice, escrito bajo el seudónimo de Anne Rampling; *El amante*, de Marguerite Duras; los muchos libros de V. C. Andrews y, por supuesto, *Lolita*, de Nabokov (aunque Peter se quejaba de que Lolita no amaba a Humbert). También vimos la versión cinematográfica de *Lolita*, *Baby Doll*, y *Pretty Baby*, una película de 1978 protagonizada por Brooke Shields. *Pretty Baby* estaba ambientada en la Nueva Orleans de principios del siglo XX; iba sobre un fotógrafo que se enamoraba de una prostituta de doce años, Violet, y se casaba con ella. «Como nosotros —dijo Peter después de verla—. Esto es amor verdadero.» La miramos religiosamente, y a veces Peter pausaba la película para capturar las expresiones faciales de los personajes; la vimos tantas veces que empezamos a memorizar partes del guión, como la cantarina declaración de amor de Violet a su amado mucho mayor: «Te amo una vez. / Te amo dos veces. / ¡Te amo más que a las pasas y las nueces!» Peter siempre gritaba durante la escena próxima al final, en que la madre de Violet la alejaba de la casa donde vivían y el fotógrafo gritaba: «¡No puedes llevártela!», y luego decía en voz baja: «No puedo vivir sin ella.»

Aunque mirábamos muchas películas de chicas jóvenes, Peter también tenía en cuenta mis gustos. Una y otra vez, veíamos la escena de *Risky Business* en la que Tom Cruise baila en ropa interior. A mí me chiflaba Ralph Macchio, cosa que a Peter no le sorprendía por su parecido con Ricky. Siempre que salía un chico mono, Peter lo comparaba con Ricky, como si fuera una especie de prototipo. Yo no quería que mencionara a Ricky; no quería que me recordara lo mucho que me gustaba.

Si el Humbert Humbert de Nabokov estaba en lo cierto y una ninfa era una chica arrebatadora, ágil y encantadora de entre nueve y catorce años, yo me acercaba vertiginosamente al final de mi etapa

de ninfa. Según Peter, las ninfas parecían eclosionar hacia los siete años de edad, de modo que tal vez para él perdían su esplendor incluso antes. Cuando Peter estaba fuera, yo me pasaba mucho tiempo contemplando las imágenes contenidas en los marcos ovalados de sus paredes, la mayoría de cuando tenía ocho años. ¿Había sido más bonita que otras niñas de mi edad? Me preguntaba aquello mientras repasaba tres voluminosos álbumes con fotografías mías con siete y ocho años. Decentemente bonita, supuse, con expresiones que iban de la amodorrada satisfacción al descaro de una colegiala (en algunas fotografías tenía la costumbre de levantar y fruncir la barbilla), pasando por el juego irreflexivo y atrevido. En unas, salía mofletuda y poquita cosa; en otras tenía cara de zorra con ojos cinéticos: chica de pulso acelerado, chica de mejillas sonrosadas y pelo descortezado. Mis actos más mundanos habían quedado atrapados y fosilizados: agacharme para atar un mugriento cordón, aplaudir, dar de comer a los periquitos, inclinarme para coger una piña. Muchas instantáneas con los helados de cono de Mister Softee o con las piruletas. Luego había otro grueso álbum de cuando tenía once años, y otro de considerable tamaño de cuando contaba doce. Después estaba el álbum de la *Niña en patines*. En cambio, no había álbumes con fotografías mías después de los doce años. Había un montón de imágenes de ese período, pero estaban sueltas, guardadas en la caja de madera que yo había hecho para Peter en clase de manualidades.

Destacaba una de entre todas ellas: una Polaroid de mi octavo cumpleaños, en bañador, aferrada al borde de una mesa de picnic de hierro forjado. Aquella especie de ninfa de pelo descortezado estaba allí sentada con su cuerpo enjuto encorvado como el arco de un violín. El rostro de la niña tenía una expresión que ninguna de las demás contenía: un inusitado aire de indiferencia, una seguridad obscena, cortante. La expresión era de puro poder: la conciencia de un cuerpo delgado y sensual, un atractivo fuerte y lúcido, con brazos y piernas ágiles como flautas, el pelo mojado y despeinado. Esta altivez infantil, su complicidad en esa fotografía... ¿de dónde le venían? ¿Cómo aprendió a adoptar esa expresión? ¿Acaso acudió una noche a mí con catorce años, las rodillas sucias y el rostro rústico? ¿Acaso ese fantasma de veranos pasados se coló en mi habitación como un súcubo, rozó su pecho contra el mío como cable vivo, y despertó a la amodorrada, eléctrica y hastiada criatura Nina, que bullía en mi interior como una lata de refresco agitada?

Al igual que una de esas hadas madrinas encantadoras y encantadas, Nina tomó entre sus manos el rostro bronceado de la niña, lo besó de lleno en la boca medio abierta y susurró: «Margaux, soy tu futuro».

Peter decidió pintar las paredes de su habitación después de que yo me hubiera quejado de que aquel amarillo pálido era deprimente. El nuevo color que eligió fue un verde glacial que recordaba al interior de un aguacate.

—No quiero nada demasiado llamativo —dijo.

—La atención debería centrarse en todos los bellos rostros de la habitación. —Con eso, se refería a mí, a Karen, a Zarpas, y a Jill. Jill. La odiosa, adorable y colorada Jill, más bonita que yo por sus ojos azules y su pelo rubio. ¡Cuántas veces había mirado yo a aquel espectro de ocho años que ahora tendría mi edad!

—Peter, no lo soporto más —protesté.

—¿El qué? —preguntó él, moviendo el pincel con elegancia arriba y abajo. Las paredes tenían la imprimación del día anterior, y estaban listas para una nueva capa de pintura.

—El colegio —dije, echando mano de lo primero que me vino a la cabeza.

—¿Siguen molestándote?

—Iba caminando en la fila y noté un fuerte golpe en la espalda. Unos chicos se echaron a reír. No estoy segura de quién fue.

—¡Qué valiente! Atacar a alguien por la espalda.

—Sí, lo sé. Este colegio no es mejor que el Holy Cross. De todas formas, creo que ya nos han visto juntos. Saben que no eres mi padre.

—Bueno, terminas el curso dentro de unos meses. Entonces podrás decir ¡hasta siempre! a ese colegio. —Le había dicho a Peter que papá quería matricularme en un instituto católico del oeste de Nueva York, lo bastante lejos para que los rumores no me siguieran.

—Peter —confesé, haciendo acopio de valor—. No quiero que cuelgues esa fotografía de Jill cuando la pintura se haya secado. Forma parte del pasado y ya ni siquiera se parece a ella.

Peter se aclaró la voz.

—Tengo varias fotografías tuyas, y sólo una de Jill.

—Se han quedado anticuadas. No has puesto ninguna fotografía mía reciente en esas paredes.

—¿Estás de mal humor por lo que pasó en el colegio? No deberías desquitarte conmigo.

—Lo único que quiero es que no vuelvas a colgar esa fotografía. ¿Es mucho pedir? Siempre dices que harías lo que fuera por mí.

—Esto es manipulación. Estás intentando manipularme. —Siguió pintando.

—No estoy intentando manipularte. Esa fotografía me molesta. Cada vez que, ya sabes, que te hago algún favor, tengo que ver esa fotografía.

—¿Estás intentando culparme? ¿Eso es lo que te propones? Porque te ha sentado mal algo totalmente ajeno a mí, unos niños, un incidente que nada tiene que ver conmigo...

—A veces creo que me utilizas. A veces creo que no me amas.

—¿Que te utilizo para qué? —Se dio la vuelta; por fin había captado su atención—. ¿Para qué te utilizo?

—Es como si fuera un objeto. Como si no fuera una persona. Como si fuera una muñeca.

—¡No me lo puedo creer! Durante años, tu padre te ha dicho directa o indirectamente que no vales nada. Los niños del colegio hacen que te sientas inútil. Y yo, por otro lado, siempre he intentado fomentar tu autoestima. ¡Todo lo que hago es para hacerte feliz! —Tenía los ojos empañados en lágrimas, y al intentar acariciarlo, me apartó la mano—. ¡Pienso en ti cuando me levanto por la mañana, cuando me voy a dormir por la noche! Lo primero que hago al levantarme es tomar una taza de café, fumarme un cigarrillo y escribirle una carta a Margaux. ¡Mira todas estas libretas! —dijo, señalando un cajón con las libretas de cartas—. ¡Mi habitación es un santuario consagrado a ti!

Era cierto. Todo lo que era yo estaba guardado en aquella habitación. Si Peter no me miraba, si no me adoraba, ¿cómo iba yo a existir?

22

LA BODA

Cuando caminaba por New York Avenue, un anciano le dio una patada a una botella de cerveza. Unas palomas picotearon un trozo de yuca, dándole vueltas como a un disco de hockey.

—*¿Qué hora es?*[1] —Una abuelita vestida de negro me dio un toque en el hombro. Zapatos negros con suela de goma, vestido negro—. *¿Qué hora es?*

—*No español* —dije, arrancándome a mí misma de mi hipnótico estado—. *No hablo español.*

Ella asintió y alargó la mano para acariciarme la cara.

—*¡Qué linda!* —dijo en voz baja, y me percaté de que me decía aquello porque llevaba puesto el vestido del baile de fin de curso.

Me lo había dado Yolanda, una mujer que vivía enfrente de Peter. Había sido nuestro único apoyo entre todos los vecinos chismosos; hablaba con nosotros siempre que nos veía por la calle, y una vez dijo que era terrible que lo pasáramos mal sólo porque teníamos una amistad que la gente consideraba rara.

La mujer de negro se alejó, dejándome sonrojada. Le había parecido hermosa con mi vestido. Yolanda me lo había dado para un baile de fin o de inicio de curso, pero yo sabía que nunca asistiría a uno de ésos. Me había puesto el vestido para la fiesta de mi décimo cuarto cumpleaños, y ahora lo llevaba a mi boda. El vestido era un modelito blanco de chiffon bordado con cuentas, las mangas abombadas y un corpiño semitransparente. Mis zapatos también eran de Yolanda: unas sandalias abiertas de crepé blanco con empeine de satén arrugado y unos relucientes diamantes de imitación por encima.

Con aquellas elegantes sandalias, tenía que procurar no tropezar en los anchos escalones verdes que conducían a las puertas de Saint Augustine. No estaba acostumbrada a llevar tacones. De hecho, sólo usaba deportivas, porque nunca iba a fiestas o bailes. Las deportivas, el único calzado que a Peter le parecía sexy. De repente, me preocupó mi elección.

Pero aquel día Peter me llenó de cumplidos cuando nos encontramos en el pórtico de la iglesia. Él iba enfundado en su traje de bodas y entierros, el mismo que se había puesto para conocer a papá. Llevaba la dentadura postiza y olía a Brylcreem. Nos bendijimos con el agua bendita de una pequeña pila bautismal antes de entrar en la iglesia.

Allí las misas se daban en inglés y en español, pero no había misa cuando nosotros entramos aquel martes por la tarde del mes de julio. La iglesia estaba vacía, salvo por un vagabundo con unos pantalones de franela que dormía en un rincón.

—Me alegro de que esté aquí —le susurré a Peter—. Puede hacer de testigo.

Elegimos un banco en el centro de la nave. Peter cogió una Biblia encuadernada en cuero negro. Empezó a leer en voz alta el Salmo 23.

Yo repetí después de él:

—Él me hace descansar en verdes praderas, / me conduce a las aguas tranquilas / y repara mis fuerzas.

Vi la Gold Wing, negra y plateada. Vi los arbustos de River Road, cargados de frambuesas rojo oscuro. Vi la habitación de Peter, las estatuillas con forma de niña: bailando, cuidando de las ovejas, dando de comer a los animales. Vi el mundo dentro del resplandeciente terrario de Peter y de la casa de ladrillo que albergaba los personajes de la Historia. Todo lo sagrado era mío. Me pertenecía. Estaba en la iglesia. Era una novia.

Yo también era una virgen, como la madre de Dios; nunca había tenido relaciones sexuales. Llevaba un vestido inmaculado. Peter me había hecho una fotografía así vestida delante de una tarta con catorce velas. Las luces de la cocina estaban apagadas, y en la fotografía sólo se intuía el perfil de la vitrina donde Inès guardaba platos y tazones. Su sopera, su tetera, sus tazas de té, su cafetera, sus platos y tazones, testigos mudos como el hielo. ¡Caray!, aquella fotografía sí que era rara. Mis ojos eran dos puntos negros; parecían los agujeros que las hogueras dejan en la tierra. Normalmente, mi aspecto iba en consonancia con mis catorce años, pero en aquella instantánea Peter decía que aparentaba diecisiete o dieciocho.

—Con ese vestido, tu cuerpo se ha convertido en el de una mujer. ¿Cuándo te has hecho mayor?

No era el cuerpo. Lo que había madurado era la cara. La mirada. Peter se negaba a hacerme una fotografía si no sonreía, y yo

esbozaba las cenizas más grises de una sonrisa. Había tarta helada con forma de corazón y fresas por encima. Peter y yo. Nadie más vino a nuestra fiesta. Aquel día en la cocina de Inès reinaba el silencio de la iglesia.

Hicimos los votos. Peter me puso la alianza en el dedo. Pero no nos besamos, porque yo temía que alguien nos viera.

En la habitación principal de casa de mis padres, había una cama de matrimonio demasiado grande para mí. O tal vez poco grande. Cada noche, me iba a dormir en el lado derecho y acababa en el izquierdo, toda enredada y retorcida en el edredón, con pequeños rasguños en brazos, barriga y piernas que yo misma me hacía mientras dormía. Aunque mi madre aún dormía en la ampliación de la cocina que papá había hecho para ella, guardaba todos sus discos en la habitación principal. Allí pasaba horas y horas durante el día, escuchando aquellos discos en silencio y mirando fijamente el tubo fluorescente circular del techo.

Un sábado por la noche, papá entró en la habitación principal, donde yo leía a V. C. Andrews bajo el aplique. Al principio no dijo nada, simplemente se quedó mirando el tocadiscos. Era evidente que estaba borracho.

Al cabo de un rato, se volvió hacia mí:

—Escucha, entre tú y yo, voy a deshacerme de ellos. ¡Estos discos la han vuelto loca! Sólo tú y yo sabemos lo que es esto, ¿verdad? Bueno, al menos tú te escondes en casa de ese viejo. Pero yo estoy aquí metido, en el infierno, con esta mujer enferma. Estás morena. ¿Sabes? Hace años que no voy a la playa. Me estoy convirtiendo en un fantasma de lo que fui. Estoy dando mi sangre y mi dinero para que tú puedas vivir. ¿Me entiendes? Tú vives sin preocupaciones. Apenas ves su cara. No tienes el valor de plantar cara al sufrimiento. Eres débil de carácter; ¡debería darte vergüenza! Tu propia madre te trae sin cuidado; ¡por vergüenza! La diabetes dejó a mi padre paralítico cuando yo tenía ocho años; pero ¡me quedé a su lado! Ayudaba a mi madre a cocinar. ¡Debería darte vergüenza vivir tan tranquila! Ella está así por ti. El embarazo y las hormonas posparto la dejaron hecha polvo. Ahí va un consejo de alguien que sabe lo que dice: no te quedes embarazada, no te cases. Su sangre ha contaminado la nuestra. Vivimos en los confines de una maldición. Una maldición que tiene cuatro paredes y una

ventana por donde puedes ver la vida que podrías haber tenido.

Papá se sentó y miró su vago reflejo en el espejo de cuerpo entero. Empezó a hablar otra vez, esta vez en voz baja y sosegada.

—Habéis hablado de demonios en esta habitación. En esta habitación, ¿verdad? La otra noche oí que le decías a tu madre que una voz venía del aire acondicionado. La próxima vez no salgas corriendo junto a tu madre. Escúchame: la próxima vez, no te muevas y presta atención. Tal vez descubras que sólo es el camión de la basura, un perro que aúlla o tu propio grito. El mundo se hace insoportable sólo cuando se vuelve sordo. Yo he aprendido a vivir con mis pesadillas. Tu madre no sueña nada. Me lo dijo una vez. No tiene sueños, ni uno.

Hablaba en serio, pero de manera tan inusitadamente tranquila que pensé que era la única oportunidad que tenía de revelarle un error que acababa de cometer: me había comprado unos vaqueros demasiado ajustados y enseguida se me habían quedado pequeños.

Él se sentó en el borde de la cama, escuchando en silencio bajo el tenue resplandor de aquella lámpara de lectura.

—Te lo enseñaré —dije. Y fui corriendo a la habitación de al lado para coger un par de vaqueros. Empecé a embutirme en ellos delante de papá, los ojos fuera de las órbitas—. Pensaba que llevaba una talla tres o cuatro. Estaba segura. El caso es que ya no tengo el tíquet...

Papá se puso en pie.

—¡Te comportas como si la culpa fuera mía! ¡Y la culpa es tuya! ¿Por qué compraste la talla equivocada? ¡Te falta sesera, como a tu madre! Has heredado su estupidez, ¿lo sabías? A partir de ahora, ¡te compraré yo los vaqueros en la ciudad!

—¡No, tú no vas a elegir mi ropa! ¡Ya me compraré yo mis vaqueros en Bergenline!

—¿Por qué? ¿Para comprarte unos de marca?

—¡Tú llevas ropa de marca! ¡Tu ropa sí que es cara!

—¡Tengo que ir presentable al trabajo! ¡Tú no trabajas! ¡Tú no haces más que amargarme la vida! ¡Ése es tu trabajo a jornada completa! ¡Hacerme la vida imposible! ¡Poner a tu madre enferma y mandarla al hospital con tu mal comportamiento!

—¡Cállate! —No podía soportar que me culpara por la enfermedad de mi madre—. ¡Está allí por ti, cerdo abusón!

—¡Más vale que no me hables así! ¡Te vas a quedar sin paga! ¡Y entonces tendrás que quedarte en casa!

—¡Prefiero morirme de hambre a quedarme en casa contigo! Yo también acabaría en el hospital si un día tras otro te oyera decir lo mucho que nos odias.

Él sacó el puño y yo grité:

—¡Vamos; ojalá me mataras! ¡Desearía no haber nacido nunca! —Iba en serio.

Él me volvió la espalda, cerró las manos junto a la cara.

—Eres una niña mimada, ¿me oyes? Pones enferma a tu madre, ¿me oyes? Me has arruinado la vida, maldita seas.

Corrí escaleras abajo y me encerré en el cuarto de baño. En cuanto oí que cerraba la puerta de un golpe, dando voces, me agarré a la tapa del radiador y empecé a sacudirla.

—¡Eh, eh, eh! ¡No rompas nada! —Desde el exterior, tiraba del pomo de la puerta. Di una patada a la reja del radiador con el pie enfundado en un calcetín, no sentí nada—. ¡Sal de ahí! Escucha: ¡te daré el dinero! ¡Pero sal de ahí! —Abrí la puerta y allí estaba él de pie. Nos miramos a los ojos. Él dio media vuelta y cogió la cartera de mala gana.

—Soy tu banco —dijo, contando lentamente el dinero y deteniéndose de vez en cuando para fulminarme con la mirada—. No tienes consideración. Ni orgullo. Ni dignidad. Ni clase. Ni conciencia. Ni sentimientos. Ni amor propio. Eres un monstruo.

Yo me acerqué a él y le dije:

—No lo tires al suelo; dámelo en la mano.

—Más vale que te comportes —murmuró, torciéndome la cara al darme el dinero—. ¡Y ahora déjame solo! ¡Por favor! ¡Lárgate de aquí! ¡Mirarte a la cara me pone enfermo!

Aquella misma noche oí que papá le hablaba de mí a mi madre en la cocina cuando creía que yo estaba durmiendo. Había ido al cuarto de baño, pero en cuanto los oí bajé a hurtadillas las escaleras.

Ella estaba acostada en su sofá cama, en la ampliación de la cocina, mientras él trabajaba en la mesa un par de pendientes.

—¿Tú qué les dijiste? —oí que le preguntaba—. Mira, si alguien pregunta, es su tío, tu hermanastro. Díselo también a ella, para que lo sepa.

—¿Qué comenta la gente, exactamente?

—Preguntan: «Louie, ¿quién es ese hombre que anda por ahí con

tu hija? ¿Ese tipo está bien? ¿Ya te fías de él?» Si los rumores han llegado a los bares, es que pasan demasiado tiempo juntos. ¿Y eso por qué? Yo pensaba que Margaux estaba más con la novia de ese hombre, y con sus hijos.

—Pasean el perro juntos. A la gente le gusta distorsionar las cosas.

—Sobre todo cuando se trata de mí. La gente es una envidiosa. Porque soy un hombre respetado en la ciudad. Tengo muchos amigos. Todo el mundo me conoce. Soy popular. Pero ahora me doy cuenta de que el tipo de la churrasquería me mira raro. Siempre voy allí. Soy un buen cliente. Bueno, el caso es que la gente habla. Margaux debería dejar de ir a esa casa. Y a lo mejor, después de un tiempo, debería apartar a esa gente de su vida.

—Son los únicos amigos que tiene, Louie.

—Lo sé. Si no fuera por eso, le habría prohibido ir tan a menudo. Pensaba que era una etapa; que se le pasaría. Sin embargo, se ha convertido en una obsesión.

—Bueno, ¿y qué le queda?

—No lo entiendo. ¿Qué es lo que la atrae? Esa casa en ruinas no es un carnaval. ¿Qué puede hacer allí una niña de su edad todo ese tiempo? Ese viejo es amable, pero no puede ser sano para ella. ¿De qué hablan durante esos paseos? Seguro que él se lamenta de su vida antes del accidente, antes de su divorcio. Esa clase de conversación puede deprimir a una niña. ¿Qué aprende ella de eso? Y aunque ese hombre no es fuerte, o no mucho, ¿qué se le pasa por la cabeza? Ahora ella es mayor. Más mujer, menos niña.

—¿Qué insinúas exactamente?

Papá se echó a reír.

—Una niña no puede sentir nada por alguien tan decrépito. Eso no sería normal. En cambio, es posible que el viejo sienta algo por ella y lo disimule.

—De eso nada. Ella es dulce e inocente.

—Vale, vale. —Papá levantó las manos, luego retomó su trabajo con los pendientes—. Te creo. No quiero seguir hablando del tema. Me pone enfermo. Además, al final, tú eres la madre. Haz que vaya menos a esa casa.

—No hay nada que yo pueda hacer. Sabes que no la puedo controlar. Tendrás que hacerlo tú.

—¿Yo? —Papá colocó los pendientes sobre la mesa y cogió la lupa—. No tengo poder sobre ella.

—Bueno, yo tampoco. Me rompió el reloj. Lo arrojó contra la pared y se le rompió el cristal de la esfera. No recuerdo sobre qué discutíamos.

—¡A veces temo que derribe la casa conmigo dentro! ¡He visto películas! ¡Hay niños que matan a sus propios padres! Se pone furiosa, empieza a gritar y rompe cosas. Apenas puedo hablar con ella. Ya nunca nos decimos más de dos palabras. Los fines de semana, ni siquiera me da los buenos días.

—¿Y por qué no se los das tú primero?

—Está fuera de control. Quiere que le aumente la paga. ¡Para poder gastarse el dinero en pizzas y hamburguesas con ese hombre! Puede quedarse a comer los platos sanos que yo le preparo.

—Bueno, creo que comen en sitios como El Pollo Supremo y El Unico. Eso no es comida basura.

—¡No puedo permitirlo!

—Louie, empieza por darle los buenos días. Alguien tiene que ser el primero. Y, para su próximo cumpleaños, asegúrate de decir «Feliz cumpleaños».

—¡Este año no me lo dijo ella a mí! Fue mi cumpleaños y no dijo nada. Por Navidad, tampoco dijo nada. Le regalé un collar, el que hice con el crucifijo de oro y el diamante en el centro. Ni siquiera me lo agradeció.

—Lo lleva puesto.

—Nunca me ha dirigido ni una palabra de agradecimiento. Debería llamarla el fantasma porque así es, como un fantasma.

—Pues se morirá si intentas separarla de Peter. Se morirá. Dejará de comer; lo sé. A lo mejor se va de casa. Ellos son todo lo que tiene.

—Como un fantasma que entra y sale sin ser visto; salvo cuando habla, porque entonces se hace oír. Anda por casa como si todo le perteneciera. Deja el tazón de cereales en la mesa para que yo lo recoja luego. Como si yo fuera su esclavo o algo así. Deja sus papeles y sus libros desparramados sobre la mesa. Le digo que recoja los papeles o se los recojo yo. Y entonces empieza a gritarme: «¡No toques mis papeles, aléjate de mis cosas!» Yo no le he hecho nada. Se ha vuelto rebelde. Completamente rebelde.

Tras haber hablado con Peter de la conversación que había oído, ambos acordamos que debíamos cuidarnos muy especialmente de

ser vistos, lo cual ahora sería aún más difícil teniendo en cuenta que él ya no podía subirse a la moto. Aparte del dolor crónico causado por una lesión en la columna vertebral, creía que tenía artritis. Inès sugirió poner un cartel de «SE VENDE» en la Gold Wing y usar el dinero para comprar un coche, y Peter dijo que lo haría, pero nunca lo hizo. Esperaba que un milagro hiciera desaparecer su dolor, que le permitiera volver a subirse a la moto.

Además de este problema, nuestras peleas se hicieron más frecuentes y violentas. Peleas porque él me pedía favores sexuales cada día, o casi cada día, sin ofrecerme placer a cambio y hacía que me sintiera culpable si intentaba negarme, porque salía con Inès los domingos, porque tenía fantasías recurrentes. Alguna vez Peter incluso había empezado a estrangularme, lo cual me producía una extraña sensación: mi cabeza daba coletazos como si fuera de goma, océanos de puntos negros estallaban ante mis ojos empañados.

—Temo que un día me ponga hecho una furia y te mate sin querer —dijo, apoyando la cabeza en mi pecho y jadeando después de una pelea especialmente intensa—. Entonces tendré que suicidarme, porque no puedo vivir sin ti. Te quiero mucho, ¡y no deseo volver a hacerte daño! ¡Nunca más me lleves hasta ese extremo donde el mal se pueda apoderar de mi cuerpo! No me lleves a ese lugar del que no puedo salir, cuando estoy ciego y sólo quiero matarte porque me pones furioso. Puedes ser muy cruel conmigo, hacer que me sienta un don nadie. Yo sólo quiero que todo sea como cuando eras pequeña, y a veces pienso que si los dos estamos muertos podrías volver a serlo; entonces me odio a mí mismo por pensar eso, porque te amo y eres tan joven que moriría antes de hacerte daño. Cariño, tú tienes toda la vida por delante y yo me muero. Apenas puedo dormir, hay días en que ni siquiera me apetece despertar por la mañana, y pienso que seguirás tu camino sin mí porque eres joven y puedes encontrar a otra persona mientras yo me pudro aquí en mi habitación con mis fotografías y mis recuerdos de ti. —Yo sabía que era el otro lado de Peter, el lado malo, el que me había hecho daño; el Peter maltratado que no podía evitar atacar.

—Eso no pasará, Peter —lo consolé, abrazándolo—. Antes moriremos. Tú me estrangularás o me asfixiarás con una almohada, y luego te suicidarás. Como Romeo y Julieta. Y entonces será como tú has dicho, será como antes, como cuando sacudes una bola de cristal navideña y todo se repite una y otra vez; será precioso.

—Te quiero mucho —repitió Peter, mientras yo le acariciaba la cara y el pelo—. Es sólo que no puedo soportar que me pongas el hacha sobre la cabeza, que te comportes como mi verdugo, afilando el acero. Jamás podría ir a la cárcel. Y tú lo sabes.

El hacha era nuestro secreto. Alguna vez, cuando nos peleábamos, yo perdía los papeles y amenazaba a Peter con ir a la policía y contárselo todo. Habría sido un acto autodestructivo porque sabía que, si a él lo detenían, yo me sentiría tan culpable que acabaría suicidándome. Nunca podría traicionar a la única persona del mundo que realmente se preocupaba por mí.

23

EL CONFESIONARIO

Por fin descubrimos un lugar cerca de casa donde podíamos estar a solas, cogernos de la mano y decirnos las romanticonerías que tanto ansiábamos. Para llegar a nuestra nueva guarida, teníamos que bajar por una larga escalera de aluminio enmarcada en una elaborada verja de hierro forjado sita en Boulevard East. Solíamos hacer un alto en el camino, junto a un puesto de comida donde comprábamos un perrito caliente y una limonada; luego descendíamos 221 peldaños en círculo perrito en mano. Peter se cansaba tanto durante nuestro arduo periplo que se dejaba caer sobre un escalón, sacando la lengua de broma como si de *Zarpas* se tratara. Cada vez que hacía aquello, me correspondía darle un beso lleno de energía, como años atrás. *Zarpas*, cuyo hocico ya se había vuelto gris, se alegraba de poder descansar con Peter mientras yo esperaba impaciente. Los peldaños estaban hechos para que la gente accediera al ferry, sin embargo para nosotros eran un portal de acceso a un rincón privado en el bosque donde nadie podía vernos u oírnos. La Historia podía ser tan guarra como yo lo quisiera, sin que nadie más me oyera (a diferencia de nuestra vida sexual, la Historia nunca giraba en torno a las fantasías de Peter; estaba mucho más centrada en Nina y en sus proezas); así que aquella larga y tortuosa ruta por Weekhawken bien valían la pena: tanto la caminata de ida como el agotador regreso. Muchas veces, cuando llegábamos a casa, le daba friegas a Peter en la espalda con loción infantil, y Peter descansaba sobre su manta eléctrica mientras yo leía para él.

—Mamá, cuida de mí —bromeaba conmigo. A mí me gustaba sentir que me necesitaba. ¿Quién, si no, le iba a dar friegas en la espalda? ¿Quién leería para él durante horas hasta quedarse sin voz, hasta que él se dormía en su hombro? ¿Quién iría a El Unico a comprar comida, como yo siempre hacía cuando él estaba demasiado dolorido para salir de su habitación?

A mi entender, las mamadas y los masajes formaban parte de su mantenimiento general. Peter solía decir en broma que era como el

Hombre de hojalata, necesitado de la aceitera del amor y el cariño; en cuanto a mí, ser la cuidadora de Peter dotaba mi vida de rumbo y sentido, algo de lo que antes carecía. Me veía a mí misma como el ángel de la guarda de Peter. Él decía que nunca estaba tan hermosa como cuando cuidaba de una paloma con el ala rota; de un ansarino que piaba separado de su madre; de una tortuga vuelta sobre su caparazón a la que devoraban las hormigas.

Yo sólo tenía catorce años, pero a menudo me parecía tener cuarenta. Cuidaba de Peter como si fuera mi cachorro, un osezno grande, torpe y pesado, cansado y maltrecho, al que acogía en mi regazo con su carita berreona para enjugarle las lágrimas con pañuelos de papel. Las suyas eran las lágrimas de una vida arrasada que a su vez había arrasado las de otros. En nuestra última caza, me reveló secretos que nunca antes había confiado a nadie; y yo procuré escuchar sin juzgar, como enseña la Biblia. Intenté tratar sus historias como si formaran parte de nuestra Historia, de una novela que hubiera leído recientemente o de una película que hubiéramos visto juntos. O de una escena religiosa como la de las dos hijas de Lot seduciéndolo en una cueva, quizá, o la de Jacob con piel de cabra en el cuello y en las manos para convencer a su padre ciego de que lo bendiga. La vida para mí había perdido buena parte de su sustancia; los extremos se desplomaban hacia el centro, y en ese vacío que quedaba estaba la compasión que Peter había buscado sin éxito durante toda su vida. O tal vez «compasión» era la palabra incorrecta; lo que él me contaba era más una confirmación de lo que yo ya sabía en términos bíblicos: el Peter malo, bajo la influencia del demonio, hizo cosas terribles. Su sinceridad daba fe de que finalmente el buen Peter triunfaba sobre el malo, porque para mí ése era el propósito de la confesión: descubrir lo que uno había hecho mal y dejar de pecar. Una confesión que luego nunca dejó de perseguirme fue la del gato que ahorcó de niño. Había encontrado el gato en la nieve y se lo había llevado a casa para darle leche y atún, y el animal le había hecho un arañazo en el brazo. Lo mató porque no podía soportar la traición, no cuando en su vida todo el mundo había demostrado no ser de fiar. Yo insistí: «De verdad mataste un gato?» Él me aseguró que después se había sentido terriblemente culpable, pero a mí aquello no dejaba de perturbarme profundamente. Había otra historia, la de cómo había matado de un tiro a su propio hámster. Cuando tenía diez años, había querido comprar una escopeta de aire comprimido por cinco

dólares; pero no se lo había podido permitir, así que vendió su cuerpo a un adulto que lo sodomizó en la habitación de un hotel. Había sangre por todas partes. Con el dinero que ganó se compró una escopeta de aire comprimido, mató a su mascota y luego se deshizo del arma.

En otra excursión al bosque, me dijo que su amor por las jovencitas había empezado con una niña de nueve años llamada Sylvia, una sobrina de su segunda esposa. Dijo que Sylvia se había metido en la cama con él, que había empezado a tocarlo y él no se lo había impedido. Al contrario, le había gustado; para él aquello era un juego, una travesura como aquella vez que, con trece años, dejó entrar en casa a una vecina de doce aún virgen. Intentaron mantener relaciones sexuales, pero a ella se le había resecado la vagina. Tras el incidente con Sylvia, había empezado a desarrollar una conducta sexual con sus propias hijas. Según dijo, era algo inocente, y ellas parecían disfrutar tanto como él. Su esposa se divorció de él cuando lo descubrió.

Era como si viera el dramatismo de una película extranjera y me negara a leer los subtítulos. Entonces pensé en algo que Winnie me había contado de mirar una película de terror donde le cosían los labios a un bebé, transmitiéndome esa imagen como si nada. Como si se sintiera orgullosa. Como si soportar aquella película la hiciera más valiente. Pero ¿a costa de qué? ¿De ver claramente la más terrible de las escenas? ¿Por qué Winnie me contó eso, por qué me lo transmitió? Como si fuera una lámina de chicle o una horquilla.

—Te amo —dijo Peter, la voz rota—. Y eres especial. También amaba a mis hijas, y sólo quería demostrarles cuánto. Pero ahora me doy cuenta de que estaba tan enfermo como un alcohólico, un ludópata o un drogadicto. No hay rehabilitación para gente como yo, y me siento aislado del resto del mundo. Me siento como un paria que nunca encuentra su lugar.

—No lo entiendo —dije—. Solías decir que sólo estaba yo, pero ahora reconoces haberlo hecho antes con otras niñas. Pensaba que era especial. Dijiste que te habías enamorado de mí. —Al pensar aquello, me sentí como una fuente de suministro eléctrico con demasiadas tomas de corriente en uso, como si todo mi cerebro se hubiera fundido.

Peter me agarró de la mano.

—Tengo que cambiar como sea. Aunque sea lo intentaré yo solo. —Hizo una pausa. Y añadió—: ¿Me ayudarás?

—Sí —contesté con voz débil, aunque no estaba segura de que quisiera hacerlo.

Un día de septiembre me encontré una revista gay en el bosque, empapada de lluvia, y la hojeé, a pesar de las hormigas que tenía pegadas a sus brillantes páginas. Peter miraba irónicamente mientras yo pasaba páginas y páginas de chicos con genitales de postín, hombres musculosos cuyos corpachones eran como minisistemas solares, jovencitos que parecían chicas y recibían el nombre de *twinks*. Yo prefería a los *twinks*, con sus pechos esqueléticos, sus rostros bellos y libertinos, sedados y hastiados, de expresión excitada. En una de las fotografías, un hombre musculoso sostenía la cabeza de un *twink*, que se la chupaba con entusiasmo. Había ternura en la imagen, pensé, una energía cooperativa; la escena resultaba casi parental. El *twink* miraba al musculitos con los ojos poblados de pestañas bien abiertos, en busca de amor y aliento, y el hombre que recibía su placer miraba al chico con benevolencia. A medida que iba pasando las páginas, se sucedían ante mis ojos otras escenas de amor: hombres besándose sin vergüenza, hombres amándose mutuamente con bocas y manos.

Peter intervino:

—Escucha, hay algo que quiero decirte. Sobre un sueño que tuve hace unas semanas.

Me sorprendió que no me hubiera mencionado antes ese sueño, porque una de las primeras cosas que hacíamos cuando nos veíamos cada pocos días era repasar nuestros sueños y tratar de interpretarlos.

—En el suelo vi a un ángel de pie con un halo azul. Llevaba un vestido blanco parecido a tu vestido de boda. No me juzgaba. —Tragó saliva, y yo enseguida le ofrecí un pañuelo de papel de mi paquete de viaje—. No me miraba como si le diera asco, o como si le pareciera un mal hombre. Y yo no tenía miedo. Me acerqué a ella. Y vi que detrás del ángel había una escalera. —En ese preciso instante empezó a sollozar, y yo lo abracé.

—No sigas. Te está afectando mucho.

—Tengo que contarte lo de la escalera. Le faltaba un montón de peldaños. Ella permanecía allí de pie en su resplandor azul y me miraba con una calma perfecta. Al cabo de un rato, su mirada se llenó de horror. ¿Ves? He estado leyendo esos libros mientras tú

estabas en el colegio, sobre cómo los niños interpretan la sexualidad...

—¿Y la escalera?

—No podía abarcarla toda con la vista porque la parte superior estaba envuelta en niebla. Como la niebla que cubre Manhattan y hace que parezca haberse desvanecido. Y como el ángel no dejaba de mirarme, descubrí lo que representaba. Era tu vida, cariño. Y los peldaños que faltaban, los años que habías perdido por mi culpa.

—No sé de qué me hablas. —Me sentí como si volviera a sufrir otro cortocircuito.

—Deja que me explique. La vida pasa en etapas, como peldaños. Primero, eres una niña que juega con muñecas. Luego pasas a ser una preadolescente, descubres a los chicos. Después te conviertes en una adolescente y empiezas a salir. Pero tú te has saltado estas etapas. Tenemos que volver atrás y reparar la escalera. Y para eso tenemos que dejar de lado todo lo relacionado con el sexo. Cortar por lo sano. Nuestro amor debe ser totalmente puro y espiritual. Yo seré tu padre.

—Tú ya eres como un padre.

—Me refiero a un padre que no mantiene relaciones sexuales contigo. —Miró a *Zarpas* como en busca de apoyo—. Tenemos que parar. He empezado a reconstruir la casita de muñecas. ¿Te acuerdas? La casita de madera que empecé a construir para ti hace muchos años y que nunca terminé. Pensaba que podrías jugar con ella. Yo mismo te conseguiría algunas muñecas. Sería el orgulloso padre que espera ansioso a que su hija llegue a casa para hablar de su cita.

—Hay un chico que me gusta en el colegio. Pero yo no le gusto. Le dije a una amiga en secreto que me gustaba y ella fue corriendo a decírselo. ¡Dios, cómo odio el instituto! Quiero largarme de allí. Pero no puedo; no soy lo bastante mayor.

—¿Has oído lo que te acabo de decir? No podemos seguir manteniendo relaciones sexuales.

—¡Estamos casados!

—No legalmente.

—¡Esto no es justo! ¡Qué rabia! ¡No puedo volver a ser una niña! ¡Y ahora me dices que no puedo ser una mujer! —Yo sabía que lo más importante era mirar hacia delante y dejar atrás mi infancia, pero ahora él quería impedírmelo.

—Podemos volver a empezar. Sé que podemos. Esta vez lo

haremos bien.

—¡Me estás haciendo a un lado como todos los demás! ¡Soy demasiado mayor y ésta es tu manera de deshacerte de mí! ¡No quieres tener problemas! ¡La gente rumorea, Inès te presiona! ¡Quiere echarme, lo sé! ¡No había ningún problema cuando lo hacíamos en el sótano! ¡Cuando estábamos solos tú y yo, en el sótano...!

—Por eso esto tiene que terminar —insistió Peter, temblando—. Mira lo que te está haciendo.

—¿Miguel y Ricky andan diciendo algo de mí?

—No, te prometo que no. Lo cierto es que no me hablan.

—¡Apuesto a que es por mí! ¡Nadie me soporta! ¡Inès, tu preciosa Inès, nunca me dirige ni una palabra!

—Inès es tímida. Siempre lo ha sido. A veces nos oye pelearnos, y eso la incomoda.

—¡Oh, me siento culpable! ¡Me siento muy mal por perturbar la paz! ¿Por qué no defiendes a Inès un poco más? ¿Por qué no vivís felices y coméis perdices? Y yo desaparezco del mapa. No te preocupes de si estoy viva o muerta, ¡siempre te quedarán mis fotografías! ¡Ellas nunca dirán ni una palabra!

Sin darle tiempo a responder, salí corriendo hacia el bosque, carretera abajo, atravesé el aparcamiento y finalmente llegué al puerto, donde me senté al borde de un embarcadero vacío, sobre el agua gris del río Hudson, hasta que Peter llegó cojeando, con *Zarpas* de la correa, y me pidió que no saltara.

24

UN EXTRAÑO EN EL ESPEJO

Aquel mes de noviembre, Peter compró un coche, un Ford Granada de 1978, y mi madre fue nuevamente ingresada en el hospital por depresión y paranoia. Papá me despertó a las cinco y media de la mañana para decirme que mamá había confesado que había ingerido limpiacristales 409 Glass Cleaner y estaba vomitando; teníamos que llevarla al pabellón psiquiátrico cuanto antes, así que ¿podría venir Peter aunque fuera a horas intempestivas? Yo le comenté que ahora Peter tenía coche, y papá se sintió aliviado. Antes de salir de mi habitación, dijo:

—He estado a su lado continuamente, ¿sabes?, por su carácter suicida. Me pasé tres semanas sin salir de noche. Cada noche escuchaba sus estupideces. Ni siquiera la bebida me mantenía sereno; sentía que la sangre se me salía por los poros. La cháchara de la mafia. ¡Ay, la mafia persigue a Margaux! Le dije que era sólo algún gracioso. Pero ella insiste en que es la mafia, no sé si lo cree de verdad o sólo quiere volverme loco. Luego dice que ve a gente en la calle enjugándose los ojos como si estuviera llorando. Y piensa que la policía va a detenerla. ¿Por qué?, pregunto yo, y no me responde. Canta para sus adentros en la calle, ¡humillando a su familia! Nos llevará al extremo de usar máscaras al salir de casa ¡para que nadie nos vincule con ella! Dijo que quería subir al tejado y prenderse fuego como una bruja en la hoguera, ¡sin pensar que nos quemaría a todos nosotros con ella!

Papá guardó silencio durante un instante, temblando allí encorvado sobre mi cama. Y prosiguió:

—El otro día estaba en el trabajo. Fui al cuarto de baño. Me miré al espejo. No podía creer lo pálido que parecía. Tenía el semblante de una momia de dos mil años. Lo más aterrador es mirar al espejo y ver a un extraño allí de pie con tu ropa. Me eché agua en la cara. Pensé: «Tengo que ajustarme la corbata. Tengo que volver a salir. Es lo que hay. Debería dejar de hacerme preguntas.» Pero ¿sabes qué me pasó en ese cuarto de baño? El agua me resbaló

por la cara. Al principio pensaba que era del grifo, pero luego me percaté de que brotaba de mis ojos, eran lágrimas, ¡y no podía evitar derramarlas! ¿Qué me ha pasado? ¿Qué ha pasado?

Entonces se levantó y resolvió:

—Llevémosla entre todos. En ese coche que él compró… ¿cuál dijiste que era?

—Un Granada —contesté, sin querer ir a ningún sitio con papá; no me gustaba hablar sobre mi madre, y era lo único que él sabía hacer. Papá me dejó con la imagen de mi madre envuelta en llamas en el tejado, muriendo calcinada. Aparté la mirada, incapaz de borrar aquello de mi mente.

—Vamos todos en el Granada, la internamos en el hospital St. Mary, y después comemos algo juntos. ¿Qué te parece el City Island? —Me parecía el peor lugar del mundo. Allí solíamos ir como una familia: papá, mamá y yo.

Vio la cara que ponía y dijo, casi suplicando:

—Podemos darles patatas fritas a las gaviotas. Podemos comer langostinos fritos. Y tú puedes pedir piña colada. Cuando eras pequeña, te quedabas las sombrillas de papel. Tenías una lata con unas cincuenta. La encontré una vez y pensé: «¿Qué hace, guardarlas para toda una vida lluviosa?»

Al City Island llevé un sombrero flexible de terciopelo que la brisa marina intentaba arrebatarme. Papá y yo estábamos borrachos; papá había intentado hacer que Peter bebiera, pero éste se escudó en que era el conductor designado. Papá estaba tan borracho que frotó su nariz contra la mía y Peter inmortalizó el momento con una fotografía. Luego ambos se sentaron sobre una mesa de picnic de madera y debatieron qué sería lo mejor para mi madre si no mejoraba: ¿permanecer ingresada en un hospital público, someterse a una terapia de electroshock? ¿O simplemente cambiar de medicación? Los dejé hablando solos. Me sentía culpable por no estar más en casa. Los graciosos del instituto que llamaban a casa para gastar bromas de mal gusto la habían vuelto paranoica. Algunos habían sacado mi número de una lista fotocopiada con los números de teléfono de todos los estudiantes para que éstos pudieran avisarse los unos a los otros cuando se suspendieran las clases. Aunque Peter y yo tomábamos más precauciones últimamente, nos habían visto pasear juntos. Los bromistas habían

amenazado con violarme y preguntaban si me follaba al viejo. Una vez me había hartado tanto que había metido el teléfono inalámbrico en el congelador, donde no se oyera sonar.

Al ponerse el sol, permanecí junto a la alambrada mientras ellos hablaban, observando cómo las gaviotas sobrevolaban el agua color turquesa, oliendo el aire también turquesa, los langostinos fritos y los montones de gente. Metí un cuarto de dólar en un prismático panorámico y lo giré a derecha e izquierda. A veces veía un barco solitario, a veces un poste de madera, y en una ocasión incluso capté una gaviota blanca flotando en el agua. Peter se me acercó por detrás y me dijo:

—Tu padre está tan borracho que espero que no tengamos que llevarlo de vuelta a casa esta noche. ¿Sabes qué? Hoy se ha portado bien. Me pregunto qué clase de persona habría sido si hubiera llevado una vida diferente.

—No vale la pena preguntárselo. Él es quien es —repuse, y ambos nos turnamos para mirar en silencio a través de los prismáticos. Cada vez que se nos acababa el crédito, Peter metía otra moneda; así lo hicimos hasta que él se quedó sin cambio.

Volvimos a la mesa de picnic que había detrás del restaurante de Tony donde papá seguía sentado, hurgándose entre los dientes con su palillo de oro.

—Una gaviota cogió una patata frita que había justo detrás de esa cesta. Se posó ahí y la robó delante de mí. ¡Qué raro! ¿Crees que trae buena suerte, Peter? ¿Podría ser una señal de que vendrán tiempos mejores? —preguntó, con una irónica sonrisa. Y luego nos entretuvo escondiendo una moneda de diez centavos bajo tres cáscaras de nuez que había cogido en el bar, poniendo a prueba la rapidez con que nuestros ojos podían seguir sus manos. Siempre ganaba yo, y Peter se justificó diciendo que su vista y sus reflejos ya no eran los de antes.

De camino a casa, sonó en la radio *Hotel California*, la canción favorita de Peter, y papá canturreó con voz de borracho algo sobre vino, cuchillos, y una bestia que no muere por mucho que la apuñales.

El invierno pasó con Peter fiel a su palabra: no mantuvimos relaciones íntimas. Yo echaba mucho de menos los abrazos y los besos de Peter, que él veía como una tentación. Dejamos de ver

pelis porno y de leer novelas lascivas. También echaba de menos a las actrices porno, como si hubieran sido amigas mías; eso da una idea de la frecuencia con que mirábamos esta clase de películas. Me inventaba unas historias personales para cada una de ellas, y una serie de razones por las que trabajaban en la industria del sexo y eran felices haciéndolo pese a la censura social. Él decidió que no deberíamos volver a hablar ni de sexo ni de violencia, tampoco en la Historia, porque hablar de violencia lo había llevado a ser violento. Pero, ¿qué sería de la Historia sin sexo y violencia? Yo seguía escribiendo mi novela mientras él estaba fuera con Inès, y protestaba así en secreto contra estas nuevas reglas. Contabilicé los pecados mortales de mi novela: cinco violaciones, incluida una en grupo, seis asesinatos, tres suicidios, tres secuestros, cuatro casos de incesto, y una orgía.

Peter también me pidió que vistiera de manera diferente, más como una «joven dama»; de modo que, en un mercadillo, me compró un vestido holgado a rayas grises, rojas y negras que me llegaba hasta debajo de las rodillas. Y otra cosa, casi demasiado rara para expresarla con palabras: quería que jugara con la casita de muñecas y con los gatitos grises de peluche como si volviera a tener siete años. Lo hice una vez, para complacerlo, y luego me negué a repetirlo. Estaba más confusa que nunca, molesta por la rotundidad con que Peter controlaba si manteníamos o no relaciones íntimas. ¿Qué se creía él que era: una muñeca con la que jugar a voluntad y a la que luego arrojar a algún rincón polvoriento? Sin embargo, echaba en falta que me abrazara, que me acariciara, que me llamara gazapito, su amor. Nadie más lo hacía.

Peter me dijo que había estado leyendo más libros de psicología y autoayuda, y unas memorias especialmente conmovedoras de una niña que había sido violada por su padre. Dijo que incluso eso podría haberlo curado de su adicción a las niñas. Aunque lo atormentaba ver aquellas memorias, no tenía valor para deshacerse de ellas y las acabó escondiendo debajo del colchón.

Tal vez inspirado en sus lecturas, Peter empezó a leer *The Exploited*, una novela sobre fugitivas violadas que me pidió que copiara para él con mi letra clara y precisa. Ahora ya sólo discutíamos sobre esta novela; Peter quería tener un control creativo absoluto. Dictaba lo que quería que escribiera y yo

hilvanaba las palabras en un estilo poético que a él le parecía «florido». Quería quejarme de que su escritura era sosa, pero temía que me contestara con uno de sus despiadados silencios. Jugábamos más que antes al ajedrez y de vez en cuando al Scrabble. En cierta ocasión, para su sorpresa, eliminé su reina con mi caballo y gané la partida. Con él había aprendido a mover los caballos, las fichas más complicadas del tablero. Peter me estrechó la mano, pero me confesó que a partir de entonces prefería jugar al Scrabble y al *gin rummy* porque mi victoria era un deprimente recordatorio de que había perdido reflejos. La cama era una superficie irregular para los juegos de tablero, pero no nos quedaba otro remedio, porque yo me negaba a ir a la cocina.

—No eres una liebre —había dicho Peter—. Ahora Richard pasa la mayor parte del tiempo en el salón, y Miguel y Ricky no molestan a nadie.

Pero yo ni siquiera soportaba pasar por delante de aquella cocina y del dormitorio principal para ir hasta el Granada. Le comenté que me gustaría construir un túnel que llevara directamente de la habitación al coche.

Si había alguien en la cocina y yo tenía que ir al lavabo, lo hacía en un pequeño jarrón que Peter tenía en la habitación; él se encargaba de vaciar la orina en el váter por la noche, después de que todo el mundo se hubiera ido a dormir. La habitación de Peter se convirtió en nuestro mundo, además de los parques, los restaurantes y los *mac autos*. Allí teníamos todo lo que necesitábamos: libros, una grabadora, una televisión, nuestra tabla Ouija, nuestro Scrabble, nuestro tablero de ajedrez, nuestro tapete para jugar al póquer y al *gin rummy*. En lugar de mantener relaciones sexuales, aquel invierno nos dedicamos a practicar meditación, visualización, e incluso proyección astral. Peter decía que su espíritu ya había abandonado su cuerpo una vez y que flotaba junto al techo, desde donde contemplaba su figura inerte más abajo. Estaba tan dispuesto a abandonar de nuevo su cuerpo que consultó un libro escrito por un gurú que afirmaba haberlo hecho más de cien veces.

Peter era el único que se aventuraba a entrar en la cocina para prepararse un café y traerme un refresco o un helado. Cuando salía de la habitación enseguida cerraba la puerta para que nadie me viera. En mi lado de la cama guardaba galletas Oreo, galletitas saladas Goya, barritas de higo Fig Newton, Pretzels, Twizzlers, y

paquetes de chicle Big Red. Tenía un arsenal de pañuelos de papel, dos mudas de ropa más ropa interior, compresas, un biquini tanga, mis patines y mi mochila llena de libros de texto; cada vez que Peter se iba a la cocina a charlar con Inès, yo me ponía a hacer los deberes o estudiaba para los exámenes.

Cuanto más tiempo pasábamos en la habitación, más esfuerzo hacía Peter para engalanarla. Puso más decoraciones permanentes de Navidad: guirnaldas de oropel alrededor de cada marco ovalado y luces de color en torno a la televisión. Compró tres diminutos lagartos verdes llamados anolis para que dieran vida al terrario. También compró más soportes y más estatuillas de porcelana para que pareciera que no había ni un espacio libre en la pared. La pared sólo estaba desnuda en mi lado de la cama, como si esperara que yo la decorara.

El interior del Granada amarillo mostaza de Peter abundaba en pelo de perro, la tapicería lucía manchas de kétchup y salsa agridulce, y la guantera estaba atiborrada con sobres de sal y azúcar y servilletas de varios restaurantes de comida rápida. El Granada era nuestra segunda casa, y yo dependía de la rutina de salir a dar una vuelta en coche para dotar de sentido mi estructura diaria.

A Peter le gustaba poner sus casetes, que eran una extraña mezcla: Willie Nelson, Neil Young, Fats Domino, *The Wall* de Pink Floyd, The Eagles, y *Claro de Luna* de Beethoven. Decía que la sonata de Beethoven le producía una sensación que no podía describir con palabras, pero que para él era lo más parecido a una «sublime desesperanza». Rebobinaba el casete una y otra vez, y me lo puso hasta que empecé a comprender de qué hablaba. Últimamente, la desesperanza se perfilaba como una opción razonable. En momentos de absoluta desesperación, dejaba de nadar contracorriente y me mantenía a flote. Cuando intentaba salir de una de mis depresiones, conseguía el efecto contrario: me sentía como una tortuga a la que de repente se le hubiera ocurrido prescindir del caparazón, sin pensar que era mucho más que un simple adorno, una cobertura ligada a su espalda y a sus costillas, algo que uno debería reclamar como suyo si quería estar en paz consigo mismo.

La primavera en que cumplí los quince, la tía Bonnie y el tío Trevor

vinieron desde Ohio a hacernos una visita relámpago poco frecuente, pero se marcharon a los tres días, después de que papá llevara al tío Trevor al bar para tomar unas copas. Mamá dijo que papá había bebido demasiado y que habían tenido un intercambio de palabras. Yo estaba resentida con papá porque lo había echado todo a perder. Me encanta la tía Bonnie. Era descarada y divertida, tenía la cabeza llena de rizos y un falso acento sureño. Me imaginaba que la tía Bonnie era la persona que mamá podría haber sido de no haber tomado tantos medicamentos equivocados. Cuando la tía Bonnie me pedía que le firmara una felicitación de Pascua o Navidad, yo siempre escribía «Mamá n. º 2». De joven, la tía Bonnie había sido alcohólica, pero ahora compensaba su desánimo haciendo labores de voluntariado, confeccionando libros de cocina con recetas caseras y asistiendo a misa. Nunca había tenido hijos, y decía que era feliz salvo por una cosa: a los cincuenta, quería adoptar un bebé, pero era demasiado caro, y las listas de espera, demasiado largas.

La tía Bonnie llamó «amor» a Peter cuando lo conoció durante una comida que celebramos juntos en El Pollo Supremo aquel verano. Mencionó a un chico del que se había enamorado en el instituto, que también tenía moto. Aunque Peter se había librado de la suya, no podía dejar de mencionarla, como tratando de impresionar a mi tía. Ella parecía hablarle como a un niño de diez años, y pensándolo bien, siempre que lo había visto con Inès, ésta había hecho lo mismo.

Últimamente, Peter quería simular que el volante del coche era el manillar de la vieja Suzuki, y una vez se arriesgó intentando patinar conmigo en una pista de hielo, aunque afirmaba que una mala caída podría dejarlo en silla de ruedas. Cuando las luces estroboscópicas de la pista centellearon y la bola de la discoteca tachonada de brillantes empezó a brillar, advertí la mirada de maníaco en los ojos de Peter mientras patinaba, tratando de realizar pasos de baile al sorprenderme admirando a un bailarín de *break* adolescente. Yo no sabía cómo decirle a Peter que era demasiado mayor para aquello, que no sólo se ponía él en peligro, sino que además me hacía pasar vergüenza. Trató de agarrarme de la mano durante el patinaje de «sólo parejas», y me vi a mí misma fingiendo tener hambre para que Peter me fuera a buscar un pretzel y así yo pudiera sentarme miserablemente sola mientras las demás chicas se deslizaban por la pista a gran velocidad acompañadas de amigos o

novios de su edad.

Los días en que no había clase, solía levantarme temprano para mecanografiar páginas de mi novela en una máquina de escribir eléctrica que papá me había regalado, pero aquel verano me quedaba a dormir hasta la una, que era cuando Peter me pasaba a recoger para salir a dar una vuelta en coche por la tarde. Mi piel empezó a adoptar un aspecto granulado y las uñas se me rompían continuamente. Pero lo peor de todo fue lo hostil que se volvió el mundo. Era como si las briznas de hierba demasiado verdes quisieran abalanzarse sobre mí y acuchillarme, como si las canciones que solía escuchar de repente me rompieran los tímpanos, y mi cuerpo parecía descompuesto, con los huesos descolocados. Me quedaba mirando fijamente cosas como una grieta en la pared o la palma de mi mano, y me sentía como si no tuviera fuerza suficiente para levantar la vista y mirar a otro lugar. Necesitaba huir de mi vida, pero temía acabar con ella. Según el catolicismo con el que había crecido, y con el que hasta cierto punto aún intentaba vivir, el suicidio era un pecado mortal, castigado con las llamas del infierno. Sin embargo, para mí no tenía mucho sentido por qué alguien que ya sufría tenía que ser castigado. Vivía temerosa del día en que incluso ese terror dejara de importar, en que el dolor se volviera tan intenso que no me quedara más remedio que actuar, como mamá había hecho.

Mi madre había intentado suicidarse por segunda vez a primeros de junio. Salió de casa, encontró un muro en Weehawken y saltó al vacío, rompiéndose un tobillo. Nuestras frecuentes visitas al pabellón psiquiátrico empeoraron las cosas para mí; también para papá.

—No soporto mirar a la gente loca —dijo una noche en la cocina —. Para mí, es como visitar uno de los círculos de Dante. Los sonidos de los carritos del almuerzo, el olor a comida y a cuerpos sucios me dan arcadas. Esos rostros carentes de cordura, unos hablando como cerdos, otros gritando como posesos, otros mirándote fijamente como si fueras la causa de su agonía. Te digo una cosa: en esos manicomios hay mucha gente enferma, pero tu madre es una de las que más. En mi vida he conocido a una persona tan trastornada, tan hecha polvo. Una cosa que he observado en esa mujer es que lo quiere todo al revés; prefiere la suciedad a la

limpieza, lo roto a lo arreglado, el caos al orden. Para esta mujer, la enfermedad es salud. ¿Me oyes? No pienses nunca como ella, no seas como ella. Tal vez lo haga sin querer, pero pone a los que están a su lado tan enfermos como ella.

Era lo de siempre: papá culpaba a mamá cuando él tenía la culpa de que ella estuviera tan mal. Sus mentiras me revolvían el estómago; ni siquiera se daba cuenta de que mi madre sería normal si estuviera lejos de él.

—Pero tú también tienes parte de culpa —prosiguió—. Eres una maldición en esta casa. Más vale que escuches lo que tengo que decirte. Se te han acabado los días alegres. Ese hombre tiene un coche: ¡al menos haz que te traiga varias veces por semana! ¡Muestra tu apoyo! ¡Tu preocupación! Aunque tu madre no cuidara de ti como es debido, lo hizo lo mejor que pudo. Te llevó nueve meses en su cuerpo, así que es tu obligación. Te paso mi carga. ¡Ella te quiere! ¡Eres sangre de su sangre!

Agradecí que Peter me acompañara; siempre que íbamos de visita, él jugaba con mamá al ping-pong. Una vez sugirió que echáramos una partida a un juego de tablero como el Monopoly, las damas chinas o el backgammon, pero en todos faltaban fichas. Así que el ping-pong era nuestra única opción, aunque mi madre no aguantaba mucho tiempo de pie por el tobillo, y tampoco se movía con agilidad. La enfermera del psiquiátrico dijo que había tenido suerte de no haber fallecido en el acto o de no haberse quedado paralítica. También comentó lo afortunada que era de tener una hija tan abnegada y un marido afectuoso, y que si seguíamos yendo a verla con regularidad, pronto estaría lo bastante recuperada para volver a casa. No obstante, yo a menudo me preguntaba si nuestras visitas hacían algo por ella o si se alegraba de vernos. Mi madre apenas podía sonreír, y sus ojos albergaban una enorme mirada fija como la de un bebé; sólo que lo que parece lindo en un bebé resulta inquietante en un adulto. Su risa había perdido ritmo y naturalidad. Arrastraba los pies como si llevara grilletes en manos y piernas, y los escasos rizos de pelo castaño ceniza le colgaban en lacias matas sin lavar. Yo la llenaba de besos y caricias, pero eso no parecía animarla. Era de esperar. Procuraba no horrorizarme, pero en aquel pabellón psiquiátrico era imposible sentir otra cosa si tenías corazón. Veías sufrimiento humano adondequiera que miraras.

—Es muy fuerte —dijo de mí una enfermera una vez.

Ojalá supiera la verdad. Yo sólo iba a ver a mi madre porque

papá me había dicho que sería una mala hija si no lo hacía. En otra ocasión, la misma enfermera me dijo que debía ayudar a mi madre a ducharse acercándole la esponja y el jabón, asegurándome de que se lavaba el pelo con champú. Se suponía que podía hacerme cargo. Estaba cansada de fingir que era más fuerte y mejor de lo que en realidad era. ¿Y qué bien le hacían mis visitas? Con eso no curaba a mi madre, pero papá se empeñaba en que guardara las apariencias, porque era lo único que a él le importaba: las apariencias. Ya podíamos morirnos las dos, que seguramente su principal preocupación sería enterrarnos con el maquillaje adecuado. Ahora me estaba enterrando a mí en vida. Y las enfermeras del psiquiátrico no eran mejores que papá. Nos brindaban sus repugnantes sonrisas y, en vez de buscar una verdadera solución, se limitaban a atiborrar a mi madre de medicamentos que nunca funcionaban.

Mamá nos acompañaba a Peter y a mí hasta el ascensor, mirándonos con lo que las enfermeras llamaban «afecto plano».

—Volveré, no te preocupes —le decía yo, presionando el botón del ascensor una y otra vez.

Cuando las puertas se habían cerrado, enterraba la cara en el pecho de Peter mientras él pulsaba la «B» de planta baja. Independientemente de quién nos acompañara en el ascensor, acababa dando rienda suelta al llanto en los brazos de Peter. Luego íbamos en coche a un restaurante y yo pedía un batido gigante de vainilla, que terminaba en cuestión de minutos. Había días en que mi ansiedad llegaba a tal extremo que aquellos batidos eran lo único que mi estómago toleraba.

Durante las visitas al hospital, procuraba hacer lo posible por anular la charla paranoide e ilusoria de mi madre, pero me obsesionaba una de las cosas que decía: el relato de una alucinación. Decía que había oído el sonido de unos tambores. Cuando se ponía a emitir gruñidos, un celador acudía a su habitación para descubrir que se había quitado toda la ropa y estaba allí sentada en un charco de orina, creyendo que acababa de dar a luz a un bebé.

Por aquel entonces, empecé a urdir un plan para alejarnos de Union City por siempre jamás. Yo me quedaría embarazada, papá regresaría a Puerto Rico como ahora amenazaba con hacer, y la tía

Bonnie y el tío Trevor se compadecerían de nosotras porque no teníamos adonde ir. Por si no bastaba con la compasión, el hecho de que la tía Bonnie quisiera desesperadamente un hijo sería un incentivo más que suficiente para acogernos en su casa. Al parecer, mi madre también quería un hijo, o no habría tenido aquella alucinación. Peter no quería mantener relaciones sexuales conmigo, pero yo buscaría la manera de hacerle cambiar de opinión. Papá siempre hablaba de internar a mamá para que le dieran tratamientos de shock, lo cual sin duda la convertiría en un vegetal, como aquel tipo de *Alguien voló sobre el nido del cuco*. No podía permitirlo; tenía que hacer algo al respecto de inmediato.

Como había predicho, a Peter le preocupaba que me marchara a Ohio y lo perdiera de vista. Yo le dije que, cuando cumpliera los dieciocho, volvería para casarme con él y que, como él se estaba haciendo mayor, ésta sería la última oportunidad de hacer algo serio, al menos, así, cuando él muriera, yo siempre tendría una parte de él. No me dolía engañar a Peter, no cuando aquello era tan importante; además, él también había intentado embobarme con aquellas judías verdes cuando tenía ocho años. Mi madre y yo atravesábamos un momento crítico; la vida nos destrozaría si no actuábamos. Sobrevivir o morir.

Una noche volvimos a discutir porque Peter salía con Inès los domingos. Él me tapó la cara con una almohada y yo lo amenacé con contarle a Inès la verdad de nuestra relación. Cada vez que yo intentaba gritar, él presionaba un poco más la almohada sobre mi cara, susurrando: «¡Puta! ¡Puta! ¡Puta!» Oí unos ladridos; y luego noté que algo suave me rozaba el brazo. Cuando Peter levantó la almohada, vi que *Zarpas* se había subido a la cama de un salto y le agarraba el brazo con la boca. Peter rompió a llorar, acariciando al perrazo con gestos bruscos.

—Gracias, gracias, eres mi mejor amigo —le dijo a *Zarpas* mientras salía de la habitación.

Al poco rato volvió con un cuchillo carnicero, me lo dio y se arrodilló implorando que acabara con su vida.

—Pónmelo aquí —dijo. Y coloqué el cuchillo en su nuez de Adán—. ¿Me perdonas? Si no, será mejor que me cortes el pescuezo. Me lo merezco.

Yo no podía hablar, o no quería hacerlo. Empecé a bajar el cuchillo.

—¿Me perdonas? —insistió, agarrándome firmemente la

muñeca.

Logré asentir con la cabeza y me soltó la mano. Yo dejé el cuchillo junto a su paquete de cigarrillos. Me produjo un gran alivio haberme desecho de él. Las luces de la planta parecían casi azules de tan blancas que eran. Sentía un extraño sosiego rayano en la euforia. Casi siempre tenía esta sensación después de una discusión como aquélla.

—Amor mío —dijo, aún de rodillas—. Antes te hacía sonreír. Solías reírte. ¿Cómo puedo volver a hacerte feliz?

Yo no respondí. Me quedé mirando mis manos, luego los dedos largos y afilados que permanecían extendidos para mostrar las membranas del medio. Una vez Peter había observado que tenía manos de pianista. Me examiné la mano izquierda, recordando lo que Grace me había contado un día: si las líneas formaban una «M», quería decir que la Virgen María te protegía. Encontré la «M», y recé para que aquello fuera cierto.

Cuando Ricky y Richard se fueron de casa aquel verano, lo interpreté como la prueba de que la gente debía estar dispuesta a correr grandes riesgos y realizar cambios radicales. Ricky decidió irse a vivir con su novia, Gretchen; a Peter no le caía bien, aunque parecía más estable que la anterior, Audra. Un día, Miguel había venido corriendo a casa en busca de Peter, diciendo que Audra se estaba peleando con Ricky y que tenía una navaja. Yo los había acompañado. Cuando llegamos, Audra amenazaba con cortarse el pescuezo delante de la multitud que se había congregado para presenciar el espectáculo. Ricky intentó arrebatarle la navaja y, al hacerlo, se rajó la mano. Después de aquello, los dos hicieron las paces, como si necesitaran ver correr la sangre para recordar lo mucho que se querían el uno al otro.

Cuando Ricky se marchó (poniendo punto final a mi vergüenza y tormento cada vez que lo veía), el ático enmudeció como una cripta. Su nueva novia, Gretchen, era una gótica cubana que sólo se vestía de negro, dijo Peter, salvo para los funerales, a los que acudía de riguroso blanco; también llevaba pelucas, aunque tenía un pelo precioso, cosa que Peter nunca llegó a entender. De hecho, se refería sarcásticamente a ella como la «bruja de la peluca». Gretchen tenía un hijo de tres años que sus padres le ayudaban a cuidar (también le pagaban el piso). Desde el inicio de su relación,

había insistido en que Ricky durmiera con ella en su piso. Yo intuía que había mala sangre entre Peter y Gretchen, pero no me explicaba cómo habían podido disimularlo de manera que yo no lo supiera. Por lo que a mí respecta, había hablado con ella un par de veces y me parecía tan dulce como cualquiera de las otras chicas del ático.

Richard se había trasladado a una tienda de campaña en el Parque Estatal Bear Mountain, con la esperanza de que la naturaleza curara su adicción a la cocaína. Había pasado una temporada cayendo en picado, merodeando por casa en camiseta de manga corta con una barba a lo Charles Manson, pantalones militares y un collar con espolones de águila. Últimamente había adoptado la espiritualidad de los indios americanos, había dejado de bañarse y hablaba de buscar su alma animal. Lo último que había hecho había sido plantar una tienda de campaña con montones de comida enlatada y un par de prismáticos para seguir la pista a un halcón de cola roja y a un cormorán de doble cresta. Le deseaba lo mejor. Inès se ausentaba algún fin de semana para pasarlo con él en la tienda de campaña, y siempre regresaba contenta y con buena cara. Peter decía que nadie podía hacer tan feliz a Inès como Richard; él era su droga, igual que Ricky lo era para Gretchen; y yo lo era para él y él para mí.

Miguel seguía en el ático. Cada vez que lo veía parecía más silencioso y más pálido. Ya no llevaba el pelo largo, y bajaba sólo para comer o para ir al trabajo que tenía en Circle Cyle. Cuando nos cruzábamos, él pronunciaba un tímido «hola» o me ofrecía un gesto que era casi como un saludo. Se lo agradecía.

25

LA DESERTORA

Aquel mes de agosto, Peter y yo hicimos varios viajes a Coney Island para comer perritos calientes en el Nathan's, montar en el Cyclone (aunque Peter tuviera que guardar cama los días siguientes) y nadar en el océano. Él decía que quería verme montada en el tiovivo, pero yo no quería; ¿no se daba cuenta de que era demasiado mayor para eso? Como siempre, dejaba que se saliera con la suya, porque era más fácil que escuchar sus quejas. Cuando los espejos iluminados y las escenas pastoriles invadieron el pabellón, yo oculté mi rostro tras mi pelo mojado, oliendo la sal del Atlántico en los mechones enmarañados. Había cogido la costumbre de taparme la cara con el pelo como un perro pastor y llevar gafas de sol aun cuando estuviera nublado.

Cada vez que íbamos a Coney Island, Peter repetía sus historias de una banda de Brooklyn con la que se había juntado cuando tenía quince años. El rito de iniciación consistía en quedarse totalmente quieto mientras los miembros de la banda le disparaban con pistolas caseras defectuosas; era aterrador permanecer allí de pie con aquellas diminutas balas silbando al pasar. Me contó que le propinaban una paliza día sí y día también, hasta que al fin aceptó unirse a ellos; que robaban a las mujeres en Mermaid o Neptune Avenue, para poder subirse a las atracciones de Steeplechase Park.

Una vez, Peter se fue de la playa para ir al lavabo, y mientras yo estaba allí con los pies en el agua, se me acercó un apuesto chico hispano con los pantalones de baloncesto empapados. Al principio el océano parecía demasiado ruidoso para hablar, así que me limité a contemplarlo. Cuando las olas se retiraban de la orilla, arrastraban los diminutos granos de arena bajo mis pies, haciéndome cosquillas. Las nubes blancas y endebles parecían casi engullidas por el inmenso azul del cielo y del océano. A lo lejos, se oía el destartalado Cyclone, que ascendía y caía en picado.

Al fin el chico rompió el hielo.

—Ojalá no llevara esto puesto —dijo, señalando sus pantalones

cortos.

Me costaba hablar delante de un chico tan guapo, pero lo conseguí.

—¿Por qué?

Él se encogió de hombros.

—La *matrix* no me dio tiempo de buscar un bañador.

—¿La *matrix*?

—Mi madre.

No tenía vello en la cara, sino una piel de melocotón de lo más suave en el labio superior que me hizo imaginar lo agradable que sería besarlo. Me sentía un poco como una sirena que se hubiera quedado varada en la orilla a los pies de un chico humano. Parecía mirarme con los ojos entrecerrados como si viera algo que despertara su curiosidad.

Delante de nosotros, tres niños se adentraban corriendo en el océano con sus respectivos cubos, para llenarlos de agua y volver a sus castillos de arena. Ver a los niños jugar me solía poner triste, pero tampoco sabía muy bien por qué.

—¿Cómo te llamas? ¿Tienes hermanos o hermanas? —pregunté, consciente de que mi discurso parecía entrecortado, irregular.

—Danny. Un hermano.

—Yo soy hija única.

—¡Ah! Eres una princesa. Mimada, mimada, mimada. —Sonrió y meneó la cabeza—. No me has dicho tu nombre.

—Michelle —contesté, reconfortada enseguida por mi mentira.

—¡Ah, vaya! Mira esa medusa. Es enorme.

—¿Dónde está la boca de esa cosa? ¿Se alimenta a través de su cuerpo? —dije, incapaz de pensar algo mejor.

Él apartó la mirada de la medusa.

—¿Ese que viene por ahí es tu padre?

En vez de responder a su pregunta, me quedé mirando fijamente a la arena. Me aterraba que Peter gritara mi verdadero nombre delante de Danny.

—Tu padre parece enfadado. Ya te dije que eras una princesa. —Danny sonrió y se adentró en el océano.

Peter me llevaba en coche cada mañana al instituto católico del cercano barrio de West New York, hasta que un día de invierno se negó a volver. Yo no era más que una estudiante de segundo año, y

con quince años era técnicamente demasiado joven para dejar los estudios. Estaba sentada en las escaleras de casa de mi padre vestida con el camisón del «Osito dormilón» y unos calcetines blancos de algodón que me llegaban a los tobillos. A mi madre ya la habían llevado en autobús a un programa diurno para enfermos mentales de la Asociación Mount Carmel que su psiquiatra había insistido en que siguiera aunque ella decía que le deprimía salir de casa para asistir a clases de música, arte y terapia grupal.

Papá se paseaba con su ropa de trabajo, y gritó al pie de la escalera cuando alguien llamó a la puerta.

—Peter —protestó—. Mírala. Mírala ahí sentada en las escaleras. ¡Se ha vuelto loca, como su madre! ¡No se moverá de ese peldaño! ¡Encárgate tú! ¡Yo no puedo hacer nada ante eso! ¡Voy a morir de un ataque al corazón! ¡Convéncela de que vaya! ¡Sácala de ese peldaño, por favor! ¡No soporto verla ahí sentada como si ésta fuera su casa! ¡No le pertenece ni un palmo de esta casa!

—Margaux —dijo Peter en un tono monótono. Llevaba puesta su chaqueta de cuero—. Estoy aparcado junto a la boca de incendios. Tienes que decírmelo: ¿vas a ir o no? Porque, si no vas a ir, muevo el coche.

—¡Claro que va a ir! —Papá subió hasta mí y me agarró del brazo—. Vístete. Vístete. Tengo que irme al trabajo.

—Pues entonces vete al trabajo, porque yo me quedo. Peter, mueve el coche.

—¿Estás segura? —preguntó Peter.

—Sí, no me pienso mover de aquí.

—Vale —dijo Peter, dirigiéndose a la puerta.

—¡Tú! ¡Espera! —gritó papá, señalándolo—. ¡Dile que vaya! Pon algo de sentido común en su cabeza; ¡a ti te escuchará!

—Yo no puedo obligarla a ir. Cuando se le mete algo entre ceja y ceja, no hay manera.

—¿De qué lado estás? —dijo papá, fulminando a Peter con la mirada—. ¿Del lado de la razón y el sentido común o quieres que esta chica arruine su vida? ¿Quieres que acabe como su madre? ¿Qué has venido a hacer aquí? ¿No buscas lo mejor para ella?

Peter permanecía callado. Papá se volvió hacia mí.

—Escúchame, escucha a tu padre. Te subiré la paga semanal. Tendrás más dinero. Tú pórtate bien y vístete.

—No, ni hablar. No volveré.

—¿Por qué? ¿Es por los profesores?

—No, es por los compañeros. No acabo de encajar. No encajo en ninguna parte.

—No sé a quién te refieres. ¿Crees que a fin de cuentas importa lo que digan los demás? En Puerto Rico, se reían de mí por mi color de pelo. Yo era un marginado en el colegio y en mi propia familia, porque era el único pelirrojo. Pero siempre hice lo que me decían. Nunca di problemas a mis padres. Todo el mundo es objeto de la burla ajena. Se han reído de mí durante toda mi vida, pero siempre he llevado la cabeza bien alta. Aquí me conocen como el marido de la loca. No por eso me voy a esconder. Al contrario, salgo más, para demostrarles que no estoy acabado. Si te acobardas, todo va a peor. Quiero que seas una persona culta, que tengas un buen futuro.

—No me importa el futuro.

—¿Por qué no?

—¿Y a ti qué te importa? ¡Si no me quieres!

Me agarró del brazo y me zarandeó.

—¿Quién te ha dicho que no te quiero? ¿Quién te ha dicho eso? Eres mi hija; ¡tengo que quererte! Eres de mi sangre; ¡tengo que mirar por tu bien! —Se volvió otra vez hacia Peter—. Hay un lugar especial reservado en el infierno para quienes se niegan a tomar partido. Has llevado a mi mujer al hospital y has llevado a mi hija a verla muchas veces; te lo agradezco. Has llevado a mi hija al instituto; también te lo agradezco. ¡Pero me acabas de demostrar quién eres en realidad!

—No quiero discutir, Louie. Deseo que Margaux sea una persona culta tanto como tú. Pero he escuchado las que pasa en el instituto. Sé lo mucho que sufre.

—Dime una cosa. ¿Eres un instigador? ¿Planeasteis esto juntos?

—No, yo sólo comprendo cómo se siente.

—Voy a dejar algo claro ahora mismo. O quieres lo mejor para ella o no. Es así de simple. Seguro que, si se mantiene en sus trece, no la llevas al salón recreativo Big Mouth Arcade. Ése es uno de los lugares a los que vais, ¿verdad?

—Verdad.

—Lo sé porque encontré una ficha en el bolsillo de sus pantalones cuando hacía la colada. Soy su esclavo. Tiene quince años y vive como la reina de Saba. Me pregunto si le gustaría ir a un reformatorio. Cuando llame a la policía y se la lleven a un centro para delincuentes juveniles…

Me puse en pie.

—¡Llama a la policía! ¡Estoy segura de que quieres que todo el mundo vea cómo me arrastran fuera de la casa a gritos y a patadas! ¡Porque a mí me da igual! ¡Me da igual lo que piensen! ¡Yo no soy como tú! ¡Me importan una mierda los vecinos!

—¿Sabes qué? Me voy al trabajo. ¡He terminado contigo! ¡Te dejo el dinero en la encimera de la cocina y ya está! ¡A partir de ahora te quiero fuera de mi vista! ¡Y no quiero saber de ti! ¡Ya puedes bajar esas escaleras de puntillas! Cuando hables con tu madre, ¡hazlo en un susurro! Si estás al teléfono, ¡llévatelo a la otra habitación! ¡No quiero volver a oír tu voz! ¡No quiero saber que existes! ¡A partir de ahora, te borro de mi vida! ¿Me oyes? ¡Para mí estás muerta!

Fiel a su palabra, papá no me hablaba ni me ayudó a escolarizarme en casa. Lo hicieron todo Peter y mi madre, que realizaron las llamadas necesarias y finalmente lograron que me diagnosticaran una «fobia a los centros de enseñanza», de manera que me matriculé con profesores del instituto de manera gratuita. Un matrimonio de sexagenarios me daba clases de inglés y geometría. Deseaba tanto que el señor y la señora Bernstein vinieran a casa que, en vez de en camisón como las dos primeras veces, empecé a recibirlos con mis mejores galas y una capa nueva de esmalte de uñas. También me ponía el vestido gris, negro y rojo que había jurado que jamás me pondría. Cuando me miraba al espejo con aquel vestido puesto y el pelo recogido en una coleta, casi parecía una joven profesora. Progresé con toda la atención individualizada de mis profesores y saqué sobresalientes casi de inmediato, cosa que mamá trató de decirle a papá; pero él se limitaba a levantar la mano para hacerla callar.

Papá seguía haciendo mi colada, y si yo dejaba un plato sobre la mesa de la cocina o por la noche en el suelo de la habitación, a la mañana siguiente había desaparecido. Y si dejaba una revista o libros sobre la mesa de la cocina, no los tocaba, pero se quejaba de ello a mi madre, que me hacía llegar el mensaje. Empecé a acumular cosas varias en el suelo del salón: viejos libros de texto, exámenes corregidos, libros en rústica, libretas de espiral con historias o novelas cortas, y números atrasados de *Cosmopolitan*. También empecé a dejar la ropa en una silla del salón. Cuando

acababa en la colada, papá aprovechaba para plegarla y guardarla luego en los cajones; pero, con el tiempo, volvía a dejarla en la silla. Y nunca dijo nada.

La única manera que teníamos de comunicarnos era mediante notas. Empecé a utilizar un sistema de notas cuando necesité dinero para zapatillas. Pero papá no me dejó del dinero, y al preguntar a mi madre por qué, dijo que porque le había dejado una nota con los bordes desiguales, algo que él consideraba una falta de respeto. Así que volví a escribir la nota en un trozo rectangular de libreta bien recortado, y al día siguiente tres billetes nuevos de veinte me esperaban sobre la encimera de la cocina. Después de aquello, empezó a dejarme sobras de la cena en una fiambrera hermética. Por la mañana había una nota en la encimera de la mesa que decía: «Come espagueti» o «Pimientos rellenos: a la derecha, detrás de la leche». De vez en cuando, incluso me dejaba trozos de melón, aguacate, sandía o mango en un plato dentro de la nevera.

Cumplí los dieciséis con mi virginidad intacta. Obedeciendo mis deseos, Peter lo había intentado en diez ocasiones, pero mis músculos vaginales siempre se habían tensado de manera involuntaria y su pene no había podido penetrarme. Para relajarme, tomé Lorazepam y Klonopin que Peter había conseguido en el hospital de veteranos, y pusimos música romántica, encendimos velas. Procuré pensar en un guarda forestal de Tallman Park que me parecía sexy. El chico con el que había hablado a orillas del océano y que había huido de mí aún era un tema delicado, aunque ya habían pasado meses desde aquel encuentro. Después Peter me dijo que tenía que haber pedido el número de teléfono a aquel chico; pero, entonces, ¿por qué siguió caminando hacia nosotros? Podía haberse escondido bajo el entablado del paseo marítimo y esperar a que acabáramos de hablar. Bueno, ahora no importaba. Alcanzaríamos nuestro objetivo y yo me quedaría embarazada. Abandonaría Union City para siempre. Sería otra persona cuando me hubiera marchado. Ni siquiera había sabido cómo dirigirme a aquel chico; a veces, repasaba mentalmente aquel estúpido comentario sobre la boca de la medusa y sus últimas palabras que me calificaban de auténtica princesa. Era como si diera por sentado que algo me pasaba; que era frágil, inalcanzable, una muñeca sin alma. Me recordaba por qué tenía que huir. En el instituto aprendí

que algunos esclavos emancipados del sur no se veían capaces de abandonar a sus amos. Esto me demostraba lo difícil que era dejar aquello a lo que uno estaba acostumbrado, por malo que fuera. Pero mi madre y yo no nos podíamos quedar en Union City. Así pues, aunque mi mente sabía lo que debía hacer, mi cuerpo no quería cooperar.

Después de otro intento fallido, Peter dijo:

—¿Por qué no lo olvidamos? No creo que pueda excitarte. Mírame.

Las arrugas en su rostro parecían más marcadas que años atrás. En el pasado, no habían alterado su buen aspecto, pero ahora unas profundas líneas de expresión habían convertido su rostro en un semblante eternamente malhumorado y, quizá porque tenía las mejillas más caídas, sus labios antes carnosos ofrecían ahora el aspecto de unas finas tiras de goma y la barbilla había empequeñecido. Todo su rostro se desmoronaba con el peso de su difícil existencia. No me atrevía a decírselo, pero parecía mayor que muchos hombres de sesenta años.

—Peter, tú eres un hombre muy atractivo —dije.

—No, no lo soy —repuso—. Ya no.

En aquel entonces, alguien llamó a una asistenta social para que investigara nuestra relación.

—No pienso volver a la cárcel. No puedo volver a la cárcel. Antes prefiero morir —decía Peter al tiempo que empaquetaba nuestras cosas en unas enormes bolsas de basura mientras Zarpas nos miraba desde el umbral de la puerta de la habitación. Todas nuestras libretas estaban en una bolsa; nuestros álbumes de fotos y la caja de madera con fotografías sueltas, en otra. La ropa que yo guardaba en su habitación la había arrojado a otra bolsa más de basura, y nuestras novelas y las cintas que habíamos grabado a otra más. Cartas de amor, baratijas, nuestro pelo plastificado, cintas de vídeo, las películas porno de Peter, la casita de muñecas, los ratoncitos grises de peluche, nuestra ficción adulto/niña; cualquier cosa y todo lo que podía considerarse incriminatorio fue a parar a las bolsas.

—¿Estuviste en la cárcel, Peter? ¿Cuándo? —Yo no podía creerlo. Aquel hombre era como una muñeca matrioska, cada secreto contenido en el interior de otro, un interminable laberinto en un trigal por el que ya llevaba siete años corriendo.

—Esos dos años que estuvimos separados. Y no fue culpa mía. —

Peter se enjugó las lágrimas con ira—. ¿Por qué la gente no nos deja en paz? Nadie tiene derecho a hurgar en nuestras pertenencias. Son privadas.

—¿Y no necesitará una orden para registrar este lugar?

—Bueno, sí, para buscar por la fuerza. Pero podría haber preguntado de buenas maneras si sería posible echar un vistazo a mis cosas.

—Y tú puedes decir que no educadamente. Estás en tu derecho.

—Entonces parecería culpable —repuso Peter—. Y la pelota se haría más grande. Incluso podría llegar a los tribunales. El municipio de Weehawken contra Peter Curran. La gente buena y bondadosa contra el lobo grande y malo. Porque eso es lo que soy para ellos. No les importa que estemos enamorados. Eso no cuela en un tribunal de justicia. No se admite como evidencia. El cómo y el por qué nunca cuentan.

—¿Por qué fuiste a la cárcel, Peter?

—Bueno, acogí a aquellas dos niñas, Renee y Jenny. Sólo durante un par de meses. ¿Recuerdas que te dejé hablar con Renee por teléfono? Pues un día Jenny, la hermana pequeña, entró sin llamar y me vio desnudo. Cuando volvió con su familia, se lo contó. Resulta que yo había olvidado cerrar la puerta con llave y ella había entrado sin avisar. Así uno aprende a mantener la puerta bien cerrada, de eso no cabe duda.

—¿Y por eso nunca has vuelto a acoger niños?

—La decisión no fue mía. Aunque los cargos fueron retirados, no me permitieron tener más niños de acogida.

No pude evitar recordar el día en que me dijo que no acogería más niños porque le resultaba demasiado triste verlos marchar.

—Peter, ¿entonces tú no hiciste nada? ¿Con Jenny o Renee?

—¡No! ¡Margaux, yo te lo cuento todo! ¿Por qué iba a guardar algo así en secreto y decirte todo lo demás? Te he contado toda la historia de mi vida. Dejo que tú seas mi juez, mi jurado, incluso mi verdugo si así lo quisieras.

—¿Y qué hay de Karen? —El corazón me latía a toda prisa, me faltaba la respiración cada vez que pensaba en Karen.

—¡No, Margaux! ¡Venga ya! No estoy de humor para esto. Me hallaron inocente. Sólo pasé un par de noches en la cárcel, el tiempo suficiente para presenciar algo horrible. Unos presos le dieron una fuerte paliza a un tipo, que se quedó en el suelo sangrando, y luego se le mearon encima. Yo mismo recibí amenazas

de muerte. Creo que si alguna vez me volvieran a meter entre rejas, los presos me descuartizarían miembro a miembro.

Aquella noche, me asaltaron pensamientos sobre Karen. ¿Estaría a salvo? ¿Sería feliz? Sólo podía esperar que le fuera mejor que a mí. Si a mí Peter me había llevado al sótano, ¿por qué no a ella? Así que, un par de días después, le volví a preguntar y él repitió que nunca la había tocado. Él insistía en que teniéndome a mí, a su verdadero amor, ¿por qué iba a necesitar a nadie más? Sin embargo, yo aún no podía plantearme estas preguntas. Tenía que prepararme mentalmente para cuando la asistenta social viniera a verme a casa. Se presentaría armada con todas las tácticas que esta gente usaba para obtener confesiones. Peter dijo que aquella mujer intentaría pintarlo como un villano: usaría palabras como «violación». Cuando tuviera la información necesaria, metería a Peter en la cárcel, donde seguramente lo matarían de una paliza. Pensar que papá lo sabría también me aceleraba el corazón. Todo el mundo se reiría a espaldas de papá diciendo que era un imbécil por dejarme andar por ahí con un hombre mayor. No podía olvidar las palabras de papá, que una mujer violada estaba mejor muerta.

La asistenta social era una sensata sexagenaria. Llegó a casa un jueves hacia las once de la mañana. Mi padre estaba en el trabajo y mi madre volvía a estar ingresada en el hospital. Aquella mujer traía consigo un bloc de papel amarillo y un lápiz recién afilado. Llevaba zapatos bajos de charol, un vestido pantalón color caqui y una blusa azul marino de manga larga. Casi de inmediato, empezó a soltar una retahíla de preguntas sin responder a mi interrogante de quién la había llamado. Cada vez que respondía a una de sus preguntas, ella anotaba rápidamente mi respuesta. Quería saber si Peter me había tocado alguna vez; me lo preguntó varias veces de maneras diferentes, y no dejaba de decirme: «¿Estás segura?», aunque yo siempre le contestara que no.

¿Cuál era exactamente la naturaleza de la relación? ¿De qué hablábamos? ¿Qué hacíamos cada día? Me miraba a los ojos cuando hablaba. Empezó a decir cosas como: «Tú podrías proteger a otras niñas», lo cual no dejaba de hacerme gracia. Yo ya estaba protegiendo a otras niñas. Le daba lo que quería en sus fantasías. No tenía por qué hacer daño a ninguna niña pequeña; yo era una niña mayor y podía manejar la situación. Cuando Peter estaba enfermo, yo era su medicina.

—Hay algo que no me cuentas —dijo.

¿Quién nos había traicionado? ¿Un chismoso cualquiera? ¿Fue Richard? ¿O Jessenia, resentida porque le habían subido el alquiler hacía seis meses? ¿O Linda, para vengarse de Inès, que se hundiría con nosotros? O quizá mi madre había llamado. Puede que durante uno de sus ilusos arrebatos hubiera llamado a alguien. ¿O acaso fue mi padre? ¿O alguien que había vivido en el ático y se había mudado, pero siempre había sospechado algo? Peter insistía en que había sido la novia de Ricky, Gretchen. Dijo que una vez le había hecho un extraño comentario, pero no recordaba cuál; lo había eliminado de su mente. Comentó que, si hubiera sido la bruja de la peluca, le gustaría verla muerta. Entonces deseó poder matarla con sus propias manos. Pero me constaba que el delator podría haber sido incluso mi madre.

Cuantas más preguntas me hacía, más me evadía yo, hasta que la asistenta social se vio obligada a arrojar la toalla.

Ya había estado en casa de Peter, donde había visto las paredes llenas de fotografías de niñas, y estatuillas también con forma de niña que, debido a la exaltación del momento, no había pensado en retirar. Él me contó lo que allí se dijo, y yo pude reconstruir en mi cabeza la conversación:

—¿Por qué no hay niños en las paredes? ¿No tiene fotografías de sus hijastros o estatuillas con forma de niño?

—Estamos separados. Como puede observar, tampoco he colgado fotografías de mis hijas. Me entristece demasiado ver su imagen y percatarme de lo que he perdido.

—He hablado con ellas. Una de sus hijas insinuó que había abusado de ella sexualmente. No se mostró muy clara al respecto, pero ésa fue su insinuación.

—Estaban enfadadas por lo del divorcio. Yo no tengo la culpa.

—Me gustaría que respondiera a la pregunta: ¿Por qué no hay niños en la pared de su habitación?

—¿No tengo derecho a decorar mi habitación como me plazca? ¿Reconoce la ley mi libertad individual?

—No está contestando usted a la pregunta. En esta habitación tiene incontables fotografías y estatuillas de niñas. Sólo niñas, ni niños ni adultos.

—Tengo derecho a decorar mi habitación como me venga en gana. Contestaré otras preguntas, pero mis gustos decorativos son asunto mío.

Y tampoco creo que sea relevante. Ahora bien, si tuviera aquí una mazmorra llena de látigos y cadenas y una colección de braguitas de niña, la cosa cambiaría.

—¿Por qué tiene una tabla Ouija?

—Es de Margaux.

—¿Por qué guarda Margaux un objeto personal en su habitación?

—Su padre no lo quería en su casa. Es muy supersticioso y tiene miedo de los espíritus.

—¿Qué significa el letrero que hay colgado en su puerta: «Cuarto de servidumbre»? ¿A qué se refiere?

—Es una broma. Se refiere a mí. Aunque estoy jubilado, ayudo mucho aquí. Es mi segundo trabajo.

—¿Y su principal trabajo es entretener a Margaux? ¿Qué le ofrece ella a cambio?

—Compañía. Disfrutamos el uno de la compañía del otro. Somos muy buenos amigos.

—Casi ningún hombre de sesenta años tiene una mejor amiga de dieciséis.

—Creo que confunde lo poco probable con lo delictivo.

—Y yo creo que usted abusa sexualmente de esa chica.

—Margaux. Llámela Margaux. Su nombre es Margaux.

—Creo que Margaux es una de sus víctimas. Es usted un tipo hábil. Lleva mucho tiempo haciendo esto. Ha quitado objetos cuestionables de esta habitación.

Según Peter, la asistenta social había continuado con su perfidia hasta el final, consciente de que había perdido la batalla. Le preguntó si le sonaba el caso de Patty Hearst; si alguna vez había oído mencionar el «síndrome de Estocolmo». Él dijo que no. Luego ella había añadido: «Bueno, lo sentiré por usted el día en que esa niña despierte.»

Aquella noche, tras salir de la ducha, vi a mi padre de pie a la luz de la cocina, fumándose un cigarrillo. Me miró y enterró el cigarrillo en su cenicero.

—Ven aquí —dijo en voz baja—. Tengo que hablar contigo.

—Estoy cansada. Mañana…

—¡Tengo que hablar contigo!

—Vale. ¿Qué pasa? ¿Es sobre mi madre? ¿Cuándo va a volver a casa?

—Escúchame bien. Tú ya sabes qué pasa. Esa mujer, la asistenta social, me ha estado investigando. ¡Trató de acribillarme a base de preguntas! Quería saber qué clase de relación existía entre tú y ese hombre. He protegido tu honor. He dicho que eras inocente. Insistí en que eras una buena chica. Ahora quiero saber la verdad. ¿Ese viejo te puso la mano encima alguna vez? ¿Te tocó?

—Me voy a la cama —dije, dando media vuelta. Pero él se dirigió rápidamente hacia mí y me agarró por los hombros.

—¡Te he protegido! —gritó—. ¡He preservado tu buen nombre! ¿Debería haberlo hecho? ¿Vale la pena hacerlo? ¡Dime la verdad!

—¡Suéltame!

—Esa horrible mujer dijo que había hablado con la hija de ese hombre. ¡Resulta que violó a su propia hija! ¡A su propia hija!

—Eso no es cierto…

—¿Qué no es cierto? ¿Lo de su hija o lo que la gente decía de ti? Porque te diré una cosa: me trae sin cuidado lo que ese hombre hiciera a su hija, ¿me oyes? ¡Su hija me importa un comino! ¡No es asunto mío! Me da igual si ha violado a sus hijas, ¿me oyes? Sólo me preocupa lo que pudo haber pasado entre vosotros dos.

—¡Déjame! ¡Suéltame los hombros! Te crees que puedes amenazarme. Te crees que soy débil como mamá.

—¡Déjate de ambigüedades! —Empezó a zarandearme—. ¡Para!, ¿me oyes? ¡Vete al infierno y llévate contigo tu actitud! Mira adónde te lleva. Tú y ese viejo: ¿qué relación teníais? Tú y ese viejo patético, débil, arrugado y desdentado. ¿Dejaste que ese hombre te tocara? Más vale que me respondas enseguida, porque estoy dispuesto a quedarme aquí toda la noche. ¡Mírame a la cara, maldita sea! ¡Quiero la verdad! ¡Aunque eso signifique que ya no seas merecedora de mi dinero o del hogar que te proporciono! Créeme, podría prescindir de ti sin pestañear. Y entonces podrías vivir con ese viejo. Por mí, como si te conviertes en una mujer de la calle y mantienes a ese psicópata. Porque, si no eres una buena chica, ¡olvidaré el día en que naciste! ¡Borraré tu fecha de nacimiento de mi calendario!

—Nunca pasó nada. Nunca hubo nada —dije, sorprendida de sentir tanta pena. Tenía que tragar lo que había sospechado durante años: que nunca más me querría, que lo que ocurrió en el sótano, lo que no quería saber pero intuía, me había hecho morir a sus ojos.

—¡Eres un robot! ¡Escúchate a ti misma! ¡Hablas sin convicción! ¿Te han entrenado para decir eso? ¿Eres una marioneta? ¿Es que no

tienes sangre en las venas? ¿O estás llena de mentiras? ¿Como un lorito que repite lo que le dicen sin que una idea acuda a su mente? ¡Deberías ser más convincente! ¡Si mientes, el cargo de conciencia es para ti, no para mí! ¡Serás la única que sufra por ello! Los remordimientos te comerán viva, ¿me oyes? ¡Te roerán las entrañas!

—¿Cómo decírtelo? ¿Cómo decírtelo para que me creas? ¡No soy culpable! ¡Yo no soy culpable! —Mi cuerpo se hizo más liviano. Dejé de notar la presión de su agarre en mis hombros y me desplomé en el suelo—. ¡Soy inocente! ¡Soy inocente! ¡Soy inocente! ¡Soy inocente!

Entonces me abrazó.

—No llores, pequeña, no llores.

—Papá, soy inocente. Soy inocente, papá. ¿Es que no lo ves? ¿No lo ves?

—Lo sé. Sé que lo eres. Te estaba poniendo a prueba. Sabía que me dirías la verdad. Esta gente, estas asistentas sociales, no trabajan por el bien de las familias, ¡sino para destrozar familias! ¡Buscan sensacionalismo! ¡Son como los *paparazzi*! Esa mujer era un monstruo. Un ser horrible. Ese rostro. Ese pelo. Más fea que la fealdad, Dios mío. ¡Parecía un sapo! ¡Escribiendo tan rápido en esa libreta! Y esa mirada, siempre fija. ¿Cómo se atreve a acusar a mi hija de pecadora? Debería llamar a su agencia y quejarme de cómo me trató. ¡Como a un ciudadano de segunda clase!

—A mí me trató igual. Como si fuera una delincuente.

Me trajo un pañuelo de papel.

—Límpiate la cara. Suénate la nariz. Mira tal vez ahora por fin dejes de ir a esa casa. Tal vez te sirva de lección…

Me puse en pie, furiosa. Papá se había pasado todo el tiempo dejando claro que jamás podría aceptarme como era y ahora quería apartarme de la única persona que lo hacía.

—No, papá, no lo haré. No puedes obligarme. Ahora no tienes por qué impedirlo.

26

LA MUJER EN EL ÁRBOL

Aquel otoño empecé a escuchar a grupos como Hole y Veruca Salt, a pintarme los labios de rojo oscuro como Courtney Love y Louise Post. También me obsesioné con la estrella de rock rubia, actual, pensativa y eternamente joven, Kurt Cobain, que había muerto a los veintisiete años de edad el mes de abril anterior, después de haberse pegado un tiro en la cabeza. Decía con una socarrona sonrisa que lo admiraba por llegar a los veintisiete en esta mierda de mundo. Puede que su autoestima fuese incluso inferior a la mía: todas sus letras giran en torno al vacío y el rechazo social. Cuando nos alejábamos en coche de casa de Peter, mis álbumes de Nirvana sonaban sin parar, aunque a Peter algunas de las canciones le parecían inquietantes. Durante aquellos viajes de cuarenta kilómetros a Palisades Park con Peter y *Zarpas*, cantaba con mis nuevos ídolos y me sentía tan eufórica como me sentí una vez hablando de la Historia.

Gracias al hombre que regentaba el Overlook Lodge, un puesto que vendía hamburguesas a la parrilla, patatillas caras y galletitas para los muchos perros que la gente llevaba al parque, Peter y yo descubrimos un poco de la perturbadora historia de Palisades Park. Los suicidios eran algo relativamente habitual por los elevados acantilados que daban al río Hudson. La historia más impactante era la de una mujer muy delgada que había saltado al vacío desde uno de los acantilados esperando hallar la muerte instantánea al impactar contra las enormes rocas que había alineadas en la parte baja del río. Sin embargo, la mujer se había quedado enganchada en las ramas de un árbol al caer y había permanecido allí atrapada durante horas, sufriendo el dolor de los huesos rotos hasta que al fin murió. Fue su cuerpecito lo que permitió que el árbol la atrapara, y su escaso peso, lo que había impedido que las ramas se rompieran.

Como era otoño, buscamos en el cielo halcones de gran envergadura y águilas pescadoras con sus definitivas alas en forma de M. En verano, yo había recogido frambuesas silvestres entre

oscilantes mariposas tigre; con una llave, había grabado «Peter y Margaux '95» en uno de los bancos de picnic. Juntos habíamos descubierto arroyos secretos, coleccionado piedras para los conjuros sanadores que aparecían en los libros de Wicca.

Me gustaba aquello. Allí me sentía como desplazándome a bordo de un barco, más y más lejos del mundo real; apenas interactuaba con nadie que no fueran Peter o *Zarpas*. Me había ido muy bien con las clases desde casa; pero, como ya había cumplido los dieciséis, y era lo bastante mayor para abandonar oficialmente los estudios, la junta de dirección del instituto decidió poner punto final. Preparé y aprobé mi examen de convalidación aquel mes de noviembre, pero no sabía qué hacer con el diploma. Echaba de menos a mis profesores, especialmente al señor y la señora Bernstein, aunque me decía a mí misma que no me importaba. Como un marinero en medio del océano o un astronauta que pisa la luna por primera vez, hacía todo lo que podía por dejar aquella isla lo más lejos posible, la casa de papá en Union City, los pabellones psiquiátricos, las peleas con Peter, aquellos terribles centros de enseñanza. En Palisades Park, me libraba de todo aquello. Rara vez veía a otros adolescentes que me recordaran las fiestas, las citas y los bailes que me estaba perdiendo.

Sabía que mi nueva obsesión con Kurt Cobain ponía celoso a Peter, así que no me sorprendió verlo salir un día de Barnes & Noble con un ejemplar de *Hit Parade*, pidiéndome que le leyera el tributo a Nirvana. Un día, incluso colgó en su pared el póster de un radiante Kurt en blanco y negro.

—¡Ta-chán! —exclamó, retirándome la mano de los ojos—. ¿Te acuerdas de aquella asistenta social que dijo que no había chicos en mis paredes? Pues aquí lo tienes, mi amor, ¡todo tuyo!

Puede que Peter no se hubiera fijado, pero aquel póster, tan moderno, resaltaba el aspecto anticuado de todo lo demás en la habitación. Aunque representaba a alguien que técnicamente había dejado este mundo, me daba esperanzas porque me recordaba que había otros además de Peter capaces de aceptar a alguien como yo, porque ellos mismos eran desgraciados. Respecto a Peter, no parecía importarle tenerlo en la pared. De vez en cuando, incluso lo observaba con expresión impertérrita, y en cierta ocasión comentó que Kurt era como un niño impresionado por las luces circenses.

La música colérica de Nirvana y Hole hizo aflorar mis sentimientos de ira hacia Peter; ahora no me cansaba de oír cantar los subtítulos que durante mucho tiempo había temido leer. En consecuencia, discutíamos más a menudo y con más violencia que antes. Una vez, durante una discusión que mantuvimos en el coche por la noche y que había empezado porque él decía que no quería volver a intentar penetrarme, grité:

—Lo prometiste, igual que yo te hice una promesa y la cumplí el día de tu cumpleaños, ¿verdad? Aunque sólo tenía ocho años. Adivina en qué te convierte eso: en un pederasta. ¡Pederasta, pederasta, pederasta! —Peter se tapó los oídos con los dedos, y cuando intenté arrancárselos de un tirón me golpeó en la cara, manchando de sangre el salpicadero y mi camiseta.

Peter paró en el aparcamiento del Pathmark para comprar gasa y esparadrapo. No pudo ir de inmediato porque estaba demasiado contrariado. Yo presioné varios pañuelos de papel contra la cara, incapaz de creer que hubiera sangre en el salpicadero. Era como si tuviera la nariz llena de Novocaína. Me miré la camiseta desgraciada. Teníamos que deshacernos de ella antes de que alguien más la viera, pensé, y entonces me oí a mí misma dar rienda suelta a la preocupación. Peter dijo que, antes de llevarme en coche a casa de papá, pararía en casa para coger una de las camisetas que guardaba en su habitación como ropa de muda.

Con la cabeza apoyada en el volante, dijo:

—Me vuelves loco. No me vuelvas a llamar así, por favor, te lo ruego; lo pasado, pasado está. Mis hijas no pueden perdonarme, y tú albergas mucha ira en tu interior. ¿Qué ha sido de los buenos tiempos? Eso es lo que le dije a mi hija por teléfono. Recuerdo que me colé al fondo de la iglesia el día de su boda y me marché antes de que pudiera verme. Yo te amaba, de verdad; no quería hacerte daño. No lo olvides.

Aunque había prometido dejar a un lado el pasado, no podía evitarlo. En otra de nuestras peleas, Peter me dejó un ojo morado, que yo disimulé con repetidas capas de maquillaje. En dos ocasiones, tuvo que sustituir el cristal del parabrisas del Granada porque lo había roto de un puñetazo. Un día yo intenté empotrar el coche contra un árbol. Otra vez él cogió un cuchillo y rajó la cara de la enorme fotografía ovalada de cuando yo tenía ocho años que

había colgado de su pared todo este tiempo. Luego lo lamentó y pegó la fotografía con cinta adhesiva, marco incluido, antes de guardarla bajo el colchón, junto con aquellas memorias de las que había querido deshacerse y una fotografía enmarcada de sus hijas.

Una noche de diciembre en la habitación de Peter, me tomé la temperatura basal para asegurarme de que estaba ovulando, como había leído que se hacía en un libro sobre fertilidad. La temperatura de mi cuerpo había subido, lo cual indicaba que mi revestimiento uterino tenía la densidad adecuada, que los niveles de estrógenos eran elevados —habían aumentado con el rico licor de hormona luteinizadora— y que estaba preparada para concebir. No importaba que todos los sueños que recordara fueran pesadillas: salones recreativos desiertos y asesinos en serie, vías del tren y suelos oceánicos. Ahora soñaba con desconocidos violándome en parques, mendigas con dados por ojos, mi cuerpo cubierto de cucarachas de arriba abajo, desfiladeros secos, un sol apagado por persianas. Escribí en mi diario sobre un sueño que tuve: ataba una soga a una de las vigas de madera del sótano, me pintarrajeaba «puta» y «zorra» en los pechos con pintalabios rojo, y luego me colgaba para que todos lo vieran.

Sin embargo, aquella noche estaba preparada para ser madre y tener alguien que me quisiera para siempre, de manera incondicional. Para poner en marcha el hermoso plan que hiciera realidad los sueños de mamá y de la tía Bonnie, además del mío. Las hermanas gemelas se reunirían; entre todas crearíamos en Ohio una familia afectuosa y rebosante de armonía. Hasta papá sería feliz, porque al fin podría vivir como siempre había querido, liberado de sus dos cargas. Ni la sangre ni el dolor se interpondrían en mi camino; yo era fuerte, era una mujer. Acababa de tomarme dos Lorazepam de Peter, me había fumado un porro que a él le había dado un amigo de Ricky que vivía al final de la calle, y me había bebido un Zima mientras mirábamos unos vídeos de Nirvana de dos horas de duración.

Claro que Peter tenía serias dudas. Si el plan funcionaba, se quedaría solo. Solo para recolocar las estatuas en los soportes, cosa que había empezado a hacer de manera compulsiva, buscando una especie de orden perfecto que aún no había encontrado. Tras la visita de la asistenta social, había vuelto a pintar las paredes y

ahora eran del color rosa chicle de un triciclo nuevo. Para disuadir a los adolescentes de que entraran por la noche a beber y a fumar cigarrillos en el jardín, a dejar latas de aluminio en la hamaca y colillas de cigarrillo encastradas en la corteza del alianto, Peter había empezado a construir un muro de piedra seca. Pero no dejó de construirlo ni aun cuando el muro parecía lo bastante alto. Y cuando ya no pudo hacerlo más alto, lo ensanchó, pese a que Inès le comentó que se arriesgaba a sufrir una grave lesión de espalda sin motivo. El muro empezó a cobrar el aspecto de algo antiguo. Imaginé que, si dejaba a mi madre para irme a vivir con la tía Bonnie, el muro se extendería tanto que encerraría en su interior todo el jardín, sustituyendo la valla de tela metálica oxidada y cubierta con la hiedra de parra que Inès se quejaba de que daba a la casa aspecto de embrujada.

Aquella noche, él bajó la cama con la manivela y yo me quedé allí desnuda como una piedra, el vello púbico bien rasurado y mi pelo recogido en dos trenzas, las puntas atadas en unas bolitas para hacerme parecer más infantil. Cuando aquel cuerpo blanco y viejo cubierto de pecas se me acercó, con una terrible mirada llena de tristeza en el rostro, sentí que cada articulación y cada fibra de mi cuerpo se tensaban como un erizo cuyo cálido cuerpo se enrosca hacia dentro para presentar sus púas. El álbum de Nirvana *In Utero* sonaba de fondo. Yo miraba mi póster de Kurt. Él sonreía, agarrándose las rodillas de sus vaqueros rotos. Peter sólo tenía caras sonrientes en su habitación.

—Relájate, amor mío, por favor —dijo, cuando se disponía a penetrarme.

—Eso intento.

—Finge que eres un chico. Finge que estás haciendo el amor con Kurt o que eres él.

—No puedo. Sé lo que va a pasar. Intento ser valiente. Lo intento con todas mis fuerzas.

—Lo sé, amor mío.

—Por favor, aunque te duela. Viólame, como dice Kurt. Hazlo y no pienses en mí. Aunque me duela, me gustará.

—Pareces Nina. Parece que lo has pasado mal. Y tú no lo has pasado mal, ¿verdad? Tú no eres una de esas chicas duras.

—Es un agujero pequeñito. Mi agujerito de niña. Es muy pequeño. Sólo tengo ocho años. Papi, quiero que lo hagas. Tienes una varita mágica, papi. Quiero tu varita mágica en mi interior.

Quiero tener un bebé tuyo. —Tenía exactamente el doble de edad que cuando había dicho aquellas cosas por primera vez.

El pene de Peter, antes flácido, había empezado a endurecerse.

—¿Qué más? No dejes de hablar.

Cerré los ojos para no ver su cuerpo largo y viejo, su rostro cansado y su piel curtida.

—Amor mío, tienes que relajarte. Cuando siento que te pones tensa, me desmotivo. Como sigamos así, será mejor que lo dejemos por esta noche.

—No podemos dejarlo. Yo sólo ovulo una vez al mes.

—Hagamos algo alegre esta noche. Ya lo intentaremos mañana. Divirtámonos. Podemos jugar al Scrabble o al *gin rummy*. Algo relajante. Esto me da dolor de espalda.

—No —protesté, sintiendo la necesidad de que el círculo que se abrió cuando tenía ocho años finalmente se cerrara. Esta vez estaba tan decidida que ni siquiera la rigidez de mis propios músculos supondría un obstáculo. Yo estaba encima como él me había pedido, por su espalda. Se me había resecado la vagina, pero usábamos Vaselina. Durante el acto sexual, traté de fingir que él era Kurt, pero no funcionó, su habitación era demasiado real para mí. Veía las estatuillas en los soportes, los rostros angelicales en su lámpara encendida de alabastro, y los grillos saltando en el terrario, alimento para los anolis. Oí que la puerta de la nevera se abría al otro lado de la habitación de Peter, que alguien tosía, y sentí vergüenza. Dolía. Traté de centrarme en la aguerrida voluntad de plantar cara a mi temor, y en ese instante deseé no acercarme ni alejarme del centro rojo y caliente del dolor. Después vendría la noble agonía del nacimiento y una auténtica mujer surgiría de las cenizas de una niña. Aunque no estaba excitada, me alegraba de tener su pene en mi interior, porque este intento de crear vida nueva justificaba los muchos, muchos favores que le había hecho todos estos años. Era como si al fin resolviera el problema de una niña de ocho años convertida en objeto sexual muy antes de tiempo al hacerse cargo de lo que ahora significaba, y él penetró en mi interior, exactamente como yo le había pedido que hiciera.

Estábamos a 30 de diciembre y al día siguiente era la víspera de Año Nuevo, el festivo preferido de papá, y además domingo. Dejé que Peter e Inès salieran a dar una vuelta; yo haría lo propio. Me

esperaba mi barco en un muelle en algún lugar, fuera de tiempo. No tenía velamen. Otros habían embarcado antes que yo. Hacía frío, y aún quedaba nieve en el suelo; pero una mancha oxidada en mis braguitas claras de algodón marcó la llegada del período, confirmándome lo que debería haber sospechado, que mi cuerpo estaba demasiado corrupto; no podía contener vida nueva, yo no era como *Mamita*, la gata del sótano. Y aquel sótano simbolizaba la muerte para mí. Aquel sótano oscuro, mugriento, lleno de telarañas, me había arrebatado la vida. Aquel lugar era donde yo me había rendido, donde había anulado mi propia voluntad por él, y ahora la había perdido para siempre. Mi voluntad había muerto, así que yo también podía morir con ella.

Escribí mi nota de suicidio de dos páginas con una esmerada caligrafía como última muestra de respeto hacia papá. ¿Recuperaría mi honor? Papá estaba en el bar y mi madre estaba arriba, durmiendo en la habitación principal. Yo me había quejado a mamá de la corriente de aire que entraba por la ventana e insistí en dormir en su cama, en la ampliación de la cocina. No soportaba la idea de que mi muerte se produjera en aquel dormitorio principal. Cogí el botellón de whisky de papá y la decena de frascos de medicina de mi madre. Tras haberme tomado todas las pastillas con varios tragos de whisky, me fui al cuarto de baño con la botella de whisky y empecé a ingerir Tylenol, Advil, Robitussin, antipiréticos, Imodium, Pepto-Bismol, vitaminas, codeína, y otros medicamentos que encontré en casa. Dejé los frascos vacíos esparcidos sobre la mesa y la botella de whisky a medio terminar en la pila del cuarto de baño. El grifo había quedado abierto, y el tubo de la pasta de dientes estaba vacío porque también había ingerido todo su contenido.

27

EL CONTRATO

Lo primero que vi al despertar fueron los rayos rectangulares de una luz cegadora que pasaban por encima de mi cabeza. Después vomité un líquido negro que parecía asfalto fundido.

—¡No te asustes! —dijo un hombre de verde—. Te hemos dado carbón vegetal para hacerte devolver. Has tenido suerte. Te pondrás bien; estarás bien. Tú sigue vomitando, cariño. Lo estás haciendo muy bien.

Con una especie de fascinación, me percaté de que ya no era humana. Era todo tubos y cables. Tenía una vía intravenosa pegada a la mano con un esparadrapo grueso de color claro. No llevaba ropa interior y me habían introducido un catéter. Tenía las manos libres; en cambio, las piernas estaban atadas con una especie de cuerda. Aunque las sacudí violentamente, la cuerda no cedió.

—Desatadme, por favor, desatadme.

El mundo blanco se desdibujaba ante mí. Cerré los ojos un segundo y el personal del hospital desapareció.

—Desatadme —murmuré—. Por favor, soltadme.— Me costaba mantener los ojos abiertos. Mis tobillos forcejeaban débilmente con sus ataduras y yo tenía la impresión de que el médico quería mantener relaciones sexuales conmigo: por eso me habían atado.

La próxima vez que desperté, fue con unas voces, la de papá y la de Peter. Estaban a los pies de mi cama. Hablaban sobre mí, así que fingí estar dormida.

—¿No ha sufrido daños internos? ¿Seguro? —preguntó Peter.

—No hay daños. Gracias a Dios. El médico me dijo que debió de haberlo dejado todo hecho un desastre a propósito, para que su madre lo encontrara. Al parecer, fue para llamar la atención. Sabe que su madre se levanta en mitad de la noche para ir al cuarto de baño.

—¿No me comentaste algo de una nota? ¿Cassie encontró una nota de suicidio? ¿Dijo por qué lo hizo?

—Se pasó. Por eso sobrevivió. De haberse tomado unas cuantas

pastillas, habría muerto. Pero ya ves, fue todo para llamar la atención. Un espectáculo.

—Bueno, ¿qué decía la nota? Me contaste que la leíste de camino al hospital, ¿Mencionaba a su madre, o nos mencionaba a ti o a mí o a Inès?

—Entregué la nota al médico. Él se la dará a algún psicólogo del pabellón psiquiátrico especialista en adolescentes. No tenía ni pies ni cabeza. Kurt Cobain, tablas Ouija. Hacía referencia a alguna conversación que había mantenido con él a través de la tabla Ouija. No sabía que tuviera una tabla Ouija. Es peligroso jugar con esas cosas. ¿Por qué no se lo impedías?

—Jugaba con Inès. En aquel momento me pareció inofensivo. ¿Eso es todo lo que mencionaba: Kurt Cobain y la tabla Ouija?

Yo pensaba: «¿Por qué insiste en esa carta? Aún estoy viva. Eso es lo único que debería importarle a Peter.»

—Kurt Cobain. El amor de su vida; un heroinómano. Era una nota enfermiza. Cualquiera diría que una persona enferma la escribió.

—Es insana, esa obsesión —dijo Peter, y yo no podía creer que él y papá se confabularan contra mí de esa manera. No quería seguir pensando en ello. Debido a los efectos de no sé qué medicación, estaba a punto caer en un profundo sueño.

En una unidad de psiquiatría adolescente, había un chico muy guapo que se había tatuado los brazos con un cuchillo. Yo llevaba pintalabios rojo en las sesiones de la terapia de grupo que tenía con él; así que mi madre me lo trajo con el resto de la ropa. Claro que mamá no podía llorar con la de medicamentos que tomaba. Costaba saber si estaba pensando, si le preocupaba que yo acabara como ella o como mi compañera de habitación, Shawna, que llevaba en la cara pegotes gemelos de crema facial. Si un celador le decía que se frotara con ellos la cara, ella le soltaba: «Come mierda y muérete.» Por suerte, yo no era como Shawna: estaba deprimida, pero no había perdido la cordura.

Durante mi estancia de dos semanas en el pabellón psiquiátrico, me sometieron a la Inquisición sobre Peter, me hicieron pasar unos complicados cuestionarios y test de Rorschach, y me hicieron firmar un absurdo contrato con la promesa de que nunca más volvería a

intentar suicidarme. El psiquiatra dijo que los cuestionarios reflejaban mucha más ira hacia mi madre que hacia mi padre, lo cual demostraba en mi opinión que no sabían lo que estaban haciendo. ¿Cómo iba yo a estar enfadada con mamá? Fue papá quien arruinó nuestra familia. Según el psiquiatra, debía pensar lo mejor de mamá para evitar pensar lo peor, y a pesar de la ira declarada hacia papá, en el fondo aún lo quería. En mi vida había oído tantas tonterías como las que aquellos supuestos expertos decían sobre mí.

Seguía sangrando, y comenté a mi nueva amiga Kim que quizá fuera un aborto para hacerme la interesante, aunque siempre tenía esta clase de períodos prolongados. Shawna no estaba, había ido a afeitarse las piernas a una bañera especialmente diseñada para ese propósito bajo la expresa vigilancia de una asistenta encargada de impedir que nos cortáramos las venas; así que Kim y yo aprovechamos la oportunidad para hablar a solas en mi habitación. Fastidiaba a Kim presumiendo de que no me importaba que el asesor Greg me empujara contra la lavadora durante la colada y restregara su erección contra mi entrepierna.

Le dije a Kim:

—Si tuviera lo que hay que tener para violarme, me alegraría porque entonces podría hacer que lo despidieran. Además, lo demandaría porque no tiene derecho a tocar a una niña, ni aquí ni en ninguna otra parte. Y menos aquí, donde todo el mundo lo considera un sacrilegio. Han abusado de mí desde que tenía ocho años. Seguramente aquí han abusado de mí más tiempo que nadie. —Mis palabras salían atropelladamente, y me parecían tan arrogantes que deseé poder retirarlas.

Agradecí que el rostro de Kim no mostrara compasión; sólo quería que pensara que era lo bastante fuerte para soportar cualquier prueba.

—¿Fue tu padre? —preguntó.

—No, un hombre de Weehawken. No había relación de parentesco entre nosotros. —Por supuesto, el Peter malo era sólo un extraño. Mientras no mencionara su nombre, no parecía que estuviera hablando del hombre al que amaba, el hombre que había pedido al médico que quitara las ataduras de mis brazos y mis piernas.

—Bueno, Shawna también sufrió abusos por parte de su maldito hermano. ¿No escuchaste su historia en la terapia de grupo del otro

día? Su propio hermano. ¿Y qué me dices de Tracy?

Sentí vergüenza. Mientras escuchaba la terrible historia de Tracy, que había sido violada por un grupo de hombres, se me pasó por la cabeza pensar: «Pero al menos ella no tenía ocho años.» En cierta manera, me chocaba que mis problemas no fueran los más grandes o los peores.

Kim dijo:

—Odio a Greg. Odio a cada puto pervertido de este mundo. Si yo dictara las leyes, serían todos torturados y luego ejecutados en la silla eléctrica con los electrodos conectados a sus pollas.

—Sí, fijo —afirmé, sintiéndome más sola que nunca. Se me volvió a ocurrir que Peter era un pederasta y que aquí todo el mundo debía de odiarlo. Yo seguía amándolo y había evitado que acabara entre rejas. ¿En qué me convertía eso?

28

«LA PRIMAVERA DEL TIGRE»

Unos meses después de salir del pabellón psiquiátrico, tiré a la basura las pastillas que me habían prescrito. Al principio, el Zoloft parecía darme energía, pero poco a poco me había desprovisto de la habilidad de experimentar emociones. La peor parte era que me hacía perder interés en escribir mi novela. Peter y yo comprábamos un libro en rústica a la semana, y cada noche yo solía leer en voz alta para él durante cuatro horas seguidas. Aquel estúpido medicamento me había arrebatado la capacidad de disfrutar de la literatura.

Ahora el propio Peter hablaba de medicarse; su psiquiatra del hospital de veteranos decía que estaba al borde de una grave depresión. Había llegado al extremo de no tolerar ninguna crítica, ni siquiera una broma desenfadada. Por ejemplo, si una camarera bromeaba sobre la cantidad de azúcar que se echaba en el café, él se disgustaba tanto que la próxima vez tenía que ir yo al restaurante a buscarle el café.

Un día, llegó a casa tan afligido que apenas podía hablar. Mamá lo instó a tomar asiento y yo fui corriendo a buscar el cenicero de papá.

—*Zarpas*, *Zarpas*, *Zarpas* —era todo cuanto alcanzaba a decir.

Justo después de la muerte de *Zarpas*, a Peter le extendieron una receta, y su elevada dosis de Prozac, junto con su dependencia cada vez mayor del tranquilizante Lorazepam, anularon lo que quedaba de su libido; también sufría los efectos secundarios de dichos medicamentos: diarrea y náuseas (a veces, durante nuestros paseos se veía obligado a usar el bosque como lavabo). A pesar de ello, solíamos recorrer en coche unos cuarenta kilómetros al día; tanto Peter como yo nos habíamos vuelto adictos a la rutina. El Granada se acabó averiando, así que di permiso a Peter para que destinara unos cientos de dólares de mis ahorros, que yo guardaba en su cuenta bancaria, a la compra de un Cadillac Cimarron usado. Años atrás, Peter me había convencido para que ingresara mi dinero en

su cuenta bancaria, alegando que de esta manera generaría intereses; por aquel entonces, yo era demasiado joven para abrir mi propia cuenta.

Aquel otoño, ya con diecinueve años, inicié el proceso de matrícula en el Hudson County Community College después de que papá dijera que debía conseguir un trabajo o ir a la universidad. Yo no sólo comprendía aquello, sino que además me entusiasmaba la idea de empezar a estudiar en la universidad; sabía que sería diferente del instituto. Peter estaba ocupado lamentando la pérdida de sus mamadas y sus masajes, diciendo que ya no se sentía como un hombre. Pero, para mí, era motivo de celebración; el Peter malo, el del sótano, al fin se había ido.

Cuando empecé la diplomatura de educación infantil en el HCCC, había asumido que era una antipática; sin embargo, pronto empecé a tener amigas y amigos. Al principio, decía a los chicos que quería mantener lo nuestro como algo estrictamente platónico, lo cual aceptaron durante un tiempo: salíamos juntos el domingo o quedábamos para tomar algo antes de clase. Si un chico me pedía que fuera su novia, yo siempre mentía diciendo que no podía porque aún me estaba recuperando de las heridas causadas por mi anterior relación. O, a lo mejor, sólo era una mentira a medias. Había pasado todo aquel tiempo con Peter, aunque costaba usar la palabra «novio» con respecto a él. «Un padre que había mantenido relaciones sexuales conmigo» era la descripción más exacta.

Me daba demasiado reparo hacer confidencias a nadie sobre Peter o sobre mi pasado; en cambio, a mí hubo quien me abrió su corazón. Jennifer esnifaba coca antes de clase; Keisha, a quien habían ingresado dos veces en el hospital por depresión, aún creía que Jesús la llamaba por teléfono; Natalie, como yo, había intentado quedarse embarazada cuando aún era una adolescente, sólo que ella lo había conseguido, y ahora trabajaba como bailarina de striptease para mantener a su hijo, al tiempo que se preparaba para obtener el título de enfermería. Katie había mantenido muchas relaciones sexuales con diferentes hombres maduros y ahora pensaba hacerse la prueba de VIH en la clínica pública de la ciudad de Jersey, pero a mí me daba pavor acompañarla. Las chicas de mi edad hablaban sin ningún reparo sobre un popurrí de posturas sexuales que habían probado, los juguetes que usaban para darse

placer y la lencería preferida por sus novios, pero nadie mencionaba nada sobre alguien que tuviera fantasías como las de Peter.

Algún que otro domingo, iba de centro comercial en centro comercial o a la ciudad de Nueva York con Rocco, que hacía un año había emigrado de Nigeria a los Estados Unidos, o de compras por Bergenline con Tania, una chica de Puerto Rico con mechas rubias en el pelo y un piercing en la lengua. Siempre que salía con Rocco, nos turnábamos para decidir qué hacer; en cambio, con Tania, dejaba que ella lo controlara todo: las películas que veíamos, la música que escuchábamos, incluso la comida que pedíamos. A ella le gustaba mandar, y yo disfrutaba haciendo de espejo, un espejo que le devolvía el reflejo de su sexualidad y su poder. Tenía un ancho rostro felino de nariz ancha y sensual, los pechos grandes, un cuello proporcionado, cabello voluminoso y una ira declarada hacia policías, ateos y chicos presumidos sin nada de lo que presumir. La mayoría de las veces, a Tania le gustaba hablar de sí misma, lo cual ya me estaba bien, porque yo prefería el papel de oyente. Aprendía más así. Cuando estaba con ella, me gustaba que ella se desfogara y se quedara pensativa mientras yo permanecía indiferente y escurridiza, como una sombra con la que por las noches estuviera a solas en su habitación. Lo que a mí me resultaba difícil de expresar lo veía expresado en el rostro de Tania, así que el instinto me decía no que compitiera con ella sino que la estudiara, que la conociera a fondo. Al no ser motivo de envidia, la convencí para que me revelara su auténtico ser. Esto valía mucho más que el inmediato logro de impresionarla; era serio como ninguna otra cosa podía serlo, porque a menudo me sentía como si hubiera perdido mucho estos últimos años, y mi personalidad necesitara ser restablecida. Buscaba un proyecto, como un arquitecto. Los esforzados y amables pasteles de Rocco y los atrevidos colores primarios de Tania eran dos tonalidades de una misma paleta que cada noche mezclaba en mis sueños.

Sin embargo, este brillante trabajo de aventura, aprendizaje y ensayo no era fácil; era como el dolor que se siente al estirar las extremidades atrofiadas después de un largo coma. Simplemente no estaba acostumbrada a hacer vida social: tras pasar unas buenas cuatro horas con Tania y Rocco me sentía abrumada, a veces incluso algo asqueada. Echaba de menos la habitación de Peter, el

coche, y a *Zarpas*, cuya muerte me asediaba con un sueño recurrente: me lo encontraba junto a la vía del tren, con el vientre abierto infestado de cucarachas blancas. Entonces me apetecía refugiarme bajo las mantas desgarradas de la cama de hospital de Peter, bajo las tenues luces azuladas de las plantas, oler el tabaco rancio y el aceite infantil, retirarme como un murciélago a un edificio desierto, para colgar del techo sin ser vista.

Cuando Tania y su novio rompieron, se percató de que yo sólo salía con ella los domingos, un hecho que consideró extraño. Sabía que no tenía novio. Le había dicho que pasaba el resto de la semana leyendo historias a mi abuelo oficialmente ciego. Ante su insistencia, le di el teléfono de Peter, y un viernes por la noche llamó para salir de fiesta por la ciudad dejándose llevar por el impulso del momento.

Después de colgar, le dije a Peter:

—Tengo que ir a casa a buscar algo de ropa. ¡Qué nervios! Hablábamos de ir al Tunnel o tal vez al Bank, esa discoteca gótica en la que se puede entrar con dieciocho años.

—¿Adónde has dicho que vas? —Peter buscó a tientas su paquete de cigarrillos—. ¿Y te vas así, sin más?

—Sí, lo hemos decidido a última hora. Pero nos vemos mañana.

—¿Qué soy yo aquí, nada? Sólo alguien con quien pasar el tiempo, y cuando otros te llaman, ¿vas y me dejas? —Sus ojos arrugados estaban llenos de lágrimas.

—Es una oportunidad única. Salir y divertirme con gente de mi edad. Porque tú quieres que salga con gente de mi edad, ¿verdad?

—Sabía que esto ocurriría. Era cuestión de tiempo. ¿Por qué ibas a querer estar aquí metida con un hombre mayor pudiendo estar ahí fuera bailando y pasándolo bien?

—Es que si no ella se vuelve loca, la conozco; le parecerá raro que no la acompañe...

—Vete. Pásalo bien. Bebe. Colócate. Yo ya no sirvo para nada. Ojalá pudiera llevarte. Ojalá no me doliera tanto la espalda. Si volviera a ser joven, podría hacerte feliz... podríamos ir a la discoteca... bueno, vete, vete.

Me oí a mí misma diciendo rotundamente:

—Prefiero quedarme contigo. En serio. Simplemente pensaba que se volvería loca, eso es todo. Pero estoy segura de que lo entenderá. No es como si lo hubiéramos planeado.

Pero Tania no lo entendió, y aquello puso fin a nuestra amistad.

Sentado junto a una charca cubierta de musgo, viendo a unas ranitas saltar, Peter dijo:

—¿Qué hiciste ayer con Rocco?

Arrojé una piedra al charco verde y me fijé en las ondas que formó al caer.

—Volvimos a Central Park y alquilamos una barca de remos. Luego nos tomamos un *shish kebab*.

—Un día llevé allí a Inès y también fuimos en barca. Ahora no me imagino realizando esa clase de intenso esfuerzo físico. Entonces ¿quién remó: tú o él?

—Yo intenté coger un remo, pero él no me lo permitió.

Peter expulsó una enorme bocanada de humo. Estaba harta de olerlo en mi ropa, en mis manos. Él nunca tuvo en cuenta mi sinusitis, que había empeorado drásticamente desde que me había golpeado en la nariz.

—Así que tiene una vena de macho. Es pasivo, pero dicen que el más callado es el más malo.

Rocco era justamente lo contrario de un macho: escribía cuentos infantiles, cosía muñecas de trapo africanas, y era tan caballeroso que rara vez me pasaba el brazo alrededor del hombro. Peter era como un sabueso que seguía la pista falsa. No le había hablado de mi amigo George, que me ayudaba a preparar los exámenes básicos de matemáticas. Mis conocimientos de la asignatura estaban sólo al nivel de cuarto curso cuando realicé el examen de acceso al HCCC; era como si todo lo que sabía se hubiera borrado. Un buen día acabamos hablando de sexo, y él me comentó que le parecía una mujer dominante con aspecto de chica normal: la clave estaba en mi elección de calzado. Él sabía interpretar esa clase de cosas. A Peter, en cambio, mis botas de caña alta con cordones no le decían nada; las había comprado con Tania. Sin que Peter lo supiera, George y yo empezamos a enviarnos mensajes de correo electrónico donde intercambiábamos fantasías; sus mensajes siempre empezaban con un «Querida señora Margaux». En persona, seguía dándome clases particulares, eso era todo.

Yo pensaba que Peter lo había olvidado, pero entonces dijo:

—¿Volvió a insistir en que pagaba él?

—Sí.

—¿Sabes? Cuando un chico paga, espera recibir algo a cambio.

—Sólo somos amigos. Yo siempre le ofrezco mi dinero. Pero él es demasiado educado para aceptarlo.

Peter parecía triste.

—¿Qué pasa? —pregunté al fin.

—No tengo ningún inconveniente en que salgas con chicos de tu edad. Eso es lo que se supone que debes hacer. Simplemente resulta muy duro quedarse al margen. Aunque sólo sea un amigo, se acerca el momento. Lo sé. Y está bien, amor mío. Es inevitable. Te doy mi bendición. Sólo estoy, ya sabes, un poco celoso. Pero ¿qué culpa tengo yo? El otro día estuve en el hospital de veteranos; ahora quieren pincharme el dedo cada día para comprobar mi nivel de glucosa. No lo haré; antes prefiero morir. Luego vi a este viejo en una silla de ruedas. ¿Quién iba a querer vivir así? ¿Cómo lo puede soportar? Se lo comenté a Inès, y ella dijo que la gente se acostumbra. Yo jamás me acostumbraría a algo así. —Apoyó la cabeza en mi hombro y dijo—: Por favor, por favor, piensa en mí alguna vez cuando estés con ellos. No importa dónde estés o con quién estés, tú sólo piensa en mí.

—Vale —dije, pero recordé que mi lealtad a él ya había arruinado mi amistad con Tania. Aquella noche, cuando hablé con ella por teléfono para ir de fiesta, insinuó que yo era un bicho raro, y yo nunca más quise volver a sentirme así.

Aquella primavera, me trasladé a una universidad donde aprender se convirtió en mi droga junto con breves líos amorosos con pintores y músicos de entornos turbulentos como el mío. Al igual que Eva, exploraba un jardín tapiado, jugando y aprendiendo, enamorándome un día por semana, mi espíritu aún ligado a aquellos viejos votos matrimoniales por mucho que mi cuerpo y mi corazón los desafiara. Aunque Peter se mostraba terriblemente celoso de mis primeros pretendientes, no se alarmó hasta que a los veinte años conocí a Anthony, un chico de veintiséis años de edad.

Poco después de empezar a salir juntos, le dije a Peter que vería a Anthony los viernes por la noche además de sábados y domingos. Durante todos aquellos años él me había atormentado saliendo con Inès mientras yo estaba demasiado deprimida para quedarme sola en casa. Un verso de Byron que había escrito en mi diario después de que mi profesor lo leyera en voz alta en clase acudía continuamente a mi mente cuando pensaba en la tristeza de Peter:

Su venganza es como la primavera del tigre,

mortal, rápida y devastadora; pero, como la auténtica tortura es suya, lo que infligen lo sienten.

Cada viernes, cuando me llevaba en coche de vuelta a casa, hacía lo posible por retrasarme en mi cita con Anthony cuando todo lo que yo quería era llegar a casa de mis padres para arreglarme el pelo y maquillarme. En el coche aparcado, desplegaba su carta más larga de la semana y la leía lentamente en voz alta mientras fumaba sin parar; aquellas páginas contenían sus recuerdos de mí con trece años, con doce, once, ocho y siete.

Peter solía mencionar el suicidio en sus cartas. Yo no estaba segura de si lo hacía para intentar recuperar el tiempo perdido; lo único que sabía era que aquello no me preocupaba demasiado. No lo había hecho cuando su segunda esposa se había divorciado de él, y yo sabía por experiencia lo que costaba armarse de valor. Últimamente, se había vuelto muy religioso y no paraba de preguntarme si pensaba que el infierno existía. Incluso había dibujado, con Rotuladores Mágicos, una corona de espinas chorreando sangre entrecruzada con rosas rosas y, debajo, la inscripción: «Derramó su sangre para redimir nuestros pecados.» Como mi madre atravesaba una fase divina similar, pegó el dibujo con cinta adhesiva en la pared que tenía junto a la cama, junto con recortes de revista donde aparecían animales y bebés, fotografías mías de cuando era pequeña y lemas de autoayuda pintarrajeados.

Decía que se pasaría todo el sábado mirando las cintas de vídeo caseras en las que yo salía y me rogaba:

—Piensa en mí cuando estés con él, al menos cada dos horas, y yo pensaré en ti. Envíame mensajes telepáticos.

Ahora recuerdo que, de pequeña, también me lo pedía. A veces incluso me susurraba al oído que había escuchado mis pensamientos. No dejaba de darme la lata con que le presentara a Anthony, y cuando yo trataba de evitarlo, me preguntaba si su aspecto me daba vergüenza (no tenía una sola prenda de ropa sin manchas, rasgaduras o salpicaduras de pintura, y había perdido la dentadura postiza, así que ya no podía llevarla en las grandes ocasiones). Ignoraba a qué se debía aquella imperiosa necesidad de conocer a Anthony, pero me decía a mí misma que simplemente era algo paternal.

—Antes jugaba mejor, pero tú tampoco eres malo —dijo Peter, estrechándole la mano a Anthony tras una partida de billar.

Después Anthony me confesó que mi tiastro era agradable, pero que estaba «un poco mal de la azotea». Le pregunté a qué se refería con eso, y Anthony me contestó:

—Bueno, hubo un momento en que ni siquiera se dio cuenta de que fumaba dos cigarrillos a la vez.

El lunes, cuando mirábamos a los golfistas golpear bola tras bola mientras nos comíamos unas hamburguesas de un pequeño puesto ambulante, Peter me comentó:

—Entonces ¿crees que Anthony sospecha algo?

—¿Que no somos de la misma sangre?

—No sólo eso —dijo Peter—. Me refiero a nosotros.

—¿A nosotros, de qué? —repuse, haciendo trizas una servilleta de papel. Ya no había nada entre nosotros.

—¿Por qué rompes las servilletas de papel? Lo has hecho durante ocho años —dijo, mirando a los golfistas.

—Claro que no sabe nada.

—Yo creo que sospecha algo. No dije que lo supiera.

—¿Por qué sonríes de esa manera?

Se puso tieso.

—¿Qué? ¿No puedo sonreír? Hace un bonito día.

El tiempo que pasaba con Peter entre semana le había dicho a Anthony que lo pasaba haciendo de canguro para una mujer llamada Gretchen. Cogí otra servilleta de papel y empecé a despedazarla.

—Me fijé en que llevaba un cepillo del pelo y una loción de manos en el sujetavasos del coche; ¿tu padre no guardaba un peine en la guantera? Aquel vistoso coche deportivo suyo me recordaba al de Louie.

—Mi padre tenía un Chevy gris, ¿recuerdas?

—Sí, pero Louie tenía ¿qué, cuarenta y cinco años cuando nos conocimos? Me refiero a que, cuando tenía la edad de Anthony...

—No creo que mi padre fuera un enamorado de los coches. Anthony puede identificar una marca y modelo exactos en dos segundos. Es un loco de los coches, sobre todo de los bólidos. ¿Sabías que empezó a conducir cuando tan sólo tenía ocho años en un descampado con su padre? Me llevó a ese mismo descampado y ahora me está enseñando a mí.

—También apestaba a colonia. No tanto como tu padre, pero...

¡ah! y su cadena de plata me recuerda el crucifijo de tu padre.

Era como si Peter quisiera retroceder en el tiempo, volver a conocer a papá en el Benihana. Después de aquello, papá se había librado de mí. ¿Acaso ahora también quería que Anthony me dejara? ¿Como Tania? La pregunta había empezado a obsesionarme. Si tanto me amaba, ¿por qué intentaba impedir que siguiera mi camino? No hacía más que obsesionarse con el pasado.

—Pues no se parecen en nada. Ya has visto lo callado que es Anthony,

—A lo mejor es que no le caigo bien.

—¿Y por qué no ibas a caerle bien?

Aquella sonrisa volvió a esbozarse en su rostro mientras se miraba fijamente los dedos entrelazados.

—Porque soy su competidor, por eso. Aunque no sepa nada de lo nuestro, la gente intuye cosas.

Entonces empecé a preocuparme. Había ido al lavabo mientras ellos jugaban al billar. ¿Acaso Peter había sembrado la duda? Pero no había razón para que lo hiciera, como tampoco cabía la posibilidad de que Anthony pudiera descubrirlo por sí mismo, a juzgar por el aspecto de Peter. Su pelo se había vuelto completamente blanco, y en vez de ir al barbero a cortarse el pelo, se lo recogía en una coleta, lo cual le daba un aspecto no muy favorecedor porque acentuaba aún más sus marcadas arrugas. También había decidido dejarse bigote, ajeno al hecho de que parecía un bigote de leche que había olvidado limpiar. Cuando Anthony miraba a Peter, veía a un hombre de sesenta y cuatro años que aparentaba setenta y cuatro. Peter pensaba que había ganado la partida de billar, pero luego Anthony me confesó que había sido él quien se había dejado ganar.

TERCERA PARTE

29

RIVALES

Aquel invierno me saqué el carné de conducir y me compré mi propio coche, un Toyota, que empezamos a usar para nuestros paseos tan a menudo como el coche de Peter. Un día tuve que llevar a Peter al hospital de veteranos, cuando se le acabó el Lorazepam de manera inesperada. Su adicción había empeorado tanto que se tomaba una pastilla a la menor provocación. Entre temblores y sudores, me tuvo agarrada de la mano las tres horas que pasamos en la sala de urgencias esperando a que nos dieran otra caja.

Cuando lo llevaba de vuelta a casa en el coche, apagué la radio para concentrarme en la carretera, pero entonces me distrajo un profundo silbido, como si alguien soplara en un vaso de plástico con el culo agujereado. Tras cerrar bien las ventanillas para que no entrara el viento, me percaté de que aquel escalofriante sonido lo producía el enfisema de Peter.

Una noche de entre semana, uno de mis profesores de escritura creativa me invitó a leer mi trabajo en Barnes & Noble. Peter decidió acompañarnos en el Firebird de Anthony, diciendo que no quería perderse mi momento de gloria. Yo no quería que Peter estuviera allí, pero tampoco quería herir sus sentimientos pidiéndole que se quedara en casa. La lectura transcurrió sin incidentes, salvo por que un chico de mi clase se dedicó a tirarme los tejos durante toda la velada. De regreso a casa, Anthony no dejó de agradecerle a Peter que lo hubiera ayudado a mantener la calma.

Al día siguiente, cuando salía en coche a Tonnele Avenue, Peter me dijo con una extraña sonrisa:

—Me estaba enviando un mensaje.

—¿Qué? ¿Quién?

—Tu novio. —Miró por la ventanilla—. Si algo he aprendido es que no puedes predecir lo que hará una persona a la que no conoces. Sé sincera. ¿Le contaste algo de mí? No quiero que una

noche se presente en casa aporreando la puerta y asuste a Inès...

—Por millonésima vez: ¿por qué iba a contárselo? ¿Para que rompa conmigo?

—Cuando estés con él deberías comentarle que aún sé hacer *kung fu*. Una vez que lo aprendes, ya nunca lo olvidas. No importa la edad que tengas.

—Mira, a Anthony le caes tan bien que no quiere ver cómo destrozas tu coche. Le conté que últimamente pisabas demasiado a fondo el acelerador y él me dijo que eso era malísimo para la transmisión.

Peter arrojó su cigarrillo por la ventanilla; la primera vez que le había visto tirar algo a la calle.

—No sabe lo que dice. Eso limpia el tubo de gasolina.

—¡Ah, venga ya, Peter! Tú no sabes de coches.

Permaneció un minuto callado, y luego dijo en voz alta:

—Acostarte con ese tipo te hace pensar que lo sabe todo, ¿verdad?

Quería darle un puñetazo en la barriga, pero temía que esta vez él pudiera romperme la nariz. Lo que hice de momento fue contestarle:

—Mira, ni siquiera sabes si nos estamos acostando, así que por qué no te callas y te metes en tus asuntos.

Luego añadí:

—Es mi novio. ¿A ti qué te parece?

Su sonrisa se resquebrajó, deformándole la cara hasta hacer que pareciera casi inhumano.

—Entonces dime, ¿te hace feliz? ¡Es lo más imposible del mundo!

—Imposible cuando eres un egoísta.

—¿Qué insinúas?

—Digamos que él jamás se cruzó con ninguna bailarina de claqué, con ninguna, y créeme, mejor así.

Peter tardó en captar lo que le acababa de decir, pero cuando lo hizo, me pidió que parara y se bajó en Kennedy Boulevard con la boca cerrada como la de un soldadito de madera. Le quedaban muchas manzanas para llegar a casa, y al ritmo que iba seguramente le llevaría unas cuantas horas. Con la cabeza gacha y la espalda encorvada, atravesó el cruce largo. Iba tan despacio, que el semáforo se puso en rojo y un Honda tuneado con música salsa a todo volumen le pasó rozando. Hice un cambio de sentido, aparqué

en doble fila y le grité:

—¡Venga, vuelve al coche! No puedes ir caminando.

—No. Vete con él. Ya estoy harto de tu rencor. Todos estos años: lo que he tenido que soportar, crueles e insensibles palabras, tomaduras de pelo, la manera en que me querías controlar, ¿y para qué? Catorce años tirados al váter, catorce años, nuestro amor. Pensaba que nuestro vínculo nunca se rompería, pero por lo visto me equivocaba.

Conduje despacio de regreso a casa de mis padres, resistiéndome a llamarlo cuando llegara. Tal vez había llegado el momento de acabar con aquello. Él tenía a Inès. Me costó dormir aquella noche. Di vueltas en la cama y me giré sin parar, pensando: «Ahora todo parece ir mal, pero las cosas mejorarán con el tiempo. Me acostumbraré. Y él también se acostumbrará.» Al día siguiente, cuando llegué a casa después de clase descubrí que le había traído a mi madre una funda de almohada con todas las libretas de cartas que me había escrito, algunas fotografías y estatuillas.

—Quiero que se lo quede Margaux —había dicho.

Cuando miré en el interior, me dejé caer en el suelo del salón, con la barbilla apoyada en las rodillas, incapaz de moverme. «Catorce años —era lo único que podía pensar—. Catorce años.» Casi mi vida entera. Mi madre no sabía qué hacer. Acariciándome la cara, dijo:

—Tú y Peter siempre habéis tenido pequeñas discusiones. Pero siempre acabáis haciendo las paces.

Esa semana fui a casa de Anthony cada noche, con la excusa de que Gretchen me había despedido. Anthony no entendía por qué me había afectado tanto perder un trabajo de canguro, pero yo le dije que no era sólo eso: Gretchen y yo éramos amigas desde que éramos niñas. No devolví las llamadas a Peter durante cuatro o cinco días, pero al final acabé llamándolo desde una cabina telefónica de la universidad. Me senté en el suelo acurrucada en la esquina de la cabina, abrazándome las piernas. Durante un minuto, sólo se oía respirar al otro lado de la línea. Me sentía como si volviera a tener nueve años, llamándolo para hablar de la Historia. A los veintiún años, me sentía como una niña de nueve. De ocho. De siete. Me sentía como una niña pequeña. Al día siguiente, vino a recogerme otra vez, a la hora de siempre, y fuimos a dar nuestro paseo de la tarde.

30

EL PRÉSTAMO

Aquel mes de abril, por mi vigésimo segundo cumpleaños, fuimos al Red Lobster, en Wayne. Era noche de karaoke, y Peter se levantó y cantó *Leroy Brown* como cualquier cantante de salón lo habría hecho, invitando al público asistente a silbar y gritar al acabar. Después, cantó *Nights in White Satin*, dedicada a mí. Cuando volvió a la mesa, me agarró la mano.

—Veintidós —susurró, estrechándomela—. Yo estoy muy lejos de los veintidós... es increíble. ¿Puedes creer cuánto tiempo ha pasado? —Y prosiguió—: Nuestro vínculo ha durado catorce años. Lo han intentado, pero nunca han conseguido romperlo. Era demasiado fuerte.

Rompió a llorar en silencio, y las lágrimas se quedaron estancadas en los enigmáticos arroyuelos de su rostro.

—Eres preciosa, amor mío, preciosa y adulta. Toda una mujer.

Le di un bocado a un bizcochito de queso ya frío. La iluminación del Red Lobster era tenue y dorada, y en todos los rincones había objetos de arte náutico, lo cual me relajaba. Estaba alegre con dos piñas coladas, pero no lo bastante ebria para levantarme y ponerme a cantar karaoke. Peter era valiente en cosas como aquélla, y por primera vez en años, me enorgullecí de que me vieran en público con él.

—Estaba cantando *Nights in White Satin* y llegué al verso sobre la verdad —continuó—. Sobre la verdad y sobre cómo uno nunca puede estar seguro de la verdad... Bueno, hay algo que no te he dicho, y nosotros no tenemos secretos, pero temía que pudieras enfadarte. El embrague del Escort se ha muerto. Eso me preocupa, porque el Escort es todo lo que tengo para desplazarme en estos momentos. Ese coche son mis piernas...

—No puedo llorarle a mi padre, si eso es a lo que te refieres. —Lo había sugerido antes, que le pidiera dinero prestado a papá—. ¿Por qué no se lo pides a Inès?

—No puedo... En su día pedí a Inès mucho dinero prestado y

aún no se lo he devuelto todo. —Yo no sabía que debiera dinero a Inès.

Él apartó la mirada.

—¿Sabes? Últimamente me he vuelto muy sentimental, quizá sea la edad... los hombres se vuelven más sentimentales con la edad... Apenas podía evitar llorar cuando estaba ahí de pie cantando, porque parece que la canción trataba sobre nosotros, nuestros paseos en coche son como un tiovivo en el que damos vueltas y más vueltas sin llegar nunca al final. De todas formas, no he sido sincero contigo. Fui sacando dinero de la cuenta en secreto para pagar algo de lo que no te quería hablar. Esperaba poder devolver el dinero a hurtadillas con el tiempo, pero entonces el embrague empezó a fallar y supe que debía decírtelo... Soy un ladrón, te he robado...

—¿Cuánto, Peter? —Me crucé de brazos. Debería haberle hecho caso a Anthony; una vez le había comentado que tenía dinero en la cuenta de Peter y él me había recomendado encarecidamente que lo sacara, diciendo que no era que no confiara en mi tío; simplemente le parecía mejor que tuviera mi propia cuenta. Yo nunca me lo había planteado. Como una perfecta idiota, había confiado en Peter, y ahora él me había robado.

Se puso a llorar.

—Cuatrocientos dólares.

—¿Me tomas el pelo?

—Esperaba no tener que decírtelo nunca.

Peter cogió un bizcochito, el último, y empezó a apretarlo como una pelota antiestrés. El karaoke seguía, lo cual estaba bien, porque sonaba lo bastante alto para acallar nuestra conversación. No obstante, Peter parecía mantener una actitud vigilante para asegurarse de que nadie nos oía.

—Es Gretchen, esa bruja. Dios, cómo la odio; se ha propuesto destruirnos a todos. A ti te hundirá conmigo; no dudará en arruinar tu vida junto con la mía. Es una mala persona. Lanzan todas esas acusaciones; bueno, ella ha lanzado una acusación... Estoy convencido de que todo esto ha sido idea suya, no de él. Ricky es un buen chico. Lo crié yo mismo. Nunca he querido hacerle daño. Él lo sabe.

—¿Dicen que tú... lo tocaste? —Estuve a punto de usar la palabra «acosaste», pero me contuve a tiempo.

—Sí, se lo dijeron a Inès. Pagué cuatrocientos dólares por

someterme a un detector de mentiras. Le enseñé a Inès los resultados. Tal vez ahora todo esto caiga en el olvido. Sólo puedo esperar que así sea.

—¿Pasaste la prueba?

—Soy inocente. Nunca hice nada con Ricky. No me gustan los niños, y lo sabes.

—¡Ah, yo pensaba que quizá...

Recordé su historia de un hombre sodomizándolo de niño. Siempre se había referido al incidente como a una violación, aunque él lo había «consentido» para comprar la escopeta de aire comprimido. Parecía indignarle que un hombre mayor pudiera hacer algo así a un niño. No es que fuera homofóbico. En Palisades Park, admiraba a los gays que tenían el valor de darse la mano en público y siempre decía que el amor entre los gays no merecía menos.

Como si me hubiera leído la mente, Peter dijo:

—Te conté que cuando tenía diez años un hombre me hizo daño. No me gustó lo que hicimos porque no soy gay. Si fuera gay, habría estado bien. Además, lo que me hizo no lo hizo con cariño. No le importaba hacerme daño. Me cogió en la calle... era un depredador. Tú y yo estábamos enamorados. Créeme, antes de que tú entraras en mi vida, no había nadie. Intentaba ser normal.

—Pero ¿por qué Ricky te iba a acusar de algo así? ¿Por qué se lo iba a inventar?

—No lo sé. Le sigo dando vueltas. Tal vez cree que en verdad pasó. Por alguna razón, quiere creer que así fue. Tal vez ha estado secretamente celoso de ti todos estos años. O tal vez Gretchen lo tiene tan dominado que él haría lo que fuera para complacerla, incluso destruir nuestras vidas.

—Pero ¿qué iba a tener Gretchen en contra de nosotros?

—No es algo personal. Seguramente tenía celos de cualquiera que pudiera interponerse entre ella y Ricky. ¿Recuerdas que le hizo un corte?

—Ésa no fue Gretchen; fue Audra —le corregí.

—Bueno, es igual. Están todos locos, si quieres que te diga la verdad. Basta con echar un vistazo a esa Gretchen para saber que no es mínimamente creíble. Lleva tantos piercings que me sorprende que no haga aguas. Cuando venía por casa, lucía un corsé de encaje con el escote al aire, una peluca de rastas color violeta, medias lunas pintadas alrededor de los ojos y pintalabios negro.

Imagínate que se hubiera presentado así en la sala del tribunal... se habrían reído en su cara. ¿Sabes lo que me fastidia? Que, pese a ello, Inès la creyó. Me pidió que me marchara sin tener pruebas de nada. ¡No tengo adónde ir! Mi pequeña habitación es todo lo que tengo, eso y mi coche. Me puse de rodillas y le imploré que me diera tiempo para demostrar que aquellas acusaciones eran falsas. Y, aunque pasé la prueba del detector de mentiras, sigo teniendo la sensación de que quiere que me vaya. El otro día Miguel me lanzó la peor de las miradas. Me miró fijamente una y otra vez, hasta que yo aparté la mirada. No lo culpo. Tiene que creer a su hermano. Si Inès me echa de casa, no sé qué haré. ¿Cómo voy a permitirme un piso con unos ingresos de seiscientos dólares al mes?

Yo me preguntaba: ¿adónde va a ir un viejo enfermo y pobre como él? Entonces pensé en mi dinero y volví a enfadarme. No quería pensar en Ricky y en la posibilidad de que Peter hubiera hecho algo. Era un extraño juego de malabarismo, intentar no pensar en una cosa, porque pensar en una era dar entrada a todas las demás.

—Y ¿sabes qué? Me he vuelto tan dependiente de ese hospital de veteranos que jamás podría irme de esta zona. Se me ha pasado por la cabeza que, cuando empieces a trabajar a tiempo completo y quizá te vayas a vivir con Anthony, apenas nos veremos. No habrá más paseos vespertinos en coche. Así que pensé que tal vez debería intentar empezar de cero, aunque no me puedo alejar mucho de ese maldito hospital de veteranos. De todas formas, soy demasiado viejo para alejarme. Alcanzas una determinada edad y te das cuenta de que no quieres cambiar. Da demasiado miedo.

Yo también estaba aterrada. Alguna que otra vez, me veía a mí misma soñando con que Peter moriría de un ataque al corazón. No me imaginaba empezar una nueva vida con él siempre de fondo, haciéndose mayor, aún más dependiente y deprimido. Si algún día tuviera hijos, ni siquiera podría dejar que se le acercaran. Como Gretchen tampoco podría dejar que su hija se le acercara, aunque hubiera pasado el test del detector de mentiras.

Unos días después de nuestra cena, el embrague del Escort finalmente murió. Peter me rogó que le pidiera a papá quinientos dólares, porque él estaba demasiado nervioso para pedírselos en persona. Yo dije que más valía que nos los devolviera y él prometió

hacerlo, aunque eso implicara dejar de fumar para ahorrar dinero. Al menos a mí me ahorraba unos cientos de dólares al año pagándome el seguro del coche; con su edad avanzada y su bonificación, sólo pagaba seiscientos dólares al año, muy poco tratándose de Nueva Jersey. Decidí pedir el dinero un día que papá estaba de buen humor porque Hacienda le acababa de devolver una considerable suma de dinero. Estaba en la cocina removiendo el arroz, mientras tarareaba *Across the Universe*, de los Beatles.

Me sorprendió que papá accediera a prestarle el dinero, diciendo:

—Te diré una cosa: estoy de buen humor. Le prestaré el dinero para que se compre un coche decente; puede vender el de color limón que tiene ahora y devolvérmelo con intereses. Pero el trato es que yo elijo el coche. ¡Y no será un Ford!

Papá nos llevó a concesionarios de coches usados, donde hablaba con los vendedores en español; insistía en que allí nadie podía conseguir un buen coche si no hablaba español. Pero no llegamos muy lejos con papá, así que finalmente Peter sugirió que pidiera ayuda a mi novio, el experto en coches. Anthony tenía un amigo que se vendía un Mazda por mil cuatrocientos dólares, pero a Peter acabó rebajándoselo a mil. Peter aceptó pagarle a papá cien dólares al mes. Pero, por alguna razón, nunca lograba reunir los cien dólares a final de mes.

De modo que, como era de esperar, papá estalló un domingo por la mañana, tras meses de silencio.

—¡Ese hombre me ha timado! ¡Se ha aprovechado de mi buena fe! ¡Me ha engañado! ¡Y tú has sido su cómplice! ¡Los dos me engañasteis! ¡Debería haberlo sabido! Vosotros vivís en vuestro mundo, conducís por ahí sin rumbo fijo no sé con qué propósito. Yo vi el kilometraje de ese Escort; ¡era algo fuera de lo normal! ¡Cualquiera diría que habéis hecho un viaje de ida y vuelta al fin del mundo! Ese hombre no tiene sentido de la responsabilidad, y tú tampoco. ¡Vivís en una fantasía! ¡Ese hombre no está bien! ¡Cada vez que lo veo tiene peor aspecto! ¡Apenas puede caminar! ¿Me oyes? ¿Entiendes lo que te quiero decir? ¡Más te valdría abrir los ojos!

Cada jueves recorríamos ochenta kilómetros en coche hasta Bear Mountain para sentarnos en enormes rocas, contemplar lo que Peter

llamaba «los campos de eternidad». Yuyos, pino de tea, trigo vacuno. Guindal y escoba de bruja. Robles y tulipaneros. De vez en cuando, aparecía un ciervo de cola blanca, y se erguía como los pelos cuando se ponen de punta. Por desgracia para Peter, había pasado otro verano ensombrecido por las acusaciones de Gretchen. Otro otoño se nos echaba encima.

—Inès me volvió a plantar cara ayer —dijo Peter, mientras permanecíamos sentados sobre una enorme roca blanca con la tierra que se extendía a nuestros pies y el cielo de las siete de la tarde veteado de rosa—. Me dijo que finalmente se reunió con Gretchen en una cafetería para mostrarle los resultados del detector de mentiras. Gretchen seguía insistiendo en que Ricky le había contado que yo había abusado de él. Dijo: «¿A quién vas a creer: a un detector de mentiras o a tu propio hijo?» Yo le comenté a Inès que la única manera de llegar a la verdad era a través de Ricky.

—¿Lo hará?

—Inès tiene un miedo irracional a los enfrentamientos. Antes prefiere dejar cosas sin resolver que hacerles frente. Le dije que tenía que preguntárselo a la cara. Es Gretchen la que está detrás de todo esto, no Ricky. Estoy convencido de ello.

—Pero ¿y si fuera él? ¿Por qué iba a decir algo así?

—He pensado en ello. Me he exprimido el cerebro y creo que he descubierto una teoría. Durante años, todos han sabido lo que había entre tú y yo, al menos en un nivel subconsciente. Nos han visto solos en mi habitación; han oído nuestras discusiones. Lo saben, claro que lo saben.

Sentí una vergüenza tan grande que parecía una enfermedad. Era consciente de que lo sabían, pero no soportaba pensar en ello.

—Lo saben, y no lo entienden porque nadie lo hace. Inès podría haberlo entendido un poco, porque está enamorada de un drogadicto. Durante años te han visto entrar y salir de mi habitación, pasar horas allí dentro. Luego estaba esa asistenta social...

—Pero todo el mundo nos protegía. De haberlo sabido, ¿no habrían dicho nada?

—¿Sabes? He estado pensando... Gretchen trajo aquí a su niño a jugar al jardín en alguna ocasión, ¿lo recuerdas?, y alguna vez Inès se prestó a hacer de canguro. Tal vez Ricky, al vernos juntos todos estos años, pensó que podría hacerle algo al bebé de Gretchen. Pero él no quería admitir que había permanecido a nuestro lado y nos

había vigilado durante años sin decir nada. Gretchen lo consideraría un cobarde. Incluso podría preguntarse si su hijo estaría a salvo a su lado. En cambio, si Ricky se hiciera la víctima, eso haría que ella mantuviera a su hijo lejos de mí sin que él pareciera sospechoso o culpable de nada. De todas formas, no creo que sea cosa de él. No mentiría así.

—Pero ¿y si salió de él? ¿Crees que Inès te echaría?

—No lo sé.

—Recuerdo que una vez dijiste que jamás podía obligarte a marcharte. Independientemente de las circunstancias.

—Esto tiene que ver con su hijo. Por lo que sabemos, Miguel también podría estar haciendo presión para que me fuera. Una de las cosas que Inès dijo fue: «Confío en mi hijo.» ¿Sabes?, los días en que discutíamos tanto, solías darme miedo. Sabía que tenías el poder de destruirme. Pero nunca lo hiciste, jamás lo harías. Es esta extraña... ni siquiera nos conoce, a ninguno de nosotros... —Hizo una pausa para encender un cigarrillo; hicieron falta tres intentos para que el mechero funcionara, porque las manos le temblaban demasiado.

Prosiguió:

—Aunque Ricky dijera esas cosas, ella es la que mantiene a Inès alejada de su casa. ¿Sabes lo que le dijo? Una noche vino aporreando la puerta, debían de ser las diez —Inès me comentó que se presentó allí con aquel vestido negro y una peluca de loca en la cabeza—, y le dijo: «Mientras estés con él, no queremos nada contigo.» Luego se marchó. Llevará su tiempo, pero Inès acabará enfrentándose a Ricky. Por mucho que Inès huya de estas cosas, llegará un momento en que se verá acorralada en una esquina. Su Ricky dice que lo hice, me voy a la calle. Lo sé.

—Ricky... siempre hacía un ruido o un gesto para decir hola, pero antes de trasladarse, parecía incómodo al verme. Yo estaba chiflada por él, y a saber qué pensaría de mí... —Enterré la cara en mis manos.

31

LA HERENCIA

Sólo unos meses después de los atentados del 11 de septiembre y el terror al ántrax, cuando sólo me quedaba un mes para terminar los estudios, Peter embutió un sobre largo y grueso en mi buzón y se fue. Yo estaba en la universidad, haciendo un examen de Literatura británica II. Con la guerra disparando los precios de la gasolina, mucha gente compartía el viaje en coche. Aquel miércoles, yo volvía a casa con mi amigo Manuel, un joven gay que llevaba esmalte de uñas negro y que, después de haber visto cómo el segundo avión se empotraba contra una de las torres gemelas desde la ventana de su habitación, soñaba que lo envenenaban con ántrax. La paranoia del ántrax era tan corriente que algunos restaurantes dejaron de espolvorear con azúcar las tostadas francesas y los gofres belgas.

Muchas tiendas en la avenida Bergenline vendían botones y camisetas con el lema: «Osama: se busca vivo o muerto». Casi todo el mundo tenía banderas americanas en la fachada de su casa y en los coches. Una devota musulmana de mi clase de periodismo que antes llevaba un *hiyab* había empezado a ponerse vaqueros después de que tres hombres en un todoterreno hubieran intentado empujar su coche al centro de la intersección más transitada de la ciudad de Jersey. Cuando se lo conté a mamá, lo anotó en su último Libro de Hechos, donde tenía unas veinte páginas dedicadas sólo al 11 de septiembre. A papá le molestaba que insistiera en que los pilotos kamikazes eran unos desalmados, sin pensar en los acontecimientos que habían llevado a aquella situación.

—Les lavaron el cerebro desde niños —decía papá—. Lo que hicieron está mal, pero ellos pensaban que lo hacían por una noble causa.

Entonces mi madre llamaba a las líneas directas para decir que su marido apoyaba los ataques del 11 de septiembre.

Cuando mi madre oyó nuestra verja, se asomó a la ventana y vio que Peter se alejaba cabizbajo y con paso enérgico, las manos en los

bolsillos. Miró la hora, porque sabía que luego yo se lo preguntaría; la única otra ocasión en la que había venido tan temprano a casa había sido para traer todos aquellos recuerdos. Sentí como si al final mi deseo malvado se hiciera realidad, y quise retirarlo por encima de todo. Durante los últimos meses, Peter había dicho que pondría fin a su vida un día de aquéllos, así que yo estaba continuamente con los nervios a flor de piel, sintiendo la necesidad de vigilarlo. Pero ese día yo tenía un examen final y no se me había ocurrido que pudiera hacerlo de verdad.

—¿Por qué no lo detuviste, mamá?

—No me dio tiempo. Parecía tener prisa.

Miré el sobre, gordo, sellado por detrás de manera apresurada con cinta adhesiva, ya que a Peter no le gustaba lamer los sobres. Sobre la mesa, junto al sobre, había una bolsa de papel marrón de comida china que mi madre había comprado para comer; antes de ir a dar una vuelta en coche con Peter por la tarde solíamos comer juntas. Abrí la bolsa y olí la sopa *wantan* y el arroz con langosta frita, retrasando lo inevitable. Abrí el sobre con unas tijeras como papá me había enseñado a hacer hacía mucho tiempo, consideraba los sobres rasgados un sacrilegio. Saqué del interior el grueso fajo de páginas sueltas dobladas. El primer papel que abrí contenía una especie de croquis; me percaté de que era un mapa de Palisades Park. Había dibujado un coche en medio de un aparcamiento vacío con una flecha encima, encerrado en tres círculos. En cuanto desdoblé las demás páginas sueltas, me cayó una llave en la mano. Vi que se trataba de una llave de contacto.

Meneé la cabeza mientras leía las diez cartas de suicidio. Costaba leerlas, la escritura era peor de lo habitual, y había faltas de ortografía por doquier. Había escrito «Jesís» por «Jesús» y «añas» por «años»; también había olvidado la «a» en la palabra «vergüenza». Decía muchas veces: «Para que conste, nunca le hice nada a Ricky. Pero él que crea lo que quiera, supongo.» Cada carta me daba instrucciones expresas de no contactar con la policía o con Inès.

Marqué el número del móvil de prepago de Peter; fue la primera de cientos de veces. Y no dejé de marcarlo hasta que la policía lo encontró un viernes con niebla, tumbado boca arriba. Cuando Peter saltó de aquel precipicio en Palisades Park, llevaba el móvil en el bolsillo. Por extraño que parezca, después descubrí que nunca había dejado de funcionar. Aquel día, cuando llamé, seguramente no dejó

de sonar en los 76 metros de caída libre hasta el fondo del precipicio.

—Ya tienes los papeles —escribió—. Vete a buscar el coche antes de que se lo lleve la grúa. No quiero que tengas que pagar remolque y depósito; si se lo llevan, costará más de cien dólares recuperarlo.

Después, cuando comprobé las fechas de las cartas, descubrí que todas databan de días diferentes, la primera de hacía casi un año. Debía de haber ido armándose de valor poco a poco hasta tomar aquella decisión.

Tenía razón; los gastos de remolque y depósito ascendían a ciento cincuenta dólares cuando fuimos a recoger el coche, mi padre y yo. Papá me acompañó al depósito municipal, que quedaba a unos cincuenta kilómetros. Hacía un desagradable día de lluvia y papá, que ya había perdido la costumbre de conducir, circuló durante al menos veinticinco kilómetros por debajo del límite de velocidad. Me quedé mirando el río Hudson medio anegado en niebla y lloré en silencio al entrar en River Road y empezar a pasar por delante de paisajes conocidos de mis paseos en coche con Peter: el restaurante River View, un centro comercial con un Barnes & Noble y la tienda de música Wall, donde a veces compraba CDs, la sala de cine a la que íbamos. Cada semáforo en rojo le daba a papá la oportunidad de decirme que me sonara la nariz. Tenía su pañuelo blanco, que no era tan cómodo como los de papel, pero mejor eso que nada.

Nuestra primera parada fue la comisaría de policía de Palisades Park, situada al final de la pintoresca carretera. Mi padre explicó que Peter era el hermanastro de su esposa, y nos dieron indicaciones para llegar al depósito municipal.

—Tienes que vender ese coche tan pronto como lo recuperes. Me has dicho que te dejó todo lo que tenía, ¿verdad? ¿Todo lo que guardaba en su habitación? ¿Sí? —Yo asentí vagamente, sabiendo que él no callaría hasta que lo hiciera—. Pues deshazte de esas cosas. Vende lo que tenga valor y tira todo lo demás. ¿Me oyes?

—No. Él quiere que me lo quede todo. Ésa fue su última voluntad.

Papá puso en marcha el limpiaparabrisas; cada vez llovía más. Papá era la única persona que conocía que prefería conducir bajo la

lluvia que con sol, y eso era algo que siempre desconcertaba a Peter. Observé a papá; su rostro empezaba a aparentar la edad que tenía y, ahora que yo ya era adulta, cualquier desconocido vería nuestro fuerte parecido físico. También me fijé en lo mucho que había adelgazado con los años; ahora su ropa parecía colgar de una percha. Seguramente era porque bebía más de lo que comía. Me preguntaba cuánto había bebido aquel día y cuánto más bebería aquella misma noche.

—Deja que te cuente una historia, Keesy. Es sobre mí. Últimamente, he hablado de trasladarme. Nunca me ha gustado Union City y ahora también he empezado a aborrecer mi propia casa. Pero la idea de mudarme... De joven, me trasladé en muchas ocasiones. En el ejército, no había estabilidad. Pero siempre me trajo sin cuidado. Luego, cuando terminé el servicio militar, quería ver mundo; viví en Harlem una temporada, en Queens, incluso regresé a Puerto Rico de manera temporal. Cuando era más joven, no tenía nada, así que aquellos traslados no me planteaban problemas de ninguna clase. Pero, a medida que me he ido haciendo mayor, he empezado a coleccionar cosas. Empecé a acumular objetos que no eran de uso inmediato, pero que simbolizaban algo. No siempre puedo expresar con palabras lo que cada uno significa para mí. Es como aquella canción de los Beatles sobre cosas y lugares. Sea como fuere, cuando nos fuimos del bloque de pisos, traté de deshacerme del mayor número de cosas posible. Pero me pareció que había cosas de las que no podía separarme. Como en mi casa hay un cobertizo, me figuré que podía guardar todas las cosas sin las que no podía pasar en un lugar donde no estorbaran. Los años pasan y entro en el cobertizo para hacer inventario de lo que tengo. Veo novelas que leía cuando era más joven, unas en inglés, otras en español, otras en francés; la poesía de los grandes que entonces era hermosa pero que nunca más volveré a leer, y lo sé... discos de música, aunque ya no escucho a los Jefferson Airplane... Algunos de estos discos están rallados; y no tengo ni idea de por qué me molesté en guardarlos. Ropa vieja; incluso conservo un uniforme de cuando estaba en el ejército. Cartas, tantas cartas y fotografías en cajas de zapatos, bellos rostros de chicas que seguramente prometí no olvidar jamás, pero que, al observar en aquellas fotografías, me producía una carcajada contenida... Hay varias imágenes de un joven, que debía de haber sido un buen amigo del pasado; posamos cogidos del

brazo, pero ahora lo miro y mi mente se queda en blanco. Yo tendría tu edad... veintidós... ¿veintitrés?

—Veintidós —dije.

—Esta lluvia es deprimente. Mira cómo ha vuelto a amainar. A mí me gusta la lluvia que cae con fuerza, torrentes que parecen arrasarlo todo a su paso. ¿Sabes qué?, creo que nos hemos perdido. Voy a dar la vuelta.

Estábamos en la calle de una urbanización en algún lugar; papá dio la vuelta en una rampa de entrada para volver a la carretera. Comprobó el papel que yo sostenía con las indicaciones y dijo:

—¡Ah!, ya está, ahora lo veo. La letra de ese policía es como la de un médico... De todas formas, hay tanta porquería en ese cobertizo, recuerdos de viajes que he realizado, regalos que no me han gustado especialmente de personas que me traían sin cuidado. Incluso la jaula que albergaba mi viejo loro: ¿en qué pensaba al guardar eso? Por aquel entonces, cuando nos mudamos hace unos quince años, estas cosas debían de ser importantes para mí. Pensaba que las necesitaba. Pero ¿sabes qué? Me trasladé a mi casa y las almacené, y meses después me había olvidado de todas ellas. Cada día me levanto por la mañana, me como un aguacate o un huevo duro, me cepillo los dientes, me pongo la corbata, voy al trabajo, luego vuelvo a casa, como algo yo solo, por lo general arroz blanco con alubias negras, me vuelvo a cepillar los dientes... Nunca pienso en todas esas cosas, ¡nunca! —Pero yo sabía que no era cierto. Era evidente que ahora papá estaba pensando en ellas, y aún no las había desechado.

Los dos primeros meses después de la muerte de Peter, mis días fueron maratones de dormir, despertar, comer un poco, y tratar de dormir otra vez. De día, dormía en la cama que mi madre tenía en la ampliación de la cocina. Sólo subía las escaleras de noche, perdiendo así la cama de mi madre porque ella nunca había podido dormir en la enorme cama de arriba. A mí no me importaba dormir de noche en el dormitorio principal. De noche, nada importaba.

Durante el día, mientras escribía mi último diario, me preguntaba si en verdad había hecho lo posible por disuadirlo. Recuerdo que había dicho que saltaría de un precipicio, y yo le había advertido que, si lo hacía, buscara un lugar donde no hubiera árboles. ¿Y por qué, pese a mi depresión, me acababa de poner

reflejos dorados en el pelo por primera vez? También tenía pensado hacerme un tatuaje a la semana siguiente; si me hubiera visto uno en vida, se habría puesto a llorar. ¿Acaso me había negado a mí misma todos aquellos años? ¿Cuántos de los que supuestamente eran mis gustos eran los suyos? Hacía seis meses, no me habría planteado teñirme el pelo, ni se me habría pasado por la cabeza ponerme un tatuaje. Me sentí aterrada. ¿Dónde terminaba él y dónde empezaba yo exactamente? Ésta fue la estúpida pregunta que me hizo dar marcha atrás y releer sus notas suicidas y rebuscar entre sus libretas de cartas de amor, para recordarme a mí misma que él era una de esas personas cuya vida había sido un tributo a la mía. Todo lo que había heredado de él demostraba que yo era su ser más querido. Sin embargo, una de sus notas de suicidio me preocupó: «Margaux, te dejo mi coche porque Inès no sabe conducir.» ¿Qué era eso, un premio de consolación? ¿Un coche de mil dólares que había comprado con mi dinero y el dinero de mi padre? Me dije a mí misma que él no se había parado a pensar en lo que allí ponía; su mente estaba hecha un lío.

Un día, mi madre cerró las persianas y volvió a la cama. Se sentó en ella.

—Margaux, espero que estés bien para afrontar esos exámenes. He mirado el calendario. Pronto se acercan las fechas, ¿sabes? Y no querrás que esos «No presentado» se conviertan en suspensos.

—Sé que esto que voy a decir es egoísta —dije—. Pero ojalá Peter hubiera esperado hasta después de los exámenes. Hasta que me licenciara. No sé. A lo mejor tenía que hacerlo ya. Tal vez había razones por las que no podía esperar.

—Al final ya estaba sufriendo mucho. Y todo tiene un por qué. Los designios de Dios son inescrutables. Créeme, nadie se preocupaba más que Peter por tu educación universitaria. Peter siempre fue tu mayor animador. Cada vez que tu padre te hacía caer, él te levantaba.

—Ojalá estuviera aquí ahora.

Mamá me acariciaba el pelo.

—Bueno, Dios siempre cuida de las cosas. Cuidó de mí. Dios puso a gente afectuosa en mi camino. Como cuando tú eras pequeña, y me costaba hacer que te comieras el almuerzo. Fuimos a casa de Maria y ella te dio de comer; te hizo el avión, ¿lo recuerdas?

—Sí, tenía un bebé. Era muy agradable.

—Dios quiso que perdiera aquellas llaves de casa. Estoy convencida de que Él me hizo ponerlas en otro lugar aquel día para que pudiéramos volver a reunirnos con Peter. Sé que ahora lo estás pasando mal, pero tú disfrutaste de años y años de felicidad, y él te llevó a muchos sitios y te enseñó muchas cosas.

—¿Dónde crees que está Peter ahora?

—En el cielo. Observándote desde allí, tu ángel de la guarda. ¿Sabes? A veces, creo que podría haber sido la reencarnación de Jesucristo. Era muy sabio y puro de corazón. Sólo deseo que hubiera recibido ayuda psiquiátrica. Tal vez, si hubiera recibido la medicación adecuada, nada de esto habría ocurrido.

—Habría ocurrido de todas formas. Créeme.

Bueno, tú lo conoces mejor que nadie. Vosotros dos teníais una amistad especial. Es una lástima que él fuera tan mayor y que tuviera tantos problemas de salud. Pero yo siempre lo dije: te puedes casar con él en el cielo.

—Murió como un hombre —dijo mi padre un mes después en la cocina—. Es lo menos que puedo decir de él. No fue la muerte de un cobarde. No se fue como un marica. No me explico de dónde sacó el valor. Tienes que estar loco para hacer algo así. —Luego, envolviendo su Heineken con los labios, añadió en voz baja—: Yo no podría haberlo hecho. —Me sorprendió, porque papá siempre había sido muy crítico con el suicidio. Entonces me percaté de que su voz había cambiado ligeramente de tono, lo cual significaba que había pronunciado aquellas palabras en un insólito esfuerzo por consolarme, probablemente sin creer en verdad lo que decía. ¿O acaso vio algo honorable en el salto de Peter? Papá troceó una papaya mientras hablaba; yo observé cómo caían las semillas negras. Vi a mi padre comer un poco de papaya, haciendo ruido con los labios. Me la puso delante, en un plato desportillado con el tiempo, y yo empecé a comer, aunque sólo fuera por la oportunidad que aquello me daba de mantener las manos y la boca ocupadas al mismo tiempo.

—En cuanto al coche, ¿estás segura de que quieres esa cosa? —Lo observé mientras se inclinaba hacia los armarios de la cocina, fumando de manera enérgica. Abanicaba el humo de la ropa, daba una calada, abanicaba y daba otra calada—. Deberías venderlo, devolverme el dinero. Ese coche está maldito. Yo no querría

conducir un coche así. Caminaría dieciséis kilómetros antes de poner los pies en ese coche negro.

Le dije que quería el coche. Una vez más, me asaltó la idea de que Inès no había heredado el coche porque no sabía conducir. Traté de apartar esa idea de mi mente.

—¿Sabes lo que hice aquella noche, la noche de la llamada? —Apagó el cigarrillo—. Fui al bar. Me emborraché. Mientras bebía, me decía a mí mismo: tal vez esta persona se ha tomado unas pastillas y se fue al bosque; allí hace frío. O tal vez ha saltado desde algún lugar y se ha roto una pierna y está sufriendo. Nadie está allí para ayudarle. Deseé su muerte. Recé a Dios: haz que ese hombre muera. No me gusta ver a la gente sufrir. No es mi estilo. En cualquier caso, veo que está muerto, y eso me consuela.

Encendió otro cigarrillo.

—¿Sabes? Siempre tuve la impresión de que había algo raro en él, algo fuera de lo normal. Pero tampoco podría jurarlo. Sea como fuere, me parecía una persona considerada, servicial. Una vez incluso me prestó dinero. ¿Recuerdas que el negocio de la joyería aflojó y estuve unos meses sin trabajo? Él vino a recogerte un sábado y le pedí que me prestara veinte dólares. Pedir a quien no tiene es humillante. Ahora bien, luego le compré uno de sus coches, así que lo ayudé diez veces más. —Hizo una pausa—. De todos modos, él siempre ayudó con tu madre. Pero había algo extraño en él, algo que desviaba la atención. Nunca se despojó de su tragedia; no lo superó. Cualquier cosa puede suceder en la vida, alguien de tu familia puede morir, puedes perder dinero, un trabajo, cualquier cosa puede ocurrir: sin embargo, debes sobrevivir. No puedes acabar con tu vida. Ése no es el objetivo de la vida. Debes ver más allá, no importa de qué.

—¿Aunque seas mayor, pongamos por caso, y alguien tenga que cambiarte los pañales?

—Sea el caso que sea. La vida es demasiado bella. Mi hermana mayor, Esmeralda, le cambió los pañales a mi padre hacia el final de su vida.

—Pero ¿eso no les resultaba humillante? ¿A ambos?

—¡Es su obligación! Yo te cambié a ti los pañales, ¿no? Sólo espero que cuides de mí cuando me haga mayor. En eso consiste la vida. En cuidar de los de tu misma sangre. Pensé en él, en que me había ayudado, incluso prestándome dinero a pesar de su pobreza, en que había llevado muchas veces a tu madre al hospital. Su

muerte es triste, pero todo es triste. La vida sigue. —Me puso la mano en el hombro—. Escúchame, no des por hecho que nuestra vida es más que el sol que amanece y se pone. No des por hecho que lo hará para siempre; no hay manera de saberlo. Yo no me levanto esperando que salga el sol, pero cuando lo hace, lo interpreto como un regalo.

Pensé en que solía escribir poesía cuando tenía mi edad y en que luego lo había dejado. En que no vivía su vida como si fuera un regalo; repetía cada día que era un hombre maldecido. Pero era su manera de decir que el suicidio de Peter había sido un acto de valentía; no lo dijo porque lo creyera, sino porque por alguna razón quería que yo lo creyera.

—A pesar de todo lo que me ha pasado, sigo adelante, lo lamento pero no por demasiado tiempo. La vida es demasiado corta para pasarla lamentándonos. Por eso, aquí, me han buscado un nombre; mis amigos me llaman el hombre fiesta.

Me sonreí; estaba de espaldas, así que él no podía verme. Cuando lo miré, él también sonreía.

—Soy el hombre fiesta. Para Eduardo, José, Félix, Ricardo. Cada vez que los amigos, los camareros y las chicas me ven, me hacen señas para que me una a ellos y lo pasamos bien. Soy un buen conversador. Conozco los chistes adecuados. Entro en un lugar, y cobra vida. Puedo montar una fiesta en cualquier momento: en tiempos de guerra, en tiempos de paz, durante una recesión, una catástrofe natural, una crisis personal; aunque me sienta triste, no dejo de beber; miro las carreras de caballos con los amigos, los partidos de béisbol, me lo paso bien, sigo adelante. Por eso nunca acabaré como tu amigo Peter.

Once meses después de la muerte de Peter, encontré trabajo como directora de un colegio de preescolar en la ciudad de Jersey. Cuando regresaba del trabajo al piso que ahora compartía con Anthony, estaba exhausta.

Un día, al entrar en la Ruta 7 de «The Circle», la intersección más peligrosa de Nueva Jersey, bajo una lluvia torrencial, vi un par de coches estancados en cuatro palmos de agua; los propietarios no habían sufrido ningún daño, pero estaba claro que sus intentos de atravesar la riada los habían dejado encallados. Empecé a reducir, con la intención de aparcar, y entonces sentí el impulso de pisar a

fondo el pedal del acelerador. El Mazda no llegó lejos. Rodeado de agua por todas partes, el coche de Peter dio un bandazo, y luego se apagó por completo, con el agua colándose por las rendijas de las portezuelas y el suelo. Los bomberos vinieron a rescatarme en una lancha a la que me subí tras haber salvado lo que podía: mis cedés y unos libros que guardaba en el coche. Todo lo demás, desde la tapicería hasta el motor, quedó destrozado bajo un torrente de agua; después papá se pondría a gritar. Pero cuando le dije con mucho orgullo que, ahora que trabajaba, le devolvería cada centavo de su préstamo de quinientos dólares, alzó la mano diciendo que no me correspondía a mí pagar la deuda de otro.

Desde la muerte de Peter, fue como si me hubiera ido despertando de un profundo sueño con el sonido de un perro o un lobo aullando en algún rincón de la jungla. Como si todo ocurriera tras un sueño que se desvanece a cada segundo. El aire en la ventana era de un negro azulado y el viento movía las cortinas haciéndolas parecer ojos que se abren. Eran las dos o las tres o alguna otra hora de inexistencia. Yo podría haber sido una tortuga recién salida del huevo avanzando pesadamente hacia la orilla del mar. Podría haber sido un átomo dividiéndose o agua transformándose en vapor. Dios podría haber hecho mis pestañas con las cenizas de una hoguera. Podría haber sido un embrión en pleno crecimiento con los ojos formándoseme en el cráneo blando. Podría haber muerto veinte veces antes, pero eso ya no importa.

De regreso de Coney Island, en pleno aguacero, Peter aparca el Suzuki bajo un puente y nos damos un beso francés entre cajas amarillas, conos de tráfico naranjas, basura arrojada al suelo desde las ventanillas de los coches. Nos atrevemos bajo el puente, donde nadie puede vernos. Nos atrevemos en la habitación de Peter con la puerta cerrada. Nos atrevemos en la playa desierta.

El cielo de Coney Island es rosa y rojo. Allí estamos, en el metro de regreso a la ciudad. Míranos, en lo alto del Empire State, el viento prácticamente arrancándonos la cabellera. Patinamos en la pista; es arriesgado, porque una caída podría dejarlo paralítico. Jugamos al Super Mario Bros 3; él me pide que le enseñe a hacer saltar a Mario. Le leo el *Frankenstein* de Mary Shelley. Estamos en la iglesia: él recita el Salmo 23. Soy la única niña de octavo que está

casada. Allí estoy yo, de paquete en la moto, el pelo ondeando al aire en la coleta. Nos tumbamos en un prado cubierto de hierba en Bear Mountain, esperando a que las estrellas enciendan sus rayos. Finalmente subo aquella gran colina junto al acceso a la pintoresca carretera, recojo las frambuesas rojas que crecen en lo alto. Me quedo en la cima de la colina, con las frambuesas en la mano para mostrarle que lo he conseguido. A plena luz, con aquel aire puro, machaco las frambuesas sobre unas piedras afiladas y me dispongo a bajar con las manos vacías, lamiéndome la mano hasta dejarla seca.

Años después de la muerte de Peter, repaso todas las fotografías que me sacó. Fotografías sueltas, fotografías en álbumes, fotografías amontonadas en la caja de madera que hice en clase de manualidades. Yo con siete años intentando hacer una voltereta lateral, con el vestido rosa y blanco cayéndoseme sobre la cabeza, los zapatos de piel asomando como las estrellas de una bandera. Las braguitas, claramente visibles, son las de Mi Pequeño Pony. Ceremonia de graduación de octavo curso, sentada en el patio en una silla de jardín con una rosa roja que Peter me había regalado. Su flequillo está bien cuidado, y su rostro es atractivo. Yo tengo quince años y estoy inclinada sobre la casita de muñecas, sosteniendo un diminuto ratón de fieltro con mi camiseta de franela y mis tirantes.

Ahora miro una fotografía de mi gran rival, Jill. Sin que Peter lo supiera, había visto a la Jill adulta el verano de su último año; seguramente estaba en la universidad y había venido a casa de vacaciones. No podía ser otra. Tenía aquel lunar bajo el ojo que yo recordaba. Llevaba el pelo rubio recogido en una coleta baja y calzaba sandalias de cuña. Era alta, delgada, colorada. Al pasar a su lado aquel día estaba segura de que lo había olvidado todo sobre Peter. Si él le había proporcionado felicidad, ésta había sido fugaz como un helado de Mister Softee; su madre siempre había estado presente, y el tiempo que pasaron juntos había sido tan corriente como sus pantalones piratas y una pulsera de tobillo. Sin momentos críticos, sin secretos.

Aquí estoy con un chupa-chups de uva a los veinte, y el sol proyecta una luz tan brillante sobre ese camino secreto que mi rostro parece iluminado por una vela. Hay otras fotografías: riéndome al sol, sumergiendo los dedos en aquella charca escondida donde una vez había liberado una tortuga de caja.

Y muchas más con la regadera oxidada, de pie descalza junto a la verja verde de la casa de Peter, sentada en la moto, con la nariz incrustada en una rosa Max Graf. En la hamaca, con la cabeza recostada sobre su pecho; él enrosca mi pelo en su dedo, y mi semblante está relajado. En otra foto, tengo la cabeza apoyada en su brazo, su perfil me observa; mis ojos están como aturdidos por el sentimiento, los suyos son claros y vivos como el amanecer. En una que nunca había visto antes, Karen y yo estamos en el cuarto de baño, y yo le enjabono el pelo con champú infantil. Juguetes de Winnie-the-Pooh asoman entre nosotras. El cámara es invisible, por supuesto. Se encuentra en alguna parte más allá de nuestro plano de visión, en algún sitio de las perdidas colinas, atrapado en el óvalo de un espejo de mano. Relampaguea brevemente en la mente de una abuela que agoniza, en algún lugar del lago oscuro, del bosque alegre. Se inventa palabras y el acompañamiento musical, es un factótum, es atractivo. Nos quiere mucho.

EPÍLOGO

Hoy es 6 de octubre de 2010. Estoy mirando una serie de fotografías completamente diferentes, que acabo de recoger en Walgreens. En una de las fotos que mi marido nos hizo a mi hija y a mí, estamos sentadas en un dique de piedra que contiene un gigantesco lago azul. Yo llevo puestas unas gafas de sol hippies de forma cuadrada con círculos psicodélicos de color violeta, y mi hija luce un gorro rosa de Hello Kitty a juego con varias pulseritas brillantes de plástico. Como siempre, mi hija se niega a sonreír para la cámara. Lo considero una señal de independencia.

Anoche, mientras bajaba la escalera, me fijé en que mi reproducción de siete pulgadas de la guitarra eléctrica de Kurt Cobain había desaparecido. Kurt está de pie encima de la pila de cedés, a la izquierda de la vela con forma de bola 8 mágica que compré hace años en Binghamton. A la derecha de Kurt hay un monstruo de plástico azul oscuro con colmillos y ojos rojos enfundado en una camiseta blanca que presume de ESTILISTA N. º 1.

—¿Has vuelto a coger la guitarra de Kurt? —le pregunto a mi hija.

—Sí —admite.

Le encanta la música, así que el diminuto instrumento está presente en muchos de sus juegos. En las escaleras enmoquetadas, descansan dos rollos de papel de estraza unidos entre sí con cinta adhesiva: «Troncos para mi decorado», me explica. Muchas veces construye sus «decorados» con cajas de zapatos, botellas de agua vacías, y cartón que encuentra en el contenedor de reciclaje. Yo disfruto usando objetos cotidianos para crear arte con mi hija: el fieltro verde puede ser hierba; los cantos rodados del río pueden cobrar vida con un poco de pintura y unos ojos saltarines. Una vez hicimos un decorado invernal echando pegamento sobre un dibujo hecho con cartulina negra y esparciendo sal de mesa por encima. Lo saqué de un viejo cuaderno de ideas creativas que mi madre iba anotando cuando trabajaba como ayudante de una profesora, antes

de que su enfermedad mental le impidiera trabajar.

Al plasmar mis recuerdos en este libro, he procurado romper los patrones de sufrimiento y abuso tan viejos y profundamente arraigados que han perseguido a mi familia durante generaciones. Una cosa que he aprendido a través de la escritura es que el hecho de que mis abuelos no se enfrentaran abiertamente a los abusos sexuales de mi madre y de mi tía cuando eran unas niñas, el trauma ha pasado sin control de una generación a otra. Mi madre no tenía idea de cómo reconocer el problema, o protegerme de él. Insistiendo en el silencio y el olvido, seguramente mis abuelos intentaban proteger a sus hijas de más daño, pero mi propia historia demuestra que estaban terriblemente equivocados.

Los secretos son lo que permitieron que el mundo de Peter prosperara. El silencio y la negación son precisamente los elementos que todos los pedófilos utilizan para lograr que sus verdaderos motivos permanezcan ocultos. Repasar viejos documentos y reflexionar cuidadosamente sobre mis propias experiencias ha dejado al descubierto las muchas maneras en que Peter nos manipulaba a mí y a mi familia. Cuando terminaba este libro, leí *Conversaciones con un pederasta: manual para prevenir la pedofilia a través del diálogo entre una víctima y un verdugo*, de la doctora Amy Hammel-Zabin, una terapeuta de prisiones, y me convencí de algo que siempre había sospechado: el depredador sexual busca a niños de hogares con problemas, como el mío, pero también puede engañar a cualquier familia haciéndole creer que es una persona normal o incluso un miembro destacado de la comunidad. Los pedófilos son unos maestros del engaño porque también dominan la técnica del autoengaño, convenciéndose a sí mismos de que lo que hacen no es malo.

En mi ordenador están archivados los documentos procesales de 1989 (los vi el año pasado por primera vez) que imputaban a Peter estos cuatro delitos contra uno de sus hijos adoptivos: abuso sexual, conducta criminal sexual, comprometer el bienestar de un niño y abuso de un menor. El tribunal estimó la certeza de que Peter «respondería favorablemente a la libertad condicional». Por aquel entonces, al estar separados, Peter y yo nos comunicábamos por teléfono; un año después, cuando contaba once años, él emprendió una segunda iniciación sexual conmigo. Tengo la impresión de que

el actual sistema judicial fracasa drásticamente en la condena y rehabilitación de los delincuentes sexuales, y para que esto cambie, me parece básico ver el problema de la pedofilia a través de los ojos de quienes han dedicado su vida a estudiarlo. En la revista *Time*, el doctor Fred Berlin, fundador del Instituto Nacional para el Estudio, la Prevención y el Tratamiento del Trauma Sexual, aborda esta cuestión de manera pragmática: «La gente quiere ver a un monstruo cuando habla de un "pedófilo". Sin embargo, la mejor manera en que la sociedad puede hacer frente a la pedofilia es proporcionando a esas personas un tratamiento que prevenga futuros acosos. La página web de Berlin es un posible recurso para quienes se sientan sexualmente inclinados hacia los niños: www.fredberlin.com/treatmentframe.html. Los antidepresivos surtieron efecto en Peter en los últimos años, y al sujeto del libro de Hammel-Zabin le ayudaron enormemente los medicamentos inhibidores de la testosterona. Es verdad que el estricto cumplimiento de penas vigentes como el ingreso en prisión de los delincuentes sexuales es una parte importante de la solución. Por desgracia, a la mayoría de los pedófilos les costaría encontrar opciones de tratamiento antes de que se haya producido una condena. Muchas veces, para cuando las autoridades han intervenido, un depredador sexual ya ha abusado de numerosos niños, y sus turbulentos procesos mentales están tan arraigados que no responden al tratamiento. Hay que poner la ayuda necesaria al alcance de quienes piensen en cometer este tipo de delitos; así, el problema podrá ser tratado de raíz.

En una historia de antes de ir a dormir que he contado recientemente a mi hija, una bruja detiene la rotación de la Tierra. Como el tiempo se ha parado, no hay noche, sólo la eterna claridad del sol. El sol es el único que se alegra, porque lo miran a todas horas; ya no tiene que competir con la gloria de la noche. Los animales nocturnos están desconcertados y no pueden salir de sus madrigueras, nadie puede dormir. Hasta que el hechizo se rompe y la bruja queda atrapada en un calabozo subterráneo.

—Pero la historia no acaba aquí —aseguro a mi hija, a quien le encantan las películas de suspense—. La bruja ha enviado un mensaje de texto a su hermana para que la ayude a escapar.

Me invento historias para mi hija como mi padre hacía conmigo cuando yo tenía su edad. Algunas tradiciones familiares las

conservo; otras deben extinguirse conmigo.

Agradecimientos

Me resulta imposible dar las gracias a todos aquellos a quienes estoy agradecida por las muestras de amistad, generosidad, amabilidad y cariño que he recibido esta última década. No quisiera olvidar a nadie en ese sentido. Así que me limito a las personas que han influido de manera directa en la creación de *Tigre, tigre*. Me gustaría expresar mi agradecimiento a:

John Vernon de la Universidad de Binghamton y a Edvige Giunta de la Universidad de la Ciudad de Nueva Jersey, mis mentores, por enseñarme lo que necesitaba saber para contar mi historia. Os debo mi más profunda gratitud.

Terra Chalberg, por tu inmensa precisión, meticulosidad y energía; por tus increíbles primeras correcciones, por tu infatigable confianza y el paciente trabajo detectivesco de desenterrar los documentos procesales de 1989; y, sobre todo, por ser un «tigre» de agente.

Courtney Hodell, por tu brillante e incansable trabajo editorial, tu infinita intuición y destreza, y por excavar en lo más hondo para sacar a la superficie lo que estaba oculto y había que expresar. Eres un editor por excelencia.

Tom O'Connor, por corregir mis borradores durante años, y por dotarme de valor para narrar «lo inenarrable».

Mark Krotov, Marion Duvert, Sarita Varma y todas las demás voces afectuosas y alentadoras de FSG, y a la agencia literaria de Susan Golomb.

Mis editores extranjeros, por acercar mi historia a lectores de todo el mundo; nunca os estaré lo bastante agradecida.

Los profesores con los que trabajé estrechamente sobre este libro en la Universidad de Binghamton y en la Universidad de la Ciudad de Nueva Jersey, y que me brindaron excelentes críticas: Pamela Gay, Nancy Henry, Leslie Heywood, Maria Gillan, Jaimee Wriston Colbert, Ingeborg Bachman, Joshua Fausty, Emily Bernard, Connie Sica, y Chris Wessman. Gracias a los profesores de redacción y estilo de la Universidad de la Ciudad de Nueva Jersey Bob Hamburger,

Bruce Chadwick y Charles Lynch, por ayudarme a evolucionar como escritora novel. Además, también estoy muy agradecida a los miembros de los talleres de escritura creativa, tanto en la Universidad de la Ciudad de Nueva Jersey como en la Universidad de Binghamton, que me han ofrecido su valiosa aportación en apartados individuales de *Tigre, tigre*.

Louise DeSalvo, por sus grandes consejos y su excelente blog *Writingalife*: http://writingalife.wordpress.com.

Steven McGowan, Kathi Difulvio, Aaryn Nardone, Quana Brock, y Sarah Jeffries, por leer el primer borrador *in extenso* y realizar importantes contribuciones editoriales y/o acertados comentarios.

Finalmente, quisiera dar las gracias a mi hija por seguir enseñándome cada día lo que realmente importa en la vida.

NOTA

[1]Las frases en*cursiva* de este cap., en español en el original. *(N. del t.)*